

JAMES HADLEY CHASE

Eva



Lectulandia

El éxito acompaña al escritor Clive Thurston desde la publicación de su último libro, convertido en un superventas de la noche a la mañana y en el foco de atención de la industria cinematográfica. Entre fiestas, recepciones, homenajes y entrevistas, una misteriosa mujer sale a su encuentro para cambiar el rumbo de su vida inefablemente.

Lectulandia

James Hadley Chase

Eva

ePub r1.0

GONZALEZ 23.04.14

Título original: *Eva*
James Hadley Chase, 1945
Traducción: Estela Canto

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1

Antes de empezar a contarles la historia de mi relación con Eva debo hablar primero, lo mas brevemente posible, acerca de mí y de los acontecimientos que produjeron nuestro primer encuentro.

De no haber sido por el extraordinario cambio que se produjo en mi vida cuando renuncié a la mediocre carrera de empleado en una oficina de embarques, no habría conocido a Eva y, en consecuencia, no habría sufrido una experiencia que, en último término, ha sido responsable de arruinar mi vida.

Aunque ya han pasado dos años desde la última vez que vi a Eva, me basta pensar en ella para sentir de nuevo la ansiosa urgencia y la furiosa frustración que me tuvo encadenado a ella en una época en la que todas mis energías y mi atención debían haberse fijado en mi trabajo.

No importa lo que hago ahora. Nadie había oído hablar de mí en esta ciudad de la costa del Pacífico a la que llegué hace casi dos años cuando comprendí que había estado persiguiendo una indigna y elusiva fantasía.

Pero ni el presente ni el futuro son importantes. Mi historia tiene que ver con el pasado.

Aunque estoy deseoso de presentar cuanto antes a Eva en el escenario, hay algunos detalles acerca de mí mismo, como ya he dicho, que deben ser contados.

Me llamo Clive Thurston. Tal vez ustedes hayan oído hablar de mí. Se supone que yo fui autor de una obra sensacionalmente exitosa, *Seguro de lluvia*. Y, aunque la verdad es que yo no escribí la obra, escribí tres novelas que fueron, a su manera, igualmente exitosas.

Antes que se representara *Seguro de lluvia* yo era, como soy ahora, un nadie. Vivía en Long Beach, en una gran casa de departamentos cerca de una fabrica de pescado en conserva donde trabajaba como empleado de embarques.

Hasta que John Coulson vino a vivir a la casa de departamentos, yo viví una vida monótona y sin ambiciones; la clase de vida que llevan centenares de miles de hombres jóvenes que carecen de perspectivas y que, dentro de veinte años, estarán haciendo el mismo trabajo que hacen ahora.

Aunque mi vida era monótona y solitaria, yo la aceptaba con apática resignación. No veía escape para la rutina de levantarse por la mañana, ir al trabajo, comer comidas baratas, calcular si podía gastar en esto o aquello, y tener alguna aventura ocasional con una mujer si el dinero lo permitía. No hubo escape hasta que conocí a John Coulson, e incluso entonces, sólo cuando él murió, vi que se me presentaba una ocasión y la aproveché.

John Coulson sabía que iba a morir. Durante tres años había luchado contra la tuberculosis y ya no podía luchar más. Como un animal moribundo que se esconde,

se apartó de sus amigos y de sus relaciones y se fue a vivir a la sórdida casa de departamentos de Long Beach.

Había en él algo que me atraía y él parecía sentirse a gusto en mi compañía.

Tal vez porque era escritor. Durante mucho tiempo yo había querido escribir, pero la tarea a realizar siempre me había descorazonado. Yo sentía que, si alguna vez lograba empezar, el talento en potencia que yo creía tener iba a darme fama y fortuna. Creo que muchos de nosotros pensamos del mismo modo y, como esos muchos, yo carecía de la iniciativa para empezar.

John Coulson me dijo que había escrito una pieza teatral que, según aseguraba, era lo mejor que había hecho en su vida. Yo lo escuchaba complacido y me enteraba así de algunas cosas sorprendentes sobre la técnica de escribir para el teatro y del dinero que se puede ganar con una buena obra.

Dos noches antes de morir me pidió que mandara la obra a su agente. Ya no se levantaba y se podía hacer muy poco por él.

—No creo vivir para verla representada —dijo tristemente, mirando fijamente hacia la ventana—. Dios sabe quién se beneficiará con ella, eso es algo que deberá arreglar mi agente. Es gracioso, Thurston, pero no tengo nadie a quien dejar nada. Me gustaría tener hijos ahora. Mi trabajo tendría entonces sentido.

Le pregunté, como al descuido, si el agente esperaba la pieza, y él meneó la cabeza.

—Sólo tú sabes que la he escrito.

Al día siguiente era sábado y se iniciaba la feria anual de Deportes Acuáticos en Alamitos Bay. Fui a la playa con los otros miles de personas que aprovechaban el fin de semana para ver la carrera de veleros.

Me desagrada mezclarme con la multitud, pero era evidente que Coulson agonizaba y sentí que debía alejarme de la atmósfera de muerte que empezaba a invadir la casa.

Llegué al puerto cuando preparaban los pequeños veleros para la carrera más importante de la tarde. El premio era una copa de oro, y la competencia era brava.

Un velero me llamó la atención. Era un soberbio barquito, con brillantes velas rojas, y estaba diseñado para alcanzar gran velocidad. Dos hombres trabajan en él. Uno, a quien sólo lancé una mirada de reojo, era un típico individuo de la costa; el otro, evidentemente, era el dueño. Estaba costosamente vestido con un pantalón deportivo blanco, zapatos de cabritilla y noté que levaba en la muñeca un pesado brazalete de oro. Su gran rostro carnoso tenía esa expresión arrogante que sólo proviene de tener mucha riqueza y poder. Estaba junto al timón, con un cigarro entre los dientes, observando cómo el otro hombre daba los últimos toques al barco. Me pregunté quién sería y llegué a la conclusión de que debía de ser algún director de cine o algún magnate del petróleo.

Tras observarlo unos minutos, me aparté, pero tuve que volverme al oír una pesada caída y un grito de alarma.

El marinero se había resbalado y yacía ahora en tierra, con una pierna malamente quebrada.

El accidente fue el responsable inmediato de mi extraordinario cambio de suerte. Tengo alguna experiencia en el manejo de veleros; me ofrecí para ocupar el puesto del marinero y, al hacerlo, compartí con el dueño el honor de conquistar la copa de oro.

Fue sólo después de la carrera que el dueño del velero se presentó. Cuando me dijo su nombre, no me di cuenta en el primer momento de la suerte que me caía encima. Robert Rowan era, en aquel tiempo, uno de los hombres más poderosos del Theatre Guild. Era dueño de ocho o nueve teatros, y contaba en su haber con una larga serie de éxitos teatrales.

Se puso contento como un niño por haber ganado la copa, y su agradecimiento hacia mí fue incómodamente excesivo. Me dio su tarjeta y prometió solemnemente que, si podía hacer algo por mí, lo haría.

Probablemente ustedes ya habrán adivinado la tentación que se me presentaba. Al regresar al departamento encontré a Coulson inconsciente; al día siguiente había muerto. Su obra, lista para ser enviada a su agente, estaba sobre mi escritorio. No tuve muchas dudas. Coulson había reconocido que no conocía a nadie que pudiera beneficiarse con la obra, y, en el momento, se me ocurrió que bien podía haber pensado en mí. Tardé sólo unos minutos en apaciguar las protestas de mi conciencia; después abrí el paquete y leí la obra.

Aunque entiendo poco de teatro, comprendí, al terminar de leerla, que la pieza era notable. Permanecí largo rato meditando sobre las posibilidades de ser descubierto, pero no vi peligro alguno; entonces, antes de acostarme, sustituí la primera página y la tapa del manuscrito. En lugar de *Bumerang* por John Coulson, el título era ahora *Seguro de lluvia* por Clive Thurston. Al día siguiente envié la pieza a Rowan.

Pasó casi un año antes que se estrenara *Seguro de lluvia*. En ese tiempo se hicieron muchas alteraciones en el escrito original, ya que a Rowan le gusta que su personalidad aparezca impresa en cada aventura teatral que financia. Pero, en ese tiempo, yo me había acostumbrado a la idea de que la pieza era mía y, cuando finalmente se estrenó con éxito inmediato, me sentí genuinamente orgulloso de lo que había logrado.

Es algo grande entrar en un salón repleto y que nos presenten y ver en la cara de la gente que uno representa algo para ellos. De todos modos, para mí eso representaba mucho. También representó mucho cuando empecé a recibir grandes cantidades de dinero, yo, que antes debía arreglármelas con cuarenta dólares por semana.

Cuando estuve seguro de que la pieza iba a representarse mucho tiempo, dejé Nueva York y me fui a Hollywood. Sentía que con mi reputación actual, probablemente iban a buscarme y quizá lograría colocarme como importante autor de libretos. Como estaba ganando casi dos mil dólares semanales por los derechos de la obra no vacilé en tomar un departamento en un edificio moderno cerca de Sunset Boulevard.

Una vez establecido decidí explotar mis oportunidades y, tras pensarlo y planearlo mucho, comencé a escribir una novela. Era la historia de un hombre que había sido herido en la guerra y no podía hacer el amor con la mujer que quería. Yo había conocido el caso y sabía que había sido de la muchacha. Era un tema explosivo, y a mí me había impresionado mucho. De algún modo logré que esa impresión se reflejara en el libro. Mi nombre ayudó, claro está, pero, de todos modos, la novela no estaba mal. Se vendieron noventa y siete mil ejemplares, y se seguía aún vendiendo cuando mi segundo libro apareció en el mercado. Éste no era tan bueno, pero se vendió. Fue la primera tentativa de hacer un trabajo creador, y la cosa resultó difícil. Mi tercera novela se basaba en la vida de un matrimonio que yo había conocido íntimamente. La mujer se había portado asquerosamente y yo había sentido mucho la separación final. Todo lo que tenía que hacer era sentarme ante la máquina. El libro se escribió por sí solo, y, cuando se publicó, logró un éxito inmediato.

Después de eso quedé convencido de que poseía la varita mágica. Me dije que podía haber tenido éxito sin la pieza de John Coulson. Me maravillé ante la estupidez de haber perdido tantos años de mi vida ante un taburete de oficina, cuando podía haber estado escribiendo y ganando mucho dinero.

Unos meses después decidí escribir una obra de teatro. *Seguro de lluvia* había dejado de representarse en Broadway, y recorría ahora el país. Todavía era un excelente negocio, pero yo sabía que, en poco tiempo, iba a cobrar menos derechos y no quería descender de mi nivel actual de vida. Además, los amigos preguntaban cuándo iba a volver a escribir para el teatro, y mis constantes excusas empezaban a ser débiles, perder credibilidad.

Cuando empecé a escribir la obra me di cuenta de que carecía de ideas que pudieran dramatizarse. Seguí luchando. Hablé con la gente, pero en Hollywood nadie regala ideas. Pensé, me angustié, y no se presentó nada. Finalmente mandé la obra al diablo y decidí escribir otra novela. Me senté a la máquina y la escribí. Simplemente me metí en ella y seguí adelante hasta terminar. Después la mandé a mi editor.

Dos semanas más tarde el editor me invitó a almorzar.

Fue sincero y dijo llanamente que el libro no era bueno. No tuvo que convencerme. En cuanto lo terminé me di cuenta de que era malo. Le dije que lo olvidara. Expliqué que lo había escrito apurado, que me habían interrumpido constantemente y que, dentro de un mes o dos, iba a llevarle algo de categoría.

Empecé a buscar un lugar donde poder escribir sin que me interrumpieran. Me dije que si podía alejarme de la muchedumbre que reclamaba mi tiempo y mi atención, si encontraba un sitio tranquilo con un lindo paisaje para apaciguar los nervios, iba a escribir otro best seller, o incluso una gran obra de teatro. Estaba tan seguro de mí mismo que estaba convencido de que en una atmósfera adecuada podría realizar realmente un buen trabajo. Eventualmente encontré un lugar que me pareció ideal desde todo punto de vista.

Three Point era una gran cabaña de un solo piso a unos centenares de metros del camino a Big Bear Lake. Tenía un amplio pórtico y una magnífica vista sobre las colinas. Había sido amueblada con todos los lujos imaginables, y contaba con muchos inventos modernos para ahorrar trabajo, incluso una pequeña, aunque poderosa, planta generadora. Me encantó alquilarla por el verano.

Yo esperaba que Three Point fuera mi salvación, pero la cosa no fue así. Me levantaba a eso de las nueve, me sentaba en el pórtico con una gran cafetera de café fuerte a mi lado y la máquina de escribir delante. Miraba el paisaje y no iba a ninguna parte. Pasaba la mañana fumando, mirando el paisaje; escribía unas líneas y después las rompía. Por la tarde iba en auto a Los Ángeles, donde vagaba charlando con los guionistas cinematográficos y observando a las estrellas de cine. Por la noche volvía a intentar escribir, me irritaba y terminaba yendo a la cama.

Fue durante esta crisis de mi carrera, en circunstancias en las que el éxito o el fracaso podían producirse por el menor disturbio mental, cuando Eva entró en mi vida. Su influencia llegó a ser tan grande que fui atraído por ella como un alfiler por un imán gigantesco. Ella nunca supo la verdadera extensión de su poder sobre mí, y de haberlo sabido, no le habría importado. Su arrogante indiferencia fue lo más duro que debí soportar. En cuanto estaba con ella sentía una abrumadora urgencia por someterla moralmente, hacer que me entregara la fuerza secreta que tenía. La lucha entre nosotros fue una obsesión infernal para mí.

Basta con esto. He preparado el escenario y la historia puede empezar. Hace tiempo que he planeado escribirla. Lo he intentado antes y he fracasado. Tal vez lo logre esta vez.

Es posible que si este libro se publica llegue alguna vez a manos de Eva. La imagino acostada, con un cigarrillo entre los dedos, leyendo lo que he escrito. Como su vida está poblada por tantos hombres no identificados —que forzosamente deben de ser figuras borrosas en su mente—, es posible que haya olvidado la mayoría, si no todas las cosas que hicimos juntos. O tal vez le interese releer los fútiles momentos de nuestra relación y quizás eso le dé confianza en su fuerza y habilidad para seguir estando sola. Por lo menos sabrá, si llega al final de la historia, que he penetrado más profundamente en su vida de lo que se imagina y que, al arrancarle algunos de sus disfraces, también me he desenmascarado a mí mismo.

Y al llegar a la última página puedo imaginarla, con aquella despreciativa y dura expresión como de madera en la cara, una expresión que le he visto tantas veces, arrojando el libro a un lado, con indiferencia.

2

En una estación de servicio de San Bernardino, me dijeron que se preparaba una tempestad.

El encargado, que vestía un elegante mameluco blanco con una insignia roja en el bolsillo delantero, me aconsejó quedarme en San Bernardino para pasar la noche, pero yo no le hice caso.

Cuando llegué a las colinas empezó a soplar el viento. La tempestad siguió su marcha; una milla después, las estrellas se borraron y una lluvia torrencial cayó como una cortina de acero negro, cerrando la noche con niebla y agua.

Por el espacio en forma de media luna que formaba el limpiador en el parabrisas podía ver sólo el agua que saltaba en la carrocería del coche y unos escasos centímetros del brillante camino negro iluminado por los focos.

El ruido del viento y de la lluvia contra el auto me hicieron sentir como un prisionero en un tambor gigantesco, donde un loco tamborileaba constantemente. A mi alrededor se oía el ruido de los árboles que caían, de rocas que se deslizaban y, por encima de esto, el ruido del agua sobre las ruedas del coche. La lluvia se desparramaba por las ventanas y reflejaba mi cara, iluminada por la luz amarilla del tablero. Después casi salí del camino. Tenía las colinas a la izquierda, un declive en picada hacia el valle a la derecha. El corazón palpitaba acelerado; me aferré al volante, lancé más nafta hacia la máquina. El viento era tan feroz que apenas hubo aumento en la velocidad del coche. La aguja de velocidades flotaba entre las diez y las quince millas por hora, y esto parecía ser toda la velocidad que se podía arrancar a la máquina.

Al doblar despacio en la siguiente curva, vi dos hombres en medio del camino. Llevaban linternas y usaban unas camperas negras que brillaban con la lluvia a la luz de las linternas.

Detuve lentamente el coche cuando se acercó uno de ellos.

—Buenas, señor Thurston —el agua que chorreaba de su sombrero me mojaba la manga—. ¿Va a Three Point?

Lo reconocí.

—Qué tal, Tom —dije—. ¿Podré pasar?

—No digo que no pueda hacerlo —su cara había tomado un color de carne moreteada a causa del viento y de la lluvia—. ¡Pero va a ser bravo! Es mejor que se vuelva.

Puse en marcha el motor.

—Me arriesgaré. ¿Cree que el camino está libre?

—Un gran Packard pasó hace unas dos horas. No ha vuelto. Tal vez todo ande bien, pero tenga cuidado. Allá el viento es infernal.

—Si ese Packard pudo pasar, también podré pasar yo —dije, cerrando la ventanilla y avanzando.

Di vuelta en la siguiente curva, bordeé la colina, manteniéndome junto a la ladera de la montaña. Unos minutos más me llevaron al estrecho sendero montañoso que conducía a Big Bear Lake.

El bosque se interrumpía bruscamente al pie del sendero y, fuera de algunos retorcidos peñascos en la ladera, el resto del camino hacia Big Bear Lake estaba desnudo y abierto.

El viento se estrelló contra el coche cuando dejé la protección de los árboles. Sentí que el auto se bamboleaba. Las ruedas delanteras se elevaron unas pulgadas antes de volver a caer en el camino. Eché maldiciones. Si eso hubiera sucedido en una curva, habría sido arrojado al valle. Puse en primera disminuyendo la velocidad. Dos veces el coche tuvo que detenerse por una súbita ráfaga de viento. En ambos casos la máquina pareció ceder y tuve que actuar rápidamente para no ser arrastrado hacia atrás.

Mis nervios estaban de punta cuando llegué a la cresta de la colina. La lluvia golpeaba contra el parabrisas, y tenía que sacar la cabeza por la ventanilla para ver dónde iba. El camino tenía unos veinte pies de ancho y pasé la próxima curva más por suerte que por habilidad, mientras el torbellino golpeaba el coche, lo sacudía y lo levantaba. Una vez fuera de la curva encontré protección. La lluvia seguía tamborileando en el techo del auto, pero me sentí mejor, porque el resto del camino era barranca abajo y estaba protegido del viento.

Faltaban sólo unas millas para Three Point, y aunque sabía que había hecho ya la peor parte del viaje, seguí manejando con cuidado. Hice bien, porque, sin aviso, súbitamente apareció ante los focos un coche parado, y apenas si tuve tiempo de aplicar los frenos. Las ruedas temblaron; por un desagradable momento, creí que iba a salirme del camino. Después mis paragolpes chocaron con la parte trasera del otro coche y el impulso me arrojó sobre el volante.

Diciendo palabrotas contra el imbécil que había dejado allí parado el coche, sin luces, me puse de pie, tanteando en busca de la linterna. La lluvia me empapó y, antes de bajar, encendí la luz para ver dónde iba. El agua llegaba hasta la mitad de las ruedas y, al iluminar el otro coche con la linterna, comprendí por qué lo habían dejado así. El agua cubría las ruedas delanteras y probablemente había penetrado en el distribuidor.

No podía entender por qué se había formado un pequeño lago en un camino que, yo sabía bien, marchaba cuesta abajo las próximas millas. Con cuidado me metí en el agua, que me llegó a las pantorrillas. Un barro pegajoso chupó mis zapatos mientras me abría paso, chapaleando, hasta el otro coche. El agua había convertido mi sombrero en un irritante trapo empapado. Impaciente, me lo quité y lo tiré lejos.

Cuando me acerqué al coche parado, espí por las ventanillas. Estaba vacío. Me trepé sobre el auto como pude y logré llegar al frente, de modo que pude ver el camino. El rayo de mi linterna me mostró que el camino ya no existía. Los árboles, los peñascos y el barro cerraban enteramente la huella, formando una especie de represa.

El coche era un Packard: comprendí que se trataba del auto del que había hablado Tom.

Lo único que podía hacer era caminar. Volví a mi coche y recogí la más pequeña de mis dos valijas. Cerré las dos puertas, trepé sobre el Packard para pasar al otro lado y marché entre el agua en medio de la jungla de árboles y rocas que bloqueaban el camino. Tras salir del agua seguí trepando sin dificultad. Pronto llegué a lo alto del montículo y pude ver el camino que quedaba abajo, dentro de lo que pude ver, libre de toda otra obstrucción.

El descenso fue muy difícil y una vez casi perdí pie. Tuve que soltar la valija y aferrarme frenéticamente a las raíces de un árbol para salvarme; luego me demoré buscando la valija. Finalmente logré llegar al camino.

Pasada la obstrucción el progreso fue fácil y, en diez minutos más o menos, llegué ante los portones blancos de Three Point. Apenas había empezado a marchar por el sendero de entrada cuando vi una luz en la sala. De inmediato pensé en el conductor del Packard y me pregunté, un poco enojado, cómo había logrado entrar en la cabaña.

Me acerqué cautelosamente, deseoso de echar una mirada a mi visitante antes que él se enterara de mi presencia. Bajo la protección del pórtico dejé la valija y me arranqué la empapada chaqueta, que acomodé en el banco de madera contra la pared. Fui lentamente hacia la ventana y miré el cuarto iluminado. Fuera quien fuese la persona que había entrado en la cabaña, lo cierto es que había encendido un fuego que ardía alegremente. El cuarto estaba vacío, pero, mientras yo seguía allí vacilando, salió un hombre de la cocina, con una botella de mi whisky, dos vasos y un sifón.

Lo observé con interés. Era bajo, pero su pecho y sus hombros parecían poderosos. Tenía unos mezquinos ojos azules y los brazos más largos que he visto en alguien que no sea un orangután. Me desagradó a primera vista.

Se plantó frente al fuego y sirvió dos whiskies puros, a la medida. Puso un vaso sobre la chimenea, se llevó el otro a los labios. Probó la bebida como si fuera un conocedor y dudara sobre la calidad de la marca. Vi cómo hacía buches con el whisky, meneaba la cabeza y miraba atentamente la bebida. Después asintió, aparentemente satisfecho, y se tragó el resto de golpe. Volvió a llenar el vaso y se sentó en el sillón junto al fuego, con la botella ante la mesa que tenía a su alcance.

Me pareció que debía de andar en el mal lado de la cuarentena. No parecía el tipo de hombre que es dueño de un Packard. Su traje estaba algo usado y su gusto en cuanto a camisas y corbatas, a juzgar por lo que yo podía ver, era más bien violento.

De todo corazón me desagradó la idea de pasar la noche en su compañía.

También me inquietaba el segundo whisky sobre la chimenea. Sólo podía significar que el intruso tenía un compañero, y decidí quedarme donde estaba, hasta que apareciera esa otra persona. Pero el viento y la ropa empapada me hicieron cambiar de idea. Ya no podía seguir allí más tiempo. Recogí la valija y me dirigí a la puerta principal. La puerta estaba cerrada. Saqué las llaves, abrí la puerta sin ruido y entré en el vestíbulo. Puse la valija en el suelo y vacilé un momento, preguntándome si debía ir a la sala y darme a conocer, o si convenía ir al cuarto de baño. El hombre apareció en la puerta de la sala.

Me miró fijo, con una fea sorpresa.

—¿Qué carajo busca? —su voz era ruda y raspaba.

Lo miré de arriba abajo.

—Buenas noches. Espero no molestarlo, pero sucede que ésta es mi casa.

Creí que se iba a desinflar como un globo pinchado, pero se puso todavía más agresivo. Sus mezquinos ojitos parpadearon y dos venas de las sienes empezaron a hincharse.

—¿Quiere usted decir que esta cabaña es suya? —preguntó.

Asentí.

—No se moleste por eso. Sírvese una copa. Hay más whisky en la cocina. Voy a darme un baño, y vuelvo enseguida.

Lo dejé allí con la boca abierta, fui a mi dormitorio y cerré la puerta.

Entonces realmente me enfurecí.

Por el cuarto, como baldosas sueltas, había desparramadas varias prendas femeninas; un vestido de seda negro, ropa interior, medias y, finalmente, ante la puerta del cuarto de baño, un par de zapatos de cabritilla negros, cubiertos de barro.

Una valija de cuero de chanco yacía sobre la cama y, de allí, surgían otras prendas femeninas. Un salto de cama azul, de manga corta, estaba colgado en una silla frente a la estufa eléctrica.

Permanecí contemplando este desorden, furioso más allá de las palabras; antes que pudiera hacer nada —estaba a punto de meterme en el cuarto de baño y expresar mi opinión acerca de aquellos modales— se abrió la puerta del cuarto y entró el hombre.

Me volví hacia él.

—¿Qué significa esto? —pregunté, indicando con la mano la ropa desparramada en el suelo y la confusión de la cama—. ¿Se han creído ustedes que esto es un hotel?

Él se arregló la corbata, incómodo.

—Vamos, no se enoje. Encontramos la casa vacía y...

—Está bien, está bien —exclamé, luchando contra mi rabia. Realmente era inútil hacer una escena. Habían tenido la mala suerte de que yo volviera—. De verdad

ustedes saben ponerse cómodos —proseguí—, pero no importa. Estoy empapado y eso me irrita. Es una noche infernal, ¿verdad? Perdón, usaré el otro cuarto de baño... —Lo aparté a un lado y me dirigí al corredor, hacia el cuarto de huéspedes.

—Voy a prepararle un trago —me gritó él.

¡Estaba bueno! ¡Que un desconocido me ofreciera mi propio whisky realmente era algo grande! Cerré de un portazo la puerta del dormitorio y me saqué la ropa empapada.

Después de un baño caliente me sentí mejor. Tras afeitarme, me sentí bastante humanizado como para preguntarme qué tal sería la mujer. Pero mi mente retrocedía al pensar en el hombre. Si ella se le parecía, yo iba a tener que enfrentar una velada indescriptible.

Me puse un traje de pana gris, me peiné, me miré en el espejo. Realmente no representaba mis cuarenta años. Casi todo el mundo suponía que apenas pasaba los treinta. Esto me halagó. Soy tan humano como cualquiera. Miré mi mandíbula cuadrada, mis pómulos prominentes, el hoyo de mi mentón. Quedé satisfecho con lo que vi. Soy alto, más bien delgado, pero el traje me caía de maravilla. Podía presentarme como un distinguido novelista y autor teatral, aunque éste era un calificativo que aún faltaba me fuera otorgado por algún periódico.

Me detuve antes de abrir la puerta de la sala. La voz del hombre llegaba débilmente a través de los paneles de la puerta, pero no pude entender lo que decía. Irguiendo los hombros, con una expresión casual y desinteresada en la cara —la expresión que reservo para las conferencias de prensa—, giré el picaporte y entré.

3

Vi a la mujer, esbelta y de pelo oscuro; estaba en cuclillas en el suelo, junto al fuego. Se había puesto el salto de cama de mangas cortas que yo había visto sobre una silla en mi cuarto. Aunque debió de haberse dado cuenta de que yo había entrado, no se volvió para mirar. Cuando tendió las manos hacia el fuego vi que llevaba un anillo de matrimonio. También percibí que sus hombros eran apenas más anchos que sus caderas, y es así como me gusta que esté hecha una mujer.

No me molestó que no prestara atención a mi entrada. Tampoco me importó el anillo de bodas. Me molestó, en cambio, el salto de cama.

Ninguna mujer queda demasiado bien en salto de cama. Aunque ella no estuviera enterada de quién era yo, por lo menos, habría podido vestirse. No me pasó por la cabeza que su aspecto le importaba un comino. La juzgué de acuerdo con las otras mujeres que conocía.

Ellas hubieran preferido que las vieran desnudas y no con un salto de cama.

Con mi reputación, mi físico, y mi dinero, era inevitable que las mujeres me mimaran. Al principio me agradó ese interés, aunque comprendí que la mayoría me trataba como se trata a cualquier soltero elegible en Hollywood. Me buscaban por mi dinero, mi nombre, mis fiestas: por todo, menos por mí mismo.

Casi todas las mujeres, si eran atractivas, me interesaban.

Las mujeres bonitas, bien vestidas, eran parte esencial de mi posición. Me estimulaban, me divertían y levantaban mi yo. Me gustaba tenerlas alrededor como alguna gente quiere tener buenos cuadros en las paredes. Aunque, últimamente, me aburrían. Mi relación con ellas se había transformado en una serie de movimientos estratégicos, en los que ambas partes eran expertas, para obtener, por parte de ellas, el máximo de diversión, regalos y atenciones, y, por mi parte, unas pocas horas de desilusionado éxtasis.

Carol era la única excepción. Nos habíamos conocido en Nueva York cuando yo esperaba el estreno de *Seguro de lluvia*. Ella era, en esa época, la secretaria particular de Robert Rowan. Le gusté y, bastante curiosamente, ella me gustó también. Era ella quien me había alentado a ir a Hollywood, donde estaba trabajando ahora como guionista para International Pictures.

Dudo ser capaz de poder amar a una mujer mucho tiempo. En cierto modo, supongo, debería ser compadecido por esto, ya que, evidentemente, debe de haber alguna ventaja en lo que a mí me parece la estancada rutina de tener una mujer al lado por el resto de nuestros días. Si no hay alguna ventaja, ¿por qué se casa la gente? Por lo tanto yo sentía que me habían privado de algo, ya que no soy como los hombres vulgares que se encuentran en la calle.

En un tiempo, antes de ir a Hollywood, pensé seriamente en casarme con Carol.

Me gustaba su compañía y la consideraba más inteligente que todas las mujeres que había conocido.

Pero Carol estaba muy ocupada en el estudio, y rara vez nos encontrábamos durante el día. Yo tenía un montón de mujeres entre las manos, y mi tiempo estaba tomado, no sólo durante el día, sino también casi todas las noches. Carol me hacía bromas con esas mujeres, pero la cosa no parecía importarle. Una noche estaba un poco borracho y le dije que la quería, que se entregara. Es posible que ella también estuviera algo borracha, aunque lo dudo. Por unas semanas me sentí como una porquería cuando iba con otras mujeres, pero después dejé de preocuparme. Creo que me había acostumbrado a la idea de que Carol me quería, del mismo modo que me acostumbro a todas las cosas si duran bastante tiempo.

Mientras yo contemplaba a la mujer, el hombre, que había estado preparando unos tragos junto al armario, se acercó y me dio un whisky con soda. Parecía algo borracho y, ahora que teníamos buena luz, me di cuenta de que necesitaba afeitarse.

—Mi nombre es Barrow —dijo, lanzándome oleadas de aliento con olor a whisky en la cara—. Harvey Barrow. Realmente me molesta haberme metido aquí de este modo, pero no había otra solución... —estaba de pie cerca de mí, su grueso cuerpo entre la mujer que estaba junto al fuego y yo.

El hombre no me interesaba. No habría prestado atención si se hubiera caído muerto a mis pies. Avancé unos pasos para poder ver a la mujer. Ella seguía junto al fuego como si no se diera cuenta de que yo estaba en el cuarto y, curiosamente, sentí que su actitud de deliberada indiferencia era gratamente excitante.

Barrow me palmeó el hombro. Aparté la mirada de la mujer y me concentré en él. Seguía disculpándose por haberse metido en la cabaña y tuve que decirle brevemente que la cosa no tenía importancia, que estaba bien y que yo habría hecho lo mismo en su lugar. Después, como al descuido, me presenté, bajando la voz, para que la mujer no me oyera. Si estaba decidida a impresionarme, yo iba a guardar el incógnito hasta último momento para después disfrutar de la mirada de desesperación que seguramente iba a poner al enterarse de quién era la persona a la que había estado ignorando.

Tuve que repetir mi nombre dos veces antes que él entendiera, e incluso entonces mi nombre no le dijo nada. Lo ayudé añadiendo, «el escritor», pero creo que nunca había oído hablar de mí. Era ese tipo de ignorante imbécil que jamás ha oído hablar de nadie. A partir de ese momento quedó liquidado para mí.

—Encantado de conocerlo —dijo él solemnemente, dándome la mano—. Es muy amable de su parte no enojarse. Cualquiera otro me hubiera echado a patadas.

Nada podía agradarme más, pero dije, mentirosamente:

—No tiene importancia —y miré hacia la mujer—. Dígame: ¿su mujer es frígida, es sordomuda o está enojada?

Él siguió mi mirada y su ruda cara roja se contrajo.

—Usted me pone en un aprieto, viejo —murmuró su voz en mi oído—. No es mi mujer y está enfurecida. Se ha empapado y a una dama como ella no le gusta empaparse.

—Comprendo —bruscamente me sentí desagradado—. No importa. Preséntemela... —me acerqué al fuego y me planté frente a la mujer.

Ella volvió la cabeza, miró mis pies y después me miró bruscamente.

Sonreí.

—Hola —dije.

—Hola —dijo ella, y volvió a mirar el fuego.

Yo lancé sólo una breve mirada a su cara en forma de corazón, con la boca firme, el mentón terco, los ojos extrañamente desconcertantes. Con eso bastó. Tuve una sensación súbita de tiesura, la clase de sensación que se tiene cuando se llega a lo alto de una montaña y comprendí lo que eso significaba.

No es que fuera bonita. Era, más bien, fea, pero había en ella algo magnético, que me excitaba. Tal vez magnético no sea la palabra justa. Instintivamente sentí que, bajo su máscara, era primitivamente mala y había algo casi animal en su arreglo. Mirarla era como recibir una corriente eléctrica.

Comprendí que después de todo, la velada no iba a ser tan aburrida. Lo cierto es que pintaba como extremadamente interesante.

—¿Quiere un trago? —dije, esperando que volviera a mirarme, pero no lo hizo. Se sentó en la alfombra, con las piernas cruzadas.

—Ya tomé —señaló el vaso que estaba junto a la chimenea.

Barrow se acercó.

—Ésta es Eva... Eva... —y vaciló, ruborizándose.

—Marlow —dijo la mujer, con el puño apretado contra su regazo.

—Claro —dijo Barrow rápidamente—, tengo tan mala memoria para los nombres...

Me miró y me di cuenta de que ya se había olvidado del mío. No pensé ayudarlo. Si un hombre no recordaba el nombre de su querida... ¡que se fuera a la mierda!

—¿Así que se mojó mucho...? —dije a la mujer, y reí.

Ella me miró. No creo en las primeras impresiones, pero comprendí que era una rebelde. Supe que tenía un carácter endiablado, rápido, violento, incontrolable. Aunque era delgada, todo su cuerpo —sus ojos, la manera de mantenerse erguida, su expresión— daba la sensación de fuerza. Tenía dos profundas arrugas a los lados de la nariz. En cierto modo esas arrugas eran responsables del carácter de su cara: sólo podían venir de las preocupaciones y de haber sufrido mucho. Sentí una curiosidad intensa por saber algo acerca de ella.

—Vaya si me empapé —dijo ella, y también rió.

Su risa me sorprendió. Era inesperadamente grata a la vez que contagiosa. Cuando reía miraba y su expresión cambiaba, las líneas duras desaparecían y se volvía más joven. Era difícil adivinar su edad. Algo más de treinta; tal vez treinta y ocho, tal vez treinta y tres; cuando reía parecía tener veinticinco.

Barrow pareció sentirse mal. Nos miró a los dos, con desconfianza. Y tenía motivos. Si hubiera escuchado atentamente hubiera oído el palpitar de mis glándulas.

—Yo también me empapé —dije, sentándome en un sillón cerca de ella—. De haber sabido que iba a hacer tan mal tiempo habría pasado la noche en San Bernardino. Ahora me alegro de no haberlo hecho —ambos me lanzaron una rápida mirada—. ¿Vienen ustedes de muy lejos?

Hubo una pausa. Eva miró el fuego. Barrow hizo girar el vaso entre sus gruesos dedos. Casi se podía oír su pensamiento.

—De Los Ángeles —dijo al fin.

—Suelo frecuentar bastante Los Ángeles —dije, dirigiéndome a Eva—. ¿Cómo es que nunca la he encontrado antes?

Ella me lanzó una mirada dura, vacía y después, rápidamente, apartó los ojos.

—No sé —dijo.

Tal vez Barrow comprendió lo que yo estaba por hacer, porque terminó de golpe su whisky y palmeó a Eva en el hombro.

—Es mejor que te acuestes —dijo con voz dominadora. Yo pensé que si ella era como yo pensaba que era, lo iba a mandar ahora a la mierda, pero no lo hizo.

—Está bien —dijo con indiferencia, poniéndose de rodillas.

—No se vaya todavía —dije—. ¿No tiene hambre? En la heladera hay algunas cositas que merecen comerse. ¿Qué le parece?

Barrow miraba a Eva con unos ojos inquietos, posesivos.

—Ya comimos en Glendora, cuando veníamos. Es mejor que ella... ella debe de estar cansada...

Lo miré y me reí, pero él no estaba para bromas. Miró fijamente su vaso vacío y las venas palpitaron en sus sienes.

Eva se puso de pie. Era más bajita y más delgada de lo que yo había supuesto. Su cabeza apenas me llegaba al hombro.

—¿Dónde puedo dormir? —preguntó. Sus ojos miraban por encima de mi hombro.

—Le ruego que conserve el cuarto que ya ha ocupado. Yo iré al cuarto de huéspedes. Pero, si realmente no tiene ganas de acostarse, me agradecería que se quedara.

—Quiero acostarme —ya estaba casi en la puerta. Cuando ella se fue yo dije:

—Voy a ver si le hace falta algo... —y la seguí antes que Barrow pudiera moverse.

Ella estaba de pie junto al radiador eléctrico, con las manos detrás de la cabeza. Se desperezó, bostezó y, al verme en la puerta, su boca hizo una mueca; una expresión calculadora surgió en sus ojos.

—¿Tiene todo lo necesario? —pregunté, sonriendo—. ¿Seguro que no desea comer algo?

Ella rió. Tuve la sospecha de que se burlaba de mí y que sabía por qué yo estaba tan interesado en su comodidad. Yo deseaba que lo supiera, porque esto ahorraría tiempo y evitaría los avances preliminares.

—No quiero nada... gracias.

—Bueno, como guste, pero quiero que se sienta como en su casa. Es la primera vez que una mujer visita esta cabaña y, por lo tanto, esto es casi una fiesta... —comprendí que había cometido un error en cuanto dejé de hablar.

La sonrisa desapareció de inmediato de sus ojos y la expresión de sospecha helada volvió a establecerse allí.

—Ah —dijo, dirigiéndose a la cama. Sacó un camisón de seda rosa de su valija y lo arrojó con descuido sobre una silla.

Comprendí que ella sabía que yo estaba mintiendo. La forma en que había cambiado la expresión de su cara indicaba que, de todos modos, esperaba que yo fuera un embustero. Esto me enojó.

—¿Es eso tan difícil de creer? —pregunté, avanzando un paso más en el cuarto.

Ella metió, en un montón, dentro de la valija, diversas ropas que había desparramadas sobre la cama. Después puso la valija en el suelo.

—¿Qué es difícil de creer? —preguntó, dirigiéndose al tocador.

—Que no han venido aquí otras mujeres.

—¿Y a mí qué me importa que hayan venido o no?

Naturalmente tenía razón, pero su indiferencia me irritó.

—Dicho de ese modo —dije, sintiéndome rechazado— supongo que no es importante.

Ella se acarició el pelo con aire ausente y se miró intensamente en el espejo. Sentí que había olvidado mi presencia en el cuarto.

—Es mejor que me entregue la ropa mojada —dije—. La pondré a secar en la cocina.

—Deje que yo me ocupe de eso —se apartó bruscamente del espejo y se envolvió más apretadamente en el salto de cama. Las dos líneas a los lados de su nariz se habían contraído y tenía el entrecejo fruncido—. Pero, pese a su fealdad —y parecía muy fea con aquella expresión de madera en la cara—, yo estaba intrigado.

Ella miró hacia la puerta y después me miró a mí. Lo hizo dos veces antes que me diera cuenta de que, en silencio, me estaba diciendo que me fuera. Esto era para mí una nueva experiencia y no me agradó.

—Quiero acostarme... si no le molesta —dijo ella, apartándose de mí.

No tuvo un gesto de gratitud, ni me dio las gracias, no dijo una palabra por ocupar mi cuarto: no hubo más que un frío y deliberado dejarme de lado.

Barrow se estaba sirviendo un trago cuando volví a la sala. Se tambaleó vacilante al regresar al sillón. Se sentó, me miró fijamente, parpadeando para ver mejor.

—No se haga el vivo con ella —dijo bruscamente, golpeando con el puño en el sillón—. Déjela en paz. ¿Entiende?

Lo miré fijamente.

—¿Me está hablando a mí? —dije, ofendido de que se atreviera a tomar esa actitud.

Su cara roja se distendió un poco.

—Déjela en paz —murmuró—. Por esta noche es mía. Ya sé lo que usted anda buscando, pero permítame que le diga una cosa... —Se adelantó y señaló con su gordo dedo, masticando las palabras—. La he comprado. He pagado cien dólares. ¿Me oye? ¡La he comprado! Así que... ¡campo libre!

No le creí.

—Usted no puede comprar una mujer como ésa. Ésa no es para un pobre tío como usted.

Él derramó whisky sobre la alfombra.

—¿Qué ha dicho? —me miró con ojos vidriosos, mezquinos.

—He dicho que un pobre tipo como usted no puede comprar una mujer como ésa.

—Ésta me las vas a pagar —dijo él. Las dos venas de sus sienes latieron con más fuerza—. En cuanto te vi comprendí que ibas a buscar pelea. Me la piensas quitar, ¿eh?

Le mostré los dientes en una mueca.

—¿Por qué no? ¿Qué puede hacer usted para impedírmelo?

—¡La he comprado, carajo! —exclamó él, golpeando el brazo del sillón—. ¿No se da cuenta de lo que eso significa? Es mía. Por esta noche. ¿No puede portarse como un caballero?

Yo aún no lo creía.

—Llamémosla —dije, riéndome de él—. Después de todo cien dólares no son tanto dinero. Le ofreceré más.

Él se puso de pie con trabajo. Estaba borracho, pero sus hombros eran muy fuertes. Si me atrapaba descuidado podía llegar a hacerme daño. Retrocedí.

—Vamos, no se excite —dije, retrocediendo mientras él avanzaba—. Podemos arreglar este asunto sin peleamos. Llamémosla y...

—Yo le he dado cien dólares —dijo él, con voz baja y furiosa—. Yo he esperado ocho semanas para esto. Cuando le pedí que viniera conmigo, ella aceptó. Pero, cuando fui a su casa, la maldita sirvienta me dijo que había salido. Cuatro veces me

hizo esa jugarreta y, cada vez, yo me di cuenta de que ella estaba arriba, riéndose y espiándome por la ventana. Pero yo la deseaba. Me tomó de tonto, ¿sabe? Cada vez que fui a verla aumentó el precio. Finalmente salió conmigo cuando le ofrecí cien dólares. Todo estaba bien hasta que apareció usted. Y ni usted ni nadie va a detenerme ahora ...

Me hizo sentir un poco asqueado. Seguía creyéndole a medias, pero lo cierto es que ya no podía tolerar su presencia en la cabaña. Tenía que irse.

Saqué la billetera y arrojé a sus pies un billete de cien dólares. Tras leve vacilación tiré también otro billete de diez dólares.

—Váyase —dije—, ahí tiene su dinero con intereses.

Él miró fijamente el dinero y la sangre desapareció de su cara. Hizo un débil ruido sofocado, como si quisiera librarse de una flema en la garganta. Después levantó la cara y vio pelea en mis manos. No quería pelearlo, pero, si me buscaba, iba a encontrarme.

Avanzó hacia mí, tendiendo los largos brazos, como si fuera a abrazarme. Cuando estuve a su alcance, intentó atraparme. No lo evité: me acerqué y le golpeé la cara con el puño, desgarrándolo. El gran anillo de sello que yo usaba en el dedo meñique abrió un tajo en su cara. El hombre se balanceó lanzando un gruñido que le cortó el aliento y yo volví a pegarle en el hueso de la nariz. Cayó pesadamente sobre las manos y las rodillas. Me acerqué y, tomando deliberadamente puntería, le di una patada en el mentón. La cabeza se sacudió hacia atrás y quedó desmayado sobre la alfombra. Estaba liquidado y ni siquiera me había tocado.

Eva estaba en la puerta, mirando. Tenía los ojos dilatados por la sorpresa.

Le sonreí.

—No es nada —dije, soplándome los nudillos—. Vuelve a la cama. Él se va a ir dentro de un momento.

—No era necesario que lo patearas —dijo ella fríamente.

—Es verdad —me gustó el relámpago de furor en sus ojos—. No debí haberlo hecho. Pero me enfurecí. Ahora te pido que te retires.

Ella se fue y oí cómo se cerraba la puerta del dormitorio. Barrow se sentó temblequeando y se llevó la mano a la cara. La sangre le corría entre los dedos y se metía bajo el puño de la camisa. Miró estúpidamente y después se llevó la mano a la garganta.

Me senté sobre la mesa, vigilándolo.

—Hay dos millas de aquí a Big Bear Lake. Las puedes hacer a pie y no hay peligro de que te pierdas en el camino. Hay que seguir derecho bajando la pendiente. Antes de llegar al lago encontrarás un hotel. Te recibirán. Vamos, fuera...

Él hizo algo que yo no esperaba. Se llevó las manos a la cara y lloró. Eso me demostró que era cobarde hasta la médula.

—¡Fuera, rápido! —dije, asqueado—. Me repugnas.

Él se levantó y fue hacia la puerta. Se pasó el brazo por los ojos; lloriqueaba como un chico que se ha lastimado.

Recogí los billetes de cien y de diez dólares y se los metí en el bolsillo delantero.

Lo raro es que me dio las gracias. Era tan cobarde como para hacer eso.

Lo llevé hasta la puerta principal, le entregué su valija, me quedé en el vestíbulo y lo empujé hacia la lluvia.

—No me gusta la gente de tu calaña —dije—, no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Lo miré mientras bajaba la barranca; después la lluvia, el viento y la oscuridad se cerraron a su alrededor.

Cerré, atranqué la puerta y permanecí un momento en el vestíbulo. Algo me oprimía el pecho y la cabeza y necesitaba a toda costa un trago. Pero necesitaba antes saber una cosa, y esa cosa no podía esperar. Fui al dormitorio y abrí la puerta de un empujón.

Eva estaba junto al tocador, con los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho. Su mirada era atenta.

—Se ha ido —dije desde la puerta—. Le di los cien dólares que le debes, y lo raro es que me dio las gracias.

No hubo cambio en su expresión, tampoco dijo nada. Tenía la quietud de un animal peligroso y acorralado.

La miré.

—¿No te da pena ese hombre?

Su boca se apretó en una mueca de desprecio.

—¿Por qué voy a tenerle lástima a un hombre?

Cuando dijo eso, comprendí quién era ella. Ya no podía seguir engañándome. Lo cierto es que sabía que Barrow no mentía. La historia de la criada y de cómo Eva había regateado era demasiado límpida para ser una mentira. Yo había esperado que fuera una mentira; ahora sabía que no lo era.

Una mujer de cualquiera. Nadie lo hubiera dicho al verla. Me había desdeñado. Ella —una mujer considerada como descastada por la sociedad— había tenido la audacia de ignorarme. Súbitamente tuve ganas de pegarle, como nunca había deseado pegarle antes a nadie.

—Me dijo que te había comprado —dije, entrando en el cuarto y cerrando la puerta—. Eres una mentirosa, ¿verdad? Comprendiste que yo no me había dado cuenta de que te vendes. Fueron cien dólares, ¿no es así? Te he comprado, pero no creas que voy a pagarte más. Y no voy a hacerlo porque no creo que valgas más de cien dólares para mí.

Ella no se movió y su expresión como de madera tampoco cambió. Sus ojos

fueron algo más oscuros y las aletas de su nariz se volvieron blancas. Se apoyó contra el tocador; su pequeña mano blanca empezó a jugar con un pesado cenicero de bronce que casualmente había al lado.

Me acerqué.

—Es inútil que me mires así. No te tengo miedo. Vamos, muéstrame lo que sabes hacer...

Cuando tendí los brazos ella tomó bruscamente el cenicero y lo estrelló contra mi cabeza.

Es verdad que la mayoría de los hombres tiene dos vidas, como se dice: una vida normal y una vida secreta. La sociedad, naturalmente, sólo puede juzgar el carácter de un hombre por su vida normal. Pero, si comete un error y su vida secreta se hace pública, entonces es juzgado de acuerdo con su nivel secreto y, con frecuencia, es desterrado como castigo. Pese a esto, sigue siendo el hombre que un momento antes recibía el aplauso de la sociedad. Pero al menos ya es un hombre con una diferencia importante: ha sido descubierto.

En estos momentos, a causa de mi excesiva franqueza, ustedes deben de haber llegado a la conclusión de que soy una persona extremadamente desagradable. Probablemente ustedes han pensado que no tengo ética, que soy deshonesto, vanidoso e indigno. Estas conclusiones no se deben al golpe de vista de ustedes, ni a una percepción: se deben enteramente a mi franqueza.

Si ustedes llegaran a conocerme socialmente, si se hicieran amigos míos, me encontrarían tan agradable como a cualquier otro amigo, porque yo me cuidaría siempre de dar lo mejor al estar en compañía de ustedes.

No insistiría sobre este punto tan elemental si no fuera por el hecho de que tal vez ustedes se preguntarán por qué me amaba Carol. Incluso ahora la recuerdo con profundo cariño. Era una persona de gran sinceridad e integridad. No quiero que, por el hecho de que me quería, la juzguen de acuerdo con lo que soy yo.

Carol conocía sólo la parte de mi naturaleza que yo había decidido mostrarle. Hacia el fin de nuestra relación fue tan difícil controlar las circunstancias que, finalmente, ella descubrió mis defectos. Pero, hasta ese momento, la engañé con tanto éxito como engañan algunos de ustedes a las personas que los quieren.

Y, como Carol era siempre comprensiva y sensible, tras permanecer dos días en Three Point, después de la noche en la que conocí a Eva, me encaminé a Hollywood a verla.

La estación de servicio de San Bernardino se había hecho cargo de mi coche.

Me dijeron que también habían recogido el Packard. Mientras marchaba por el camino de descenso desde Big Bear Lake, encontré una cuadrilla de obreros que trabajaban en la obstrucción del camino. Casi habían terminado, pero tuve cierta dificultad en pasar. El capataz me conocía e hizo que pusieran unos tablones en la parte blanda del camino; parte de los hombres casi llevó el coche en vilo.

Llegué al departamento de Carol, en Sunset Strip, a eso de las siete. Frances, la mucama, me dijo que Carol acababa de llegar del estudio y que se estaba cambiando.

—Pase, señor Thurston —dijo sonriendo—, la señorita sólo tardará unos minutos.

Seguí su amplia figura hasta la sala de Carol. Era una linda habitación, moderna, tranquila; la iluminación, oculta, daba reposo. Di unas vueltas mientras Frances me

preparaba un trago. Siempre se alborotaba cuando yo llegaba, y Carol me había dicho una vez, riendo, que Frances me consideraba el visitante más distinguido que ella recibía.

Me senté y admiré el cuarto. Estaba amueblado con sencillez. Los sillones y el gran sofá eran de cuero gris, y las colgaduras, color vino. No pude dejar de elogiárselo.

—Cada vez me gusta más este cuarto —dije, tomando el vaso que Frances me ofrecía—. Voy a pedirle a la señorita Rae que me haga hacer algunos diseños para mi casa.

Carol entró cuando yo estaba hablando. Llevaba un vaporoso *negligée* sujeto a la cintura por un amplio lazo rojo; el pelo le caía suelto sobre los hombros.

Me pareció que estaba muy linda. No era una belleza —o, por lo menos, no estaba hecha según el molde de Hollywood—. Al entrar me recordó a Katherine Hepburn. Tenía un cuerpo parecido, lindamente acabado, con cada cosa en su sitio. El cutis pálido destacaba los labios rojos, y la piel tensa sobre la cara revelaba la estructura de los huesos. Los ojos, que eran su mejor rasgo, eran grandes, inteligentes, vivaces.

—Clive, qué sorpresa —dijo, alegremente, atravesando rápidamente la habitación. Llevaba un cigarrillo en una boquilla de unos quince centímetros. Las boquillas largas eran su única afectación. Y eran también una manera hábil de lucir sus hermosas manos y muñecas—. ¿Dónde te has metido estos tres días? —después hizo una pausa y miró, interrogante, mi frente moreteada—. ¿Qué has estado haciendo?

Le tomé las manos.

—Luchando contra una mujer salvaje —dije, sonriendo.

—Debí haberlo adivinado —dijo ella, observando mis nudillos, todavía despellejados por la trompada que le había dado a Barrow—. Debe de haber sido de verdad muy salvaje.

—Oh, lo era —contesté, llevándola al sillón—. La mujer más salvaje de California. He hecho todo el camino desde Three Point para hablarte de ella.

Carol se acomodó en un rincón del sofá y recogió las piernas, sentándose encima.

—Yo también quiero un trago —dijo a Frances. Algo de la alegría de sus ojos había desaparecido—. Tengo la sensación de que el señor Thurston me va a decir algo chocante.

—No digas tonterías —contesté—, quería divertirte, eso es todo. Yo soy quien está chocado... —me senté a su lado y le tomé la mano.

»¿Has trabajado mucho hoy? Tienes ojeras. Claro que te quedan bien, pero ¿significan sudor y lágrimas o es que finalmente, has decidido ser una depravada?

Carol suspiró.

—He estado trabajando. No tengo tiempo para ser depravada y estoy segura de que no sabría serlo. Nunca he podido hacer nada que no me interese... —tomó el vaso que le tendía Frances y sonrió dándole las gracias.

Frances se fue.

—Ahora —dijo Carol— cuéntame de esa mujer salvaje. ¿Estás enamorado de ella?

La miré agudamente.

—¿Por qué crees que puedo enamorarme de la primera mujer que encuentre? Estoy enamorado de ti.

—Así es... —me palmeó la mano—. No debo olvidarlo. Pero, después de tres días sin verte, pensé que me habías dejado. Entonces... ¿no estás enamorado de ella?

—No seas fastidiosa, Carol —dije, porque no me agradaba su estado de ánimo—. Claro que no estoy enamorado de esa mujer —y, acomodándome en los almohadones, le conté la historia de la tormenta, de Barrow y de Eva. Aunque ahorré algunos detalles.

—Sigue —dijo ella, cuando yo me detuve para acariciar el moretón que tenía en la frente—. ¿Qué hizo después que te desmayó? ¿Te echó un balde de agua o se escapó con tu billetera?

—Se escapó sin mi billetera. No se llevó nada... no es una mujer de hacer eso. No te equivoques con esa mujer, Carol, no es una ramera vulgar.

—Rara vez lo son —murmuró Carol sonriendo. Ignoré la frase.

—Debe de haberse vestido cuando yo estaba inconsciente. Metió las cosas en la valija y se lanzó en medio de la tormenta. Realmente se necesita tener agallas... la lluvia y el viento eran infernales.

Carol estudió mi cara.

—Después de todo, Clive, incluso una ramera tiene orgullo. La trataste bestialmente. En cierto modo la admiro por haberte dado un golpe en esa presumida cabeza que tienes. ¿Qué crees que era el hombre?

—¿Barrow? No tengo idea. Parecía un viajante de comercio. El tipo de individuo que paga a una mujer para que salga con él.

Le había ocultado a Carol que yo había dado a Barrow ciento diez dólares. Creo que no hubiera podido entender esa parte de la historia.

—Supongo que no habrás querido librarte de él para tener una conversación íntima con la dama...

Bruscamente me irrité: Carol se acercaba rápidamente a la verdad.

—Vamos, Carol —dije agudamente—, una mujer de ese tipo no me atrae lo más mínimo. ¿No te estás poniendo un poco en ridículo?

—Perdón —dijo ella, dirigiéndose a la ventana. Hubo una pausa, después prosiguió—: Peter Tennett prometió venir hoy. ¿Vienes a comer con nosotros?

Lamenté haberle hablado de Eva.

—Esta noche no puedo —dije—. Estoy ocupado. ¿Peter va a pasar a buscarte?

No estaba ocupado, pero tenía una idea en el fondo de la cabeza y deseaba tener la noche libre.

—Sí, pero ya conoces a Peter... siempre se demora.

Yo conocía bien a Peter Tennett. Era el único de los amigos de Carol que me provocaba un complejo de inferioridad. Pero simpatizaba con él. Era un gran tipo. Nos entendíamos, aunque él tenía demasiado talento real para que yo lo enfrentara. Era productor, director, guionista y consejero técnico, todo en uno. Todo lo que había emprendido, hasta ese momento, había sido exitoso. Tenía el toque mágico y, en los estudios, era considerado de primera categoría. Me enfurecía pensar lo que había conseguido en un año.

—¿De verdad no puedes venir? —preguntó Carol, con cierta intensidad—. Deberías ver más seguido a Peter. Tal vez pueda ayudarte.

Últimamente Carol había estado mencionando a gente que podía ayudarme. Me irritaba pensar que ella creyera que yo necesitaba ayuda.

—¿Ayudarme? —repetí forzando una sonrisa—. ¿Y qué puede él hacer por mí? Vamos, Carol, no me va tan mal... No necesito ayuda de nadie.

—Perdón de nuevo —dijo Carol sin alejarse de la ventana—. Esta noche estoy diciendo todo lo que no debo decir, ¿verdad?

—No es culpa tuya —dije acercándome a ella—, todavía me duele la cabeza y estoy con los nervios de punta.

Ella se volvió.

—¿Qué vas a hacer hoy, Clive?

—¿Qué voy a hacer...? Bueno, voy a comer... con, con mis editores...

—No me refiero a eso. ¿En qué estás trabajando? Hace dos meses que estás en Three Point. ¿Qué estás haciendo?

Éste era el tema que yo quería evitar con Carol.

—Oh, una novela —dije con descuido—. Estoy terminando el plan. La semana próxima empezaré a trabajar en serio. No te preocupes tanto... —procuré sonreír para tranquilizarla.

Carol era una persona a la cual resultaba extremadamente difícil mentir.

—Me alegra lo de la novela —dijo, con sombras en los ojos—, pero preferiría que fuera una obra teatral. Una novela no da mucho, ¿verdad, Clive?

Levanté las cejas.

—No sé... están los derechos si se hace una película... derechos de adaptación si la convierten en fotonovela... tal vez la tome el *Collier*. Pagaron a Ingram cincuenta mil dólares por los derechos de una fotonovela.

—El libro de Ingram era bárbaramente bueno.

—El mío también será bárbaramente bueno —dije. Incluso a mí la cosa me pareció poco convincente—. Dentro de un tiempo escribiré otra obra teatral, pero tengo la idea para el libro, y no quiero perderla.

Tuve la incómoda sensación de que Carol iba a preguntarme de qué trataba el libro. De haberlo hecho, me hubiera visto en un berenjenal, pero, en ese momento, entró Peter y, por una vez, me alegré de la interrupción.

Peter era uno de los pocos ingleses que habían tenido éxito en Hollywood. Todos sus trajes seguían llegando aún de Londres, y el corte de los sastres de Sackville Street se adaptaba muy bien a su estilo inglés de figura, con los hombros anchos y las caderas estrechas.

Su cara morena, pensativa, se iluminó al ver a Carol.

—¿Todavía no estás vestida? —dijo, tomándole la mano—. Estás preciosa. ¿Seguro que no estás demasiado cansada para salir esta noche?

—Claro que no —dijo Carol, sonriendo.

Él me miró.

—¿Qué tal, muchacho? —nos dimos la mano—. ¿No te parece que Carol está lindísima?

Contesté que naturalmente así era, y percibí que sus ojos eran como dos signos de interrogación cuando vio mi moretón.

—Clive, dale un trago a Peter mientras yo me visto —dijo Carol—. No tardaré... —miró a Peter—. Clive ha estado algo fastidioso... se niega a comer con nosotros.

—Oh, debes acompañarnos... Se trata de toda una ocasión, ¿verdad, Carol?

Carol meneó la cabeza, como desesperanzada.

—Va a comer con sus editores... No lo creo, pero me parece que es mejor ser bien educada y fingir que lo creo. Mira ese moretón... ha estado peleando con una mujer salvaje... —se volvió hacia mí, riendo—. Cuéntale, Clive... tal vez la historia interese a Peter.

Peter se adelantó a acompañarla hasta la puerta. La abrió.

—No te apures —dijo—. Esta noche estoy muy remolón...

—Pero yo estoy apurada —protestó Carol—. No quiero que se haga demasiado tarde... —y salió corriendo del cuarto.

Peter se dirigió al pequeño bar en el rincón del cuarto, donde yo me estaba preparando otro trago.

—¿Así que has estado peleando? —dijo—. Ese moretón que tienes es bastante feo.

—No tiene importancia —dije—. ¿Qué quieres beber?

—Un poco de whisky, supongo —se inclinó sobre el bar y sacó un cigarrillo de una pesada cigarrera de oro—. ¿Carol te ha dado la noticia?

Le serví whisky con soda.

—No... ¿qué noticia?

Peter levantó las cejas.

—Es una chica rara... me pregunto por qué... —encendió el cigarrillo.

Tuve la súbita sensación de que me hundía.

—¿Qué noticia? —pregunté, mirándolo.

—Le han dado la gran adaptación del año. La cosa se arregló esta mañana... se trata de la novela de Ingram.

Dejé caer whisky sobre el pulido bar. Oírle decir eso fue como si me comieran las entrañas. Naturalmente, yo me sabía incapaz de tratar el tema que había tratado Ingram. Era un tema demasiado grande para mí, pero me cayó como una patada enterarme de que una criatura como Carol iba a adaptarlo.

—¡Caramba, es fantástico! —dije, procurando poner cara de contento—. He leído la novela en el *Collier*. Es una gran historia. ¿Eres tú quien va a producirla?

Él asintió.

—Sí, es una cosa con muchas vueltas. Justamente el tipo de historia que andaba buscando. Lógicamente yo deseaba que Carol hiciera la adaptación, pero no creí que Gold aceptara. Y de pronto, mientras pensaba en la manera de convencerlo, me llamó para decirme que él pensaba que Carol podía hacerlo.

Dejé mi sitio detrás del bar y fui al sillón, con mi vaso. Me sentí mejor al sentarme.

—Y en concreto... ¿qué representa esto?

Peter se encogió de hombros.

—Bueno, naturalmente un contrato... mucho dinero... crédito en el cine... y otra oportunidad si hace bien la adaptación... —probó su whisky.

—Y claro que la hará bien. Carol tiene mucho talento. Yo empecé a pensar que en aquel juego todos tenían talento, menos yo.

Él se acercó y se dejó caer en un sillón. Parecía haberse dado cuenta de que las noticias me habían conmovido.

—¿En qué estás trabajando ahora?

Yo empezaba a estar harto de tanto interés en mi trabajo.

—En una novela —dije, cortante—. Nada que pueda interesarte.

—Qué lástima. Me gustaría filmar alguna cosa tuya... —tendió sus largas piernas—. Hace tiempo que deseaba hablar contigo. ¿Has pensado alguna vez en trabajar para Gold? Yo te podría dar una recomendación.

Me pregunté, desconfiado, si Carol le habría hablado de la cosa.

—¿Para qué, Peter? Ya me conoces. No puedo trabajar para nadie. Por lo que Carol me cuenta, trabajar en el estudio es realmente infernal.

—Pero representa mucho dinero —dijo Peter, tomando el vaso que yo le tendía—. Piénsalo y no te tomes demasiado tiempo. El público tiene poca memoria y, en

Hollywood, la memoria es todavía más corta... —no me miró; tuve la sensación de que, en lo que decía, había algo más que una conversación casual. Era casi un consejo.

Encendí un cigarrillo y quedé ensimismado. Hay algo que uno jamás dice a otros escritores o productores en Hollywood. Uno nunca dice que se ha quedado sin ideas. Lo descubren por sí mismos, bastante rápido.

Yo sabía que si volvía a Three Point, iba a suceder lo mismo que había pasado en los dos últimos días. Iba a pensar en Eva. No había dejado de pensar en ella desde el momento en que me encontré echado en el suelo, en la cabaña desierta, cuando ya el sol entraba a través de las cortinas. Había procurado borrarla de mi mente, pero no podía. Ella estaba allí, en mi cuarto, se sentaba a mi lado en el pórtico, me miraba fijamente desde la vacía hoja de papel en mi máquina de escribir.

Finalmente la cosa se puso tan mal que sentí la necesidad de hablar con alguien de ella. Por eso fui a Hollywood a ver a Carol. Pero, al empezar a hablar, me di cuenta de que no podía decir las cosas que me pasaban por la mente. Tampoco se las podía decir a Peter. No podía decir lo que yo sentía por Eva. Hubieran creído que estaba loco.

Tal vez estaba loco. Podía elegir entre una veintena de mujeres elegantes, atractivas. Tenía a Carol, que me amaba y que representaba mucho para mí. Pero nada me bastaba. ¡Tenía que enamorarme de una prostituta!

Quizás enamorado no era la palabra que correspondía. La noche anterior había permanecido sentado en el pórtico, con una botella de whisky al lado, procurando razonar. Eva había herido mi orgullo. Su fría indiferencia me había provocado. Sentía que ella vivía en una fortaleza de piedra, y yo tenía que asaltar esa fortaleza y derribar los muros.

Cuando llegué a estas conclusiones ya estaba muy borracho, pero decidí que debía conquistarla. Todas las mujeres con las que me había divertido en el pasado habían sido demasiado fáciles. Quería algo en lo que de verdad pudiera clavar el diente. Eva iba a hacerme trotar. Se iba a hacer la difícil, y la idea me excitaba. Iba a ser una lucha sin restricciones. Ella no era una muchachita inocente, a la que yo podía dar vueltas con el dedo. Inconscientemente me había provocado, y yo iba a aceptar el reto. No dudaba del resultado final. Tampoco pensaba en lo que iba a pasar una vez que la tomara por asalto. Eso se arreglaría por sí solo cuando llegara el momento.

Salí de mis pensamientos por el regreso de Carol. Se había puesto un vestido azul-hielo, sobre el que llevaba una capa de armiño.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exclamé, poniéndome de pie—. Estoy muy contento y orgulloso de ti, Carol.

Ella me miró, ansiosa.

—Es muy excitante, ¿no te parece, Clive...? ¿No quieres acompañarnos ahora?

Tenemos que festejar...

Yo deseaba acompañarlos, pero tenía algo más importante que hacer. De haber estado solos, habría salido con Carol, pero, con Peter, la cosa cambiaba.

—Me uniré a ustedes más tarde, si puedo —dije—. ¿Dónde van a comer?

—En el Derby Brown de Vine Street —dijo Peter—. ¿Demorarás mucho?

—Depende —dije—. De todos modos, si no aparezco, nos encontraremos aquí todos después de comer. ¿De acuerdo?

Carol puso su mano sobre la mía.

—Tienes que venir —dijo—. ¿Verdad que vas a hacer todo lo posible?

Peter se puso de pie.

—Prometí encontrarme a las ocho con mi editor —expliqué. Eran sólo las siete y media—. ¿Te importa que me quede aquí unos minutos? Quiero terminar este trago y hacer unos llamados.

—No... vamos, Peter, no nos metamos en sus asuntos... —Carol me saludó con la mano—. Entonces, ¿te veremos luego? ¿Piensas volver esta noche a Three Point?

—Creo que sí, pero, si se me hace tarde, iré a mi estudio. Aunque quiero empezar mañana a trabajar.

Cuando se fueron me serví otro whisky y tomé la guía del teléfono. Había muchos Marlows en la guía. Después, con una súbita exaltación, vi el nombre de ella. La dirección era una casa en Laurel Canyon Drive. No tenía idea dónde quedaba eso.

Durante varios segundos vacilé, después tomé el teléfono y marqué el número. Oí el continuo zumbido de la campanilla, luego hubo un clic y la sangre empezó a moverse en mí, como la de un inquilino en perspectiva al examinar una casa.

Una mujer —no era Eva— dijo:

—Hola...

—¿La señorita Marlow?

—¿De parte de quién? —la voz parecía desconfiada. Hice una mueca al teléfono.

—Ella no conoce mi nombre.

Hubo una pausa, después la mujer dijo:

—La señorita Marlow pregunta qué desea.

—Dígale a la señorita Marlow que se baje del caballo —dije—. Me han dicho que la llame...

Hubo otra pausa y Eva vino al teléfono.

—Hola —dijo.

—¿Puedo ir a verte? —hablé en voz baja, para que no me reconociera.

—¿Ahora?

—En media hora.

—¿Por qué no? —pareció vacilar—. ¿Te conozco?

Me pareció que aquélla era una conversación diabólica.

—Me conocerás muy pronto —dije, y reí.
Ella también rió. Su voz parecía grata en el teléfono.
—Entonces ven enseguida —dijo, y cortó.
Fue tan sencillo y fácil como eso.

Laurel Canyon Drive era una callecita estrecha con escasas construcciones de estilo pueblerino, ocultas en parte por cercos y matorrales. Conduje el coche lentamente hasta que vi el número de la casa de Eva pintado en una tranquerita blanca. Me detuve y bajé.

No había nadie a la vista y la casa tenía aire discreto. Tras haber pasado la tranquera, el alto cerco me ocultó de la calle. Marché por el sendero que trepaba hacia la puerta principal que, a su vez, estaba semiocultada por un pórtico. Las ventanas a ambos lados de la puerta tenían cortinas de muselina crema. Tuve que subir varios escalones de madera antes de llegar a la puerta.

El llamador era un anillo de hierro que pasaba a través del cuerpo de una mujer desnuda. El diseño era bonito y lo examiné unos segundos antes de llamar. Esperé, dándome cuenta de que el corazón golpeteaba con reprimida excitación.

Casi enseguida, oí el clic de una luz eléctrica y se abrió la puerta. Una mujer alta, angulosa, casi de mi estatura, se plantó tiesa en la entrada.

La luz del corredor me iluminaba, dejándola a ella en sombras. Sentí que sus ojos recorrían mi silueta; después, satisfecha con lo que veía, se hizo a un lado.

—Buenas noches. ¿Tiene cita?

Tras seguirla al vestíbulo, la examiné con curiosidad. Era una mujer coloradota, de unos cuarenta y cinco años más o menos. Su cara era aguda, con una mandíbula puntiaguda, una nariz puntiaguda y unos ojos brillantes. Su sonrisa tenía la mezcla justa de servilismo amistoso.

—Buenas —dije—. ¿Está la señorita Marlow?

Sentía aguda timidez e irritación. Deseaba que esta mujer me viera y supiera para qué yo había ido a esta sórdida casita.

—Por aquí, señor —avanzó por el corredor y abrió una puerta.

Yo tenía la boca seca; el pulso latía en mis sienes cuando entré al cuarto.

No era un cuarto grande. Frente a mí había una mesa de tocador con un espejo aplicado; en el suelo, frente al tocador, una tupida alfombrilla blanca. A la izquierda de la alfombra había una cómoda, sobre la que se veían varios animalitos de vidrio. En el extremo de la derecha había un ropero barato, pintado de blanco. Un gran diván-cama, cubierto por una colcha rosada, ocupaba todo el espacio libre.

Eva estaba junto a la chimenea vacía. Cerca de ella un silloncito y una mesita de noche, sobre la que había una lámpara para leer y varios libros.

Llevaba el mismo salto de cama azul de mangas cortas, y su cara parecía de madera bajo el cuidado maquillaje.

Nos miramos.

—¿Qué tal? —dije, sonriendo.

—¿Qué tal? —su expresión no cambió y no se movió. Era un saludo desconfiado, indiferente.

Yo seguí mirándola, algo cohibido, intrigado de que no mostrara sorpresa al verme, irritado por el salto de cama. Pero, pese a la atmósfera hostil, la sangre corría rápida por mis venas.

—¿Así que volvemos a encontrarnos? —dije un poco torpemente—. ¿No te sorprende verme?

Ella meneó la cabeza.

—No... reconocí tu voz.

—Juraría que no es así —dije—. Estás bromeando.

Ella torció la boca.

—Te reconocí... además... te esperaba.

Debo de haber delatado mi tremenda sorpresa, porque ella rió de pronto. La tensión disminuyó de inmediato.

—¿Me esperabas? —repetí—. ¿Por qué?

Ella apartó la mirada.

—¿Y eso qué importa?

—A mí me importa —insistí, pasando junto a ella y sentándome en el sillón. Saqué mi cigarrera y le ofrecí fumar.

Levantó las cejas, pero aceptó el cigarrillo.

—Gracias —dijo. Vaciló y luego se sentó en la cama, cerca de mí.

Yo también saqué un cigarrillo, teclé en el encendedor y, cuando ella se inclinó hacia mí para encender el cigarrillo, dije:

—Quiero saber por qué me esperabas.

Ella meneó la cabeza.

—No te lo voy a decir —dejó que el humo surgiera por los hoyos de su nariz y miró inquieta alrededor. Estaba a la defensiva y sentí instintivamente que estaba nerviosa y poco segura de sí misma.

La estudié unos segundos. En cuanto sintió que le clavaba los ojos en la cara, me miró de frente.

—¿Qué hay? —preguntó agudamente.

—Es una lástima que te maquilles así. No te sienta.

Ella se puso de pie enseguida y fue al espejo encima de la chimenea.

—¿Por qué? —dijo, mirándose atentamente—. ¿No estoy bien? Dime qué es lo que no te gusta.

—Claro que sí, estás bien, pero estarías mejor sin toda esa porquería en la cara. No la necesitas.

Ella siguió mirándose al espejo.

—Quedo horrorosa sin esto —dijo, mitad para sí misma; después se volvió hacia

mí con el entrecejo fruncido.

—¿Te ha dicho alguien que eres una mujer interesante? —Pregunté, sin dejarla hablar—. Tienes carácter, y eso es algo que no poseen muchas mujeres.

Apretó la boca y se sentó. Por un momento la había pescado con la guardia baja: ahora volvía la expresión de madera.

—No has venido aquí para decirme que soy interesante, ¿no es así?

Sonreí.

—¿Por qué no? Si nadie te lo ha dicho antes, ya es hora de que alguien lo haga. Me gusta dar a las mujeres lo que les corresponde.

Ella arrojó ceniza en la chimenea. Fue un movimiento nervioso, irritado; comprendí que no sabía qué hacer conmigo. Mientras pudiera mantenerla en ese estado de ánimo, la iniciativa era mía.

—¿No vas a pedirme perdón por esto? —dije, señalando el moretón que tenía en la frente.

Ella dijo lo que yo esperaba que dijera.

—¿Por qué? Te lo merecías.

—Supongo que así es —dije, y reí—. La próxima vez tendré cuidado. Me gustan las mujeres animosas. Lamento la forma en que me porté, pero quería ver cuál iba a ser tu reacción... —volví a reír—. Pero no creí que iba a sentirla en carne propia...

Ella me miró, vacilando, después sonrió y dijo:

—A veces me enfurezco... pero te lo merecías.

—¿Siempre tratas así a los hombres?

Ella me esquivó.

—Los trato... ¿cómo?

—Si les das un golpe en la cabeza cada vez que te molestan...

Esta vez tuvo una risita.

—A veces.

—¿No me guardas rencor?

—No.

La observé. Se agobió al sentarse, con la cabeza hacia adelante y los esbeltos hombros curvados. Nuevamente me miró con intensidad cuando sintió mis ojos fijos en ella.

—No te quedes ahí mirándome —dijo, irritada—. ¿Para qué has venido?

—Me gusta mirarte —contesté, extendiéndome en el sillón y sintiéndome al fin totalmente cómodo—. ¿Acaso no se puede hablar contigo? ¿Te parece tan raro?

Ella frunció el entrecejo. Comprendí que pensaba dos cosas. No sabía si yo estaba allí para hacerle perder el tiempo o si había ido como quien dice, profesionalmente. Era evidente que le resultaba difícil controlar su impaciencia.

—¿Sólo has venido aquí para hablar? —dijo, mirándome y apartando los ojos de

inmediato—. ¿No te parece una pérdida de tiempo?

—No lo creo. Me interesas y, además, me gusta hablar con mujeres atractivas.

Ella miró el techo con exagerada expresión de exasperación.

—Bah, todos dicen lo mismo —contestó, impaciente.

Eso me enojó.

—Si no te molesta, prefiero que no me metas en el mismo canasto con los otros —dije, con acritud.

Ella pareció sorprendida.

—Tienes muy buena opinión de ti mismo, ¿no es así?

—¿Por qué no voy a tenerla? —me tocaba el turno de impacientarme—. Después de todo, ¿quién creería en mí, si yo no creyera?

Su cara se oscureció.

—No me gustan los hombres engreídos.

—¿Acaso no eres tú engreída?

Sacudió la cabeza con énfasis.

—¿Por qué voy a serlo?

—Espero que no seas una mujer más con un complejo de inferioridad.

—¿Conoces a tantas?

—Bastantes. ¿Tú también sufres de un complejo de inferioridad?

Ella miró con fijeza la chimenea vacía, con una expresión súbitamente malhumorada.

—Creo que sí... —después me miró desconfiada—. ¿Crees que esto es gracioso?

—¿Por qué va a parecerme gracioso? Creo que es patético, porque no tienes motivos para que así sea.

Ella levantó las cejas, interrogándome.

—¿Por qué no?

Supe entonces que no estaba segura de sí misma: le interesaba lo que yo pudiera pensar de ella.

—Deberías poder contestarlo si fueras sincera contigo misma. Mi primera impresión acerca de ti... pero no importa, prefiero no decírtela.

—Adelante —contestó—, quiero saber. ¿Cuál fue tu primera impresión?

La examiné como si estuviera haciendo un cuidadoso recuento de sus cualidades. Ella me miraba fijamente, con gesto ceñudo, incómoda, aunque quería saber. Yo había pensado tanto en ella en los dos últimos días, que hacía tiempo había olvidado la primera impresión.

—Si realmente quieres saberlo —dije, con pretendida mala gana—, te lo diré. Aunque no pretendo que me creas.

—Vamos —dijo ella impaciente—, no te esquives.

—Bien. Te diré que eres una mujer de considerable carácter, independiente hasta

el máximo, iracunda y voluntariosa, extraordinariamente atractiva para los hombres, y, de alguna manera rara, sensible en tus sentimientos.

Ella me estudió vacilante.

—Me pregunto a cuántas mujeres les habrás dicho lo mismo... —dijo, pero comprendí que estaba secretamente halagada.

—A muy pocas... a ninguna, si consideras las cosas en su conjunto. No he encontrado ninguna mujer que tuviera todas esas cualidades con excepción tuya. Pero lo cierto es que aún no te conozco. Puedo estar completamente equivocado. Son primeras impresiones...

—¿Me encuentras atractiva? —hablaba terriblemente en serio ahora.

—No estaría aquí si no fuese así. Claro que eres atractiva.

—Pero... ¿por qué? No soy linda —se levantó y se miró de nuevo al espejo—. Creo que soy horrible.

—Oh, no. Tienes carácter y personalidad. Eso vale más que una hermosura insípida. Hay en ti algo extraordinario. Quizá la palabra para designarlo sea magnético.

Ella cruzó los brazos sobre sus pequeños senos chatos.

—Me parece que eres atrozmente mentiroso —dijo, con rabia en los ojos—, no crees que voy a tragarme todas esas pavadas, ¿verdad? ¿Qué deseas en concreto? Nadie viene aquí a tomarme el pelo de esta manera.

Me reí.

—No te enojas, ¿sabes? Te tengo lástima. De veras tienes un feo complejo de inferioridad. No importa, tal vez llegues a creer en mí algún día... —me incliné y examiné los libros sobre la mesita de noche. Había algunas novelas de detectives, un trajinado ejemplar de *Tener y no Tener* de Hemingway, y *La Vida Nocturna de los dioses* de Thorne Smith. Se me antojó una curiosa mezcolanza.

—¿Lees mucho? —pregunté, cambiando deliberadamente de tema.

—Cuando encuentro un buen libro —dijo ella, asombrada.

—¿Has leído *Ángeles con tapado de marta*? —pregunté, mencionando mi primer libro.

Ella se acercó, inquieta, al tocador.

—Sí... no me gustó demasiado... —agarró un cisne y empezó a empolvase el mentón.

—¿No te gustó? —la cosa me desagradó—. Me gustaría saber por qué.

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente no me gustó.

Dejó a un lado el cisne, se miró en el espejo y se acercó de nuevo a la chimenea. Estaba inquieta, impaciente y algo aburrida.

—Pero debe de haber algún motivo. ¿Te pareció aburrido?

—No me acuerdo. Leo tan rápido que no recuerdo nada de lo que leo.

—Comprendo... de todos modos no te gustó... —estaba irritado porque no se acordaba de mi novela. Me hubiera gustado hablar con ella y conocer sus reacciones, aunque no le hubiera gustado el libro.

Empecé a creer que iba a ser difícil mantener una conversación normal con ella. Hasta que nos conociéramos —y estaba decidido que íbamos a conocernos— los temas de conversación estaban severamente limitados. Hasta ahora nada teníamos en común.

Ella permaneció mirándome dudosa, y después volvió a sentarse en la cama.

—Bueno —dijo bruscamente—, ¿y ahora qué?

—Háblame algo de ti.

Ella se encogió de hombros e hizo una mueca.

—No hay nada que decir.

—Claro que hay mucho que decir —dije, inclinándome hacia adelante y tomándole la mano—. ¿Eres casada o esto es en broma? —hice girar en su dedo el anillo de oro.

—Soy casada.

Quedé un poco sorprendido.

—¿Tu marido es un tipo bien?

Miró hacia otro lado.

—Hum...

—¿Muy bien?

Ella retiró la mano.

—Sí, muy bien.

—¿Y dónde está?

Sacudió la cabeza, brusca.

—No es asunto tuyo.

Me reí de ella.

—Vamos, no te alteres. Debo decir que, cuando te enojas, eres impresionante. ¿Cómo se te formaron esas arrugas a los lados de la nariz?

Se puso de pie enseguida y se miró al espejo.

—Son feas, ¿verdad? —dijo, procurando suavizar aquellos pliegues con la punta de los dedos.

Miré el reloj que había sobre la chimenea. Hacía exactamente un cuarto de hora que yo estaba en el cuarto.

—Entonces no deberías enfurruñarte tanto —dije, poniéndome de pie—, ¿por qué no te relajas un poco?

Me acerqué a ella y, al hacerlo, la expresión intrigada, incluso preocupada, desapareció de sus ojos: surgió allí una expresión de confianza y diversión secreta.

Desató el cordón de su salto de cama; sus delgados dedos se dirigieron al ojalito de seda que sujetaba el único botón que cerraba el salto de cama.

—Es hora de que me vaya —dije, mirando significativamente el reloj.

La mirada de confianza desapareció: dejó caer las manos a los lados. Me alegré de no haberla enfrentado en el propio terreno. Mientras me comportara de manera distinta a los demás hombres que la visitaban, estaba seguro de llamarle la atención y mantenerla intrigada.

—Me gustaría que habláramos de ti cuando tengas tiempo para hacerlo —dije, sonriendo—. Tal vez pueda serte de alguna utilidad para tu complejo de inferioridad —al pasar frente a la cómoda deslicé dos billetes de diez dólares entre los animalitos de vidrio. Uno, la reproducción del Bambi de Disney, se tumbó a un lado.

Vi que miraba rápidamente el dinero; después apartó los ojos. La expresión terca desapareció.

—¿Te veré alguna vez con otra cosa que no sea ese salto de cama? —pregunté en la puerta.

—Es probable —dijo ella con voz vacía—, suelo usar otras cosas.

—Uno de estos días tendrás que tratarme en forma. La próxima vez que te llame, no olvides de sacarte ese maquillaje. No te queda bien. Por ahora adiós... —y abrí la puerta.

Ella se me acercó.

—Gracias por... por el regalo —dijo, sonriendo. Era extraordinario cómo cambiaba al sonreír.

—No tiene importancia. A propósito... mi nombre es Clive. ¿Quieres que vuelva a telefonearte?

—¿Clive? ¡Ya conozco dos Clives!

En aquel cuarto de hora yo había olvidado totalmente que ella era una mujer de la calle, y la frase me fustigó malamente.

—Lo lamento. Pero no tengo otro nombre. ¿Sugieres que use algún otro nombre?

Ella sintió mi irritación y pareció un poco enojada.

—Me gusta saber quién viene a verme —dijo.

—Claro —dije con sarcasmo—. ¿Qué te parece si digo que soy sir Clarence, o Lancelot, o Archibald?

Ella se rió y me miró con curiosidad.

—Está bien. Reconoceré tu voz. Adiós, Clive.

—Bien. Vendré pronto a verte.

—Marty... llamó ella.

La mujer grande y angulosa salió del otro cuarto. Permaneció esperando, con las manos juntas, un débil guiño en los ojos.

—Te llamaré pronto —dije, y seguí a la mujer por el corredor.

—Buenas noches, señor —dijo ella cortésmente, cuando llegamos a la puerta.

La saludé con la cabeza y marché por el sendero hacia la tranquerita de madera blanca. Después de subir al coche, me detuve y volví a mirar la casa. No se veían luces. A la luz del crepúsculo parecía cualquiera de las casitas que pululan en las calles apartadas de Hollywood.

Puse el motor en marcha y me dirigí hacia un bar en Vine Street cerca del Brown Derby. Súbitamente me sentía desalentado y necesitaba tomar un trago.

El negro encargado del bar me sonrió alegremente; sus dientes brillaban como las teclas de un piano en la violenta luz eléctrica.

—Buenas, señor —dijo, tendiendo sus grandes manos sobre el mostrador, ¿qué desea servirse esta noche?

Pedí un whisky puro y lo llevé a una mesa lejos del bar. Había sólo unos pocos hombres en el lugar, y yo no conocía a ninguno. Esto me alegró, porque quería pensar. Me arrellané en el cómodo sillón, bebí un poco de whisky y encendí un cigarrillo.

Decidí, tras pensarlo un poco, que había sido un cuarto de hora interesante, aunque un poquito caro. El primer movimiento en la partida había sido mío. Eva había quedado intrigada y también, yo estaba seguro de esto, interesada. Me hubiera gustado saber lo que había dicho a Marty acerca de mí cuando me fui. Era bastante inteligente como para darse cuenta de que yo estaba empeñado en una especie de juego, aunque no le había dejado atisbar de qué se trataba.

La había puesto curiosa. Había hablado de ella y no de mí mismo: esto debía de ser un cambio para ella. Seguramente la clase de hombres con los que andaba era de esos que hablan continuamente de sí mismos. Su complejo de inferioridad era interesante. Probablemente se debía a miedo ante el futuro. Quería que la tranquilizaran con respecto a sí misma. Como confiaba en su oficio para ganar dinero, eso explicaba su ansiedad acerca de su aspecto físico. No era joven. No era vieja, naturalmente, pero aunque tuviera treinta y tres años, y me parecía que debía de tener algo más, en ese oficio, ésa es la edad en que una mujer empieza a angustiarse.

Terminé el whisky y encendí un cigarrillo. Al hacer esto rompí la cadena de mis pensamientos y empecé, casi contra mi voluntad, a examinar mi propia conciencia.

Evidentemente me había pasado algo. Unos pocos días atrás, la idea de tener relaciones con una prostituta me hubiera parecido imposible. Siempre he despreciado a los hombres que van con esas mujeres. Todo lo que ellos representaban era para mí repugnante. Sin embargo, yo había pasado un cuarto de hora con una de estas mujeres, tratándola como trataba a cualquiera de mis otras amigas. Había dejado el coche estacionado frente a su casa, cosa que podía ser notable en la vecindad si alguien deseaba identificarme, y había pagado el privilegio de una conversación enteramente vana.

La desgracia es que yo estaba relacionado con gente brillante y de talento. Yo sabía que yo era moneda falsa comparado con mis amigos. Eva, en cambio, nunca había conocido el éxito. No tenía talento y era una paria social. Era la única mujer que conocía a la cual yo podía realmente proteger. Pese a su poder sobre los hombres, a su fuerza de voluntad y a su fría indiferencia, Eva estaba en venta. Mientras yo tuviera dinero, yo era el amo. Comprendí en ese momento que una compañera de este tipo era esencial para mí: necesitaba alguien que fuera moral y socialmente inferior a mí, si no quería perder la confianza en mí mismo.

Cuanto más pensaba en esto, más claro resultaba que debía dejar Three Point. Pensaba ver muy seguido a Eva. El que yo viviera tan lejos no iba a simplificar nuestros encuentros. Tenía que dejar Three Point.

Apagué el cigarrillo y me dirigí al teléfono público. Llamé a mi departamento.

La voz de Russell flotó del otro lado de la línea.

—Sí... es la residencia del señor Thurston.

—Iré esta noche a alguna hora —dije—. Quiero que haga usted una cosa. Busque por ahí uno de mis libros. *Flores para la señora*. Quiero que lo mande enseguida a la señorita Eva Marlow, con un mensajero especial. Sin tarjeta ni nada que pueda identificar quién lo envió... —dicté la dirección—. Enseguida, por favor.

Dijo que así lo haría y me pareció percibir una leve nota de desaprobación en su voz. Russell tenía cariño a Carol y siempre desaprobaba a las otras mujeres que yo conocía. Corté antes que expresara su opinión, cosa que era muy capaz de hacer. Después salí del bar y me dirigí al *Brown Derby*.

6

Encontré a Carol y Peter en una mesa un poco apartada de la orquesta. Los acompañaba un hombre grandote, de miembros alargados, con un esmoquin immaculado. Tenía una mata de pelo gris acero y su cara era larga y amarilla, con el labio inferior grueso y caído, y una ancha nariz aplastada. Fácilmente habría podido ser el nieto de un león.

Peter me vio cuando me abría paso entre las mesas repletas. Se levantó para saludarme.

—¡Eh, caramba —dijo, sorprendido y contento—, te las arreglaste después de todo! ¡Mira quién llega, Carol! ¿Ya has comido?

Tomé la mano de Carol y le sonreí.

—No —dije—. ¿Puedo acompañarlos?

—Naturalmente —dijo ella—, ¡me alegro tanto de que hayas venido!

Peter me tocó el brazo.

—Creo que no conoces a Rex Gold —dijo. Se volvió hacia el hombre con cara de león que seguía comiendo su sopa con expresión concentrada.

»Éste es Clive Thurston, el escritor.

¡Así que éste era Rex Gold! Como todo el mundo en Hollywood, yo había oído hablar de él, y sabía que era el hombre más poderoso del cine.

—Encantado de conocerlo, señor Gold —dije.

De mala gana él dejó de comer la sopa y se levantó a medias, tendiéndome una mano floja, como sin huesos.

—Tome asiento, Thurston —dijo. Sus ojos hundidos, leonados, me miraron a través de la piel—. ¡La sopa de langosta es excelente! ¡Mozo! —chasqueó los dedos, impaciente—. Una sopa de langosta para el señor Thurston.

Hice un guiño a Carol mientras el mozo deslizaba una silla detrás de mí.

—Ya ves, no puedo estar lejos de ti —le dije en un murmullo.

—¿Acaso los editores no quisieron verte hoy? —dijo ella en voz baja.

Meneé la cabeza.

—Yo los llamé —bajo la mesa busqué su mano y la apreté.

»Resultó que se trataba de algo sin importancia, y decidí verlos mañana. Quería venir a festejar contigo.

Mientras charlábamos, Gold siguió llevándose la cuchara a la boca, con los ojos fijos en una mirada de hielo. Era evidente que no le gustaba combinar la charla con la comida.

—Creí que habías ido a ver a esa mujer salvaje —murmuró Carol traviesamente — y creí que ése era el motivo por el que me habías plantado.

—No te plantaría jamás por nadie —contesté, procurando que mi sonrisa

apareciera sincera. Carol tenía una aterradora manera de adivinar la verdad en todo lo que a mí se refería.

—¿Qué están comentando ustedes? —preguntó Peter.

—Son secretos —contestó Carol rápida—. No seas curioso, Peter.

Gold terminó la sopa y dejó caer la cuchara con un tintineo. Después miró alrededor en busca de un mozo.

—¿Dónde está la sopa del señor Thurston y qué viene después? —exclamó cuando el mozo llegó corriendo. En cuanto quedó claro que no nos habían olvidado ni a él ni a mí, se volvió hacia Carol.

—¿Viene usted esta noche al club? —preguntó.

—Por un rato —dijo Carol—. Pero no quiero demorarme. Tengo mucho que hacer mañana.

El mozo me trajo la sopa.

—Debe usted dejar siempre que el mañana se resuelva solo —dijo Gold, clavando los ojos en mi sopa.

Tuve la sensación de que de buena gana me la hubiera quitado y la hubiera tomado él, en caso de alentarle en lo más mínimo. Ese sentimiento me perturbó.

—Usted debería aprender a divertirse al mismo tiempo que a trabajar —prosiguió—, no se pueden separar las dos cosas.

Carol meneó la cabeza.

—Necesito mis siete horas de sueño, especialmente ahora.

—Esto me recuerda —dijo Gold haciendo una mueca con sus gruesos labios—: Ingram irá a mi oficina mañana por la mañana. Me gustaría que usted lo conociera —se dirigía ahora a Peter.

—Perfecto —dijo Peter—. ¿Nos dará mucho trabajo con la adaptación?

—No. Si es difícil de manejar, hágamelo saber enseguida —Gold me miró de pronto—. ¿Ha escrito alguna vez para el cine, Thurston?

—No... aún no —contesté—. Tengo algunas ideas que pienso desarrollar cuando tenga tiempo.

—¿Ideas? ¿Qué ideas? —Su cara quedó colgando sobre la mesa cuando se echó hacia adelante—. ¿Algo que pueda serme útil?

Busqué locamente en mi mente algún tema descartado que pudiera servirle, pero no se me ocurrió nada.

—Probablemente —dije, decidido a mentir—, le mostraré unos temas si está interesado.

Sentí que sus ojos penetraban en mí, como taladros.

—¿Me mostrará qué? No entiendo.

—Unos argumentos —dije, súbitamente acalorado e irritable—. En cuanto tenga tiempo de preparar unos argumentos se los haré llegar.

Él lanzó una mirada vacía hacia Carol. Ella deshacía migajas de pan distraídamente, y no miró.

—¿Unos argumentos? —repitió él—. Los argumentos no me interesan. Lo que deseo es una historia. Usted es escritor, ¿verdad? Lo único que deseo es que me cuente una historia... ahora mismo. Usted dice que tiene ideas. Está bien. Cuénteme.

Deseé no haberme sentado a aquella mesa. Noté que Peter me observaba con curiosidad. Carol seguía deshaciendo migajas, pero había ahora un leve rubor en su cara. Gold seguía mirándome fijamente mientras se pellizcaba las flojas mejillas con su mano carnosa.

—Aquí no puedo hablar —dije—. Si está usted de verdad interesado, yo podría ir a verlo.

Justamente en ese instante nos rodearon varios mozos y empezaron a servir el plato siguiente. De inmediato Gold perdió interés en mí y empezó a fastidiar a los mozos. Todo tenía que ser perfecto, incluso la temperatura del plato en el que iban a servir la comida. Por varios minutos hubo una actividad febril alrededor de la mesa. Finalmente él quedó satisfecho y empezó a devorar como un lobo que no ha comido hace varios días.

Peter pescó mi mirada vacía e hizo una débil mueca. Parecía inútil iniciar una conversación cuando Gold estaba comiendo. Ni Carol ni Peter hicieron esfuerzo alguno, y yo decidí seguir su ejemplo. Todos comimos en silencio. Yo me preguntaba si, cuando terminara de comer, Gold iba a insistir en que le contara un argumento. No creí que lo hiciera. En cierto modo estaba enojado conmigo mismo por haber dejado pasar la oportunidad, pero, como no tenía nada que decirle, quedé agradecido por la interrupción.

En el momento en que Gold dejó de comer apartó de inmediato el plato y sacó un palillo de dientes del bolsillo del esmoquin. Lentamente se limpió los dientes mientras miraba alrededor de la sala repleta.

—¿Ha leído usted el libro de Clive, *Ángeles con tapado de marta*? —preguntó bruscamente Carol.

Gold frunció el ceño.

—Nunca leo nada —dijo cortante—, usted ya lo sabe.

—Pues creo que es un error. El argumento no me parece adecuado para una película, pero sí la idea que hay detrás.

Eso era nuevo para mí, y le lancé una mirada penetrante. Ella me ignoró cuidadosamente.

—¿Qué idea? —La cara amarilla de Gold mostró interés.

—Por qué los hombres prefieren a las mujeres degradadas —contestó Carol.

Quedé atónito: no recordaba que se presentara una situación semejante en *Ángeles con tapado de marta*.

—¿De verdad las prefieren? —preguntó Peter suavemente.

—Claro que sí —dijo Gold, agitando el palillo entre los dedos—. Carol tiene razón. Y le diré por qué. Las prefieren porque las mujeres buenas son muy aburridas. Carol meneó la cabeza.

—Yo no opino eso, ¿y tú, Clive?

No supe qué decir. No había pensado en la cosa. Entonces Eva se presentó en mi mente. Pensé en ella y en Carol. Eva era una depravada, y Carol era buena en el sentido que es buena una persona sincera, en quien se podía confiar, honesta y que vive de acuerdo con un buen código moral; yo dudaba que Eva supiera lo que significaba la moral. Esta comparación era la mejor de todas: yo había dejado a Carol, le había mentado, para permanecer unos minutos junto a Eva. ¿Por qué había hecho esto? De saberlo, habría podido contestar a Carol.

—Una mujer depravada posee ciertas cualidades de las que carece una mujer buena —dije lentamente—. Esas cualidades... no necesariamente deben ser buenas... atraen el instinto primitivo del hombre. Los hombres han quedado detrás de las mujeres en lo referente al control de los instintos y, mientras las mujeres tengan mejor control, los hombres irán tras las mujeres degradadas. De todos modos, al hombre no le agrada una mujer degradada por mucho tiempo. Es alguien que se toma hoy y se abandona mañana.

Carol dijo agudamente:

—Eso es una absoluta tontería, Clive, y tú lo sabes.

La miré con expresión vacía. En sus ojos tenía algo que yo no había percibido antes. Estaba herida, enojada, y dispuesta a pelear.

—Yo estoy bastante de acuerdo con Thurston —dijo Gold, con complacencia. Sacó un gran cigarro de una caja y lo examinó pensativo.

—El instinto es algo importante en el hombre.

—Eso nada tiene que ver con la cosa —interrumpió Carol—. Le diré por qué los hombres prefieren a las mujeres degradadas... —Lanzó una mirada a Peter como para excluirlo de la conversación—. Hablo ahora de la mayoría de los hombres, a quienes, si les sueltan la cadena, corren y se portan con promiscuidad de perritos. No tengo nada contra los hombres que aceptan un código de comportamiento moral y que a él se someten.

—Mi querida Carol —dije, comprendiendo que eso podía convertirse en un ataque personal—. Tendrías que estar en un púlpito.

—Quedaría encantadora predicando —dijo Gold, tendiendo un cigarro a un mozo para que se lo cortara—. Déjela seguir.

—A los hombres les gustan las mujeres degradadas porque son vanidosos —dijo Carol, dirigiéndose directamente a mí—. Las mujeres degradadas son generalmente decorativas. Son sofisticadas y llamativas. A los hombres les gusta ser vistos con esta

clase de mujeres porque sus amigos los envidian... ¡Los pobres cretinos! Una ramera generalmente no tiene inteligencia. Claro que no necesita tenerla. Lo único que necesita es una linda cara, un buen par de piernas, buena ropa y buena voluntad.

—¿Y usted cree que los hombres están más a gusto con las mujeres tontas? —preguntó Gold.

—Usted sabe que así es, Rex Gold —dijo Carol cortante—. No crea que puede echarme tierra en los ojos. Usted es como los otros.

La cara amarilla de Gold se dulcificó en una sonrisa.

—Adelante —dijo—, todavía no ha terminado, ¿verdad?

—Me fatiga ver las mujeres indignas que los hombres arrastran a todas partes. La mayoría de los hombres sólo piensan en el aspecto, la ropa, el cuerpo. Una muchacha que no tiene buen aspecto no va a ninguna parte en Hollywood. Es asqueante.

—Eso no interesa. Sigue hablando de las rameras... —dijo Peter, con los ojos brillantes de interés.

—Está bien... las rameras. Al hombre le desagrada que su mujer sepa más de lo que él sabe. Allí es donde la ramera se anota un tanto. Son mujeres haraganas por naturaleza y sólo tienen tiempo para ser rameras. Sólo saben hablar de sí mismas, de sus ropas, sus molestias y, naturalmente, su aspecto físico. A los hombres les gusta eso. No encuentran ahí una competidora. Si lo desean pueden sentirse protectores. El hombre es, para sí mismo, un pequeño dios de lata, aunque la ramera lo debe de encontrar aburrido. Lo único que a esas mujeres les importa es divertirse y ver qué pueden sacar de los hombres.

—Muy interesante —dijo Gold—, pero ¿dónde está la idea para la película? Yo no la veo.

—Una sátira sobre los hombres —dijo Carol— *Ángeles con tapado de marta* es un gran título. No importa cuál sea el argumento que ha escrito Clive. Use el título y pídale que le escriba una sátira ciento por ciento acerca de los hombres. Piense cómo se precipitarán a ver el filme las mujeres... y, después de todo, nuestro público es, en su mayoría, femenino.

Gold me lanzó una mirada.

—¿Y usted, qué opina?

Yo miraba a Carol con los ojos muy abiertos. Acababa de darme una idea. Y había hecho algo más. Había encendido mi imaginación apagada desde que había escrito el último libro. Ahora yo sabía lo que iba a hacer. La idea se presentó como un relámpago, iba a escribir la historia de Eva. Iba a atrapar su retorcida, extraña personalidad y la iba a llevar al cine.

—Es muy bueno —dije excitado—. ¡Sí, puedo escribirlo!

Carol me miró súbitamente y se mordió el labio. Nuestros ojos se encontraron y comprendí que ella había presentado lo que yo planeaba hacer. Rápidamente aparté la

mirada y me dirigí a Gold.

—Tal como dice Carol, es un gran título, y un gran tema...

Carol echó hacia atrás la silla.

—¿Les molestaría mucho que me fuera? —dijo de pronto—. Tengo un atroz dolor de cabeza. Lo he sentido venir toda la noche...

Peter estaba a su lado antes de darme tiempo para levantarme.

—Trabajas demasiado, Carol —dijo—. Rex Gold te disculpará por hoy, ¿no es así?

Los ojos leonados habían vuelto a ponerse dormilones.

—Vaya a acostarse —dijo un poco cortante—, yo me quedaré aquí con Thurston. Acompáñela a casa, Peter.

Me puse de pie.

—Yo la acompañaré —dije; me sentía enojado y algo asustado—. Vamos, Carol.

Ella meneó la cabeza.

—Quédate con el señor Gold —dijo, sin mirarme—. Peter, vamos a casa.

Cuando ya se daba vuelta yo alcancé a ponerle la mano en el brazo.

—¿Qué sucede? —pregunté, procurando controlar mi voz—. ¿Estás enojada por algo que he dicho?

Ella me miró un momento. La mirada herida, enojada, estaba aún en sus ojos.

—Prefiero que no me acompañes, Clive. Entiéndelo, por favor.

Ella sabe, pensé, lo sabe todo. No puedo ocultarle nada. Ve a través de mí como si estuviera hecho de vidrio.

Hubo una pausa muy molesta. Gold miraba sus carnosas manos, con un gesto de enfurruñamiento en su pesada cara. Peter recogió la capa de armiño de Carol y esperó, inquieto...

—Entiendo —dije, sorprendido de que mi voz sonara tan dura—, si es eso lo que deseas...

Ella procuró sonreír.

—Es eso lo que deseo. Buenas noches, Clive.

—Buenas noches —dije.

—Nos encontraremos en el club, Rex Gold —dijo Peter, despidiéndose con la mano cuando ambos salían.

Volví a sentarme a la mesa.

Gold miraba pensativamente la ceniza blanca de su cigarro.

—Las mujeres son raras, ¿no le parece? —dijo—. Naturalmente, hay algo entre ustedes...

Yo no tenía ganas de comentar a Carol con un individuo casi desconocido.

—Hace tiempo que somos amigos —dije, brevemente. Sus gruesos labios hicieron una mueca y sus cejas descendieron.

—La idea de ella es buena. Una sátira sobre los hombres. *Ángeles con tapado de marta*. Atraerá al público... —cerró los ojos y meditó—. ¿Cómo piensa encararlo?

—Haré el retrato de una ramera —dije, echándome hacia atrás en la silla, la mente dividida entre Carol y Eva—. Los hombres que pasan entre sus manos, el poder que ejerce sobre ellos y su regeneración final.

—¿Y quién la va a regenerar? —preguntó Gold casualmente.

—Un hombre... alguien más fuerte que ella.

Gold meneó la cabeza.

—Eso es mala psicología. Carol opinaría lo mismo. Si su personaje es una verdadera ramera, sólo otra mujer podría regenerarla.

—No estoy de acuerdo —dije con terquedad—. Un hombre puede lograrlo. Si una ramera puede llegar a amar, caerán las barreras y se podrá hacer cualquier cosa con ella.

Él echó en un plato la ceniza del cigarro.

—Creo que usted y yo pensamos de manera distinta —dijo—. Describame cuál es su idea de una ramera.

—Le describiré la ramera en la que pienso. Es la única que puede interesarme, porque la conozco. Existe y puedo estudiarla.

—Siga —el humo salía en volutas de sus labios y tapaba en parte su cara.

—La mujer en la que pienso vive de los hombres. Es despiadadamente egoísta y muy experimentada. Es antisocial, amoral y se interesa sólo en sí misma. Los hombres sólo cuentan para ella porque le dan dinero... —apagué la colilla de mi cigarrillo en el cenicero—. Ésa es mi ramera.

—Interesante —dijo Gold—, pero demasiado difícil. Usted no sabe de qué está hablando. Una mujer de ese tipo nunca podrá amar. Ha perdido el sentimiento del amor... —levantó los ojos y me miró fijamente—. Usted dice que conoce a esa mujer...

—Un poco. No puedo decir que la conozca realmente, pero voy a conocerla.

—¿Está usted experimentando con ella?

Yo no tenía ganas de decirle tanto. Él podía contarle la cosa a Carol.

—Sólo me interesa para escribir sobre ella —dije con descuido—, en mi oficio hay que mezclarse con toda clase de gente.

—Ya veo —sus labios húmedos se cerraron sobre el cigarro—. ¿No pensaba lograr que esa mujer se enamorara de usted?

Lo observé de reojo.

—Tengo mejores maneras de perder el tiempo —dije agudamente.

—No me interprete mal —dijo él, con un gesto de las manos—. Usted dice que esa mujer es el personaje que ha elegido para su argumento. También ha dicho que, si alguien logra hacerla amar, podrá hacer cualquier cosa con ella. ¿No es así?

Asentí.

—Entonces, ¿cómo puede estar seguro de tener razón psicológica si no hace el experimento? Yo no creo que usted tenga razón. Creo que esa mujer, tal como usted la ha descrito, está más allá del sentimiento del amor. Esto a mí me parece lógica pura: usted no hace más que teorizar.

Me apoyé en el respaldo de la silla. Súbitamente vi la trampa que me había tendido. No me quedaba más remedio que retroceder o hablarle de lo que estaba planeando.

—Espere —dijo Gold—, no diga nada. Déjeme hablar primero. Siempre es mejor conocer los hechos antes de comprometerse... —llamó con la mano al mozo—. Tomaremos un cognac. El cognac ayuda en este tipo de conversaciones.

Después de pedir el cognac hundió la cabeza entre los hombros y prácticamente se desplomó sobre la mesa.

—Estoy interesado —dijo—, me gusta *Ángeles con tapado de marta*. Me gusta la idea de una sátira acerca de los hombres. Hace tiempo que no hago una película psicológica. Atraen al público. Les gustan a las mujeres. Carol tiene razón cuando dice que las mujeres son nuestro público —hurgó en el esmoquin y extrajo la cigarrera—. ¿Quiere un cigarro, Thurston?

Acepté el gran cigarro, aunque en realidad no lo deseaba. Algo, de algún modo, me decía que Gold sólo ofrecía cigarros a la gente que pensaba favorecer.

—Ese cigarro me ha costado cinco dólares —dijo—. Los preparan especialmente para mí. Le va a gustar.

Trajeron el cognac. Gold olfateó la copa en forma de balón y suspiró.

—Excelente —murmuró sosteniendo la copa entre ambas manos.

Yo no estaba apurado. Corté con cuidado el extremo del cigarro y lo encendí. Era suave, dulce, satisfactorio.

—Me interesa —dijo Gold— una historia basada en la realidad. Me agrada su idea de moldear el carácter de alguien que usted conoce. Ella parece el personaje adecuado. Usted le dará vida, porque ya vive. Lo único que deberá hacer es reflejar el parecido y ponerlo sobre papel. Y quisiera que diera usted un paso más. Quisiera que ocupara usted el papel de su héroe y que antes de escribir, viviera las experiencias que ha planeado para ese héroe.

—Vamos, señor Gold... —empecé a decir, pero él levantó la mano.

—Déjeme seguir. Primero escuche lo que vaya decir. Tal vez usted descubra que sus ideas no dan los resultados que usted había esperado. Pero eso no importa: el resultado será psicológicamente justo. Usted es un hombre de mundo, imagino que ha tenido considerable éxito con las mujeres. La mujer que usted ha elegido como protagonista de su historia es una digna contrincante ¿verdad? ¿Por qué no la enamora? Será un experimento muy interesante.

No dije nada. Él sugería precisamente lo que yo había planeado hacer. De todos modos me sentí incómodo, porque Carol estaba en el fondo de mi mente.

—Yo compraría ese argumento, Thurston —prosiguió Gold apaciblemente—. Salga como saliere, será interesante. El experimento quedará entre usted, yo, y, lógicamente, la mujer en cuestión. No es necesario enterar a nadie más.

Nos miramos y comprendí que él se daba cuenta de que yo estaba inquieto por Carol.

—Reconozco que se me había ocurrido la idea —dije—, pero tratar íntimamente con una mujer de ese tipo es un poco riesgoso.

El chispazo de una sonrisa brilló en los ojos de Gold. Tuve la incómoda sensación de que veía a través de mí.

—¿Entonces lo hará? —preguntó, levantando las cejas.

—Sí, lo haré, como si me propusiera usted un negocio —dije—, pero no deseo perder tiempo si no vaya obtener alguna compensación.

—Cuénteme la historia en pocas palabras.

Pensé un momento.

—Será la historia de una ramera de éxito, que explota a los hombres. Me ocuparé del marco de sus relaciones con los hombres, de manera sólida, firme. En lo único que debemos poner énfasis es en que ella recibe dinero y regalos de los hombres que se interesan en ella. Después llega a su vida un tipo de hombre enteramente distinto, y aquí se inicia de verdad el drama. Al principio, como los otros, él se enamora de ella, pero, al conocerla, se da cuenta hasta qué punto es falsa y decide hacerle una jugarreta. La hace y la derrota al final. Luego, hartado del juego, la abandona y se va en busca de caza mayor. Veo algo así como las relaciones entre Red Butler y Scarlett O'Hara^[1].

—¿Y realmente cree usted que las cosas serán de esa manera? —preguntó Gold, deliberadamente dudoso.

—Naturalmente. Depende de cuál de los dos tenga más voluntad.

Gold meneó la cabeza.

—Si la mujer de la historia es tan corrompida como la que usted describe, estoy seguro de que la cosa no marchará así.

—Bueno, hagamos el experimento y ya veremos. Como usted dice, sea cual fuere el resultado, el argumento será interesante.

Gold meditó.

—Sí, creo que así será. De acuerdo: hágalo. Le pagaré dos mil dólares por el resumen. Si el argumento es como deseo, le pagaré otros cincuenta mil por la adaptación para el cine. Los estudios le proporcionarán toda la ayuda que necesite, pero, naturalmente, esto será si usted lo desea.

Reprimí con dificultad mi excitación.

—¿Podría hacerme la oferta por escrito?

—Naturalmente. Le diré a mi agente que se ponga en contacto con usted.

—¿Y podrá usted esperar tres meses? Si no logro lo que quiero en tres meses, será inútil perder más tiempo.

Él asintió.

—Tres meses entonces. Será un experimento interesante de la vida real. Tiene usted por delante un período muy excitante, Thurston —hizo señas al mozo—. Y ahora me voy al club. ¿Me acompaña, Thurston?

Meneó la cabeza.

—Prefiero no hacerlo, gracias. Me ha dado usted mucho tema para pensar, y tengo que hacer mis planes.

En las dos semanas siguientes no vi a Carol. Yo telefoneaba todas las mañanas y todas las noches, pero siempre me decían que estaba en el estudio o en casa del señor Gold. Yo no sabía si me estaba evitando o si de verdad estaba muy ocupada con su guión. De no haber sido por la manera en la que se había ido, no habría pensado más en la cosa. Con frecuencia Carol desaparecía por una semana o más cuando estaba trabajando mucho, pero, ahora, yo estaba preocupado. Recordaba la expresión de sus ojos cuando había dicho: «Prefiero que no me acompañes». Por primera vez en dos años comprendí que la había herido y enojado.

Naturalmente, yo podía haber ido al estudio, pero, antes, deseaba encontrarla en el teléfono, donde ella no podría ver mi cara al hablar. Como ya he dicho, era difícil mentirle. Si quería convencerla de que no había nada entre Eva y yo, tenía que manejar la cosa con cuidado. Por eso seguí pasando de largo frente al estudio.

Yo había vuelto a establecerme en mi departamento, ante el enojo de Russell. Se había hecho ilusiones de que me quedara en Three Point por lo menos un mes más. Yo pensaba mucho en Eva. La tercera noche después de nuestro encuentro enfilé el coche hacia Laurel Canyon Drive, y pasé frente a su casa. No se veían luces y no me detuve; pero experimenté un curioso sentimiento de satisfacción nada más que al volver a ver la casa.

El cuarto día, inmediatamente después de almorzar, la telefoneé.

Contestó Marty, la mucama. Cuando pregunté por Eva, quiso saber quién hablaba. Tras vacilar un momento, dije:

—Clive.

—Lo lamento —fue la respuesta—. La señorita está ocupada ahora. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No importa —dije—, volveré a llamar.

—Se desocupará pronto —contestó ella—, le diré que usted ha llamado.

Le di las gracias y corté. Permanecí varios minutos sin soltar el teléfono; después lo deposité sobre la mesa con una mueca. ¿Por qué me sentía mal? me pregunté a mí mismo. ¿Acaso yo no sabía lo que era Eva? Aquel día no volví a llamarla y no trabajé. Recordaba a Gold e intenté hacer un resumen del argumento que habíamos discutido. Pero no logré hacerlo. Hasta que no conociera mejor a Eva no podría hacer muchos progresos.

Debo de haber sido una carga para Russell, que estaba acostumbrado a que me fuera y lo dejara solo en el departamento. Permanecí el resto del día marchando por el gran salón, el dormitorio y el pequeño escritorio. Por la noche tenía una cita con Clare Jacoby, la cantante, y, aunque no tenía ganas de escuchar su charla incesante, no quedaba bien que cancelara la cita. Regresé a casa después de medianoche, un

poco borracho e irritado.

Russell me estaba esperando y, después que me trajo un whisky, le dije que se acostara. Entonces telefoneé a Eva. Permanecí escuchando el continuo llamado de la campanilla, pero nadie atendió. Colgué el receptor de golpe y fui a mi cuarto a desvestirme. En pijama y salto de cama volví a la sala y llamé de nuevo. Era la una menos veinte.

—Hola —dijo ella.

—Hola, ¿eres tú? —sentí que la boca se me había puesto seca al oír su voz.

—Llamas muy tarde, Clive.

Dijo que iba a reconocer mi voz, pero yo no le había creído. Acababa de anotarse un tanto.

—¿Cómo estás? —pregunté, acomodándome en el sillón.

—Muy bien —dijo ella.

Esperé que dijera algo más, pero la línea permaneció en silencio. Ésta fue mi primera experiencia de los muchos llamados insatisfactorios que iba a tener con ella, y no estaba preparado para que sus respuestas fueran evasivas y monosilábicas.

—Hola... —dije después de un momento—. ¿Estás ahí?

—Sí —su voz sonaba remota y chata.

—Creí que se había cortado la comunicación —volví a acomodarme en el sillón—. ¿Te gustó el libro que te mandé?

Hubo una larga pausa, y después le oí decir algo, como si hablara con alguien que estuviera a su lado.

—¿Qué dijiste? —pregunté.

—No puedo hablar ahora —dijo ella— estoy ocupada.

Una salvaje, incontrolable furia me sacudió.

—Dios me valga —exclamé— ¿trabajas todo el día y también toda la noche? —pero hablaba a un teléfono muerto. Ella había cortado.

Permanecí casi una hora pensando. Empezaba a columbrar que Eva iba a ser un caso más difícil de lo que en principio había pensado. La verdad es que mientras meditaba sobre ella y sobre la propuesta de Gold, experimenté un leve pánico. Habían pasado cuatro días desde que la había visto y ni siquiera había raspado la superficie. El hecho de que hubiera cortado de este modo la comunicación significaba que todavía no se interesaba en mí. Ni siquiera se había disculpado. «No puedo hablar, estoy ocupada» y... ¡fuera con el receptor! Apreté los puños.

Pese a mi rabia, su indiferencia acrecentó el ansia que tenía por verla. En las dos semanas en las que no vi a Carol visité tres veces a Eva. No tiene interés recordar esos encuentros. Prácticamente repitieron la primera visita. Charlábamos incómodos sobre meras tonterías, y, tras un cuarto de hora, yo me iba, cuidando siempre de dejar dos billetes de veinte dólares sobre la cómoda. Todas las veces que la visité le llevé

siempre un libro, que ella parecía agradecer sinceramente. Aunque yo procuraba quebrar su reserva, Eva seguía siendo desconfiada y como de madera. Comprendí que si quería llegar a alguna parte, tendría que usar una táctica más decisiva. Y decidí cuál sería esta línea de acción.

A la mañana siguiente, al bajar al comedor, encontré a Russell esperando para servirme el desayuno. Habían pasado diez días desde la última vez que había visto a Carol y yo sabía que esto preocupaba a Russell. Me daba cuenta por sus continuas miradas de desaprobación.

—Telefonée a la señorita Carol —dije, mientras echaba una ojeada a la correspondencia— para saber qué ha sido de ella. Si está en casa llámeme para que hable con ella.

Mientras él hacía el llamado yo eché una mirada a los titulares del diario. No había nada que pudiera interesarme y arrojé el diario al suelo.

Russell, tras murmurar algo en el teléfono, cortó la comunicación y meneó la cabeza.

—La señorita ha salido —dijo, la redonda cara caída de tristeza—. ¿Por qué no se hace una corrida hasta el estudio para verla?

—Estoy demasiado ocupado para hacerme una corrida hasta el estudio —contesté cortante—. ¿Qué le importa a usted, de todos modos?

Él permaneció frente a mí, poniendo las tostadas a mi alcance.

—La señorita Carol es muy simpática —dijo— y no me gusta que la traten mal, señor Clive.

—¿Entonces usted cree que yo trato mal a la señorita Carol? —dije, extendiendo manteca sobre la tostada y evitando su mirada desaprobatoria.

—Así es, señor. Creo que usted debería verla. Es una señorita muy bien y merece ser mejor tratada que las otras muchachas que usted conoce.

—Como siempre está usted metiendo la nariz en algo que no le concierne. Carol está muy ocupada y, por el momento, no tiene tiempo para hacer vida social. No la olvido y le ruego que recuerde que la llamo dos veces por día, desde hace dos semanas.

—Entonces, lo único que puedo decirle, señor, es que ella se está negando —contestó obstinado—. Es algo que usted no debería permitir.

—Es mejor que se ocupe de arreglar mi cuarto, Russell —dije con frialdad—. Por el momento no necesito nada más.

—Esa señorita Marlow —preguntó él— es una profesional, ¿verdad, señor? Lo miré atónito.

—¿Cómo lo sabe?

En su cara hubo una expresión casi piadosa.

—Como soy mucamo de un caballero —dijo con leve pomposidad—, creo que

forma parte de mis deberes conocer algunos aspectos mundanos de la vida. El nombre de esa dama, señor, permítame que se lo diga, es un poco obvio.

—¿Eso le parece? —dije, procurando conservar la seriedad—. ¿Y qué hay con que lo sea?

Sus tupidas cejas blancas subieron hasta lo alto de la cabeza.

—Sólo deseo prevenirlo, señor Clive. Ese tipo de mujeres nunca ha sido bueno para nadie. Y, si me permite que se lo diga, toda tentativa de establecer con ella alguna relación normal va a acarrear un desastre.

—Déjese de hablar como una gota continua y vaya arriba —dije, sintiendo que se había propasado—. Veo a la señorita Marlow porque deseo un tema para una película. El señor Gold me ha encargado que lo haga.

—Me sorprende oír eso, señor. Siempre he creído que el señor Gold era un hombre inteligente. Nadie que tenga un ápice de sentido común puede pensar en hacer una película con ese tema. Disculpe, señor, voy a arreglar su cuarto...

Su digna partida me inquietó. Pensándolo bien, Russell tenía razón, aunque Gold había prometido en serio filmar la historia. Recogí de nuevo la correspondencia, la abrí, con la esperanza de encontrar alguna carta que viniera del estudio. No había llegado y pensé que tal vez era demasiado pronto para que hubiera llegado. Fui al escritorio y controlé mi cuenta de Banco. Me sorprendió tener tan pocos fondos. Tras un momento de vacilación tiré las cuentas al canasto. Tendrían que esperar para que pagara. Después llamé a Merle Bensinger, mi agente.

—Oye, Merle —dije en cuanto ella vino al aparato—, ¿qué sucede con *Seguro de lluvia*? No he recibido los derechos de esta semana.

—Te iba a escribir al respecto, Clive —contestó ella. Merle tenía una clara voz metálica, que siempre sonaba un poco dominante en el teléfono—. Los actores se han tomado una semana de descanso. Creo que lo merecían, pobrecitos. Hace veinte semanas que no descansan.

—¿Entonces tengo que morirme de hambre mientras ellos descansan? —pregunté furioso—. ¿No hay nada más? ¿Qué pasa con mis libros?

—Ya sabes que no hay cobros hasta septiembre, Clive —parecía sorprendida—. La editorial Sellick no liquida cuentas hasta septiembre.

—Ya sé, ya sé... —dije cortante—. Bueno, si no puedes ayudarme, Merle, escucha por lo menos mis noticias. Gold me ha ofrecido un contrato. Tendría que habértelo dicho antes. Hace un par de semanas le hice el resumen de una historia y me ofrece por ella cincuenta mil dólares.

—¡Caramba, eso es maravilloso! —su voz sonó más brillante y metálica—. ¿Quieres que me ocupe de los contratos?

—Supongo que sí —dije, dudando un poco. El diez por ciento significaba perder cinco mil dólares, pero Merle conocía su trabajo y, en caso de que Gold quisiera

trampearme, ella sabría lo que convenía hacer—. Sí, es mejor que te ocupes del asunto. Te enviaré la propuesta en cuanto me llegue.

—¿Qué tal marcha el nuevo libro?

—Olvídate del nuevo libro. Ahora sólo pienso en Gold.

—Pero Clive —su voz pareció alarmada—, Sellick espera tu libro para fin de mes.

—Entonces tendrá que esperarlo —contesté—. Ya te he dicho que estoy ocupado. Hubo una pausa. Después ella dijo:

—¿Pero, todavía no lo has empezado?

—No. No he empezado. ¡Que se vaya a la mierda Sellick! Quiero ganar esos cincuenta mil dólares de Gold.

—Pero tendré que decírselo a Sellick. Va a quedar muy descontento. Ya han anunciado el libro, ¿sabes, Clive?

—Vete a otro con el cuento. Me importa un comino. Díselo al presidente si eso te tranquiliza, pero, por el amor de Dios, Merle, no me molestes con las jaquecas de Sellick —concluí, sintiéndome súbitamente irritado contra ella—. ¿Acaso la propuesta de Gold no vale más?

—Naturalmente hay más dinero que ganar —dijo ella lentamente—, pero hace tiempo que no escribes un libro, y debes pensar en tu nombre.

—Ya me ocuparé de eso —le aseguré—. No te preocupes por mi reputación.

Ella recordó algo.

—Oh, Clive —dijo—, tengo una oferta del *Digest*.

Quieren un artículo sobre «Las Mujeres de Hollywood». Tres mil dólares. Mil quinientas palabras. ¿Te gustaría hacerlo?

No era frecuente que Merle me pusiera algo en el camino. Quedé agradado.

—Claro —dije—. ¿Cuándo lo quieres?

—¿Puedes hacerlo hoy? Me he estado demorando y estoy segura de que ahora es urgente.

Esto arruinó un poco el ofrecimiento. Lo que realmente quería decir es que había estado buscando que alguien hiciera el artículo y que, hasta ahora, no lo había conseguido.

—Está bien. Déjalo por mi cuenta. Russell te lo llevará mañana temprano... —me despedí y corté la comunicación.

Russell entró en ese momento para levantar la mesa del desayuno.

—Debo hacer un artículo para el *Digest* —dije—. ¿Tengo algún compromiso hoy?

A Russell le gustaba que lo consultara acerca de mis compromisos.

—Prometió ver a las tres a la señorita Selby, señor; y esta noche tiene usted una invitación a comer con el señor Henry Wilbur y su señora.

—Bueno, la señorita Selby no es tan importante. La verdad es que me molesta bastante. Dígale que he tenido que irme de la ciudad. Si tengo la tarde libre podré arreglarme. Pero comeré con los Wilbur.

Lo dejé acomodando la sala y subí a vestirme. Cuando terminé, eran las doce menos veinte. Hora de telefonar a Eva.

La campanilla sonó un rato antes que contestara. Tenía voz de sueño.

—Hola —dije—, ¿te saqué de la cama?

—Así es, Clive —dijo ella—, estaba dormida como un tronco.

—Lo siento, pero mira la hora que es. ¿No te da vergüenza?

—Nunca me levanto antes de las doce. Ya deberías haberte dado cuenta.

De todos modos, noté un cambio: había unido una o dos frases.

Suspiré profundamente.

—Eva —dije—, me gustaría pasar contigo un fin de semana.

Hubo una larga pausa. Después ella dijo con voz chata, indiferente:

—Si lo deseas...

—Podríamos empezar yendo al teatro. ¿Qué te parece este fin de semana?

—De acuerdo.

Si por lo menos mostrara un poco más de entusiasmo, pensé, enojado.

—Perfecto —dije, ocultando el desagrado de mi voz—. ¿Dónde quieres que vayamos a comer?

—Elige tú... —hubo una pausa y añadió—: Pero que no sea... —y entonces nombró una serie interminable de hoteles y restaurantes, que me dejaron sin aliento.

—Pero no tenemos dónde ir si eliminamos esa cantidad de sitios —protesté—. Por ejemplo, ¿por qué diablos no quieres ir al Derby Brown?

—Porque no puedo —dijo ella. Pude imaginar cómo se ahondaban los dos surcos a los lados de la nariz—. Ni ahí ni a ninguno de los lugares que te he mencionado.

—Bien, de acuerdo —dije, sintiendo que si insistía, ella podría rehusar enteramente—. Te mandaré un mensaje. Entonces, ¿definitivamente nos veremos el sábado?

—Está bien —y cayó el receptor antes que pudiera decirle cuán feliz me sentía.

Cuando llegué con el coche a la esquina de Beverly y Fairfax vi que se había juntado una gran multitud. El bulevar estaba bloqueado por los autos y la gente. Parecía que había ocurrido un accidente y por eso me acerqué a la acera y esperé. Pero la multitud aumentó. Dije:

—¡Mierda! —salté del coche y fui a ver qué pasaba.

Un pequeño coche estaba atravesado en la calle; uno de los guardafaros delanteros estaba aplastado. Cuatro hombres empujaban un gran Packard sobre la vereda; tenía un faro roto, muchos arañazos en su immaculada carrocería y una goma reventada.

Peter Tennett estaba en medio del grupo de hombres que discutían. Hablaba con un hombre maduro, y me di cuenta de que estaba preocupado y enojado.

—Hola, Peter —dije, abriéndome camino entre la multitud—. ¿En qué puedo ayudarte?

Su cara se iluminó al verme.

—¿Has venido en tu coche, Clive? —preguntó esperanzado.

—Claro —dije—, está allí parado. ¿Qué ha sucedido?

Él señaló el Packard con la mano.

—Estaba poniéndome en marcha cuando nuestro amigo, aquí presente, se me vino encima y me chocó de frente.

El hombre maduro murmuró algo acerca de los frenos. Estaba pálido y parecía asustado.

En aquel momento llegó el sonido de la sirena policial y un coche con radio se abrió paso. Un policía grandote, con cara colorada, descendió y se abrió camino entre la multitud.

Reconoció a Peter.

—¿Qué pasa, señor Tennett? —preguntó.

—Me chocaron —dijo Peter—, pero no quiero armar líos. Me doy por satisfecho si este caballero opina lo mismo.

El policía miró con frialdad al viejo.

—Si el señor Tennett se da por satisfecho, yo no digo nada. ¿Usted tiene algo que decir?

El hombre maduro retrocedió.

—Estoy de acuerdo, oficial.

Peter miró el reloj.

—¿Quiere usted encargarse de esto, oficial? —dijo—. Ya estoy retrasado para llegar al estudio.

El policía asintió.

—De acuerdo, señor Tennett. Yo me encargo de llamar al garaje del estudio.

Peter le dio las gracias y se me acercó.

—¿Puedes llevarme corriendo al estudio o vas por otro camino?

—Encantado —dije, empujando a la gente—. ¿Seguro que no te ha pasado nada?

Peter rió.

—Sí, pero no creo que el viejo esté tan bien como yo. Espero que se ocupen de él.

Oí que una muchacha que estaba allí cerca decía a una rubiecita en una bicicleta:

—Ése es Peter Tennett, el director.

Miré a Peter mostrándole los dientes, pero él no había oído.

Cuando íbamos hacia el estudio, Peter dijo:

—¿Por dónde has andado, Clive? Hace días que no te veo.

—He andado un poco por todas partes —dije—. ¿Qué tal marcha la película?

Peter levantó expresivamente las manos.

—Ya estamos dando en la tecla —dijo—. Las primeras semanas son siempre las peores. Todavía es demasiado pronto para saber lo que va a ocurrir... —saludó casualmente con la mano a Corrine Moreland, la estrella de cine, que pasaba en su coche color crema—. Quería telefonarte, Clive. Estoy muy contento de que hayas empezado a trabajar para Rex Gold.

Le lancé una rápida mirada.

—¿Te ha hablado él de la cosa?

—Me dijo que quería que dieras forma a esa idea de Carol, pero no entró en detalles. ¿De qué se trata?

Me esquivé.

—Estoy trabajando ahora en eso —dije—. Se trata de una sátira acerca de los hombres. No puedo decirte más porque todavía la cosa está en el aire.

—¿Pero hay algo serio en la cosa? Rex Gold generalmente me habla de sus argumentos: sólo esta vez se ha hecho el misterioso.

—En cuanto tenga algo hecho —contesté— te lo mostraré.

Disminuí la marcha frente a las puertas del estudio. El portero abrió y se llevó la mano a la gorra para saludar a Peter.

—¿Estás seguro de que no te he desviado de tu camino? —dijo Peter, mientras avanzábamos por el camino bordeado de palmeras hacia las oficinas del estudio.

—Prefiero dejarte aquí si no te es molesto —dije, deteniendo el coche—, tengo montañas de trabajo... —y me interrumpí porque Carol estaba allí de pie—. Hola, perdida... —dije, quitándome el sombrero para saludarla, sonriendo.

Ella llevaba una camisa marrón oscuro y unos pantalones color ladrillo. Se cubría el pelo con un turbante color llama. Estaba elegante, pulcra, pintoresca.

—¿Qué tal, Clive? —sus ojos oscuros eran amplios y graves—. ¿Has venido a verme?

—Ya era hora, ¿no? —abrí la puerta del coche y descendí—. ¿Sabes que te he estado llamando dos veces diarias?

Peter nos interrumpió.

—Bueno, los dejo. Gracias, Clive, por salvarme de este lío —saludó con la mano y desapareció en el gran edificio de vidrio y madera donde estaban las oficinas del estudio.

Súbitamente Carol me tomó la mano.

—Perdona, Clive —dijo apurada—. Pero estaba enojada contigo.

—Ya lo sé —dije, pensando que estaba preciosa—. Lo merezco. Vamos a alguna parte a charlar. Te he echado de menos.

—Yo también te he extrañado —me tomó del brazo—. Vamos a mi cuarto, allí podremos hablar.

Cuando íbamos hacia el edificio llegó corriendo un mensajero.

—Señorita Rae —dijo, sin aliento—. El señor Highams la necesita enseguida.

Carol chasqueó los dedos.

—Oh, Clive, qué fastidio. Acompáñame de todos modos. Quiero que conozcas a Highams.

Yo esquivé la cosa.

—No haría más que molestarte, Carol —dije—, estás muy ocupada, ¿verdad?

Ella me tiró del brazo.

—Ya es hora de que conozcas a la gente —dijo con severidad—. Jerry Highams es una persona muy importante. Es nuestro jefe de producción y tienes que conocerlo.

Dejé que me convenciera y la seguí por el interminable laberinto de amplios corredores hasta que llegamos a una lustrosa puerta de caoba en donde estaba escrito en letras negras y precisas *Jerry Highams*. Carol entró directamente.

Peter estaba sentado en un sillón con un montón de papeles en una carpeta de cuero que tenía sobre las rodillas. Junto a la ventana había un gran hombre gordo con el pelo como paja y ceniza de tabaco sobre su tricota amarilla y blanca. Se dio vuelta cuando entramos. Noté sus ojos gris pizarra. Eran divertidos, agudos, penetrantes.

—Jerry, te presento a Clive Thurston, autor de *Ángeles con tapado de marta* y de la pieza *Seguro de lluvia* —dijo Carol.

Él me lanzó una mirada rápida y sentí que sus ojos hurgaban en mi cráneo. Retiró las manos de los bolsillos del pantalón y se adelantó.

—Me han hablado de usted —dijo, dándome la mano—, Rex Gold me dijo que está usted trabajando en un guión para él.

Daba la impresión de que Gold me estaba haciendo propaganda por todas partes. No supe si esto debía gustarme o no.

—Siéntese. Tome un cigarrillo —prosiguió Highams, indicándome una silla—. ¿De qué trata ese guión? Rex Gold se está haciendo el misterioso.

—Ella se lo dirá —contesté, señalando a Carol—, después de todo ha sido idea de ella.

—¿Idea de ella? —la cara de Highams se iluminó—. ¿Fue idea tuya, Carol?

—Lo único que hice fue sugerir que Clive escribiera una sátira sobre los hombres y que usara su título: *Ángeles con tapado de marta*. —Highams volvió a prestarme atención.

—¿Está usted trabajando en eso?

Asentí.

—Así es.

—Pues no me parece nada mal —miró esperanzado a Peter.

—La idea está bien y si Clive produce un guión como *El cielo debe esperar*, será fantástico —dijo Peter, dejando la carpeta sobre el escritorio.

—¿Entonces por qué está Gold haciéndose el misterioso? —preguntó Highams.

—Ya era hora de que se anotara un tanto contigo —dijo Carol riendo—, tal vez sabe que el guión es bueno y quiere sorprenderte... —Highams se palmeó el mentón.

—Puede ser... —me amenazó con el dedo—. Oiga, amigo —dijo—, quiero que entienda bien una cosa. La gente que va a hacer su película somos Peter y yo... no Gold. Antes de entregarle el argumento a Gold, déjeme que yo lo vea. Lo ayudaré en todas las formas posibles. Sé lo que podemos y lo que no podemos hacer. Gold no lo sabe. Y, si a Gold no le agrada un argumento, lo destroza. Deje que yo vea primero el argumento y lo lanzaré. Usted tiene una buena idea para trabajar. No la estropee y no escuche a Gold. ¿De acuerdo?

Asentí.

—De acuerdo.

Comprendí que podía confiar en él. Era sincero y, si decía que iba a ayudarme, estaba seguro de que lo haría, sin esperar nada en cambio.

Se oyó un golpecito en la puerta, y, cuando Highams dio permiso para que pasaran, un hombrecito delgado, con un traje gastado, se deslizó cautelosamente por la puerta.

—¿Me he retrasado? —preguntó mirando ansiosamente a Highams.

—Hola, adelante —dijo Highams, acercándosele—. No, no se ha demorado. Le presento a Clive Thurston. Thurston, éste es Frank Imgram.

Apenas pude creer que aquel hombrecito insignificante fuera el autor de *La tierra es estéril*, el libro que se habían disputado todas las compañías cinematográficas y que, según rumores, Gold había adquirido finalmente en doscientos cincuenta mil dólares.

Me puse de pie y le tendí la mano.

—Encantado de conocerlo, Imgram —dije, mirando con interés su cara pálida y sensitiva.

Tenía unos grandes ojos azules y saltones, una gran frente y un pelo escaso, color ratón.

Me miró interrogativamente, sonrió con nerviosidad y se volvió hacia Highams.

—Estoy seguro de que Gold está equivocado —dijo, con una especie de ansiedad febril—. He pensado en la cosa toda la mañana. Helen no puede estar enamorada de Lancing. Es demasiado ridículo. Helen nunca podría experimentar ningún sentimiento por un personaje tan complejo como Lancing. Es simplemente buscar el final feliz.

Highams meneó la cabeza.

—No se preocupe —dijo, tranquilizándolo—, yo hablaré con Rex Gold... —se volvió hacia Carol.

—Tú proponías una solución, ¿no es así?

Ingram se volvió precipitadamente hacia ella.

—Estoy seguro de que usted me dará la razón —dijo—. Hasta ahora usted siempre ha estado de acuerdo conmigo. ¿Usted comprende, verdad, que lo que Gold propone es imposible?

—Naturalmente —dijo Carol con suavidad—. El tema es tan importante que estoy segura de que debemos dejar el final tal como es. ¿No estás de acuerdo, Peter?

—Sí, pero ya sabes lo que opina Rex Gold de esa clase de finales. —Peter parecía preocupado.

Sentí que yo quedaba fuera de la discusión.

—Bueno —dije—, los dejo para que...

Imgram se volvió hacia mí de inmediato.

—Perdón —dijo—, ¿comprende? Tengo tan poca experiencia de todo esto que estoy preocupado. Pero le ruego que no se retire por culpa mía. Tal vez usted pueda ayudarnos. Usted comprende...

Lo detuve. Ya tenía bastante cosas en qué pensar y no me iba a echar encima las jaquecas de Imgram.

—Sería una pérdida de tiempo —contesté, sonriéndole—. Entiendo menos que usted de estas cosas. Además tengo infinidad de cosas que hacer —me volví hacia Carol—. ¿Cuándo te veo?

—¿Te vas? —preguntó ella desilusionada.

—Ustedes quieren adelantar en el trabajo y yo tengo que hacer —dije—, pero fijemos una cita.

Los tres hombres nos observaban. Comprendí que Carol deseaba que me quedara, pero yo estaba harto de aquel concentrado interés en Imgram.

—Hoy es jueves, ¿verdad? —echó una ojeada al calendario de la pared—. ¿Qué te parece mañana? ¿Quieres venir mañana por la noche? Hoy tengo que trabajar.

—Perfecto, no faltaré —saludé con la cabeza a Highams, di la mano a Imgram y

me despedí de Peter con un gesto—. No se preocupe —dije a Imgram— está usted en muy buenas manos... —procuré no darme aires de superioridad, pero el tonito estaba allí presente. Tal vez era su traje gastado lo que provocaba mi complejo de superioridad.

Carol me acompañó hasta el coche.

—Es tan honesto y sincero —dijo, cuando yo me deslizaba tras el volante—. Me da pena ese hombre, Clive.

Miré divertido su cara seria, preocupada.

—¿Imgram? ¡Por quién has ido a preocuparte! Le ha sacado un cuarto de millón a Gold... ¿no es así?

Ella hizo un gesto como dejando eso de lado.

—Rex Gold dice que Imgram no tiene ideas... pero está lleno de ideas. Ideas buenas... grandes ideas, pero Rex Gold no las entiende. Si lo dejáramos solo estoy segura de que haría una película mucho más grande que cualquiera que puedan hacer Peter o Jerry. Pero Gold sigue metiéndose.

—Es un tipito bastante curioso, ¿no te parece?

—Me gusta. Es directo y esto significa tanto para él...

—Bueno, algo necesitaré —contesté con frialdad—. ¿Te fijaste en el traje que lleva?

—No es el traje lo que importa, Clive —contestó ella, poniéndose colorada.

—Bueno, como quieras —me incliné y oprimí el botón que ponía en marcha el coche—. No te fatigues demasiado. Te veré mañana a eso de las ocho.

—Clive —se apoyó en el coche—. ¿Qué has arreglado con Gold?

—Quiere que escriba un argumento —dije casualmente—. Mañana te contaré...

—¿Acerca de esa mujer?

Me di vuelta en el asiento.

—¿Qué mujer?

—En cuanto sugerí la idea comprendí que había cometido un error —dijo ella, un poco sin aliento—. Buscas una excusa para verla, ¿verdad? ¡Oh, Clive, te conozco demasiado! Finges que quieres escribir acerca de ella, pero no se trata de eso. Es algo mucho más complejo. Ten cuidado, ¿quieres? No puedes impedirte... pero ten cuidado...

—No sé a qué te refieres —empecé a decir, pero ella levantó la mano.

—No digas nada, Clive... —dijo, volviéndose y entrando en el edificio.

Manejé lentamente hasta mi departamento. Las manecillas del reloj del coche marcaban las tres y media cuando entré al garaje. En el fondo de mi alma había un sentimiento de inquietud. Aunque me decía que la cosa nada tenía que ver con Carol, comprendí que estaba haciendo un juego peligroso. Yo quería a Carol. Creo que si ella no hubiese trabajado tanto, si me hubiera podido dar un poco más de su tiempo,

yo no habría deseado otras mujeres. Pero, con tanto tiempo libre entre las manos, tenía que hacer algo. Tal vez, pensé, es mejor sacarme a Eva de la cabeza. Pero pensar de este modo era engañarme. Yo sabía que, incluso aunque realmente lo hubiera deseado —y no lo deseaba—, no me iba a librar de Eva tan fácilmente.

Entré al departamento, arrojé el sombrero en la silla más próxima y fui a la biblioteca. Sobre el escritorio encontré una carta de la International Pictures. La leí con suma atención. No había trampa en ella. Quizá la única cosa sospechosa era el pedido de Gold de que mantuviéramos el acuerdo en secreto. Pero lo cierto es que esto tanto podía ser por él como por mí. Había puesto en negro sobre blanco que iba a pagarme cincuenta mil dólares por un guión titulado *Ángeles con tapado de marta*, siempre que el argumento se basara en nuestra discusión y que contara con su aprobación.

Escribí una apurada nota a Mede Bensinger, incluyendo la carta. Después concentré mi atención en el artículo para el *Digest*. «Mujeres de Hollywood», parecía, superficialmente, un tema fácil. Pero yo no tenía la costumbre de escribir artículos y me acerqué al tema con considerable inquietud y muchas dudas.

Encendí un cigarrillo y consideré el problema. Era difícil concentrarse. Seguía pensando en Carol. Me aterraba que ella fuera capaz de leer tan claramente en mi mente. Yo no quería perderla y comprendí que si no tenía cuidado, esto era lo que iba a ocurrir eventualmente. Después Eva arrojó a Carol de mis pensamientos. Pensé en el próximo fin de semana. ¿Dónde iba a llevarla? ¿Cómo iría a comportarse? ¿Qué ropa iría a ponerse? ¿Por qué desconfiaba tanto de presentarse en público? Si alguien debía tener cuidado de mostrarse, esa persona era yo, no ella.

Recogí el diario y miré la lista de lugares de diversión. Había decidido llevarla al teatro y, tras alguna vacilación, me pareció adecuado llevarla a ver *Mi hermana Eillen*. El reloj del escritorio marcaba las cinco y cuarto; rápidamente dejé caer el diario y metí papel en la máquina de escribir. Escribí «Mujeres de Hollywood» por Clive Thurston en lo alto de la página y después me quedé mirando fijamente las teclas. No tenía idea de cómo iniciar el artículo, quería decir algo ingenioso y sofisticado, pero mi mente estaba totalmente estéril.

Me preguntaba con inquietud si Eva iría a vestirse de manera llamativa que le hiciera parecer lo que realmente era. Iba a ser bastante incómodo si llegaba a tropezar con Carol estando con Eva. Sabía que me arriesgaba. Nunca había visto a Eva vestida, y no tenía idea de su gusto para la ropa. Llegué a la conclusión de que me convenía escoger algún lugar apartado, donde no me conocieran y donde ningún conocido pudiera verme.

Encendí otro cigarrillo y nuevamente quise concentrarme en el artículo. A las seis de la tarde la página en la máquina de escribir seguía vacía y yo experimenté un leve pánico.

Acercándome bruscamente a la máquina empecé a escribir palabras, esperando que llegaran a tomar sentido. De este modo escribí hasta las siete, después recogí las hojas de papel y las uní. No intenté leerlas.

Russell se presentó para decirme que tenía listo el baño. Echó una mirada aprobadora a las páginas que yo tenía en la mano.

—¿Ha trabajado bien, señor? —preguntó, en su tono más alentador.

—Sí —dije acercándome a la puerta—. Revisaré esto cuando vuelva y usted llevará el artículo mañana por la mañana a la señorita Bensinger, a primera hora.

Hasta la una y diez no regresé de casa de los Wilbur. La fiesta había sido divertida y yo tenía algo pesada la cabeza, a causa del excelente champagne que había bebido casi toda la noche. Había olvidado el artículo que me esperaba sobre el escritorio y fui directamente a acostarme.

Russell me despertó a la mañana siguiente, a las nueve.

—Disculpe que lo moleste, señor —dijo apologeticamente—, pero ¿quiere usted que lleve enseguida el artículo a la señorita Bensinger?

Me incorporé con un gruñido desesperado. Sentía la cabeza pesada y la boca como el piso de una jaula de pájaros.

—Caramba —dije—, me olvidé de revisarlo. Tráigalo, ¿quiere, Russell? Lo revisaré enseguida.

Cuando volvió yo había terminado la primera taza de café. Él me tendió las páginas escritas.

—Voy a lustrar sus zapatos, señor. Vuelvo enseguida.

Lo saludé con la mano y empecé a leer lo que había escrito. Antes de tres minutos había dejado la cama y me había precipitado hacia el escritorio. Comprendí que jamás podía mandar aquel artículo a Merle. Era desesperante. Era tan malo que me parecía imposible que yo lo hubiera escrito.

Empecé a golpear con vigor la máquina, pero me dolía la cabeza y no lograba unir dos frases. Al cabo de media hora, fui presa de una ira furiosa. Por la cuarta vez arranqué el papel de la máquina y lo arrojé rabioso al suelo.

Russell asomó la cabeza por la puerta.

—Son más de las diez, señor —recordó, como disculpándose.

Me volví hacia él, enfurecido.

—¡Fuera! —grité—, ¡váyase y, por el amor de Dios, no me moleste más!

Russell salió del cuarto, con los ojos dilatados de sorpresa.

Salvajemente me volví hacia la máquina de escribir. A las once mi cabeza estaba a punto de estallar y mi humor echaba chispas. A mi alrededor se amontonaban bolas de papel. Comprendí que todo era inútil. No podía escribir el artículo. El pánico, la rabia y la frustración me daban ganas de destrozar la máquina contra el suelo.

Entonces sonó el teléfono. Lo agarré rabioso.

—¿Quién es? —exclamé.

—Estoy esperando el artículo del *Digest*... —dijo Merle, en tono quejoso.

—Pues seguirás esperando —contesté, dejando que reventaran mi amargura y mi rabia concentradas—. ¿Quién te crees que soy? ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que perder tiempo con ese maldito artículo para el *Digest*? ¡Mándalos a la mierda! ¡Que lo escriban ellos si lo necesitan tanto! —y golpeé con fuerza el receptor.

Esa noche no vi a Carol. No tenía ganas de verla. No tenía deseos de hacer nada tras la forma en que le había gritado a Merle. Al tranquilizarme comprendí hasta qué punto había estado loco. Merle era la mejor agente de Hollywood. Las estrellas y los escritores se la disputaban para que se encargara de sus asuntos. Merle sólo se interesaba en ganancias de cinco cifras, y todo el mundo lo sabía. De modo que si alguien la tenía como representante, el crédito que le acordaban era elevado en cualquier parte. Al gritarle como le había gritado, era posible que Merle me abandonara. Y en estos momentos yo no podía permitirme prescindir de Merle. Si se presentaba algún trabajo, éste iba a llegar por intermedio de ella. De hecho Merle era quien me daba de comer. En cuanto comprendí lo imbécil que había sido y el lío en el que me había metido, le telefoneé. La secretaria contestó que Merle había salido y que ignoraba cuándo iba a regresar. Tuve la impresión de que me trataba con desdén. La cosa no se presentaba bien y escribí a Merle una nota, disculpándome por lo que había hecho y alegando las consecuencias de una borrachera. Dije que esperaba que entendiera la cosa. Ofrecí todo en la carta, excepto besarle los pies. Después la mandé a su oficina por un mensajero especial.

Después de almorzar seguía sintiéndome como el diablo. La idea de haber perdido tres mil dólares me corroía. Pero, lo que más me preocupaba, era que no podía sentarme y escribir un simple artículo si me lo pedían con apuro. Era algo como para preocuparse. Aquello me indicaba, mejor que nada, que yo carecía de condiciones para ser un escritor de primera categoría. El pensamiento se me clavó en la garganta como el gancho de un anzuelo.

De todos modos, no tenía ganas de ver a Carol. Como prendía que ella iba a empezar a hablar de Eva y estaba con los nervios demasiado alterados para tolerar nada de nadie. La llamé y le dije que debía ir a Los Ángeles por un negocio urgente. Ella quiso que nos viéramos el sábado, pero le dije unas mentiras para librarme. Por la voz me di cuenta de que estaba deprimida y desilusionada, pero yo estaba decidido a pasar el fin de semana con Eva, y nadie iba a cambiar mis planes. De todos modos me sentí como una anguila cuando Carol intentó convencerme.

Después le escribí a Eva. Le dije que pasaría a buscarla a las seis y media del día siguiente, que iríamos al teatro y aprovecharíamos el resto del fin de semana para conocernos. Incluí un billete de cien dólares, diciéndole que era para gastos de desayuno y cama. Era la primera vez que pagaba a una mujer para que saliera conmigo. La cosa no me gustaba. De algún modo empecé a compararme con Harvey Barrow, aunque me dije que en poco tiempo Eva empezaría a salir conmigo nada más que por puro gusto. Eso cambiaba las cosas.

A la mañana siguiente, cuando Russell preparaba el desayuno, me puse a

descansar en el gran sillón junto a la ventana y a mirar distraído el diario.

—Russell —dije cuando él me trajo el café y los huevos—. Voy a pasar fuera el fin de semana. Quiero que vaya a Three Point y embale mis cosas. No pienso seguir manteniendo esa casa. Vea a los encargados y arregle con ellos.

Él deslizó la silla detrás de mí cuando me senté a la mesa.

—¿No le parece una pena dejar esa casa, señor Clive? —dijo, tendiendo sobre mis rodillas una servilleta blanca como la nieve—. Creí que le gustaba ir allí.

—Claro que me gustaba, pero tengo que hacer economías y Three Point me resulta demasiado caro.

—Comprendo, señor —sus cejas treparon por su frente—. Ignoraba que tuviéramos dificultades financieras. Lo lamento, señor.

—Bueno, tal vez la cosa no esté tan mal —dije, no queriendo alarmarlo—. Veamos la situación, Russell. *Seguro de lluvia* sólo me da actualmente doscientos dólares semanales. La semana pasada la pieza no fue representada. Los libros no me darán nada hasta fin de septiembre y, cuando me paguen, será bastante menos. Tendré que reducir gastos por un tiempo.

Russell parecía vagamente inquieto.

—¿No piensa escribir pronto alguna otra cosa, señor?

—Estoy preparando algo —dije, tomando la taza de café que me tendía—. Cuando termine estaremos en la cresta de la ola... o deberemos estarlo.

Él no pareció impresionado.

—Me alegro de oír eso, señor —dijo—. ¿Piensa escribir otra pieza de teatro?

—Se trata de esa película de la que le he hablado... la que preparo para Rex Gold.

—Oh, comprendo, señor. —Su cara se puso sombría.

Yo seguía pensando en Merle, de modo que la llamé a su oficina. La secretaria dijo que se había ido para el fin de semana. Pedí una cita para el lunes, pero la secretaria contestó que Merle tenía compromisos toda la semana. Dije que volvería a llamar.

A las seis, cuando salía a buscar a Eva, telefoneó Carol.

—Oh, Clive, tenía miedo de no encontrarte —dijo. Su voz estaba tensa por la excitación.

—Dos minutos más y no me habrías encontrado —dije, preguntándome de qué se trataba ahora.

—Tienes que venir enseguida, Clive.

Con el ojo en el reloj contesté que era imposible.

—He estado hablando con Jerry Highams sobre *Seguro de lluvia* —siguió diciendo ella, precipitando las palabras—. Dice que Berstein está buscando un argumento. Ambos vendrán a verme esta noche. Si vinieras, podrías interesar a Berstein en tu pieza. Jerry cree que es justamente lo que está buscando. Le dije que

ibas a venir.

Me pregunté si Carol habría adivinado lo que yo pensaba hacer y se le había ocurrido esto para evitar que viera a Eva. Si Berstein estaba de verdad interesado en *Seguro de lluvia*, sería ridículo dejar pasar semejante ocasión. Berstein era apenas inferior a Jerry Highams, y tenía gran reputación por sus películas sofisticadas, rápidas.

—Oye, Carol —dije, procurando hablar en tono razonable—, esta noche tengo un compromiso. ¿No puedes arreglar una entrevista con Berstein para el lunes?

Ella contestó que Berstein debía decidir ese fin de semana, porque Gold estaba impaciente. Tenía entre manos otros dos argumentos que estaba estudiando, pero que, si todos nos poníamos en la cosa, era fácil que los desechara para hacer *Seguro de lluvia*.

—Es justamente su tipo de película —insistió Carol—. Berstein escuchará a Jerry y, si tú estuvieras presente y pudieras darle un resumen, estoy segura de que aceptará. No seas tonto, Clive: se trata de algo importante.

Pero Eva también lo era. Si la dejaba plantada a último momento era difícil que volviera a tener ocasión de salir con ella.

—Me es imposible —dije, sin cuidar de disimular la impaciencia de mi voz—. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Tengo que ir fuera de la ciudad.

Hubo una larga pausa y oí que Carol contenía el aliento con una leve exclamación. Eso demostraba que ella también se estaba enojando.

—¿Qué es esa cosa tan importante que debes hacer, Clive? —preguntó con agudeza—. ¿Acaso no quieres escribir para el cine?

—Estoy escribiendo, tesoro, ¿te acuerdas? —dije—. ¿Acaso no estoy trabajando para Gold? ¿Estaba yo trabajando para Gold? Sólo Dios y Gold lo sabían.

—Sé razonable, Clive —había algo cortante en su voz ahora—. ¿Qué van a pensar si no vienes?

—Eso me importa un pepino —contesté—. Yo no hice el arreglo. ¿Acaso no sabías que estaba ocupado?

—Claro que lo sabía, pero pensé que tu trabajo te importaba más. De todos modos, que te diviertas... —y cortó la comunicación.

Esto significaba que había dos mujeres resentidas conmigo. Golpeé el teléfono, después eché tres pulgadas de whisky en un vaso y lo tragué de golpe. Recogí el sombrero y me dirigí a mi coche.

Cuando llegué a Laurel Canyon Drive el whisky me había acicateado, y me sentía espléndido. Me detuve frente a la casa de Eva y toqué la bocina. Después encendí un cigarrillo y esperé. Esperé exactamente un minuto y quince segundos, cuando las manecillas del reloj del coche marcaban las seis y media. Entonces Eva salió de la casa.

En cuanto la vi salté del coche, y abrí, en medio segundo, la tranquera blanca, para dejarle paso.

Llevaba un traje azul marino, de saco y falda, una camisa de seda blanca, no tenía sombrero, y, bajo el brazo, pendía una gran cartera con sus iniciales en platino, sobre la tapa. El atuendo no parece demasiado sorprendente, pero, si ustedes hubieran visto el corte de aquel traje, como yo lo veía, también habrían quedado atónitos. Su severidad y la forma en que moldeaba su esbelto cuerpo lo convertían en la ropa más elegante que yo había visto en mucho tiempo.

Luego vi sus piernas. En Hollywood, las lindas piernas son cosa común. Las piernas feas son tan escasas como las rubias platinadas naturalmente. Pero las piernas de Eva significaban algo. No sólo eran lindas, bien hechas, hermosamente torneadas: tenían también personalidad.

Me di cuenta, con atónita sorpresa, de que tenía entre las manos a una mujer elegante, sofisticada, de buen porte. Tampoco parecía ahora fea. Estaba cuidadosamente maquillada... no demasiado... y sus ojos brillaban.

—Caramba —dije, tomándole la mano—. ¿Eres siempre tan puntual?

Ella retiró la mano y me preguntó:

—¿Estoy bien?

Abrí la puerta del coche, pero Eva no hizo movimiento alguno para entrar. Permaneció allí con el ceño adusto, mientras los dientes mordían nerviosamente su labio inferior.

—Estás fantástica —dije, mirándola—. Elegante como un figurín. Ese traje es como para matar a cualquiera...

—No mientas —dijo ella agudamente, aunque dejó de fruncir el entrecejo—. Es algo que dices superficialmente, nada más.

—Hablo en serio... ¿Pero qué esperas...? Entra. De haber sabido que ibas a estar tan linda me habrías tenido ayer aquí...

Subió al coche. Su falda era muy ajustada y subió cuando ella se acomodó en los mullidos almohadones. Me tomé cierto tiempo para cerrar la portezuela.

—¿Te ha dicho alguien que tienes unos ojos preciosos? —dije, mostrándole los dientes.

Rápidamente ella se acomodó la falda.

—Vamos, pórtate bien, Clive —dijo, con una risita.

—Será difícil con lo linda que estás —contesté, deslizándome tras el volante.

—¿Estás seguro de que estoy bien? —abrió la cartera y se miró en un espejito de mango esmaltado.

—Seguro —dije, ofreciéndole un cigarrillo—. Podrías ir a cualquier parte, y con quien fuera.

Ella me miró, divertidamente maliciosa.

—Apostaría que creías que iba a presentarme como una turra, ¿no es así? —preguntó. Me di cuenta de que estaba contenta de haberme sorprendido.

Reí.

—Lo reconozco... —y le ofrecí fuego.

—¿Sabes una cosa? —hizo pasar el humo por los hoyos de la nariz—. Estoy nerviosa como una gata.

Yo también estaba nervioso. Tal vez no nervioso: tímido. Para mí era una nueva experiencia y la disfrutaba en grande.

—No lo creo. ¿Por qué vas a estar nerviosa conmigo?

—Porque lo estoy. ¿Dónde vamos?

—Primero al Manhattan Grill; después iremos a ver *Mi hermana Eillen*. ¿De acuerdo?

—Hum... —arrojó la ceniza del cigarrillo—. Espero que hayas elegido una mesa contra la pared.

—¿Por qué? —pregunté intrigado—. ¿Por qué prefieres una mesa contra la pared?

—Me gusta ver entrar a la gente —dijo, sin mirarme—. Tengo que tener cuidado, Clive. Mi marido tiene amigos por todas partes.

Yo empezaba a descubrir cosas.

—¿Entonces es por eso que no puedes ir al Brown Derby y a los otros lugares de moda...? —dije—. ¿Crees que mi presencia puede molestar a tu marido?

Ella asintió.

—Todo estará bien cuando yo le hable de ti; pero no quiero que alguien se lo cuente por adelantado.

—¿Quieres decir que a él no le importaría que salieras conmigo si supiera quién soy?

Otra vez asintió.

—Comprendo que le importe. A mí me importaría atrocemente si fuera tu marido.

Sus labios se apretaron.

—Él confía en mí.

Es más de lo que yo haría, pensé. Si yo fuera tu marido no confiaría en ti ni un momento si te perdía de vista.

—Comprendo —dije—. Bueno, ¿cómo vas a ponerme bien con tu marido? Ni siquiera sabes quién soy.

Ella me miró de reojo.

—Estaba esperando que me lo dijeras.

Pensé rápidamente. Me esquivé.

—¿Todos tus amigos te dicen quiénes son?

—No salgo con hombres —contestó—. ¿Comprendes? Debo tener cuidado.

—Supongo que haces bien, dado el juego que haces con un marido confiado —retruqué—. Pero ¿dónde está tu marido? ¿Qué hace, por el amor de Dios?

Ella vaciló un momento.

—Es ingeniero. Paso meses enteros sin verlo. Ahora está en Brasil.

Todo eso no me gustaba demasiado.

—¿Y si se le ocurre volver inesperadamente esta noche? —pregunté en broma, aunque, en el fondo de mi alma, pensaba que iba a encontrarme en una situación muy incómoda si eso sucedía.

Ella meneó la cabeza enfáticamente.

—No volverá. No tengo por qué preocuparme. Siempre me anuncia cuándo viene.

Yo seguía descontento.

—Tal vez algún día quiera darte una sorpresa. ¿No es esto muy arriesgado?

—¿Por qué? Supongo que no crees que ese lugar es mi casa, ¿verdad? Ésa es mi dirección comercial. Pensé llevarte esta noche a mi verdadera casa, pero después decidí que era mejor no hacerlo.

—¿Así que tienes dos casas? ¿Dónde queda la otra?

—En Los Ángeles... —por la forma en que lo dijo comprendí que no iba a sacarle nada más.

—¿Quieres decir que tu marido no está enterado de la existencia de Laurel Canyon Drive?

—Claro que no.

—¿Y debes tener cuidado?

Ella levantó los hombros.

—Me mataría si lo descubriera —y rió súbitamente. Puse en marcha el motor, apreté el acelerador.

—Tienes un raro sentido del humor.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que algún día lo descubrirá. Siempre digo que mis pecados me delatarán algún día. Y así será. Entonces tendré que correr a pedirte protección.

—Antes de comprometerme quiero saber si tu marido es un tipo grandote —contesté, comprendiendo que bromeaba.

—Es muy grande —contestó ella deslizándose en el asiento hasta que su cabeza tocó el borde del mullido respaldo—. Y es recio y fuerte.

—Pues me estás asustando —dije, mostrando los dientes—. No me digas que te pega palizas.

Ella sonrió de manera secreta.

—Alguna vez lo ha hecho.

Le lancé una rápida mirada sorprendida.

—Jamás habría supuesto que tú eras mujer de tolerar eso.

—A él le aguanto todo, menos que tenga otras mujeres. Comprendí por su voz que hablaba en serio y experimenté una irritada contracción de envidia. No había imaginado que un marido pudiera ser un rival.

—¿Hace mucho que estás casada?

—Oh, mucho tiempo —volvió la cabeza para no mirarme—. Y no sigas haciendo preguntas.

—No las haré —dije, y, para cambiar de tema—: ¿Sabes qué nos vendría bien?

—¿Qué?

—Un gran whisky con soda. ¿No te parece que nos vendría bien... o acaso no bebes?

—Puede ser... pero no bebo mucho.

—¿Cuánto?

Ella rió.

—No resisto el alcohol. Con tres tragos estoy borracha.

—No te creo.

—No es necesario que me creas. Simplemente te lo digo —arrojó por la ventana la colilla del cigarrillo.

—De acuerdo... emborrachémonos entonces —dije, enfilando con el coche hacia Vine Street y deteniéndome en el barcito frente al Brown Derby. Ella miró dudosa por la ventanilla.

—¿Te parece que podemos bajar aquí? —preguntó—. Es un sitio que no conozco.

—Me parece que podemos bajar... —dije, descendiendo del coche y dando la vuelta para abrirle la puerta—. Siempre vengo aquí cuando quiero «ligarme» una gran estrella... —cuando bajó volví a admirar sus piernas—. Tranquilízate. De todos modos no hemos hecho nada malo... todavía.

Ella me siguió al bar, que estaba medio vacío.

El mozo negro del mostrador me sonrió.

—Siéntate ahí y te traeré un trago —dije—. ¿Qué deseas? ¿Un whisky? Ella asintió y se dirigió hacia una mesita en el rincón. Vi que varios hombres la observaban con expresión intensa. Todos la miraron hasta que se sentó a la mesa, y uno incluso se dio vuelta en el asiento para poder ver dónde se ubicaba.

—Dos whiskies dobles —dije al mozo. Él los deslizó por el mostrador—. Y un ginger seco.

Cuando el mozo se dirigió a la heladera yo me incliné sobre el mostrador, dando la espalda a Eva, y vacié uno de los whiskies en el otro vaso. Si tres whiskies la emborrachaban, pensé, veamos lo que ocurre con cuatro.

El negro me dio el ginger y yo lo dividí entre los dos vasos.

—Toma —dije, uniéndome a Eva en la mesa—. Por un lindo fin de semana... —bebí un poco de ginger. Era infernal tomado sin whisky. Ella miró su vaso.

—¿Qué es esto?

—Whisky con una gran cantidad de ginger —contesté—. ¿Qué crees que es?

—Parece demasiado whisky.

—Aquí dejan el ginger al sol. Eso le da un tono tostado.

Ella bebió la mitad del vaso, hizo una mueca y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí hay más de un whisky.

—No es culpa mía: el mozo los trae servidos. Vamos, otro más y nos vamos.

—Estás procurando emborracharme —dijo ella con acritud.

Me reí de ella.

—Tonterías —dije—. ¿Para qué iba a hacer eso?

Ella se encogió de hombros, terminó el whisky y no protestó cuando yo volví al bar. Repetí la historia. Por el momento al menos me convenía seguir estando sobrio.

Cuando salimos no le quité el ojo de encima. Dentro de lo que podía ver el whisky no la había afectado. «Tres whiskies y estoy borracha», había dicho. Tal vez no debí darle más de tres. Tenía ahora ocho whiskies encima y parecía más seria que un ataúd.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, cuando llegamos al Manhattan Grill.

—Muy bien —se deslizó fuera del coche—. ¿Por qué?

—Sólo quería no perder el contacto contigo —contesté, siguiéndola al restaurante.

Había mucha gente en el bar y Eva retrocedió. Sus ojos examinaron las caras y las dos arrugas a los lados de su nariz parecieron dos tajos profundos.

La tomé por el codo y la guíé suavemente entre la multitud.

—No hay peligro —dije—, no te asustes.

—No sé si no lo hay —dijo ella conteniendo el aliento—. Esto está demasiado repleto para mí.

Nos abrimos paso hasta el comedor; cuando se acomodó en el sofá que bordeaba la pared, pareció más contenta.

—Siempre soy así —dijo, mientras sus ojos recorrían el salón—. Perdona: pero de verdad debo tener cuidado.

—No siempre —le recordé—. Conmigo no has hecho más que salir. Tus otros clientes no te sacan.

—A veces sí... —dijo ella sin pensar—. No esperarás que me quede en casa todas las noches, ¿verdad?

Era la segunda mentira. Primero había dicho que tres whiskies la liquidaban; ocho la habían dejado helada. Después había dicho que nunca salía con sus clientes, y ahora decía que lo hacía. Empecé a preguntarme si había alguna verdad en lo que me estaba diciendo.

Pedimos la comida.

Como ella me llevaba ocho tragos de ventaja, pensé que había llegado el momento de alcanzada. Tras un par de whiskies puros, decidí decirle quién era yo. Iba a enterarse tarde o temprano y no tenía sentido demorar la cosa por más tiempo.

—Vamos a presentarnos —dije—. Aunque tú conoces ya mi nombre.

Hubo inmediato interés en sus ojos.

—¿De veras? No me digas que eres famoso...

—¿Parezco una persona famosa?

—Dime quién eres... —ya no parecía la Eva que yo conocía. Se había humanizado, estaba curiosa y algo excitada.

—Mi nombre —dije observándola con atención— es Clive Thurston.

Eva no reaccionó como Harvey Barrow. Pude ver enseguida que mi nombre significaba algo para ella. Por un segundo hubo en sus ojos una expresión de incredulidad, después me miró de frente.

—¡Entonces era por eso que querías saber qué me había parecido *Ángeles con tapado de marta!* —exclamó—. Naturalmente... ¡y yo que te dije que no me gustaba!

—No tiene importancia —dije—. Yo quería saber la verdad y tú me la dijiste.

—He visto tu pieza *Seguro de lluvia...* Jack se entusiasmó. Pero yo estaba ubicada detrás de una columna y sólo pude ver la mitad.

—¿Jack? —pregunté precipitadamente.

—Sí, mi marido.

—¿Y a él le gustó?

—Sí... —me miró vacilando un poco—. Es mejor que yo también me presente: me llamo Pauline Hurst.

—¿No te llamas Eva?

—Para ti siempre seré Eva.

—Sí... aunque me gusta el nombre Pauline. Te queda bien... pero también te sienta Eva.

Después de comer fuimos al teatro. La pieza la divirtió, como yo había esperado. Tomamos varias copas rápidas en los intervalos. Cuando regresábamos del bar, tras el último intervalo, sentí que alguien me tocaba el brazo. Me di vuelta y vi a Frank Imgram detrás de mí.

—¿Le gustó? —preguntó sonriendo.

Tuve ganas de estrangularlo. Seguramente iba a contarle a Carol que me había visto.

—Es una buena obra —dije, saludándolo con la cabeza— y espléndidamente representada.

Sus ojos se clavaron en Eva.

—Así es... ¿verdad?

Después la muchedumbre nos separó y me abrí paso para llegar a mi asiento.

Eva me miró interrogante.

—¿Algún conocido?

—Imgram. El autor de *La tierra estéril*.

—¿Te importa que te haya visto conmigo?

Meneé la cabeza.

—¿Por qué iba a importarme?

Ella me lanzó otra mirada y no dijo nada. El resto de la representación quedó arruinado para mí. No podía dejar de pensar en lo que iba a decir Carol.

Tuvimos la suerte de salir entre los primeros. No volví a ver a Imgram. Eva y yo subimos al coche y marchamos por Vine Street.

—¿Quieres tomar una copa antes de volver a casa? —le pregunté.

—Creo que sí.

Volvimos al mismo barcito y permanecimos allí un rato. Bebimos mucho, pero a Eva no se le notaba. Yo me sentía algo borracho y pensé que había llegado el momento de decir basta. Después de todo, yo conducía el coche.

—Una copa más y nos vamos. ¿Quieres un cognac?

—¿Por qué?

—Para ver si lo resistes.

Sus ojos brillaban, pero, fuera de eso, parecía sobria.

—Lo resisto —dijo.

Pedí un cognac doble.

Ella me miró.

—¿Tú no tomas?

—Tengo que manejar.

Ella bebió el cognac puro.

Subimos al coche y yo conduje lentamente hacia Laurel Canyon Drive.

—Puedes dejar el coche en el garaje —dijo ella—, hay sitio.

Abrió la puerta principal y me esperó en el vestíbulo. Yo saqué la valijita del baúl del Chrysler y la seguí escaleras arriba.

Entramos en el dormitorio y ella encendió las luces.

—Bueno, aquí estamos... —dijo, y me pareció un poco avergonzada. Estaba de pie, con la barbilla casi sobre el hombro, apartando el brazo derecho formando una «V» protectora sobre el pecho, la mano izquierda sosteniendo el codo derecho.

Dejé caer la valijita sobre la cama, la agarré de los brazos y apreté un poco. Sus brazos eran agradables, aunque finos. Mis dedos casi los rodeaban.

Permanecimos así unos segundos, después la acerqué hacia mí.

Por un momento ella intentó soltarse, después, lentamente, retiró los brazos que la protegían y me rodeó el cuello.

Me desperté calenturiento y entumecido. La gris luz del alba entraba por las dos ventanas que había frente a mí, envolviendo el cuartito en una luz suave, misteriosa. Por un momento no pude recordar dónde estaba, luego vi los animales de vidrio sobre la cómoda y de inmediato vi a Eva, que dormía a mi lado.

Dormía acurrucada, con un brazo por encima de la cabeza. Al tener los ojos cerrados, la juventud había descendido sobre su rostro. Me apoyé en el codo y la miré, sorprendido de que pudiera parecer tan joven, casi una niña. El sueño suavizaba las líneas de su cara, dulcificaba el mentón duro, desafiante. En el sueño parecía más que nunca un elfo, pero yo sabía que, cuando despertara, todo esto iba a desaparecer. Eran los ojos los que daban la clave de su carácter. Eran las ventanas a través de las cuales uno podía ver el espíritu rebelde, las secretas sombras de su vida. Pero ni siquiera en sueños descansaba. Su cuerpo se sacudía y se retorcía, la boca se movía como si estuviera hablando consigo misma. Gimió suavemente y sus puños se abrieron y se cerraron. Dormía como una mujer cuya vida entera transcurre sobre unos nervios tensos, torturados.

Retiré el brazo que le rodeaba la cabeza. Ella suspiró pesadamente y, extendiéndose, me rodeó con los brazos y me estrechó con fuerza.

—Querido —murmuró—, no me dejes.

Naturalmente, estaba dormida. No me hablaba a mí.

Quizá soñaba con su marido o con otro amante; pero yo quería que me hablara a mí, y la apreté contra mí, puse su cabeza sobre mi hombro.

Bruscamente su cuerpo dio un gran salto, como si los nervios hubieran sido un resorte de alambre que se suelta de golpe. Después se despertó y se apartó de mi lado. Me miró parpadeando, bostezó y se dejó caer sobre la almohada.

—Hola —dijo—, ¿qué hora es?

Miré mi reloj pulsera. Eran las cinco y treinta y cinco.

—Dios mío —exclamó ella—. ¿No puedes dormir?

Nuevamente sentí el calor y el entumecimiento de la cama.

—¿Cuántas frazadas tenemos? —pregunté, contándolas. Había cinco y una colcha. Debía de haber estado muy borracho para no notarlas anoche—. ¿Necesitas todo esto? —pregunté.

Ella bostezó otra vez.

—Claro. Tengo frío en la cama.

—¡Más que frío! —exclamé; me deslicé en la cama y empecé a retirar las mantas.

Ella se incorporó alarmada.

—No hagas eso, Clive... no debes hacerlo.

—No te excites —dije—, no te las voy a robar...

Doblé las mantas de modo que sólo me quedaron dos encima. Las demás las empujé al lado de ella.

—¿Te gusta así?

Ella volvió a acurrucarse en la cama.

—Hum —suspiró—. Me duele terriblemente la cabeza. ¿Es que me he emborrachado anoche?

—Tendrías que haberte emborrachado.

—Creo que estaba borracha —se desperezó lujuriosamente—. Oh, qué cansada estoy... Durmamos, Clive.

Yo tenía la boca seca. Me hubiera gustado poder tocar el timbre para llamar a Russell y que me trajera café. Evidentemente aquí no había personas de servicio.

Ella me miró.

—¿Quieres un café?

Me entusiasmé.

—No me parece mala idea.

—Bueno, ve a calentar el agua. Marty ya lo dejó preparado —y se tapó con las mantas hasta el mentón.

Hace tiempo que yo había perdido la costumbre de hacerme el café, pero lo necesitaba mucho y, por eso, fui al otro cuarto. Estaba escasamente amueblado, sólo con una mecedora. La cocinita quedaba detrás. Puse a calentar la pava y encendí un cigarrillo.

—¿Dónde queda el cuarto de baño? —grité.

—Arriba a la derecha...

Subí la empinada escalera. Había tres puertas en el rellano de la escalera. Cautelosamente espí en los tres cuartos. Con excepción del cuarto de baño, los otros dos carecían de muebles. El polvo yacía en el suelo y era obvio que nadie entraba jamás en ellos.

Fui al cuarto de baño, me lavé la cara y me peiné; descendí luego y encontré que ya la pava estaba hirviendo. Hice café. Sobre la mesa de la salita había una bandeja con tazas, azúcar y crema. Después volví al dormitorio.

Eva estaba sentada en la cama, con un cigarrillo entre los labios. Me miró dormilona y se rascó la cabeza.

—Debo de estar hecha un espantajo —dijo.

—Un poco despeinada pero, por raro que parezca, eso te sienta.

—No mientas, Clive.

—Uno de estos días superarás tu complejo de inferioridad —dije, sirviendo el café—. Si está mal hecho, no me culpes. —Le tendí una taza y me senté en la cama.

—Después de esto voy a seguir durmiendo —me previno Eva—. No empieces a hablar.

—Está bien —contesté. El café no era malo y el cigarrillo empezó a tener un sabor algo diferente al de papel madera.

Ella miró por la ventana las estrellas, que se apagaban.

—No te estás enamorando de mí, ¿verdad? —preguntó bruscamente.

Casi derramé la taza.

—¿Por qué diablos preguntas eso? —dije.

Ella me miró, hizo una mueca con la boca, y volvió a mirar a lo lejos.

—Porque si es así estás perdiendo el tiempo.

Su voz era brutal en su helada, cortante finalidad.

—¿Por qué no lo reconoces? —dije—. Te duele la cabeza por la borrachera y estás buscando a alguien para pelear. Termina el café y ven a dormir.

Sus ojos se ensombrecieron.

—No digas que no te he prevenido. Sólo existe un hombre en mi vida, Clive, y ese hombre es Jack.

—Cómo debe ser —contesté ligeramente, terminando el café—. Así que te importa mucho de él, ¿no es así?

Ella dejó con impaciencia la taza de café sobre la mesa de noche.

—Él lo es todo —dijo ella—, de modo que no creas que tú jamás podrás significar algo.

Me resultaba difícil controlar la creciente irritación, pero en su terco malhumor, tan distinto a su estado de ánimo de la noche anterior, supe que íbamos a pelear a menos que la tomara en broma.

—De acuerdo —dije, quitándome el salto de cama y deslizándome bajo las frazadas—, no olvidaré que Jack lo es todo para ti.

—Te conviene... —retrucó y, volviéndome la espalda, se acurrucó en el extremo de la cama.

Yo miré el techo con furia salvaje. Estaba enfurecido con Eva porque había sabido ver a través de mí. Había sentido que representaba algo para mí. Y así era. Yo no quería reconocerlo, pero así era. La encontraba excitante, misteriosa, y la quería para mí solo. Comprendía que esto era una locura. Tal vez, si Eva me hubiera alentado, las cosas habrían sido distintas; pero su calculada indiferencia hacía que la deseara más. La cosa iba más allá del sexo. Yo quería derribar el muro que ella había levantado entre nosotros. Quería que se interesara en mí.

Desperté de nuevo cuando el sol penetraba a través de las persianas color crema. Eva estaba entre mis brazos, la cabeza sobre mi hombro y su boca contra mi garganta. Dormí apaciblemente; su cuerpo estaba flojo y quieto.

La abracé, sintiéndome feliz. Era fácil de abrazar; ligera, pequeña, cálida. Me gustaba su aliento contra mi garganta y el perfume de su pelo. Durmió así casi una hora, después se movió, abrió los ojos, levantó la cabeza y me miró.

—Hola —dijo, y sonrió.

Le toqué la cara con los dedos.

—Tienes rico olor en el pelo —dije—. ¿Has dormido bien?

—Hum... —bostezó y volvió a apoyar la cabeza en mi hombro—, ¿y tú?

—Muy bien... ¿todavía te duele la cabeza?

—Ya no. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo?

—Yo lo haré.

—Tú te quedas aquí... —se apartó de mí y se deslizó fuera de la cama. Con su camisón celeste parecía leve, infantil. Se puso el salto de cama, se miró en el espejo, hizo una mueca, y me dejó.

Fui al cuarto de baño y, tras una cuidadosa afeitada, volví y la encontré en la cama. En la mesa junto a la cama había una bandeja con más café, un plato de pan cortado en finas tajadas, y manteca.

—No quieres que te cocine algo, ¿verdad? —preguntó, mientras yo me quitaba el salto de cama y me deslizaba junto a ella.

—No, gracias. No sabía que supieras cocinar —dije, buscando su mano y estrujándola en la mía.

—Claro que sé cocinar... —replicó—. ¿Crees que soy una inútil?

La palma de su mano tenía poca carne, era dura, y yo podía fácilmente rodear su muñeca con el pulgar y el índice. Examiné las líneas agudamente marcadas en la palma.

—Eres independiente —dije—. Ésa es la clave de tu carácter.

Ella asintió.

—Soy independiente.

Solté la muñeca y ella examinó la palma de su mano.

—¿Qué más? —preguntó.

—Eres variable.

Ella asintió de nuevo.

—Tengo un carácter atroz. Me enloquezco cuando me enoja en serio.

—¿Qué te enoja en serio?

—Muchas cosas... —colocó el plato de pan y manteca sobre mi pecho.

—¿Te enojas también con Jack?

—Más que con nadie —bebió el café y miró hacia la ventana con expresión vacía.

—¿Por qué?

Hizo una mueca con los labios y se encogió de hombros.

—Oh, porque él me tiene celos y yo le tengo celos... —súbitamente tuvo una risita—. Nos peleamos. La última vez que salimos a comer juntos había una mujer que él no cesaba de mirar. Era una rubiecita idiota... pero no tenía mala figura. Le dije que si lo deseaba, se fuera con ella. Me dijo que yo era una tonta, pero siguió

mirándola. Entonces me volví loca... —sus ojos chispearon—. ¿Sabes lo que hice?

—Dímelo.

—Di un tirón al mantel y tiré todo por el suelo... —dejó la taza de café y rió—. ¡Oh, Clive, me gustaría que nos hubieras visto! ¡El revoltijo, la batahola... y la cara de Jack! Después salí y lo dejé allí plantado. Todavía estaba loca al volver a casa, de modo que fui a la sala e hice trizas todo lo que encontré. ¡Fue maravilloso! No tienes idea de lo maravilloso que fue. Fui a la repisa de la chimenea y tiré todo lo que había encima. El reloj, los animalitos de vidrio de Jack... —señaló hacia la cómoda—... éstos son los únicos que sobrevivieron. Los guardo aquí porque él cree que los rompí todos. También había fotografías y... bueno, ya te das cuenta... todo... —encendió un cigarrillo y aspiró profundamente—. Naturalmente Jack se enfureció al volver. Me encerré con llave en el dormitorio, pero él abrió la puerta a patadas. Creí que iba a matarme, pero se limitó a hacer su valija e irse, sin mirarme siquiera.

—¿Y no has vuelto a verlo desde entonces?

—Oh, él me conoce... —echó ceniza en la taza de café vacía—. Él sabe cómo soy. Siempre tengo ataques de rabia. No me interesa nadie que no tenga mal carácter... ¿Eres rabioso?

—Me gusta vivir en paz.

Ella meneó la cabeza.

—Cuando Jack se enfurece... —levantó las manos en el aire y rió.

Descubrí que estaba deseando hablar de su marido. La verdad es que parecía ansiosa y contenta de haber encontrado alguien que la escuchara. Haciéndole algunas preguntas bien calculadas y dejándola hablar logré unir algunas piezas del rompecabezas de su vida.

Yo ya sabía ahora que Eva era una hábil mentirosa, aunque comprendí que algunas de las cosas que me había dicho eran verdad. Hacía diez años que estaba casada. Presentí que antes de casarse la había corrido bastante. Había conocido a Jack en una fiesta, se habían mirado y eso había sido suficiente. Debía de haber sido uno de esos raros y violentos encuentros físicos que no dejan lugar a dudas de que uno está destinado para el otro. Se casaron casi enseguida. Por aquella época ella disponía de dinero propio. No me dijo cuánto había tenido, pero debía de haber estado en buena situación. Jack era ingeniero de minas y su trabajo lo llevaba a muchos países distantes... lugares a los que no podía ir una mujer. Los primeros cuatro años de casada debieron de haber sido aburridos y solitarios para una mujer como Eva. Era, naturalmente, neurótica y muy excitable. Sus gustos eran extravagantes y Jack no ganaba mucho dinero. Al principio eso no importó, porque ella conservaba su independencia y rehusaba aceptar el dinero de él. Él sabía que ella tenía una posición cómoda y el arreglo le convenía. Pero Eva era jugadora. Reconocía que tanto ella como Jack eran jugadores natos. Ella jugaba a las carreras mientras él se dedicaba a

hacer grandes apuestas en el póker. Como era un jugador experto, siempre ganaba un poco más de lo que perdía.

Una vez que él estaba en África occidental —esto había ocurrido unos seis años atrás— Eva se unió a un grupo muy disipado, empezó a beber y se zambulló de cabeza en las carreras de caballos. Su mala suerte era continua, pero eso no la detuvo. Siempre, en el fondo del alma, ella creía que iba a poder recobrar las pérdidas. De pronto, una mañana, descubrió que había gastado hasta el último níquel de su capital: estaba endeudada y en seco. Comprendió que Jack iba a enfurecerse contra ella, y no le dijo la verdad. Eva gustaba a los hombres y bastó esta leve presión financiera para que se convirtiera en lo que ahora era.

En los últimos seis años había vivido de los hombres. Jack, sin sospechar nada, creía que ella seguía disfrutando de una cómoda renta y ella le dejaba conservar esa ilusión.

—Supongo que lo descubrirá algún día... entonces ignoro lo que va a pasar... — terminó con un fatalista encogimiento de hombros.

—¿Por qué no dejas esta profesión? —pregunté, encendiendo el décimo cigarrillo.

—Porque necesito dinero... además, ¿qué puedo hacer sola todo el día? Así ya me siento bastante solitaria.

—¿Sola? ¿Te sientes sola?

—No tengo a nadie... como no sea a Marty. Ella se va a eso de las siete y me quedo aquí sola, hasta que ella vuelve al día siguiente.

—Pero supongo que tendrás amigos...

—No tengo a nadie —repitió con voz chata—, y no deseo tener a nadie.

—¿Ni siquiera a mí, ahora que me conoces?

Ella se dio vuelta en la cama para mirarme.

—Me pregunto qué es lo que buscas —dijo—. Porque andas detrás de algo. Si no estás enamorado de mí... ¿Qué buscas?

—Ya te lo he dicho. Me gustas. Me interesas y quiero ser tu amigo.

—Ningún hombre es mi amigo —dijo ella.

Apagué la colilla y deslicé mi brazo bajo ella, acercándola a mí.

—No seas desconfiada —dije—. Todos necesitamos alguna vez tener un amigo. Tal vez yo pueda ayudarte.

Ella se aflojó, apretándose contra mí.

—¿Cómo? No necesito ayuda. Sólo podría tener alguna dificultad con la policía. Pero conozco a un juez que se encargará del asunto.

Naturalmente tenía razón: fuera de darle dinero era muy poco lo que yo podía hacer.

—Puedes enfermarte... —empecé a decir, pero ella soltó la carcajada.

—Nunca he estado enferma y, si lo estuviera, a nadie le importaría. Es cuando los hombres dejan a las mujeres. Ninguna mujer gusta cuando está enferma.

—Eres una cínica de todos los diablos, ¿no te parece?

—También lo serías tú si hubieras vivido mi vida.

Apoyé la cara contra su pelo.

—¿Te gusto, Eva?

—No estás mal —contestó con indiferencia—. Y no busques que te haga cumplidos, Clive.

Reí.

—¿Dónde quieres que almorcemos?

—En cualquier parte... no me importa dónde.

—¿Quieres ir al cine esta noche?

—De acuerdo.

—Asunto arreglado, entonces —miré el reloj sobre la repisa. Eran más de las doce—. Un trago no me vendría mal...

—Y yo voy a bañarme... —se apartó de mí y salió de la cama—. Haz la cama, Clive. Es algo que nunca he sabido hacer.

—Está bien —dije, viéndola hacer muecas frente al espejo.

Me levanté e hice la cama. Después fui al otro cuarto, telefoneé al restaurante *Barbecue* y reservé una mesa con sofá contra la pared.

Eva se presentó en ese momento.

—El agua está corriendo —dijo—. ¿Qué quieres que me ponga?

—Oh, un vestido —dije—, aunque me gusta el traje que llevabas anoche.

—Los trajes me quedan mejor que los vestidos enterizos.

—Se acercó a la puerta cuando yo subía. Apoyó las manos sobre su pecho chato.

—Convienen a mi figura... —añadió con una risita.

—De acuerdo —dije—, ponte lo que te dé la gana.

El resto del día pasó demasiado rápido para mí. Parecía que yo había ganado su entera confianza: Eva hablaba de sus experiencias con otros hombres y su marido nunca estaba demasiado rato fuera de la conversación. Nos divertimos. Pero yo tenía la sensación de que no podía ir más lejos. Siempre surgía el muro invisible contra el que chocaba de vez en cuando. No quiso decirme cuánto dinero hacía. Cuando le pregunté si ahorraba, me contestó: «Todos los lunes voy al Banco y deposito la mitad de lo que he ganado. Ese dinero nunca lo toco».

Dijo esto de manera tan plausible que no le creí. Ya sabía cuán descuidadas y extravagantes suelen ser esta clase de mujeres. Me hubiera atrevido a apostar que Eva no había ahorrado un centavo, aunque, naturalmente, no podía decirle que mentía.

Procuré convencerla de que sacara una póliza de seguros.

—Será algo para cuando seas vieja; entonces te alegrarás de tener ese dinero —

expliqué.

Pues ella no pareció interesada. Dudo que me atendiera.

—Es inútil que me moleste... —dijo—... estoy ahorrando... Además ése no es asunto tuyo...

Dijo una cosa que me agradó. Fue después que vimos el último filme de Humphrey Bogart, cuando volvíamos a Laurel Canyon Drive. Ambos habíamos bebido fuerte y ella se había dejado deslizar por el mullido asiento del coche, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—Marty dijo que iba a aburrirme contigo —dijo—. Me dijo que era una locura pasar contigo el fin de semana. Se va a sorprender cuando vea que aún no te he echado.

Puse mi mano sobre la de ella.

—¿Y me habrías echado?

—Naturalmente si me hubieras aburrido.

—Entonces... ¿te ha gustado este fin de semana?

—Hum... bastante.

Bueno, eso era algo.

Permanecimos acostados en lo oscuro y hablamos hasta avanzada la noche. Creo que Eva no había hablado con una libertad tan total desde hacía tiempo. Era como si hubiera abierto la compuerta de una represa y las palabras brotaban de ella vacilantes al principio; luego, como un fluir ininterrumpido. No recuerdo todo lo que dijo. Aunque casi siempre se refería a Jack. Su vida en común parecía hecha de interminables disputas y reconciliaciones salvajemente exaltadas. Por lo que dijo, la relación con Jack se basaba en una especie de cariño brutal, que atraía la compleja y rara naturaleza de ella. No importaba que él le pegara de vez en cuando, siempre que le fuera fiel. Ella estaba segura de eso. Me contó que una noche habían vuelto a casa tras una fiesta; Eva había resbalado y se había caído en la calle. Se le había torcido el tobillo, que se hinchó de inmediato. Jack se había reído y la había dejado sentada en la vereda. Estaba cansado y quería irse a la cama. Cuando ella regresó a casa, renqueando, lo encontró dormido; a la mañana siguiente, la echó fuera de la cama, aunque ella apenas podía caminar, para que le trajera el café. Eva parecía admirarlo más a causa de ese comportamiento.

Eso me mató. Era tan distinto a mis relaciones normales con las mujeres, que no podía entenderlo.

—¿Quieres decirme que no te gusta que te traten con consideración? —le pregunté.

Sentí que levantaba los hombros.

—Detesto la debilidad, Clive. Jack es fuerte. Sabe lo que quiere y nada podrá detenerlo.

—Bueno, si te gusta ser tratada así... —me interrumpí. Cuando hablaba de los hombres que la visitaban, Eva no mencionaba nombres. Admiré su discreción. Al menos no iba a hablar de mí.

11

Llegué a mi departamento a eso del mediodía. Cuando entré en el ascensor el ascensorista me dirigió una de esas sonrisas que significan que aún faltan seis meses para Navidad.

—Buenos días, señor Thurston.

—Buenas —contesté mientras experimentaba esa inevitable sensación de angustia en el estómago que nos da el ascensor corriendo entre los pisos.

—¿Se enteró de esos dos tipos que se mataron anoche al salir del Manola? —preguntó al ascensorista cuando yo salía de la cabina.

—No.

—Linda cosa. Se pelearon por una tipa y cayeron de la vereda, bajo las ruedas de un camión. A uno le aplastaron la cara.

—Eso le hará ver las cosas de otro modo —contesté, abriendo la puerta de mi departamento.

Russell estaba en el vestíbulo.

—Buen día, señor —dijo, con una voz que indicaba que, para él, ese día era todo menos bueno.

—Hola... —me dirigía hacia mi cuarto, cuando encontré su mirada. Me detuve—. ¿Pasa algo?

—La señorita Carol está esperando en la sala —dijo, con tono lleno de reproche. Su cuerpo, su cara, sus cejas emanaban reproche. No había ninguna duda.

—¿Carol? —lo miré sorprendido—. ¿Qué desea? ¿Por qué no está en el estudio?

—No sé, señor. Hace más de media hora que está esperando.

Le entregué mi valija.

—Déjela en mi cuarto —dije, y atravesé el vestíbulo para ir a la sala.

Cuando entré Carol estaba junto a la ventana. No se dio vuelta, aunque seguramente me oyó entrar. Admiré su esbelta espalda y el fresco vestido a cuadros blancos y rojos.

—Hola —dije, cerrando la puerta.

Ella deshizo el cigarrillo en el cenicero y giró sobre sus talones. Me miró de frente y mi mirada cedió.

—¿No trabajas esta mañana? —pregunté, atravesando el cuarto y plantándome a su lado.

—Necesitaba verte.

—Magnífico —dije, indicando el sillón—. Siéntate.

Cuando se dirigía al sillón pregunté:

—No ha pasado nada malo, ¿verdad?

Ella se sentó.

—Aún no lo sé... —buscó otro cigarrillo, lo acomodó en la boquilla y lo encendió.

De pronto me sentí algo cansado; mi ánimo no estaba para sermones. Me acerqué a ella.

—Escucha, Carol... —empecé, pero ella levantó la mano.

—No vamos a tener el tipo de conversación que se inicia con un «Escucha Carol»... —dijo con agudeza.

—Lo lamento, Carol, pero estoy nervioso esta mañana... —no quería pelear con ella—. Veo que algo no anda bien. Es mejor que me lo digas enseguida.

—Esta mañana me encontré con Merle Bensinger. Está preocupada por ti.

—Si Merle Bensinger ha estado discutiendo mis asuntos contigo —dije con frialdad—, debe de haber olvidado que es mi agente a sueldo.

—Merle te tiene simpatía, Clive. Creía que estábamos comprometidos.

Lentamente me senté en un sillón algo alejado de Carol.

—Aunque estuviéramos casados, no le corresponde a Merle hablar de mis asuntos —dije, mientras una furia helada atrapaba mis palabras.

—Merle no me habló de tus asuntos —dijo Carol con calma—. Me pidió que hiciera algo para convencerte de que trabajaras.

Encendí un cigarrillo y arrojé el fósforo en la chimenea apagada.

—Pero *estoy* trabajando —dije—. Si Merle está preocupada por la comisión que le pago, ¿por qué no lo dice de una vez?

—Está bien, Clive. Si lo tomas así...

—Así es como siento la cosa. ¡Por favor, Carol, no se puede forzar a ningún escritor a que escriba! Eso lo sabes. La cosa se presenta o no se presenta. Merle quiso que yo hiciera un artículo imbécil para el *Digest*. No tuve ganas de hacerlo. Por eso está resentida.

—No mencionó el *Digest*, pero olvidemos por el momento a Merle... —cruzó sus finos tobillos—. Hablemos de Berstein, Clive.

—¿Qué pasa con Berstein?

—Sabes que estuvo en casa el sábado...

—Sí, ya me lo dijiste.

—Hice lo que pude. Le leí partes de tu obra. Incluso lo persuadí para que se la llevara...

La miré sorprendido.

—¿Le has dado una copia de mi obra? —repetí—. ¿De dónde sacaste ese manuscrito?

—Oh, yo lo tenía —contestó con impaciencia—. Pero eso no interesa. Yo esperaba... —se interrumpió con un gesto de desesperación. Después añadió—: Si hubieras estado allí, habría sido todo distinto. Temo que hayas perdido una gran

oportunidad, Clive.

Aspiré una porción de humo.

—No lo creo —dije—. Si Berstein estuviera tan apurado por hacer *Seguro de lluvia*, ya lo habría hecho. Un tipo a quien hay que convencer para que compre un argumento, no está muy entusiasmado. Y se apacigua tras hacer una cantidad de promesas. No me vas a decir que Imgram tuvo que hablar con Gold para que comprara su libro...

—¡Hay una gran diferencia entre *Seguro de lluvia* y *La tierra es estéril!* —dijo Carol con agudeza. Después, como yo me moví, impaciente, ella prosiguió—: Perdón, Clive... no quise decir eso... quise decir... que no se puede comparar... que...

—Está bien, está bien —dije furioso—. No tienes que tratarme con guantes de terciopelo. Quieres decir que mi obra no es bastante buena para defenderse sola. Es necesario que tú y Jerry Highams y yo le andemos detrás a Berstein antes que se digne siquiera a mirarla...

Ella se mordió el labio nerviosamente, pero no dijo nada.

—Pues no es así como quiero vender mis obras. Cuando venda algo, lo venderé porque vale la pena que lo compren. No necesito regatear como un vendedor ambulante. A la mierda con Berstein...

—De acuerdo, Clive, a la mierda con Berstein... Pero así no vas a ninguna parte, ¿verdad?

—No me pasa nada. ¿Por qué no dejas de preocuparte por mí? Oye una cosa, Carol: vamos a poner algo en claro. Cuando necesite que alguien me ayude, te lo haré saber. Hay demasiada gente interesada en ayudarme. Es abrumador... —y, para no herir sus sentimientos, añadí—: Naturalmente que estoy agradecido, pero, después de todo, es asunto mío. Me las arreglo muy bien solo.

Nuevamente volvió a clavarme la mirada.

—¿De veras? —dijo—. Hace dos años que no escribes nada. Vives del pasado, Clive. Y esto es algo que no puede hacerse en Hollywood. Aquí un escritor vale lo que vale su próximo libro... o película.

—Pero mi próxima película será muy buena —dije, procurando sonreír—. No hagas líos, Carol. Después de todo, tengo una propuesta de Gold. Eso te demuestra que no me han dejado de lado.

—Oh, Clive, deja de darte aires —dijo, y el color llenó su cara—. No se trata de que puedas escribir. La cuestión es «cuándo» vas a hacerlo.

—Bien, ¿y por qué no dejas eso por mi cuenta? —dije—. ¿Por qué no vuelves al estudio? Creí que estabas ocupadísima con Imgram.

—Lo estoy. Pero tenía que verte, Clive. La gente empieza a hablar —se puso de pie y dio vueltas por el cuarto—. Se supone que estamos comprometidos, ¿no es así?

Esto era algo que yo no deseaba discutir en el momento.

—¿Qué quieres decir con eso de que... la gente habla?

—Comentan este fin de semana —volvió su cara hacia mí—. ¿Cómo has podido, Clive? ¿Cómo has podido hacer una cosa semejante? ¿Te has vuelto loco?

La cosa se viene, pensé.

—Si supiera de qué estás hablando...

—¿Por qué me mientes? Estoy enterada. Ya en este momento, deberías haberte librado de esa historia. No eres un chico de colegio, ¿sabes?

La miré fijamente.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué debo librarme?

Ella volvió a sentarse.

—Oh, Clive, a veces eres estúpido y odioso —dijo, cansada. La ira había desaparecido de su voz. Ahora era desesperadamente desdichada—. ¿Quieres ser irresistible, no es así? Quieres ser el gran seductor que hace perder el equilibrio a todas las mujeres. ¿Por qué has elegido una mujer como ésa? ¿Dónde crees que vas a ir a parar?

Impaciente, busqué un cigarrillo.

—Estás diciendo algunas cosas duras, Carol —con dificultad contuve mi rabia—. Pero no estoy en ánimo de aguantar mucho más. Es mejor que vuelvas al estudio antes de que nos digamos algo que debamos lamentar después.

Ella permaneció inmóvil unos segundos, con las manos cruzadas sobre las rodillas y el cuerpo tenso. Después suspiró profundamente y su cuerpo se aflojó.

—Perdón, Clive —dijo—. He presentado las cosas de manera equivocada. Pero ¿no puedes cortar esa relación? ¿No puedes abandonar el asunto? Aún no es demasiado tarde, Clive.

Enojado arrojé ceniza sobre la alfombra.

—Estás alborotando por nada —dije—. Por el amor de Dios, Carol, sé razonable.

—¿Qué conseguiste pasando con ella el fin de semana? —preguntó de pronto—. ¿Todavía no ha caído seducida ante tus encantos?

Me puse de pie de un salto.

—Carol: estoy harto. Quiero que te vayas. Si seguimos así terminaremos haciéndonos daño.

—Rex Gold me ha pedido que me case con él.

Años atrás me había pateado un caballo. Fue culpa mía. Me habían prevenido que era arisco, pero yo pensé que podía manejarlo. Súbitamente el animal se soltó, y recuerdo que quedé echado en el suelo barroso, húmedo, con el dolor que me retorció las tripas, mirando al caballo y sin poder creer que me hubiera hecho eso. Ahora sentía el mismo retortijón de dolor en las entrañas.

—¿Gold? —dije, y volví a sentarme.

Carol golpeó un puño contra el otro.

—No debí decírtelo ahora —dijo—. Es como un chantaje, ¿verdad, Clive? No, no debí decírtelo ahora.

—No creía que Gold... —me detuve.

¿Por qué no? Ella era preciosa. Era eficaz en su trabajo. Sería una espléndida esposa para Gold.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté tras un largo silencio.

—No sé —dijo—. Ya no lo sé después de este fin de semana.

—¿Y qué tiene que ver eso con el fin de semana? —pregunté—. Creí que se trataba de saber si lo querías a él o no.

—Eso no cuenta en Hollywood —dijo Carol—, lo sabes tan bien como yo. Si he creído que tú y yo... —se detuvo, vacilante, y después prosiguió—. Me vuelves la cosa difícil, ¿no es así?

No dije nada.

—Sabes, te quiero, Clive.

Intenté agarrarle la mano, pero ella la retiró.

—No me toques. Déjame hablar. He aguantado mucho de ti. Hace dos años que nos conocemos. Supongo que es tonto de mi parte vivir en el pasado, pero no puedo olvidarme de ti la primera vez que fuiste a ver a Robert Rowan. Ninguno de nosotros era nadie entonces. Me gustaste en cuanto te vi. Pensé que tu pieza era muy buena. Pensé que una persona capaz de esos sentimientos debía de ser buena, noble, decente. Me gustó el aire asustado, turbado que tenías cuando Rowan te hablaba. Eras sencillo, simpático, muy distinto a los otros hombres que venían a la oficina. Creí que ibas a hacer grandes cosas: por eso te dije que te establecieras aquí y dejaras Nueva York y todo lo que Nueva York representaba. Hubo un tiempo, antes que te hicieras otras amistades, en el que eras feliz teniéndome como compañera, íbamos a todas partes, hacíamos de todo. Una vez me pediste que me casara contigo y yo dije que sí. A la mañana siguiente, lo habías olvidado. Ni siquiera te molestaste en llamarme. No sé, ni siquiera ahora, lo que sientes por mí, aunque sé lo que yo siento por ti. Eso no significa que quiera tenerte atrapado. No es así como te quiero.

Yo deseaba que ella no hubiera empezado esto. Debía tomar una decisión y quería tiempo para pensar. Hasta la noche del sábado, yo había amado a Carol. Ahora ya no estaba seguro de quererla. Sabía que no podía dejar que siguiera hablando, desnudándose delante de mí: tenía que enfrentarla a medio camino. De otro modo la cosa iba a terminar cuando ella me dejara, y yo no quería terminar. Carol era importante para mí. Representaba los dos últimos años, que eran los mejores de mi vida. Representaba la comprensión y la bondad. Me daba confianza. Me aterraba pensar lo que sería de mí sin ella.

—Te creí cuando dijiste que me querías —prosiguió ella—, probablemente

porque tú significabas tanto para mí. Había algo en ti muy lindo, Clive, cuando eras pobre. Creo que el éxito hace mal a alguna gente. A ti te ha hecho mal. Sabes, estoy preocupada por ti. Realmente no sé ahora cómo vas a salir adelante. No has aprendido nada nuevo desde que empezaste a escribir. Crees tener el toque mágico, pero no lo tienes. Nadie lo tiene... eso no existe. Eso llega cuando se trabaja, cuando uno nunca se da por satisfecho, y cuando se abordan temas más importantes cada vez que se escribe. Entonces, se siente que hay algo que decir y que vale la pena decirlo.

—Has hecho un discurso aterrador —dije—, pero lo dejaremos pasar si no te opones. Hablemos de ti. ¿Piensas casarte con Gold?

—No sé —dijo—. No quiero hacerlo, pero la cosa ofrece muchas ventajas.

—¿Estás segura?

—Gold tiene imaginación... poder... dinero. Me dejará mano libre. Se pueden hacer grandes películas. Tal vez tú no entiendas esto, Clive. Pero soy ambiciosa. No para mí. Quiero que se hagan mejores películas. Podría influir a Gold. Él me escucha...

—No vale la pena educar el mundo: concentrémonos en nosotros mismos. No es necesario que te cases con Gold para educar el mundo, ¿no es así?

—¿Te importaría que lo hiciera?

Tenía que hablar ahora o perderla.

—Claro que me importa, pero quiero que veas las cosas desde mi punto de vista. Te quiero. Hace tiempo que te quiero, pero, en este momento, eso no me sirve. Algo anda mal. No puedo escribir. Si no sucede algo pronto, estaré en un atolladero. Antes he estado en la mala, claro está, pero estaba solo. No soportaría verme contigo en la mala.

Ella examinó sus finas manos morenas.

—Eso sucede porque has perdido el contacto con las cosas que importan. Te has estado divirtiendo demasiado... —hizo una pausa, ajustó los puños de manera que cubrieran sus muñecas y después estalló—: ¿Por qué tuviste que llevar a esa mujer donde pudieran verlos juntos?

La ira me atravesó como un relámpago.

—¿Así que ese hijo de puta de escritor de éxito te ha ido con el cuento? —dije—. Me di cuenta de que te iba a ir con el chisme. Eso es para lo único que sirve: para chismear y hacer maldades.

—Jerry Highams también te vio —dijo Carol pesadamente.

—¿Y qué hay con eso? Highams sabe por qué veo a esa mujer. Y no hay nada más, Carol. A ti no te mentiría. Tengo una historia fantástica que escribir acerca de ella. Eso es todo.

Carol se puso de pie.

—Tengo que volver al estudio —dijo—. Lamento todo esto, Clive. No podemos

hacer nada... ¿verdad?

—¿Acaso no crees lo que te digo? —pregunté, acercándome.

—Gold me ha encargado esa historia. ¿Cómo quieres que la escriba si no frecuento a esa mujer?

Ella meneó la cabeza.

—No sé, Clive. Y no me importa demasiado. Estoy un poco harta de tus amiguitas. ¡Tengo que compartirte con tantas! Y no tengo ganas de competir con una profesional. Hasta que la dejes... es mejor que no nos veamos.

—No hablas en serio, Carol —dije alarmado—. ¿Acaso no quieres que aproveche esta ocasión? Gold me ha ofrecido cincuenta mil dólares. No puedo escribir la historia si no estoy en contacto con esa mujer... —cuando se volvió, yo la agarré del brazo—. Te repito que no hay nada entre nosotros fuera del argumento. ¿No me crees?

Ella soltó su brazo.

—No... pero ten cuidado, Clive. Vas a salir lastimado. Es una mujer capaz de maniobrar a un hombre como tú.

Mi furia hirvió al oír esto.

—Está bien —dije, lleno de rabia contra ella—. Eres una chica preciosa, adorable. Gracias por prevenirme. Tendré cuidado. Cada vez que la vea pensaré en ti y en tu consejo, y tendré mucho, mucho cuidado.

Ella se ruborizó.

—Puedes guardarte tus sarcasmos baratos. Estás buscando dificultades y mucho me temo que vayas a encontrarlas.

—No debes temer nada. Siempre que pueda contar con tu lástima, me las arreglaré muy bien... —dije—. Es inútil discutir por esto, ¿verdad? Es mejor que nos portemos agradablemente y un poquito en broma, ¿no te parece?

—Naturalmente tú eres una autoridad en eso de tomar las cosas en broma —replicó ella, aguijoneada y enfurecida—. Pero si realmente es así como tomas las cosas, es inútil que nos peleemos.

—Perfecto... —estaba decidido a enojada tanto como yo lo estaba—. Y no dejes de invitarme a la boda. No iré, pero invítame, porque será la única vez que rechazaré algo de Gold. Pero no pienso rechazar sus cincuenta mil dólares.

Vi desprecio en sus ojos y súbitamente tuve ganas de hierirla.

—Imagino el tipo de boda que va a preparar Gold —proseguí, sonriendo—. Será un casamiento en tecnicolor. Ya veo el estilo. La novia es preciosa. Se entrega a Rex Gold para educar a la gente haciendo mejores películas. Eso hará reír mucho... —saqué la cigarrera y elegí un cigarrillo—. Dices que no vas a competir con profesionales. ¿Es verdad eso, amorcito?

—Espero que esa mujer te haga daño —dijo Carol con la cara lívida—. Necesitas

que te lastimen. Necesitas una mujer como ésa, capaz de taladrar tu mezquino, miserable yo. Creo que ella lo hará. Y lo deseo, lo deseo mucho.

—¿Sabes? Me alegro de que seas mujer; me alegro de que estés en mi departamento y bajo mi protección, porque eso me impide hacer lo que tengo ganas de hacer.

—¿Tienes ganas de trompearme la cara?

—Así es. Eso es lo que me gustaría hacer, divina.

—Adiós, Clive.

—Esto es fantástico. Eso es lo que se llama un drama contenido. Será un magnífico telón de fondo. Nada vulgar... será definitivo, claro está, pero decididamente nada vulgar. Eres una buenísima autora de guiones y tienes un gran sentido teatral. Pero tendrías que estar atenta al diálogo la noche de bodas, mi linda. ¿Entiendes?

Ella estaba ya junto a la puerta. No se volvió para mirarme. Después desapareció.

Cuando la puerta se cerró tras ella la habitación pareció muy vacía. Fui al armario y me serví un whisky. Lo bebí sin soltar la botella y de inmediato me serví otro. Repetí cuatro veces el gesto. Después guardé la botella y me dirigí al vestíbulo. Me sentía algo borracho y tenía ganas de llorar.

En el momento de ponerme el sombrero, Russell descendió la escalera. Me lanzó una mirada lúgubre, pero no dijo nada.

—La señorita Carol va a casarse con Rex Gold —dije, pronunciando cuidadosamente las palabras—. Sé que te gustan estos rápidos chismecitos, Russell. Sabes quién es Rex Gold, ¿no es así? Bueno: se casa con él. Se casa con él para hacer buenas películas y educar a las clases menesterosas... —me apoyé en la baranda de la escalera—. ¿Crees que las clases menesterosas desean ser educadas? ¿Crees que vale la pena el sacrificio? Yo no lo creo. Creo que a la gente le importa un pepino que Carol se case con Rex Gold o que haya mejores películas. Pero es inútil discutir con las mujeres... Russell me miró como si lo hubiera abofeteado. Intentó decir algo, pero las palabras se atragantaron. Lo dejé y tomé el ascensor para salir a la calle.

Subí al coche.

—Pobrecito —me dije a mí mismo—, me das tanta pena...

Después apreté el acelerador y me dirigí al Club de Escritores. La acostumbrada multitud no estaba presente ese día. Saludé al camarero y me dirigí al bar.

—Un whisky doble —dije, sacando un taburete y sentándome.

—Bien, señor Thurston —dijo el mozo—. ¿Lo desea con hielo?

—Oiga —dije inclinándome hacia adelante—, si quisiera hielo, le habría pedido hielo. No quiero tanta charla, ni suya ni de nadie.

—Está bien, señor Thurston —dijo el mozo, poniéndose colorado.

Bebí el whisky puro y volví a presentarle el vaso.

—Otra vuelta... sin hielo y sin charla. No quiero que me hable ni siquiera del tiempo...

—Está bien, señor Thurston.

Si yo no vendía mi argumento a Gold dentro de poco iba a verme como ese mozo. Iba a ver me tan apretado de dinero que iba a tener que aceptar cualquier cosa que me ofrecieran. Terminé el whisky.

—Sírvame otro.

En aquel momento entraron Peter y Frank Imgram. Fue mala suerte que aparecieran en ese momento, porque yo estaba muy enojado y algo borracho. Descendí del taburete.

Peter sonrió.

—Hola, Clive —dijo—. ¿Me acompañas a tomar una copa? Conoces a Frank Imgram, ¿verdad?

Yo lo conocía muy bien.

—Claro —dije, retrocediendo un paso y tomando posición—. El gran chismoso de Hollywood, ¿no...? —y di a Imgram un puñetazo que lo golpeó de lleno en la boca. Él retrocedió, gargajeó y se llevó los dedos a la boca para que la dentadura postiza no lo ahogara. Había escrito *La tierra es estéril*, pero tenía dientes falsos. Yo le llevaba esa ventaja.

No esperé para ver qué sucedía. Salí precipitadamente del bar. Atravesé el vestíbulo y llegué a la calle. Subí al coche y puse en marcha el motor. Tuve que controlarme, porque tenía ganas de volver y golpear de nuevo a aquel piojo. Tenía ganas de pegarle de nuevo con tanta fuerza que sentí dolor detrás de los ojos, la nariz y la nuca.

Pensé: Merle Bensinger, Carol, la dulce, adorable Carol y ahora Frank Imgram... y probablemente también Peter Tennett. Todos debían de odiarme hasta los huesos. La verdad es que me estaba metiendo en un lío. Si continuaba de esa manera iba a lograr una linda reputación...

Marché rápidamente por Sunset Boulevard. Tal vez dentro de unos días nadie iba a dirigirme la palabra. Tal vez iban a pedirme que renunciara al club. No importa, me dije, todavía me queda Eva. Disminuí la marcha, porque bruscamente sentí necesidad de hablar con Eva. Eso era algo que nadie podía impedir. Podían prohibirme que le pegara a Imgram, pero no podían impedir que telefonara a Eva.

Me detuve frente a una droguería, dejé el coche y entré. Tuve cierta dificultad para discar. Estaba más borracho de lo que suponía. Marqué mal los números tres veces seguidas antes de conseguir la comunicación. Estaba sudando y enfurecido.

Marty atendió el teléfono.

—¿La señorita Marlow? —pregunté.

—¿De parte de quién?

¿Ya ella qué le importaba? ¿Por qué no había atendido Eva? ¿Creía acaso que yo deseaba hablar con su criada cada vez que le telefoneaba? ¿Quería que dijera mi nombre a una sirvienta que iba a repetirlo al lechero, al heladero y a todos los tipos con los que saliera a emborracharse?

—Soy el hombre de la Luna —dije—, ése soy.

Hubo una pausa y después Marty contestó:

—Lo siento: la señorita Marlow ha salido.

—Está en casa —contesté enojado—. A esta hora no ha salido. Dígale que quiero hablar con ella.

—¿De parte de quién?

—Oh, por el amor de Dios... soy el señor Clive... ¿Está contenta ahora?

—Lo siento, pero la señorita Marlow está ocupada.

—¿Ocupada? —repetí estúpidamente—. ¡Pero si no son las dos de la tarde! ¿Cómo puede estar ocupada?

—Lo siento —repitió Marty de nuevo—, le diré que usted ha llamado.

—Un momento —dije, sintiéndome enfermo y vacío—. ¿Quiere usted decir que ella está con un tipo?

—Le diré que usted ha llamado —dijo Marty, y cortó. Dejé caer el receptor, me quedó colgando del cordón. Me sentía atrocamente mal.

Salí de un pesado sueño cuando Russell corría las cortinas. Me senté con un gruñido, consciente de que me dolía la cabeza y de tener la lengua como un pedazo de cuero.

—El señor Tennett desea verlo, señor —dijo Russell, arrastrándose pesadamente hasta el pie de la cama. Su gorda cara estaba llena de malos presagios.

Entonces recordé a Imgram.

—Al diablo —dije, dejándome caer otra vez sobre la almohada—. ¿Qué hora es?

—Más de las diez y media —seguía mirándome con ojos acusadores.

—Bájese del caballo, Russell —exclamé—. Supongo que ya está enterado de lo que pasó en el Club de Escritores.

—Sí, señor —contestó, apretando los labios—. Lamenté mucho cuando me lo contaron, señor.

—Seguro que lo ha lamentado —dije, deseando que la cabeza no me doliera con tanta violencia. Debía de haber estado muy borracho cuando volví al departamento. Ni siquiera recordaba haberme acostado—. Ese piojo se lo buscó...

Russell se aclaró la garganta.

—El señor Tennett espera, señor —me recordó. Gruñí.

—Muy bien. Dígale que espere. No sé qué tiene que hacer en esto. No creo que nadie pueda hacer nada.

Cuando se fue, me levanté, y trastabillé hasta el cuarto de baño. Una ducha fría me alivió la cabeza. Después de afeitarme me preparé un cognac con soda y, al vestirme, sentí que ya empezaba a ser yo mismo.

Encontré a Peter en la sala.

—Hola —dije, yendo hacia el armario y preparándome otro cognac con soda—. Estaba dormido. Lamento haberte hecho esperar.

—No tiene importancia —dijo él.

—¿Quieres un trago?

Él meneó la cabeza.

Me acerqué y ocupé el sillón cerca de él. Hubo una pausa muy incómoda. Ambos nos miramos y después apartamos la vista.

—Se trata de Imgram, naturalmente... —dije.

—Sí... se trata de Imgram. Supongo que estabas borracho.

—¿Acaso tengo que justificarme? —pregunté, procurando conservar la calma acerca del asunto, mientras sentía que la ira iba creciendo en mí.

—No creas que vengo a criticarte —dijo Peter rápidamente—. Aunque reconozco que me ha sorprendido que fueras capaz de hacer una cosa semejante. Vengo a decirte que Gold tiene intenciones de ponerte pleito.

Lo miré, atónito.

—¿Gold piensa ponerme pleito? —repetí. Era por cierto algo que no había esperado oír.

Peter asintió.

—Mucho me lo temo. Imgram está herido, ¿sabes? No podrá trabajar por algunos días. La demora va a costar dinero al estudio y Gold está furioso.

Sentí una brusca puñalada de satisfacción. ¡Por lo menos había lastimado a aquel piojo!

—Comprendo —dije.

—Creí que era mejor verte y hablar contigo —prosiguió Peter. Estaba incómodo, avergonzado y pude ver, por su expresión, que consideraba el asunto como muy desdichado—. Rex Gold dice que la cosa va a costarle unos cien mil dólares.

—Una trompada bastante cara —repliqué, sintiéndome de pronto helado y con miedo—. Supongo que no piensa ponerme pleito por esa suma, ¿verdad?

—Técnicamente hablando no tiene derecho a ponerte pleito. Eso tendría que hacerlo Imgram —explicó Peter. Miró sus zapatos perfectamente lustrados, y añadió—: Rex Gold se ha entrevistado con Imgram.

—... Se ha entrevistado con Imgram... —bebí la mitad del cognac con soda. Ya no me pareció que tuviera tan buen sabor—. ¿Imgram va a ponerme pleito por cien mil dólares? No creo que llegue a cobrar ese dinero.

Cuidadosamente Peter sacudió la ceniza del cigarrillo con el dedo meñique.

—Imgram no te hará juicio —dijo—. Le dijo a Gold que no pensaba hacerlo.

Dejé el vaso.

—¿Qué quiere entonces?

—No sé —dijo Peter con sinceridad—. Yo te habría puesto pleito. Fue bastante feo lo que hiciste, ¿no te parece, Clive?

Hice un gesto con la mano para dejar pasar aquello.

—¿Quieres decir que va a poner la otra mejilla?

Peter asintió.

—Algo por el estilo.

Me puse de pie.

—¡Ah, bestia grasienta! —exclamé furioso—. ¿Cómo se atreve a tratarme de este modo? ¡Que me ponga pleito! ¿Crees que me importa? ¿Crees que puede importarme lo que él haga?

—Escucha, Clive, es mejor que te tranquilices. Ya has hecho demasiado daño y no conviene que hagas aún más. ¿Qué te pasa? ¿Te das cuenta de que has destrozado a Carol?

Me paré frente a él.

—Oye, Peter: no voy a tolerarte nada más. De eso puedes estar seguro. No te metas en esto. No te metas.

—Ojalá pudiera hacerlo —dijo Peter, levantando las manos en un gesto desesperanzado—. ¿Crees que esto me agrada? Parece que no te dieras cuenta de que se trata de algo muy serio. Te has puesto a Gold en contra. Y cualquier cosa que afecta a Gold afecta al estudio. Esa trompada ha provocado muchas dificultades. No sé por qué la diste. Tal vez tuvieras buenas razones para trompear a Imgram. Las ignoro y no quiero conocerlas. La cosa está hecha y ha trastornado nuestros planes de trabajo. Para colmo de males, Carol se ha vuelto loca. No puede concentrarse y creo que en el fondo de eso, estás tú.

Volví a sentarme.

—Parece que van a echarme la culpa de todo —dije amargamente—. ¿Qué diablos quieren que haga?

—Creo que te convendría dejar la ciudad por unos días —dijo Peter—. ¿Por qué no te vas a Three Point? No quiero que tropieces con Rex Gold... mientras él esté de tan mal humor... Imgram no hará nada y nosotros procuraremos convencer a Gold para que te deje en paz. En estos momentos Gold quiere comerte crudo...

Si lo ha tomado así, pensé, esto significa la tapa para mi guión cinematográfico.

—No puedo dejar ahora la ciudad —dije, tras pensarlo un momento—. Tengo demasiadas cosas entre manos. Procuraré no encontrarme con Gold.

Peter pareció preocupado.

—Probablemente la cosa se arreglará —dijo, poniéndose de pie—. Ahora debo volver al estudio. Estamos en un terrible lío en estos momentos y Rex Gold parece un oso golpeado en la cabeza. Pórtate bien y descansa por unos días.

—Lo haré —prometí—. A propósito, Peter... sabes que estoy trabajando en un argumento para Gold. ¿Crees que lo sucedido puede afectar este asunto?

Peter se encogió de hombros.

—Tal vez. Depende del tiempo que nos demoremos. Si la cosa pasa rápido y el argumento es bueno, entonces todo irá bien. Rex Gold es hombre de negocios. No va a perder un buen argumento. Aunque, naturalmente, tendrás que hacer algo notable.

—Sí —lo acompañé hasta la puerta; me sentía deprimido y preocupado. Empezaba a comprender que había sido un imbécil al trompear a Imgram. La cosa podía fácilmente influir en mi futura carrera.

—¿No puedes arreglar nada por Carol? —preguntó de pronto Peter.

—Creo que no.

Él me clavó la mirada y súbitamente me sentí avergonzado.

—Ella te quiere, Clive —dijo lentamente—. Es una gran muchacha y no merece que la trates así. En un tiempo pensé que lo que había entre ustedes era algo muy serio. Sé que no es asunto mío, pero no la puedo ver destrozada...

No dije nada.

Él permaneció un momento dudoso, después añadió, con un leve encogimiento de hombros:

—Bueno, lo siento. Tal vez Carol se reponga de esto. Adiós, Clive. Descansa un tiempo. Estoy seguro de que la cosa pasará si tienes cuidado.

—Claro —dije—. Y gracias por haber venido.

Cuando Peter se fue yo regresé a la sala y me serví otra copa. Deseaba ver a Carol, pero, de alguna manera, no me atrevía a enfrentarla. Yo la había herido y estaba seguro de que si iba a verla ahora, mi tarea iba a ser mucho más dura que si le daba tiempo para recobrase. Además, tenía demasiadas cosas en la cabeza. Ingram no me preocupaba, pero Gold sí. Gold podía ser peligroso si deseaba serlo. Permanecí sentado, pensando en el asunto. Tal vez me convenía verlo y procurar explicarle; finalmente decidí seguir el consejo de Peter. Tenía que mantenerme oculto hasta que las cosas se calmaran.

Miré mi reloj. Eran las once y cuarenta y cinco. Entonces pensé en Eva. Probablemente estaría acostada... dormida quizá. Supe lo que iba a hacer. Iba a telefonearle para pedirle que almorzara conmigo. En cuanto decidí esto sentí una oleada de alivio. Eva iba a ser la solución para mi soledad. Mientras la tuviera a ella no me importaba lo que pudiera pasar.

Llegué a Laurel Canyon Drive unos pocos minutos después de mediodía. Me detuve frente a la casa de Eva, dejé el coche y caminé rápidamente por el sendero. Llamé y esperé.

La puerta se abrió inmediatamente y apareció Eva, parpadeando en la fuerte luz. Me miró con los ojos muy abiertos.

—Clive —dijo con una risita—. Creí que era el lechero... —era evidente que acababa de dejar la cama. Su pelo estaba revuelto y no tenía maquillaje—. ¿Qué diablos haces aquí a esta hora?

Le sonreí.

—¿Qué tal, Eva? —dije—. He querido darte una sorpresa. ¿Puedo pasar?

Ella se envolvió en el salto de cama y bostezó.

—Iba a darme un baño. Oh, Clive, eres el colmo... Podrías haber telefoneado al menos...

La seguí hasta el dormitorio. El cuarto olía débilmente a perfume y transpiración seca. Ella se adelantó y abrió de golpe las ventanas.

—Ph... Aquí apesta, ¿verdad? —dijo, sentándose en la cama y rascándose la cabeza—. Uf... estoy tan cansada.

Me senté en la cama junto a ella.

—Parece que has tenido una noche agitada —dije—. ¿En qué has andado?

—¿Estoy muy fea? —preguntó, echándose sobre la almohada y desperezándose—. No me importa. Esta mañana no me importa nada de nada.

—A mí me pasa lo mismo. Por eso he venido a verte —dijo, mirando su carita blanca, contraída. Tenía hinchada las ojeras y las dos arrugas a los lados de la nariz parecían acentuadas—. Aburrámonos juntos. Ven a almorzar conmigo.

Ella se frotó la cara.

—No —dijo—, no tengo ganas de molestarte.

—Vamos, no seas terca —contesté—. Almorzaremos temprano y luego, si tienes ganas, puedes volver aquí. Vamos, no seas mala.

Ella me miró y vi la duda en sus ojos.

—Oh, no sé —dijo, mientras una expresión enfurruñada oscurecía su cara—. ¡Me aburre tanto vestirme! No, Clive, creo que no voy a aceptar.

Me incliné, le agarré las manos y la atraje hacia mí, de modo que nuestros cuerpos se juntaron.

—Vas a venir —dijo con firmeza—. Quiero verte vestida para cambiar un poco. Vamos, ¿qué vas a ponerte?

Ella se apartó de mí y fue pesadamente hasta el ropero.

—No sé —dijo, y volvió a bostezar—. Oh, estoy cansada, no tengo ganas de salir...

Abrí el ropero. Colgados de la viga central había varios trajes sastre de diversas telas.

—¿Por qué no te pones un vestido enterizo? —pregunté—. ¿Por qué te vistes siempre con tanta severidad? Me gustaría verte con algo vaporoso y femenino para cambiar un poco.

—Clive, te ruego que, al menos, me dejes decidir sobre lo que me queda bien —dijo ella, sacando de la percha un traje sastre gris de lanilla levemente jaspeada—. Llevaré éste. ¿Te gusta?

—Claro. Pero ahora apúrate a tomar tu baño —dijo, sentándome en la cama—; fumaré un cigarrillo mientras te espero.

—No tardaré —dijo ella, cerrando el armario.

Mientras ella estaba arriba, en el cuarto de baño, yo vagué por el cuartito. Abrí unos cajones, miré lo que contenían, los cerré. Moví los animalitos de vidrio y, al hacerlo, pensé en el marido de Eva. En el cuarto había una oscura atmósfera secreta, y no pude menos que pensar en los muchos hombres que pasaban por allí. Hombres secretos, furtivos, que se avergonzarían si sus amistades se enteraban de dónde habían estado.

Estos pensamientos me preocuparon y empecé a sentirme enojado y frustrado. Detestaba pensar que compartía a Eva con tantos hombres. Toda la atmósfera del cuarto se volvió de pronto tan intolerable que salí al corredor y grité a Eva que se apurara.

—¡Ya voy! —contestó ella—. ¡No seas impaciente!

En ese momento oí que se abría la puerta principal y entró Marty. Me lanzó una rápida mirada de sorpresa y después sonrió.

—Buenos días, señor —dijo—. Es una preciosa mañana, ¿verdad?

—Sí —contesté, sin mirarla.

Detestaba verla. Detestaba su expresión servil, conocedora. Me pregunté si Eva le habría dicho algo acerca de mí. Me pregunté si las dos mujeres discutían los hombres que concurrían a la casita y si se burlaban de ellos. No podía permanecer en el mismo cuarto con esta mujer si sospechaba que, algunas veces, se había reído de mí.

—Dígale a la señorita Marlow que la espero en el coche —dije cortante, y salí de la casa.

Eva se me unió en menos de media hora. Estaba elegante y bien compuesta, pero, bajo la dura luz del sol, me pareció un poco más vieja y algo cansada.

Abrí la puerta del coche y ella se deslizó dentro. Nos miramos.

—¿Estoy bien?

Le sonreí.

—Maravillosa.

—No mientas. ¿De verdad estoy bien?

—Puedes ir a cualquier parte, Eva, y con quien sea.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Lo malo contigo es que te avergüenzas de lo que haces —dije, apretando el arranque—. Es uno de los motivos de tu complejo de inferioridad. Quieres hacer las dos cosas, ¿verdad? Bueno, hasta ahora, todo anda bien. No tienes por qué preocuparte.

Ella me miró inquisitivamente, decidió que le decía la verdad y volvió a recostarse en los almohadones.

—Gracias —dijo, con un leve asentimiento—. ¿Dónde vamos?

—Al Nikabob —dije tomando por Sunset Boulevard en dirección a Franklin—. ¿De acuerdo?

—Hum... supongo que sí.

—Te llamé ayer a eso de las dos, pero Marty dijo que estabas ocupada.

Ella hizo una mueca y no contestó.

—Parece que trabajas todo el día y toda la noche —dije, torturándome secretamente.

—No hablemos de eso —dijo ella, cortante—. ¡Quisiera saber por qué los hombres siempre hablan tanto de eso!

—Perdón... olvidaba que para ti era como un negocio... —manejé en silencio un par de cuerdas y después dije—: Me intrigas, Eva. Realmente no eres tan dura, ¿verdad?

Ella torció la boca.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que sería fácil lastimarte.

—Pero nunca te enterarías —replicó rápida.

—Eres rarísima. Siempre estás en guardia contra alguna palabra descomedida. Crees que todo el mundo es enemigo tuyo. Me gustaría que te relajaras un poco y que me aceptaras como amigo.

—No quiero tener amigos —contestó con impaciencia—. De todos modos, no confío en los hombres. Los conozco demasiado.

—Dices eso porque sólo conoces la parte podrida de los hombres. ¿Por qué no dejas que sea tu amigo?

Ella me miró con indiferencia.

—No te dejaré y deja de decir tonterías. Nunca significarás nada para mí. Te lo repito una y otra vez, ¿por qué insistes?

La cosa parecía bastante desesperanzada para mí. Nuevamente sentí contra ella el oscuro aguijoneo de una ira frustrada. Si por lo menos hubiera algo que pudiera conmoverla, algo que penetrara detrás de la fría, total indiferencia que la cobijaba...

—Bueno, eres bastante brutal —dije—. Por lo menos sé donde estoy.

—Me gustaría saber qué estás buscando —dijo ella, lanzándome una mirada inquisitiva—. Hay algo detrás de toda esta amabilidad. ¿Qué deseas, Clive?

—Te deseo a ti —dije simplemente—. Me gustas. Me intrigas. Quiero sentir fue ocupó un lugar en tu vida. Eso es todo.

—Oh, estás loco —dijo ella impaciente—. Debes de conocer centenares de mujeres. ¿Por qué te preocupas por mí?

Sí... ¿por qué me preocupaba por ella? ¿Por qué perdía el tiempo con Eva, teniendo a Carol? ¿Por qué perdía el tiempo golpeando contra una pared de piedra ya que, cada vez que la veía, resultaba más claro que Eva nunca iba a aceptarme? Yo no lo sabía. Pero tenía que seguir adelante, aunque sabía que, a menos que sucediera algo inesperado, siempre íbamos a estar desesperadamente en el mismo pie.

—No importan las otras mujeres —dije, parando frente al Nikabob—... no existen. Eres tú la única que cuenta.

Ella hizo un gesto de impaciencia con las manos.

—Debes de estar loco —dijo—. Te he dicho que no significas nada para mí. No puedo seguir repitiéndolo, ¿no te parece? Para mí no significas nada, y nunca significarás nada.

Descendí del coche y, muy tieso, di la vuelta para abrirle la portezuela.

—De acuerdo —dije—. Entonces, ¿para qué preocuparse? Además, si estás tan segura de eso, ¿por qué sales conmigo?

Ella me lanzó una mirada rápida, dura. Por un instante creí haber ido demasiado lejos y temí que me dejara allí plantado. Después, bruscamente, se puso a reír.

—Tengo que vivir, ¿no te parece?

Sentí que la sangre dejaba mi rostro, pero no me detuve para mirarla. Entramos al Nikabob y ocupamos una mesa lejos de la entrada.

Todo lo que yo había sospechado y no quería reconocer estaba en aquella maldita frase: «Tengo que vivir, ¿no te parece?».

Después de ordenar la comida pedí al mozo que trajera una botella de whisky. Necesitaba desesperadamente un trago. No hablamos hasta que trajeron el whisky.

—Eres una tipa de mucha sangre fría, ¿eh? —dije, llenando ampliamente los vasos.

—¿Te parece? —tenía aire de aburrída.

Todo andaba mal. Tenía que hacer un esfuerzo para que el almuerzo no fuera un fracaso total. Era inútil dejar la conversación en manos de Eva.

—¿Has tenido noticias de Jack? —pregunté de pronto, cambiando de tema.

—Tengo noticias todas las semanas.

—¿Está bien?

—Hum... muy bien...

—¿Vuelve pronto?

—Hum...

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Oh... una semana... diez días... no sé.

—Entonces... ¿No te veré?

Ella sacudió la cabeza. Hubo una vacía mirada distante en sus ojos y sentí que apenas atendía a lo que yo estaba diciendo.

—Me gustaría conocer a tu marido —dije con deliberación.

Ella me miró agudamente.

—¿De veras?

—¿Por qué no?

—Vas a simpatizar con él —sus ojos se animaron—. Todos simpatizan con él... pero yo soy la única que realmente lo conoce. Todos creen que Jack es una persona encantadora... —procuró poner ironía, pero la cosa no salió—. A veces me enfurece ver la forma en que lo rodea la gente... ¡Si supieran cómo me trata...! —me di cuenta de que no le importaba la forma en que la trataba. Hiciera lo que él hiciera, ella siempre iba a encontrarlo bien. Pude ver esto en cada línea de su cara y en la expresión de sus ojos.

—¿Nos presentarás?

—De acuerdo. Tengo que hablar con él.

El mozo trajo sopa de langosta. Estaba muy buena, pero Eva apenas la probó.

—¿Por qué no comes?

Ella levantó los hombros.

—No tengo hambre. Después de todo apenas acabo de levantarme. Impaciente, hice mi plato a un lado.

—¿Lamentas haber salido?

—No... no habría salido si no hubiese querido...

—Nunca has aprendido a decir nada halagador, ¿verdad?

—No es necesario. Puedes tomarme como soy o dejarme.

—¿Siempre tratas así a los hombres?

—¿Por qué no voy a tratarlos así?

—No me parece muy acertado...

—Siempre vuelven. ¿Para qué me voy a preocupar?

No necesitaba preocuparse. Comprendí que decía la verdad. Si los otros hombres eran como yo, siempre iban a volver. La miré. La expresión arrogante de sus ojos me dio ganas de castigarla.

—Naturalmente, tú conoces mejor la cosa —dijo sin perder el control—, pero, de todos modos, cada día eres menos joven. Llegará un momento en que los hombres no volverán.

Ella torció la boca y se encogió de hombros.

—Ya es demasiado tarde para aprender nuevas tretas —dijo—. Mira, Clive, nunca he corrido detrás de nadie, y no pienso empezar ahora.

—Sabes, Eva —proseguí—, creo que no eres feliz. Llevas una vida siniestra, ¿no es así? ¿Por qué no la abandonas?

—Todos son iguales —dijo ella—. Todos dicen lo mismo, pero nadie hace nada. Además, ¿qué quieres que haga? ¿Convertirme en una marmota dentro de la cueva? Eso no es para mí.

—Y Jack... ¿piensa seguir viajando? ¿No hay posibilidad de que pueda darte un hogar?

Ella miró a lo lejos, hacia el otro lado del salón. Sus ojos se dulcificaron cuando meditó.

—Teníamos planeado abrir una posada... —se encogió de hombros, más bien desesperanzada—. Oh, no sé...

El mozo trajo el segundo plato y, cuando se fue, ella dijo súbitamente:

—No vas a creerlo, pero anoche estuve llorando... —me lanzó una rápida mirada para ver si me reía—. No me creías capaz de hacerlo, ¿verdad?

—¿Por qué lloraste?

—Me sentía sola... tuve un día atroz... —su cara se apretó—. ¡No sabes lo asquerosos que pueden ser algunos hombres! No sabes qué solitaria es esta vida. Una no puede confiar en nadie. Todos están detrás de la misma cosa.

—Claro que es una vida atroz —dijo—. Nada bueno puede salir de esto. ¿No puedes ganar dinero en alguna otra forma?

Su cara se puso helada y como de madera.

—No —replicó—. ¿Cómo podría hacerlo? Soy una imbécil en quejarme, pero hoy estoy deprimida... —lanzó un profundo suspiro—. ¡Cómo detesto a los hombres!

—Algo te ha perturbado. ¿Qué es?

—Nada... no importa. No voy a hablar de eso, Clive...

—Alguien te trató mal anoche...

—Sí, un tipo quiso robarme... —chasqueó los dedos irritada—. No quiero hablar de eso.

—Espero que no se haya salido con la suya —dije, con curiosidad por saber lo que había pasado.

Sus ojos mostraron una profunda rabia y desdén.

—No lo consiguió y nunca volverá a entrar en mi casa —bruscamente apartó el plato—. Es mejor que volvamos —apenas había probado la comida.

Hice señas al mozo.

—Oye, Eva —dije—, te propongo que almorcemos o comamos juntos de vez en cuando. Te hará bien. Quiero que me trates como a un amigo. Tal vez no creas necesitar un amigo, pero eso te dará ocasión de desahogarte un poco. Quiero tratarte como a un ser humano. Ninguno de tus otros hombres te trata así, ¿verdad?

Por un momento pareció algo atónita, después dijo:

—No... supongo que no.

—Bueno... ¿aceptas? ¿No te das cuenta de que salir un poco de este barro puede hacerte bien?

Ella torció la boca.

—Está bien —dijo, animándose un poco—. Gracias, Clive. La idea me agrada.

Sentí que había ganado una gran batalla.

—Perfecto —dije—, te llamaré la semana próxima y nos reuniremos.

Pagué la cuenta y volvimos al coche.

Cuando llegamos a Laurel Canyon Drive, ella dijo:

—Me he divertido bastante. ¿Sabes que eres un tipo raro, Clive?

Reí.

—¿De veras? Soy raro en comparación con los otros hombres que conoces. Todavía crees que quiero algo de ti. No es así. Me intrigas. Me gusta estar cerca de ti.

Nos detuvimos frente a su casa. Bajé y permanecimos parados junto al coche.

—¿No entras? —preguntó ella, sonriendo.

Sacudí la cabeza.

—No... hoy no. Lo he pasado muy bien, Eva. Quiero que salgamos otra vez.

Ella siguió mirándome. La sonrisa seguía en sus labios, pero había desaparecido de sus ojos.

—¿No quieres entrar?

—Quiero ser tu amigo —dije—. Te sacaré la semana próxima; no quiero tratarte como te tratan los otros hombres.

Sus ojos eran helados ahora, pero persistía la sonrisa.

—Ya veo —dijo—. Está bien. Gracias por el almuerzo, Clive.

Para mí aquél fue un momento crucial. Comprendí que estaba desilusionada y enojada porque yo no iba a pagarle por su compañía. Claramente lo leí en sus ojos. Pero si quería continuar en la línea que me había trazado, tarde o temprano tenía que llegar a ese punto. Pese a lo que Eva había dicho cuando entramos en el restaurante, yo estaba decidido a seguir adelante. Yo no iba a ser como Harvey Barrow, que había pagado por la compañía de Eva. Yo era capaz de divertirla; estaba dispuesto a oírla hablar de Jack y de sus dificultades, pero no pensaba darle más dinero.

—Entonces... ¿me telefonarás? —dijo ella.

—Así es. Adiós, Eva, y no llores más.

Ella me volvió la espalda y rápidamente entró en la casa. Volví al coche, encendí un cigarrillo y puse el motor en marcha. Después manejé lentamente recorriendo la calle; al doblar la esquina, vi un hombre que se acercaba. En el primer momento no lo reconocí, después vi los largos brazos, que casi le llegaban hasta la rodilla. Le lancé una rápida mirada al pasar. Era Harvey Barrow.

Me acerqué a la acera y frené. ¿Qué hacía Harvey Barrow en este barrio? Yo lo sabía, claro está, pero me negaba a admitir que iba a visitar a Eva.

Salí del coche y corrí. Al doblar pude ver que se dirigía directamente por Laurel Canyon Drive. Disminuyó la marcha frente a la casa de Eva y pareció vacilar en la puerta.

Tuve ganas de gritarle. Tuve ganas de correr, alcanzarlo y darle una trompada en su cara fea y brutal. En lugar de eso seguí allí, mirando. Él abrió la tranquerita y avanzó rápido por el corto sendero que llevaba a la casa.

Yo había olvidado a Harvey Barrow. Me había parecido una criatura tan barata e insignificante que lo había expulsado de mi mente tras echarlo de Three Point. No se me había ocurrido que pudiera volver a tener contacto con Eva. Ella lo había tratado tan brutalmente, yo lo había humillado tanto ante ella, que era inconcebible que se atreviera a volver a mirarla de frente. Sin embargo allí estaba, iba a verla, la compartía conmigo, me hacía descender hasta su sórdido nivel.

Todavía estaba chocado y deprimido cuando abrí la puerta de mi casa. Russell avanzó por el corredor para recibirme. Una mirada a su cara angustiada bastó para mostrarme que se presentaban más dificultades.

—La señorita Bensinger lo está esperando, señor —me dijo.

Lo miré atónito.

—¿Me está esperando? —repetí. ¿Cuánto tiempo hace que me espera?

—Acaba de legar. Dijo que era urgente y que iba a aguardar diez minutos.

Me pregunté por qué Merle Bensinger se había tomado el trabajo de venir desde su oficina a verme. Evidentemente se trataba de algo urgente e importante, ya que ella casi nunca dejaba su oficina.

—Está bien, Russell —dije, tendiéndole el sombrero—. La veré enseguida.

Me dirigí a la sala.

—Hola, Merle —dije, acercándome—: ¡Qué sorpresa!

Merle Bensinger era alta, de pelo colorado y tosca. Llevaba bien sus cuarenta años y no había mujer de negocios más hábil que ella en Hollywood. Se había plantado frente a la chimenea vacía; me miró con ojos tormentosos.

—Si *ésta* es una sorpresa es mejor que te prepares tomando un cognac —dijo, fingiendo no ver la mano que yo le tendía y sentándose en el brazo del sillón—. De verdad vas a necesitarlo.

—Vamos, Merle —dije—, lamento mucho lo ocurrido con el artículo del *Digest*...

—El artículo del *Digest* no interesa —exclamó—, ya tendrás bastantes problemas sin necesidad de añadir ése —revolvió su cartera y extrajo un arrugado paquete de Camels—. No tengo tiempo, así que vayamos cuanto antes al grano. Dime sólo una cosa... ¿trompeaste a Frank Ingram?

Me pasé los dedos por el cabello.

—Y si así fuera... ¿a ti qué te importa?

—¡Y todavía el tipo pregunta si me importa! —exclamó Merle, elevando unos ojos implorantes al techo—. ¡Es cosa de risa! ¡El hombre echa a perder la mejor propuesta monetaria de Hollywood, destroza su medio de trabajo, y todavía me pregunta si eso importa! —me miró y sus ojos verdes eran casi salvajes—. Oye,

Thurston, has sido un cretino. ¡Un cretino tan grande que me pregunto qué padres te han concebido! Lo del *Digest* estuvo bastante mal... ¡Pero esto...! ¡Es un crimen!

—Vamos —dije con impaciencia—, ¿por qué está tan mal?

Arrojó su cigarrillo y se acercó a la ventana.

—La cosa no puede ser peor, Thurston. Te has puesto en contra del hombre más importante, más inescrupuloso del cine... Gold. Está decidido a destruirte y lo hará. ¡Entre tú y yo y las pulgas de mi perro, lo mejor que puedes hacer es preparar las valijas y disparar! En lo que a Hollywood se refiere... ¡estás terminado!

Fui al armario y me serví un whisky fuerte. Lo necesitaba.

—Sirve por partida doble —exclamó Merle—. ¿Crees que sólo tú tienes nervios?

Le di un whisky y me senté.

—¿Y qué pasa con el contrato entre Gold y yo? —dije—. No vas a dejar que me trampee en eso...

Merle meneó la cabeza desesperada.

—¡Hay que ver cómo habla este tipo! —dijo, dirigiéndose a un florero lleno de claveles—. ¡Contrato! ¡Cree que tiene un contrato...! —se volvió hacia mí—. Ni un bebé de dos meses ciego y débil mental cumpliría un contrato como ése. Ese contrato no tiene ningún valor. Si a Gold no le gusta la historia, el contrato no existe.

—Tal vez le guste —dije, incómodo—. No vas a decirme que Gold va a rechazar un buen argumento para vengarse de mí.

Ella me miró compasiva.

—¿No te das cuenta de que tus locuras de borracho le han costado a Gold algo así como cien mil dólares? y un argumento tiene que ser más que bueno para que Gold olvide cien mil dólares. Mi opinión es que no existe escritor en Hollywood capaz de hacerle olvidar esa suma.

Terminé el vaso y encendí un cigarrillo.

—Bueno —dije, procurando no sentirme asustado—. ¿Qué puedo hacer? Eres mi agente. ¿No se te ocurre algo?

—No tengo nada que sugerir. Gold te ha puesto en la lista negra, y eso es todo. Tendrás que escribir novelas. El teatro y el cine se han terminado.

—Oh, no —exclamé súbitamente enojado—. Él no puede hacerme eso. Es una locura...

—Tal vez lo sea, pero yo sé lo que Gold es capaz de hacer. Gold es el único tipo en Hollywood a quien no puedo manejar... —súbitamente chasqueó los dedos—. Pero hay alguien que podría ayudarte...

La miré fijo.

—¿Ayudarme? ¿De qué estás hablando?

—De alguien que te podría reconciliar con Gold.

—¿Quién?

—Tu amiga... Carol Rae.

Me puse de pie.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

Con un gesto me indicó que me sentara.

—No te inquietes —dijo apaciguadora—. Carol Rae podría arreglar la cosa. Ella y Gold están así... —cruzó los dedos.

—¿Desde cuándo? —pregunté, desconfiando de mi voz. Merle me miró fijo.

—¿Estás enterado de que Gold quiere casarse con ella?

—Lo sé, pero eso no significa nada.

—¿Cómo que no significa nada? ¿Pero qué te pasa? Escucha lo que te digo: Gold no se ha casado nunca. Tiene casi sesenta años. De pronto se enamora de una muchacha, ¡y tú dices que eso no significa nada! Para Gold significa todo. Cuando un tipo de esa edad cae, se viene abajo como si fuera una tonelada de hierro desde el Empire State Building. En estos momentos esa muchacha puede hacer lo que le dé la gana con Gold. Repito... incluso podría reconciliarte con él.

Suspiré profundamente y, con un esfuerzo, contuve mi malhumor. Pero tuve que sudar para lograrlo.

—Está bien, Merle, gracias por el consejo. Lo pensaré... —No sé cómo logré no pegarle, aunque sabía que no podía echarme más enemigos encima—. Estaré atento.

Ella se puso de pie.

—Tienes que hacer algo más que eso, Thurston —dijo—. Ya te he dicho lo que conviene hacer. Es cosa tuya. Si yo estuviera en tu lugar, abandonarías ese argumento y escribirías una novela. Ya se han presentado algunos de tus acreedores para saber si te has metido en un lío con Gold. Los he calmado, pero no por mucho tiempo.

Yo estaba demasiado abrumado para hacer otra cosa que mirarla.

—Algo más —dijo, volviéndose desde la puerta—. ¿Qué hay de verdad en eso de que andas saliendo con una ramera?

Sentí que iba a atacarla.

—Ya te he aguantado muchas cosas en lo que va de la mañana, Merle. No metas el hocico en mis asuntos —exclamé, dándole la espalda.

Ella me miró y después levantó las manos en un gesto de terrible exasperación.

—Entonces es verdad —dijo—. ¿Estás loco? ¿Acaso no hay bastantes mujeres en esta brillante letrina, para que tengas que exhibirte con una puta? Están hablando de ti, Thurston. Ningún escritor puede permitirse ese tipo de escándalo. Contrólate, por el amor de Dios, o tendremos que separarnos.

La sangre dejó mi cara.

—Hollywood no va a dictarme órdenes —dije furioso—. Y también lo digo por ti, Merle. Sé con quién tengo que juntarme y, si a ti note gusta, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡Qué imbécil eres! —dijo ella, enojada a su vez—. Creí que podríamos ganar dinero juntos, pero estaba en un error. De acuerdo; tú lo has querido. Para mí perderte no representa nada, porque ya estás barranca abajo. Me conoces, Thurston: soy sincera. Si sigues exhibiéndote con esa mujer tu nombre va a apestar como un cadáver de un mes. No seas loco. Si no puedes dejarla, por el amor del diablo, no te muestres con ella en público. Tenla escondida.

Yo estaba tan enojado que hubiera podido pegarle.

—Adiós, Merle —dije, abriendo la puerta—. Hay muchos otros cuervos que se encantarán de reemplazarte. En lo que a mí se refiere, hemos terminado.

—Adiós —replicó ella—. Cuida tus centavos, Thurston, vas a necesitarlos.

Antes que se me ocurriera una respuesta apropiada, Merle había desaparecido.

Empecé a pasearme de arriba abajo. ¿Por qué se había referido a mis acreedores? Yo no debía grandes sumas a nadie. ¿Qué había querido decirme? Llamé a Russell.

—¿Tenemos algunas cuentas grandes, Russell? —pregunté cuando vino.

—Unas pocas, señor —dijo él, levantando las cejas hasta lo alto de la frente—. Creía que usted estaba al tanto.

Le lancé una mirada dura y me dirigí al escritorio. Abrí uno de los cajones y saqué un montón de papeles diversos.

—Usted debía haberse ocupado de esto, Russell —dije, enojado—. Yo no puedo hacerlo todo en este maldito departamento.

—Pero yo nunca he visto estas cuentas, señor —protestó Russell—. De haber sabido que estaban ahí...

—Está bien, está bien... —contesté irritado, comprendiendo que él tenía razón. Yo tenía la costumbre de meter las cuentas en ese cajón, prometiéndome arreglarlas todas a fin de mes. De algún modo nunca me había llegado el momento de examinarlas.

Me senté ante el escritorio.

—Venga... agarre papel y lápiz y anote las sumas a medida que se las vaya dictando —dije.

—Eh... ¿pasa algo, señor? —preguntó Russell, súbitamente ansioso.

—Haga lo que le digo y, por el amor de Dios, no siga hablando.

Al cabo de un cuarto de hora resultó que yo debía trece mil dólares en diversas tiendas y sastrerías.

Miré a Russell.

—Bastante mal —dije, con una mueca—. Sí, realmente bastante mal.

—Bueno, al menos ellos van a esperar, señor —dijo él, golpeándose inquieto el mentón—. Es suerte que tenga usted una propuesta del señor Gold... Quiero decir, señor, que no puede usted seguir mucho tiempo de esta manera. Yo pensaba que...

—No importa lo que usted haya pensado —estallé—. Yo no le pago para que

piense, Russell. Vamos, váyase. Tengo que hacer.

Cuando se fue saqué la libreta del Banco. Disponía de quince mil dólares. Si lo que Merle decía era verdad y mis acreedores estaban inquietos, me iba a quedar sin nada en poco tiempo. Al guardar la libreta noté que me temblaba la mano.

Por primera vez desde mi llegada a Hollywood tuve un sentimiento de duda. Hasta ahora, con la continua renta que me daba *Seguro de lluvia* y con la buena venta de mis libros, yo había confiado en el futuro. Pero la obra y los libros no podían seguir marchando eternamente. Simplemente tenía que lograr un éxito con el argumento que iba a escribir para Gold. No había otra salida.

Pasé los tres días siguientes procurando hacer un borrador del argumento. Trabajé duro, pero, al fin del tercer día, comprendí que no había hecho nada de valor. El motivo principal que hacía abortar mi trabajo es que por la primera vez en mi vida, yo sabía que debía tener éxito. Este sentimiento creaba una chispa de pánico que, finalmente, me impedía pensar con claridad y, a medida que me angustiaba más y más, me encontraba llenando páginas con palabras sin sentido.

Finalmente hice a un lado la máquina de escribir, me preparé un whisky fuerte con soda y empecé a recorrer el cuarto.

Miré el reloj. Eran las siete y diez. Casi sin pensarlo fui al teléfono y llamé a Eva. Ella contestó de inmediato.

—Hola...

Al oír su voz un gran peso desapareció de mi alma. Comprendí entonces que hacía dos días que esperaba llamarla. La necesitaba para compartir mi soledad, necesitaba recobrar la perdida confianza en mí mismo.

—Hola —dije—, ¿cómo estás?

—Muy bien, Clive, ¿y tú?

—Muy bien. Oye, Eva: ¿quieres comer conmigo? ¿Quieres que pase enseguida a buscarte?

—No... no es posible.

Mi alma volvió a sentirse oscura y pesada.

—No digas eso. Quiero verte.

—No puedo.

—Pero necesito verte esta noche —persistí, sintiendo que la sangre se me subía a la cabeza.

—Esta noche no puedo, Clive.

Por lo menos podría decir que lo lamenta, pensé, furioso contra ella.

—¿Quieres decir que tienes un compromiso para la hora de comer?

—Sí... si eso te interesa.

—Está bien... está bien... pero necesito verte. ¿No puedes cancelar esa cita?

—No.

Casi colgué de golpe, pero, al recordar las largas horas que tenía ante mí, intenté una vez más.

—¿No es posible que nos veamos después de la comida? —pensé que si rehusaba eso, sólo Dios sabía lo que yo iba a hacer.

—Bueno, tal vez —dijo de mala gana—. ¿Realmente necesitas verme?

¿Para qué diablos creía que me estaba arrastrando de pies y manos?

—Sí —dije—. ¿A qué hora quieres que nos veamos?

—A eso de las nueve y media.

—Te propongo que me telefonees cuando vuelvas. Iré enseguida.

—De acuerdo.

Le di mi número de teléfono.

—Entonces, a eso de las nueve y media. Esperaré aquí.

—De acuerdo —y cortó.

Dejé el receptor. La conversación no me había alentado. Había sido una conversación chata, deprimente, impersonal, pero no me importaba. Tenía que verla. Era como un torno que penetra en un diente enfermo, pero no me atrevía a enfrentar otra noche de soledad.

Mientras estaba ensimismado pensando en Eva, se presentó Russell. Me miró, vio el revoltijo de mi escritorio, y torció la boca.

—Está bien, Russell —dijo, irritado—. No pongas esa cara de obispo. Las cosas no andan bien. La verdad es que todo se va al diablo.

Las cejas empezaron a trepar por su frente.

—Lamento enterarme de eso, señor —dijo—. ¿Hay algo que ande particularmente mal?

—No consigo hacer nada —dijo después de una pausa—. Carol me ha dejado; la señorita Bensinger me ha abandonado, no voy a ninguna parte con el argumento y estoy lleno de deudas. Ese es mi infierno hoy. ¿Qué le parece?

Se frotó la cabeza calva con la palma de la mano.

—No sé qué le ha pasado a usted, señor Clive —dijo—. En una época usted trabajaba todas las horas del día. Ahora hace no sé cuánto tiempo que no trabaja. Esto me preocupa. Si me permite que se lo diga, desde que usted mandó el libro a esa señorita Marlow, no ha tenido más que dificultades.

—Todos quieren echarle la culpa —dijo, poniéndome de pie y caminando para una y otra parte—. Pero todos se equivocan. No sé qué haría sin ella.

Él se permitió una respetuosa sonrisa.

—Espero que no se haya ofendido, señor Clive —dijo sacando el pañuelo y secándose la frente. Comprendí que estaba turbado y que hablaba muy en serio—. Espero, señor, que deje usted a esa mujer. A la larga no le hará más que daño. Ahí tiene a la señorita Carol. Es una señorita fantástica, si me permite usted que se lo

diga. ¿Por qué no va a verla? ¿Por qué no le cuenta lo que ha pasado y le pide que lo ayude? Ella no lo abandonará si está segura de que usted la necesita.

Pensé en mi cita con Eva. Era inútil: tenía que ver a Eva esta noche. Era inútil escuchar a Russell. Tal vez él tuviera razón, pero, aunque así fuera, yo no podía retroceder ahora que había hecho algunos progresos con Eva.

—Lo pensaré, Russell —dije, poniéndome de pie—. Tal vez todo va a arreglarse. No lo sé. Tal vez vea a Carol. En este momento me parece inútil, pero quizá mañana haya cambiado de idea... —empecé a recorrer el cuarto—. Sea bueno y prepáreme algo para comer, ¿quiere? No saldré hasta más tarde. ¿Me entiende?

Él se puso de pie y me lanzó una mirada, rápida, audaz. Vi que sus labios se habían contraído y que su cara se nublaba de pesar, pero salió sin decir nada.

Sentí súbito cariño por Russell. Sabía que quería hacerme bien y que estaba realmente preocupado por mí. En mi estado actual de ánimo era reconfortante sentir que por lo menos había alguien a quien le importaba de mí.

Seguí inquieto la próxima hora y, cuando el minuterero giró hacia el otro lado de la esfera, mis nervios se acrecentaron.

Miré de nuevo el reloj. Eran las nueve y treinta y siete. Naturalmente, me dije, no podía esperar que fuera puntual; en cualquier momento iba a sonar la campanilla.

Ya no pude concentrarme en la lectura y permanecí esperando, con un cigarrillo entre los dedos y un horrible vacío en el estómago.

Russell se presentó a preguntarme si necesitaba algo. Impaciente, lo despedí con un gesto de la mano.

—¿Quiere que haga guardar el coche, señor?

—No, voy a salir en cualquier momento. Dé orden de que lo dejen fuera.

—¿Nada más, señor?

Me contuve para no gritarle.

—Sí, gracias, Russell —dije, con estudiada calma—. Buenas noches, y no se alarme si vuelvo tarde.

Cuando él se fue yo iba a mirar el reloj, pero me contuve a tiempo. Espera a que llame, me dije. Es inútil mirar el reloj. Eso no te lleva a ninguna parte. Va a llamar. Dijo que iba a llamar y llamará.

Cerré los ojos y esperé. Esperé largo rato, sintiendo que la duda, la desilusión, y la frustración crecían en mi mente como un coágulo de sangre. Incluso empecé a contar: cuando llegué a ochocientos, abrí los ojos y miré el reloj. Eran las diez y cinco.

Fui al teléfono, marqué el número de Eva y esperé. Dejé sonar largo rato la campanilla, pero no hubo respuesta. Corté.

—Maldita —dije—, maldita de mierda.

Después me serví un whisky y encendí un cigarrillo. Mientras hacía esto mi alma

se arrastraba en medio de una furia helada, frustrada. La maldije. Siempre había sido así. Una mujer indiferente, egoísta, en quien no se podía confiar. Había prometido llamarme. No había pensado que me arruinaba la noche. Simplemente no le importaba lo que me pasaba.

A las diez y media volví a llamar, pero no contestaron. Empecé a pasearme de arriba abajo, temblando de rabia.

A ella le importaba un comino. ¿Acaso no era independiente? ¡Ya me las pagaría la muy puta! ¡Ya le enseñaría que no me podía tomar de sonso! Después arrojé lejos el cigarrillo, en medio del asco y la frustración. ¿Cómo podía enseñarle algo? Ni siquiera podía herirla. No había ni una maldita cosa que pudiera hacerle y creara una diferencia. Ni una sola.

Si alguna vez te atrapo como quiero atraparte, Eva, me dije, me las vas a pagar.

En el momento mismo de decirlo, comprendí que no iba a atraparla como quería atraparla. Si seguíamos viéndonos, yo era quien iba a sufrir. Yo iba a tener que ceder siempre, porque a Eva yo no le importaba un comino, y nunca iba a interesarle.

Volví a marcar su número diez minutos después. Estaba decidido a hablar con ella, aunque tuviera que seguir llamando toda la noche. A las once y media contestó.

—Hola...

—Eva... —me interrumpí porque no podía poner mis pensamientos en palabras. La rabia, el alivio y un agotamiento histérico me habían dejado mudo.

—Hola, Clive...

El tono chato, indiferente de su voz me galvanizó y dije:

—Te he esperado. Dijiste a las nueve y media. Mira la hora. He esperado, esperado...

—¿De veras? —hubo una pausa; después dijo entre dientes—: Dios, estoy borracha...

—Estás borracha, ¿eh? —casi grité—. No has pensado ni un momento en mí...

—Oh, Clive, basta. Estoy cansada... no puedo hablar.

—Pero teníamos que vernos... ¿Por qué has hecho esto?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —replicó—. Tomas las cosas demasiado en serio. Te digo que estoy cansada...

Va a cortar dentro de un momento, pensé, presa de súbito pánico.

—Espera, Eva, no cortes... —estaba medio loco de rabia, frustración y miedo de no verla—. Si estás cansada... bueno, lo lamento, pero ¿por qué no me telefoneaste? Te he esperado... quiero decir... después del fin de semana... ¿no podrías tratarme de un modo un poco diferente?

—¡Oh, termínala! —exclamó—. Ven enseguida si quieres. Pero no sigas fastidiándome. Todavía no es tan tarde. Ven y deja de hablar.

Cortó antes que pudiera contestarle.

No vacilé. Recogí el sombrero y corrí al ascensor. Unos minutos después estaba en el coche, corriendo hacia Laurel Canyon Drive.

Era una brillante noche de luna y el tránsito en las calles era intenso; logré llegar a casa de Eva en trece minutos.

Cuando llamé, ella abrió la puerta.

—Eres atroz, Clive —dijo, precediéndome hacia el dormitorio—. ¿Qué te pasa? Hace unos pocos días que te he visto.

La enfrenté, luchando para controlar mi furia. Llevaba su salto de cama azul y de ella emanaba un fuerte olor a whisky.

Me miró parpadeando, con los ojos nublados, después hizo unas muequitas.

—Dios —dijo bostezando—, estoy tan cansada.

Se dejó caer en la cama, con la cabeza sobre la almohada, y me miró. Vi que tenía dificultad para enfocar la vista.

Permanecí allí de pie, sintiendo un súbito asco hacia ella.

—Estás borracha —dije acusadoramente.

Ella se llevó la mano a la cabeza.

—Debo de estarlo —dijo, bostezando de nuevo—. De todos modos, ya tomé bastante —y cerró los ojos.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —estallé, con deseos de sacudirla, de seguir sacudiéndola—. He esperado y esperado. ¿Acaso no tienes sentimientos?

Ella se apoyó con dificultad en el codo, con la cara de madera y los ojos como piedras mojadas.

—¿Sentimientos? —repitió—. ¿Por ti? ¿Por qué voy a tenerlos? ¿Quién te crees que eres? Ya te he prevenido, Clive. Sólo hay un hombre por el cual yo tengo algún sentimiento... y ese hombre es Jack.

—¡Oh, termínala con ese maldito Jack! —dije, con violencia.

De pronto, ella rió.

—Si vieras lo tonto que pareces —dijo, y volvió a dejarse caer sobre la almohada—. Siéntate y deja de mirarme como si fueras Dios iracundo.

Súbitamente la detesté.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—No pude librarme. Estaba trabajando. De todos modos, ¿qué te importa?

—¿Quieres decir que te habías olvidado de mí?

—No, no me había olvidado —otra vez tuvo una risita—, me acordaba, pero pensé que iba a hacerle bien a tu vanidad esperar un poco. Por eso te dejé esperar y tal vez ahora no me consideres tan segura...

Pude haberla golpeado.

—Está bien —dije—, si eso es lo que sientes no sé para qué he venido. Es mejor que me vaya.

Ella se incorporó con dificultad y me echó los brazos al cuello.

—No seas tonto, Clive. Quédate... quiero que te quedes.

Quieres decir que necesitas dinero, puta repodrida, pensé; aparté sus brazos y la empujé hacia la cama.

—Estás en un estado... —dije, apartándome de la cama—. No creí que después del fin de semana, pudieras tratarme así.

Ella cruzó las manos detrás de la cabeza y se rió de mí.

—Deja de compadecerte a ti mismo. Te dije lo que iba a pasar si te enamorabas de mí, ¿verdad? Ahora pórtate bien y ven a la cama.

Me senté en la cama, a su lado.

—¿Crees que estoy enamorado de ti? De todos modos te importa un cuerno, ¿verdad?

Ella hizo un gestito con los labios y apartó la mirada.

—Estoy harta de que los hombres se enamoren de mí. No los quiero. ¿Por qué no me dejan en paz?

—Es fácil que te dejen en paz. Si tratas a todos los hombres como me has tratado a mí, mereces que te dejen.

Ella se encogió de hombros.

—Vuelven. No importa cómo los trato. Siempre vuelven. Si no volvieran, no me importaría. Soy independiente, Clive. Hay muchos pájaros de otro tipo.

—Sólo eres independiente porque tienes a Jack —dije, con ganas de abofetearla—. ¿Y si a él le pasara algo? ¿Qué harías?

Su cara pareció colgar.

—Me mataría —contestó—. ¿Por qué?

—Eso es fácil de decir. No tendrías coraje para hacerlo si llega el momento.

—Eso es lo que crees —replicó, picada—. Una vez quise matarme. Tomé una botella de Lysol. ¿Sabes lo que eso significa? No me mató, pero estuve echando por meses pedazos de entrañas.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté, momentáneamente sorprendido más allá de la rabia.

—No te lo voy a decir. Vamos, Clive, no sigas hablando. A la cama... estoy cansada...

Su aliento cargado de alcohol sopló en mi mejilla, y me aparté, bruscamente asqueado.

—Está bien —dije, deseando en este momento encontrar una excusa para abandonar aquel asqueroso cuartito—. Me quedo. Espérame un momento. Voy al cuarto de baño.

Cuando fui hacia la puerta ella se quitó su salto de cama y se deslizó entre las sábanas.

—Apúrate —dijo, cerrando los ojos y soplando entre los labios.

Yo permanecí mirando la otra almohada. Tenía unas leves manchas de grasa y estaba levemente sucia. Eva me invitaba a dormir en sábanas que habían sido usadas por otros hombres. Esto me decidió al fin. Sin mirarla, fui arriba, al cuarto de baño y, sentándome en el borde de la bañera, encendí un cigarrillo. Comprendí que ése era el fin y mi primera sensación fue de alivio abrumador. Acababa de verla como realmente era. Sabía que nada de lo que yo hiciera, nada de lo que dijera, podía crear una diferencia en sus sentimientos hacia mí. Para ella yo era, únicamente, un medio de ganar dinero. Tal vez yo hubiera podido aceptar su falta de corazón y su borrachera, pero la cama sucia había matado de golpe y para siempre mi ilusión.

Me quedé un rato en el pequeño cuarto de baño, después bajé, y lentamente entré en el cuarto.

Eva yacía tendida en la cama, con la boca abierta y la cara colorada. Mientras la miraba, empezó a roncar.

Nada había ahora en mí como no fuera un agotado, débil sentimiento de asco. Saqué dos billetes de veinte dólares de la billetera y los puse entre los animales de vidrio. Después salí en puntas de pie del cuarto y volví a mi departamento.

Acostado en la cama, con la pálida luz del alba entrando por una abertura en el cortinado, me sorprendí de que mi relación con Eva hubiera durado tanto tiempo. Ella había hecho todo lo que estaba a su alcance para destruir mis sentimientos hacia *ella*. Se había portado con increíble egoísmo e indiferencia brutal, y sólo por estar yo tan fascinado con ella la relación había durado el tiempo que había durado.

Apenas había logrado escaparme. Me aterraba pensar en lo que habría podido suceder en caso de continuar mi amistad con ella. Y, mientras pensaba en esto, me tomé tiempo para pensar en toda mi vida pasada, y comprendí que había sido imbécil, mentiroso y sin escrúpulos. Pensé en John Coulson. Pensé en Carol. Pensé en Imgram. Pensé en las muchas cosas mezquinas y crueles que había hecho en el pasado y, con algo semejante al pánico, busqué en la memoria alguna hazaña que anotar en la columna del haber en la página de aquel juicio sobre mí mismo. No se me ocurrió nada. A los cuarenta años no tenía una sola cosa de la que pudiera enorgullecerme... con excepción, quizá, de una. Había salido de la vida de Eva. Si había tenido la fuerza como para hacer esto seguramente todavía quedaba tiempo para recobrar el respeto por mí mismo y mi situación como escritor. Eso es lo que yo pensaba.

Pero comprendí que la tarea era demasiado abrumadora para emprenderla solo. Había una persona que podía ayudarme. Tenía que ver a Carol. Experimenté un súbito sentimiento de ternura y cariño por ella. La había tratado de una manera vergonzosa y estaba decidido a no hierla nunca más ni a hacerla sufrir. Era imposible que Carol se casara con Gold. Tenía que verla hoy mismo.

Toqué la campanilla llamando a Russell.

Él se presentó unos minutos después con el café matutino, que puso sobre la mesa de noche.

—Russell —dije apoyándome en el codo—, he sido un solemne idiota. Lo he pensado casi toda la noche y voy a arreglar las cosas. Esta mañana veré a Carol...

Él lanzó una larga mirada investigadora, levantó las cejas, y se dirigió a la ventana para correr las cortinas.

—¿Debo suponer que no se entendió usted anoche con la señorita Marlow, señor Clive?

Tuve que reírme.

—¿Cómo lo adivinó? —pregunté, encendiendo un cigarrillo—. Parece que usted lo sabe todo, Russell. Es cierto: la vi anoche. La vi como realmente es y no como he procurado imaginarla. La diferencia es enorme. Estaba borracha y... pero no importan los detalles. Caramba, Russell, me he escapado raspando... He terminado con ella y hoy empezaré a trabajar. Pero primero tengo que ver a Carol... —lo miré.

Hubo un súbito brillo en sus ojos y comprendí que estaba contento y aliviado.

—¿Cree que querrá volver a tener algo que ver conmigo?

—Eso espero, señor —dijo él gravemente—. Todo depende de cómo usted proceda.

—Ya lo sé —tuve un brusco sentimiento de duda—. Después de la forma en que la traté no creo que la cosa sea fácil, pero, si ella me escucha, tal vez pueda hacerle entender.

Poco después de las nueve y media llegué a la sala de Carol.

Carol apareció en unos minutos. Estaba pálida y tenía ojeras.

—Me alegro de que hayas venido, Clive —dijo, y se sentó con las manos sobre la falda.

—Tenía que venir —dije, sin apartarme de la ventana pero volviéndome para mirarla, súbitamente aterrado de perderla—. He sido un imbécil atroz, Carol. ¿Quieres que hablemos de eso?

—Creo que sí —dijo ella impávida—. Siéntate, Clive, no es necesario que te sientas tan nervioso frente a mí.

Había algo inquietante en la chatura de su voz. Tuve la sensación de que no le importaba mucho lo que yo pudiera decir.

Me senté cerca de ella.

—Nunca podré decirte hasta qué punto lamento las cosas asquerosas que te dije. Estaba loco. No sabía lo que decía.

Ella levantó la mano.

—No es necesario hablar de eso. Te encuentras en un apuro, ¿verdad, Clive?

—¿En un apuro? ¿Te refieres a Gold...? Es verdad. Pero nada podría importarme menos que Gold. He pensado en todo, y, por eso, he venido a verte.

Ella me lanzó una mirada aguda.

—Creía... —empezó, pero se interrumpió y se miró las manos.

—Creíste que venía a pedirte que me ayudaras con Gold, ¿no es eso? Merle quería que lo hiciera, pero yo me negué. No se trata de eso. No me importa lo que Gold haga. No me importa que me compre el argumento o no. La verdad es que en este momento no creo que vaya a escribirlo jamás. He terminado con eso. He venido para decirte que te pido perdón por las cosas bestiales que te dije, y para comunicarte que empezaré a trabajar dentro de uno o dos días.

Ella suspiró y se revolvió el pelo con sus finos dedos.

—Quisiera poder creerte, Clive. Lo has dicho antes tantas veces...

—Me lo merezco. Me he portado asquerosamente en todo. Me he portado asquerosamente contigo. No sé qué me pasó, pero la cosa está liquidada definitivamente. Te pido perdón por lo de esa mujer, Carol. Fue una locura física, nada más. Su forma de vida es la que nunca podré entender y que no podría compartir

con ella. Todo ha terminado, Carol. Anoche...

Ella me detuvo.

—No, Clive, te lo ruego. No quiero saberlo. Puedo imaginar lo que sucedió... — se levantó y se acercó a la ventana—. Si dices que la cosa ha terminado... te creo...

Me acerqué a ella y forzándola a darse vuelta, la atraje contra mí, pese a sus gestos de protesta.

—Perdóname, Carol —supliqué—. He sido indigno y asqueroso contigo. Te deseo tanto. Tú eres la única que representa algo para mí. ¿Podrás olvidar alguna vez lo que ha sucedido?

Ella me rechazó con suavidad.

—Estás en un lío, querido, y yo también lo estoy, ¿comprendes? Rex Gold sabe que te quiero. Quiere que me case con él. Cree que si te saca de en medio, tendrá alguna posibilidad. Hará todo lo que pueda para sacarte de en medio. Le tengo miedo. Es tan terriblemente inescrupuloso y su poder es tan inmenso...

La miré fijamente.

—¿Tienes miedo porque Gold me está apuntando? ¿Te importa de *mí*, entonces? Sé generosa, Carol... di que es verdad...

Súbitamente sonrió.

—Hace tiempo que te quiero, Clive —dijo—. Si has terminado con esa mujer, entonces... —se detuvo, me miró y prosiguió—: Bueno, me alegro de no haber podido creer jamás que una mujer de ese tipo iba a conservarte por mucho tiempo.

La tomé entre mis brazos.

—No puedo vivir sin ti, Carol —dije—. Estoy tan solo y tan poco seguro de mí mismo. Si me perdonas, no me importa lo que vaya a pasar.

Ella me pasó las manos por el pelo.

—Oh, eres un sonsito —dijo suavemente—, siempre te he adorado.

La sensación de aquel cuerpo esbelto y joven entre mis brazos fue una experiencia nueva y excitante.

Me controlé y, apartándola un poco, miré su cara, con ansiedad.

—He vivido una vida repugnante, Carol, y me he metido en una serie de líos, pero, si realmente me quieres, lo arreglaré todo.

—Te quiero.

Todo iba a arreglarse. Lo vi en su cara; la tomé entre mis brazos y la besé.

—Todo está arreglado entonces —dije. Ella me miró, con los ojos brillantes.

—¿Qué es lo que está arreglado?

—Nuestro casamiento.

—Pero Clive...

Volví a besarla.

—Vas a dejar el estudio y pasaremos juntos una semana maravillosa. Después

volverás a enfrentar la orquesta, pero volverás convertida en la señora de Clive Thurston y, si Gold te despide, despedirá a una de las mejores guionistas de Hollywood, y cualquier otro productor se precipitará sobre ti.

Ella meneó la cabeza.

—No puedo hacer eso —dijo, mientras sus ojos danzaban—. Todavía no he dejado colgado a nadie y no pienso empezar ahora. Se lo diré. Le pediré una semana libre y le diré por qué.

Hasta que terminó de hablar no me di cuenta de que había aceptado.

—¡Carol! —exclamé, volviendo a abrazarla. La besé.

Después de un momento dije:

—No verás a Gold hasta que estemos casados. No quiero arriesgarme a que nos haga una mala pasada. Nos casaremos enseguida. De inmediato; puedes ir después al estudio y decírselo. Prepararé todo. Llevaremos a Russell. Seremos tú, yo... y Russell para que nos atienda. Iremos a Three Point. Todavía está vacío y yo puedo trabajar allí. Está bastante cerca como para que tú puedas ir al estudio en auto, te gustará el viaje, y estaremos lejos de todo el mundo.

Ella me sacudió un poco, sonriendo ante mi entusiasmo y excitación.

—Sé razonable, querido. No podemos casarnos hoy. Todavía no tenemos la licencia...

—Vamos a ir enseguida hasta Tijuana, donde no se necesita licencia. Lo único necesario allí son cinco dólares y una chica tan preciosa como tú. Nos casaremos y, la semana próxima, para que las cosas sean como deben ser, volveremos a casarnos en la Municipalidad; de este modo, te aseguraré dos veces.

Bruscamente rió.

—Estás loco, Clive, pero he perdido la cabeza por ti —se apretó unos segundos contra mí—. Desde la primera vez que te vi, tan nervioso y encantador en la oficina de Rowan, me volví loca por ti. Hace ya dos años. ¡Eres un canalla, Clive, en haberme hecho esperar tanto tiempo!

—He sido tonto y ciego —dije, besando su garganta—. Pero voy a compensarte ahora. Anda a buscar tu sombrero. Enseguida salimos para Tijuana.

Mi premura y excitación eran contagiosos y ella casi salió corriendo del cuarto. En cuanto se fue, tomé el teléfono y llamé a Russell.

—Le toca un día ocupado, Russell —dije, sin preocuparme por ocultar la excitación de mi voz—. Embale bastantes cosas como para que los dos podamos pasar una semana. Quiero que abra Three Point de nuevo. Arregle por teléfono con el agente. No pueden haberlo alquilado todavía. Además liquide el departamento. Johnny Newmann se lo sacará de las manos. Siempre lo ha deseado. De ahora en adelante, Russell, nuestro hogar estará en Three Point, y así estaremos lejos de las tentaciones de la vida nocturna. Voy a trabajar. En cuanto haga todo lo que le he

dicho, tome un taxi, vaya a Three Point y ponga las cosas en orden para cuando lleguemos esta tarde. ¿Cree usted poder hacer todo eso?

—Naturalmente, señor —contestó, con una nota de triunfo y contenido deleite en la voz—. Ya he embalado sus cosas, señor. Había previsto lo que ha ocurrido y comprendí que debía darme prisa. Todo está en orden para usted y la señora Thurston cuando lleguen esta tarde... —tosió algo pomposamente y añadió—: Quiero ser el primero en felicitarlo, señor Clive. Deseo, de todo corazón, que ambos sean muy felices —y cortó la comunicación.

Yo miré el teléfono, atónito.

—Caramba —dije en voz alta—, creo que lo tenía planeado desde hace tiempo.

Salí del cuarto y grité a Carol que se apurara.

Permanecí sentado en el Chrysler, frente a las oficinas principales de la International Pictures. Extras, coristas, carpinteros y técnicos pasaban ante mí en una corriente continua. Algunos me miraban con curiosidad, otros estaban demasiado ocupados en sus charlas para notarme: algunos, con envidiosa admiración, observaban las líneas del Chrysler. Yo tamborileaba en el volante y esperaba, impaciente. Todo estaba listo. Nuestras valijas estaban en el baúl del Chrysler y estábamos en camino hacia Tijuana... pero Carol había insistido en ver a Gold antes que nos casáramos.

—No es nada —había dicho con seriedad—, le haré entender. Él se ha portado bien conmigo, Clive, y no quiero hacer nada a escondidas. Por el amor de Dios, no pongas esa cara. Rex Gold no puede impedir que nos casemos. No puede hacer nada para impedirlo y lo único que me exigirá es que vuelva al estudio lo antes posible.

Yo no podía creerlo.

—Va a hacernos alguna. Cuando un tipo tiene el poder que él tiene, su edad, y todo ese dinero, no le gusta que lo planten. Estoy seguro de que va a hacer alguna porquería.

Pero ella se rió de mí y fue a verlo. Hacía veinte minutos que estaba con él ahora, y yo empezaba a inquietarme.

Súbitamente tuve un abrumador sentimiento de duda. Si Carol perdía el empleo y yo no podía regresar a la primera plana, ¿qué iba a ser de nosotros? La idea de volver a la casi olvidada rutina de ir al trabajo todas las mañanas, las comidas baratas y el preguntarme si podría permitirme esto o aquello, me aterraba.

Deshice el pucho con un irritado encogimiento de hombros, diciéndome que no podía suceder una cosa semejante. Estaba seguro de poder escribir algo que valiera la pena si tenía a Carol a mi lado. Ella iba a ayudarme, yo la ayudaría. Unidos íbamos a ser invencibles.

—¿Todavía preocupado? —dijo Carol, apoyando su mano en mi brazo.

Me sobresalté, porque no la había oído bajar los pocos escalones de piedra que

llevaban a las oficinas del edificio.

La miré ansiosamente. Parecía curiosa pero tranquila; enfrentó mis ojos con no desmedida serenidad.

—Todo está bien —dijo sonriendo—. Naturalmente, fue para él una sorpresa, pero no lo tomó a mal. Hubiera preferido que no me tuviera tanto cariño... —lanzó un pequeño y breve suspiro meneando la cabeza.

»Detesto hacer daño a la gente, Clive.

—¿Qué dijo? —pregunté, abriendo la puerta del coche—. ¿Te deja una semana libre?

Ella asintió.

—Sí. De todos modos la película está detenida. Jerry Highams está enfermo. Nada grave, pero representa cierta demora... y... naturalmente Frank no ha podido presentarse todavía... —miró hacia las oficinas, molesta por haber mencionado el nombre de Imgram— Clive... —se interrumpió incómoda.

—¿Qué pasa?

—Rex Gold quiere verte.

Mi corazón dio un inquieto salto.

—¿Quiere verme? —repetí, mirándola—. ¿Para qué?

Ella subió al coche y acomodó el vestido sobre sus rodillas.

—Quiso saber si estabas aquí y, cuando le dije que estabas, preguntó si podías verlo. No dijo para qué.

—Quiere romper el contrato —dije, súbitamente enojado—. Así es como se las quiere cobrar.

—Oh, no, Clive —dijo Carol rápidamente—. Rex Gold no es así. Estoy segura de que...

—Entonces, ¿para qué desea verme? ¡Por Dios! ¡Supongo que no creerás que quiere darme lecciones sobre la forma en que debo tratarte! ¡Eso no se lo voy a tolerar!

Carol pareció preocupada.

—Creo que debes verlo, Clive. Es un hombre muy importante y... —se detuvo y prosiguió—. Pero de ti depende. Si no quieres... bueno, haz como te dé la gana.

Salí del coche golpeando la portezuela.

—Está bien, lo veré. Espérame un minuto —y subí los peldaños hacia las oficinas del edificio.

La cosa no me gustaba. No es que le tuviera miedo a Gold, pero, cuando un hombre es tan arrogante y poderoso como él, domina automáticamente la situación.

Caminé por el largo corredor con el corazón golpeteando inquieto contra las costillas. Golpeé a la puerta de la oficina de Gold y entré. Una muchacha alta, preciosa, algo parecida a Verónica Lake, vestida con un bien cortado vestido de seda

negra, me miró al entrar. Estaba sentada frente a un escritorio con cubierta de vidrio, sobre el que se desparramaban cantidad de papeles.

Me lanzó una mirada rápida, audaz y después sonrió.

—Buenos días, señor Thurston. ¿Quiere pasar? El señor Gold lo espera.

Le di las gracias, atravesé la oficina hacia la otra puerta y entré.

La oficina de Gold estaba amueblada como una sala. No había escritorio. Una gran mesa en la que cómodamente podían sentarse unas veinte personas ocupaba el lejano extremo del cuarto. Alrededor de la grande y antigua chimenea había sillones y un gran sofá. Sobre la chimenea había un Van Gogh auténtico, y ésta era la única nota de color brillante en el cuarto.

Gold estaba sentado en un sillón, enfrentando la puerta. A su lado había una mesita con unos pocos papeles, un teléfono y una gran caja de ébano, con cigarros.

Levantó la cabeza al verme entrar y su maciza cabeza se hundió aún más entre los hombros.

—Siéntese, Thurston —dijo, señalando con la mano el sillón que tenía enfrente.

Tuve la sensación de que el corazón me latía rápidamente y de tener la boca seca. Esto me fastidió, y procuré controlar los nervios, sin éxito. Me senté, crucé las piernas y miré a Gold tan tranquilamente como pude.

Por un momento él no me miró; aspiró su cigarro, lanzando una fina columna de humo hacia el techo. Después sus ojos dormilones, color dorado, enfrentaron los míos.

—Tengo entendido, Thurston —dijo, y su voz de impostación baja era blanda—, que usted y Carol van a casarse esta tarde.

Saqué la cigarrera, elegí un cigarrillo, lo golpeé una o dos veces en la uña del pulgar y lo encendí antes de contestar.

—Así es —dije brevemente, volviendo a meter la cigarrera en el bolsillo.

—¿Le parece que eso es correcto? —preguntó él, levantando las cejas. Un músculo de mi pantorrilla empezó a temblar.

—Eso es algo que Carol y yo debemos decidir, señor Gold —repliqué.

—Supongo que así es —dijo él—, pero conozco a Carol desde hace tiempo, y no quiero que sea desdichada.

—Comprendo sus sentimientos —dije, mientras mi furia luchaba contra el terror que me producía aquel hombre—. Le aseguro que Carol y yo seremos felices... —suspiré profundamente y proseguí, quizá con demasiado apresuramiento para ser realmente efectivo—. Carol será mucho más feliz, señor Gold, que si se hubiera casado con un hombre que le dobla la edad.

Él me miró.

—Lo dudo... —dijo, echando ceniza en el cenicero junto a la caja de cigarros. Meditó un momento, luego prosiguió—: No tengo mucho tiempo, Thurston; por lo

tanto, perdone que vaya directamente al grano.

—Yo tampoco tengo tiempo que perder, señor Gold —repliqué— Carol me espera.

Él juntó las puntas de los dedos y me miró con dormilona indiferencia.

—Me sorprende que Carol haya podido enamorarse de alguien que vale tan poco como usted —dijo, con desconcertante precisión.

—Entonces... ¿vamos a discutir desde un punto de vista personal? —sentí que la sangre me subía bruscamente a la cara.

—Oh, creo que sí. Puede usted preguntarme por qué creo que usted no vale nada. Se lo diré. Usted no tiene base. Logró éxito por una extraordinaria casualidad. Llamémosla suerte, si quiere... consiguió cierta notoriedad, y ganó mucho más de lo que usted jamás creyó posible ganar. Fue, como quien dice, un golpe de suerte, quizá más extraordinario porque su primera obra era excelente, mientras que sus novelas son puro sensacionalismo. Muchas veces he pensado cómo pudo usted escribir esa obra. ¿Comprende, Thurston? Cuando me enteré de que Carol estaba enamorada de usted, pensé que me correspondía averiguar algo acerca de usted.

—No pienso seguir escuchándolo —dije, con los dientes apretados—, mi vida privada es asunto mío, señor Gold.

—Lo sería si no pensara usted compartirla con Carol —replicó él rápidamente—. Como usted ha cometido esa tontería, su vida ya no es privada, dentro de lo que a mí concierne... —miró su segundo cigarro y después levantó los ojos hacia mí—. No sólo usted es un mal escritor sin futuro, Thurston: usted también es una mala persona. Evidentemente, no puedo impedir que se case con Carol, pero puedo cuidar de los intereses de ella, y lo haré.

Me puse de pie.

—Esto ya no es broma —exclamé, mientras la nerviosidad vencía la rabia—. Usted quiere que Carol sea suya y se porta groseramente porque lo he derrotado. Puedo vivir sin usted, señor Gold. No quiero sus cincuenta mil dólares. Usted y su estudio pueden irse a la mierda en lo que a mí concierne.

Siguió mirándome con expresión ausente, indiferente.

—No vuelva a tener nada que ver con esa mujer, la Marlow, Thurston, o usted y yo tendremos otra charlita.

Lo miré sorprendido.

—¿De qué diablos está hablando?

—Vamos, no hay que perder el tiempo. Estoy enterado de que usted ha hecho el idiota por esa mujer. Al principio creí que se trataba de una de esas caídas que tienen los hombres que se hartan de las mujeres normales, o los hombres que sufren alguna debilidad que las mujeres normales no pueden satisfacer. Pero veo que usted no entra dentro de estas categorías. Usted ha sido lo bastante estúpido y débil como para

enamorarse de esa mujer. Le aseguro que no puede haber mejor ejemplo de una degeneración sin médula. Cómo me enteré de esto, Thurston, no me sorprendió: pensé que usted correspondía exactamente al tipo.

—Bien —dije, furioso, turbado al percatarme de que Gold había descubierto tantas cosas acerca de mí—, ya ha terminado su discurso. Espero que esté satisfecho. Ahora voy a casarme con Carol. Piense en mí esta noche, Rex Gold, y repita: «Yo podía haber estado en su lugar».

—No dude de que lo pensaré —replicó Gold, mientras sus labios blandos se cerraban húmedos sobre el cigarro—. Seguramente pensaré en ustedes dos. La verdad es que no pienso olvidar a ninguno de los dos. Si Carol es desdichada por culpa suya, usted tendrá que lamentarlo. Se lo prometo, Thurston.

Al recordar, mientras martilleo esta historia en un sórdido cuartito, con pedazos de papel colgando de las húmedas paredes y polvo sobre la mesa, donde únicamente hay una máquina de escribir, comprendo que los primeros cuatro días de mi matrimonio con Carol fueron las luces más altas de mi vida. En Carol yo había encontrado una compañera que me daba confianza y paz espiritual; que me divertía y que aparentemente me satisfacía, tanto sexual como mentalmente. Nos levantábamos a eso de las diez y desayunábamos en la veranda, con el valle extendido ante nosotros como una magnífica alfombra natural. Lejos, a la derecha, podíamos ver las tranquilas aguas de Big Bear Lake, reflejando los abetos y las perezosas nubes blancas que se deslizaban como balones de crema batida por el brillante cielo. Después del desayuno nos poníamos unas camisas, unos pantalones y nos íbamos con el coche al lago, donde Carol nadaba con un sencillo traje de baño blanco, mientras yo descansaba en el bote, con una caña de pescar en la mano, observándola. Cuando el sol picaba, yo la seguía al agua; luchábamos, corríamos carreras y nos portábamos como un par de chicos en su primera vacación. Después volvíamos, Russell nos servía el almuerzo en la veranda, charlábamos mirando el paisaje y volvíamos a charlar. Después hacíamos una larga caminata por el bosque, donde la pinocha se convertía en una alfombra sobre la que caminábamos, mientras la luz del sol, al atravesar el tupido follaje sobre nuestras cabezas, formaba diseños en el suelo. Por la noche escuchábamos el fonógrafo. Era espléndido estar solo con Carol, verla sentada en el gran sillón que habíamos arrastrado hasta la veranda, con la luna brillando sobre nosotros, las estrellas como polvo de diamantes, y el sonido de la música que provenía de la sala.

Le conté a Carol muchas cosas de mi vida pasada. No mencioné a John Coulson y no hablé de Eva, aunque le hablé del departamento de Long Beach, de cómo siempre había deseado escribir, y de mis primeras luchas como empleado en una oficina de embarques. Tuve que decirle algunas mentiras para que la historia fuera creíble, pero, como yo había aceptado la pieza de Coulson, como si fuera mía, no tuve dificultad en convencer a Carol de cómo había escrito *Seguro de lluvia*, ya que yo mismo estaba convencido de haberla escrito.

En el amplio y aireado dormitorio, con las ventanas abiertas y las cortinas corridas, cuando la luna formaba una brillante mancha de luz sobre la alfombra blanca, yo permanecía acostado, con Carol entre mis brazos. Ella se dormía con la cabeza apoyada en mi hombro y un brazo sobre mi pecho. Siempre dormía apaciblemente, y apenas se movía hasta que el sol la despertaba. Tenerla en mis brazos, escuchar su leve respiración y pensar en las cosas que habíamos hecho durante el día, me proporcionaba muchas horas de apacible satisfacción.

Sin embargo, pese a esta satisfacción y felicidad, yo era consciente de que me faltaba algo. En algún profundo recoveco de mi inconsciente, de vez en cuando, algo se agitaba. Experimentaba, de vez en cuando, una sensación de insatisfacción física. Al principio fue vaga e indefinida, después la sensación se hizo más fuerte y comprendí que el impacto físico de Eva en mis sentidos me había dejado una marca indeleble.

Mientras Carol estaba junto a mí, la nostalgia por Eva no me producía ninguna preocupación. La personalidad, el cariño y la bondad de Carol eran lo bastante fuertes como para derrotar la remota influencia de Eva, pero, si Carol iba al jardín y me dejaba solo, tenía que luchar contra la tentación de llamar a Eva por teléfono para oír nuevamente el sonido de su voz.

Tal vez a ustedes les resulte difícil entender por qué yo no podía apartar a Eva de mi mente. Ya he dicho que la mayoría de los hombres viven dos vidas... una vida normal y una vida secreta. De ahí se colige que la mayoría de los hombres tienen dos mentalidades. Y, si debo confesar la verdad, lo cierto es que, aunque Carol significaba tanto para mí, sólo podía satisfacer una parte de mi vida mental. La corruptora influencia de Eva era necesaria para que me sintiera realizado del todo.

No deben ustedes suponer que acepté débilmente esta situación, sin presentar batalla. En esos cuatro días y noches logré apartar a Eva de mi mente, pero sabía que estaba peleando una batalla perdida. Mi dicha sublime con Carol no podía durar. Creo que eso hubiera sido esperar demasiado, ya que nunca he sido capaz de resistir largo tiempo una tentación. El cambio llegó bruscamente y sin anuncio en la noche del cuarto día que pasábamos juntos.

La noche era perfecta. Una luna grande y brillante flotaba sobre las colinas, dibujando agudas sombras oscuras e iluminando el lago, que semejava un espejo pulido. Había hecho calor todo el día e incluso en la terraza hacía demasiado calor para que pensáramos en ir a la cama.

Carol había sugerido que fuéramos a bañarnos a la medianoche, y así, fuimos con el coche hasta el lago. Permanecimos más de una hora en el agua tibia y, cuando volvimos a Three Point, era más de la una. Estábamos en el dormitorio, desnudándonos, cuando empezó a sonar el teléfono. Ambos nos interrumpimos y nos miramos sorprendidos. La campanilla sonaba aguda e impaciente en el silencio de la noche, y yo tuve una súbita sensación de sofocada excitación.

—¿Quién puede llamar a esta hora? —preguntó Carol.

Puedo verla aún ahora. Se acababa de quitar su ropa deportiva blanca y roja, y estaba sentada en el borde de la cama, en corpiño y bombacha; estaba preciosa, con la piel tostada en un tono dorado y los ojos brillantes.

—Seguramente es un número equivocado —dije, poniéndome la bata—. Nadie sabe que estamos aquí.

Ella me sonrió y siguió desvistándose, mientras yo iba corriendo a la sala y tomaba el teléfono.

—Hola —dije—. ¿Quién habla?

—Hola, porquería —dijo Eva.

Agarré el teléfono, consciente de un brusco sentimiento de tiesura y de algo gordo en la garganta.

—Hola, Eva —dije, bajando la voz y mirando por encima del hombro, en dirección al dormitorio.

Carol había pasado al cuarto de baño: pude oír el ruido del agua corriente. No había peligro de que me oyera.

—Oye, porquería —dijo Eva, con voz chata, sin expresión—. ¿Por qué me dejaste así plantada?

Apenas entendí lo que decía. La excitación y el deseo de ella se apoderaron de mí; la sangre golpeó en mis oídos.

—¿Qué? —dije, luchando para controlar mis sentimientos—. ¿Qué estás diciendo?

—Cuando me desperté y vi que no estabas me llevé la gran sorpresa. No sabía dónde te habías metido.

—¿Así que te he dado una sorpresa? —dije, riendo—. Bueno, tú me has dado una o dos sorpresas en el pasado de modo que estamos a mano.

Hubo una pausa, después ella dijo, enojada:

—¿Así que estamos a mano? Tengo que decirte una cosa, Clive. Te he devuelto tu dinero de mierda. No lo quiero. Me hiciste una trampa asquerosa diciendo que te ibas a quedar y escapándote después como lo hiciste.

—¿Has devuelto el dinero? —pregunté atónito, sin poder creer sus palabras—. ¿Por qué?

—Porque no quiero dinero que venga de ti. Puedes guardarte ese dinero de mierda.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, sin saber lo que decía.

—Te repito: no quiero tu dinero de mierda. Me las arreglo muy bien sin ti, gracias. No tolero ser tratada de esa manera y, por eso, te mandé el dinero de vuelta.

—No te creo, Eva. No he recibido nada. Estás mintiendo y lo sabes.

—Te repito que lo mandé.

—¿Dónde lo mandaste?

—Lo puse en un sobre y lo mandé al Club de Escritores. Es el club al que perteneces, ¿verdad?

Me aflojé contra el respaldo de la silla, porque me sentía un poco mareado.

—¿Pero por qué hiciste eso? Ese dinero era para ti.

—Te digo que no quiero tu dinero —replicó ella—. Y no quiero verte más, Clive.

No vuelvas a llamarme ni a visitarme. Le he dicho a Marty que no te deje pasar y que si llamas, te corte.

Las barreras que con tanto ánimo yo había procurado elevar contra su influencia se desplomaron; la belleza de los cuatro últimos días fue arrastrada en el torbellino de amarga depresión que me envolvió al oír esas palabras.

—No seas impulsiva, Eva —dije, apretando el teléfono hasta que me dolió la mano—. Quiero volver a verte.

—Pues no me verás, Clive. Estás haciendo el idiota. Te previne, pero parece que no lo tomaste en cuenta. Por eso no volveremos a vernos.

—No seas tan concluyente, Eva —dije, procurando que la febril desesperación de mi voz no me delatara—. ¿Quieres verme mañana? Quiero conversar de esto contigo.

—No, Clive, no quiero hablar más contigo. No quiero que me llames. Y, si lo haces, te colgaré. Tienes que terminar con estas tonterías. Has contado demasiado conmigo. Me has hecho perder mucho tiempo y eso es algo que no me gusta.

—Escucha, Eva, te pido perdón por haberme ido así. Te explicaré todo si me dejas. No quise ofenderte. Simplemente no podía dormir, estaba inquieto y no quise molestarte. Tenemos que volver a vernos. No podemos separarnos así... es demasiado importante. Eva, por favor, no me trates así...

—Estoy cansada y no pienso seguir hablando. No quiero volver a verte más. Adiós... —hubo una pausa, después repitió—: Adiós, Clive... —y cortó.

—Eva... —empecé a decir, y después permanecí muy quieto mirando el teléfono. Estaba enfermo de frustración. La historia no podía terminar de este modo. Dios mío, pensé, ¿qué clase de rata seré para que una prostituta me devuelva el dinero y no quiera verme más? Nunca me había sentido tan mal, tan profundamente humillado. Coloqué el receptor con mano temblorosa. Tenía que verla. Eva no podía hacerme esto. Había perdido la confianza en mí mismo y era presa de negra desesperación.

—¿Quién era, Clive? —preguntó Carol desde el dormitorio.

—Nadie... un tipo que conozco... —contesté, con voz ronca e incierta.

—¿Qué has dicho? —Carol apareció en la puerta y atravesó la sala, con su vaporoso camisón—. ¿Quién era?

Me acerqué al armario y me preparé una copa. No osé dejar que Carol viera mi cara.

—Un tipo que conozco. Creo que estaba borracho.

—Oh... —hubo una larga pausa. No me volví: bebí el whisky rápidamente.

—¿Quieres un trago? —pregunté, mientras buscaba un cigarrillo.

—No, gracias.

Encendí el cigarrillo y me volví. Nos miramos. Los ojos de Carol estaban cargados de interrogantes.

—Vamos —dije, forzando una sonrisa—. Es hora de ir a la cama. Estoy cansado.

—¿Qué quería ese hombre? —preguntó ella bruscamente.

La miré, frunciendo el entrecejo.

—¿Quién quería qué?

—Ese amigo... el que telefoneó.

—Estaba borracho. ¡Sabe Dios lo que quería! Lo mandé a la mierda... Perdón...

Sostuve su mirada, después aplasté el cigarrillo y me acerqué.

—Perdón por ser grosero. Pero me da rabia que un borracho venga de este modo a interrumpirnos.

Otra vez ella me miró de manera inquisitiva, pero yo aparté la vista y me quité la bata. Me metí en la cama junto a ella y apagué la luz.

Carol se acercó, puso la cabeza sobre mi hombro. La rodeé con mi brazo y permanecimos largo rato en la oscuridad, sin decir nada. Mentalmente me repetía: eres un imbécil, un imbécil. Estás rechazando la felicidad. Eres loco. Hace cinco días que estás casado y ya la estás engañando. La mujer que tienes entre los brazos, te ama. ¿Crees que Eva va a hacer algo por ti? Nada. Sabes muy bien que nunca hará nada por ti. Lo sabes.

—¿Pasa algo, Clive? —preguntó Carol.

—¿Qué quieres que pase?

—¿Seguro que no pasa nada?

—Seguro.

—¿Estás preocupado por algo? Si algo anda mal, dímelo, Clive. Quiero compartir las cosas contigo.

—No pasa nada, querida, de verdad. Estoy cansado y ese tipo me fastidió... duerme. Mañana estaré bien.

—Bueno —su voz sonó desconfiada y perturbada—. Quiero que me digas si alguna vez algo anda mal...

—Así lo haré...

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Ella suspiró y se aferró a mí un momento.

—Te quiero, Clive. No vas a dejar que nada estropee nuestro amor, ¿verdad?

—Claro que no —dije, sintiéndome como un cerdo. Mentí: deliberadamente porque quería conservar las dos mujeres. Pero la cosa no podía ser... no podía ser—. Ahora deja de hablar pavadas y duerme. Te quiero. Todo está perfecto y no hay motivo para preocuparse.

Carol me besó y después hubo un silencio. Al fin comprendí, por su respiración, que dormía.

Los dos días siguientes pasaron con lentitud. Seguíamos yendo al lago. Nadábamos, charlábamos, oíamos el fonógrafo leíamos libros. Pero ambos sabíamos

que algo faltaba, algo no andaba perfectamente bien; ninguno de los dos dijo nada. Yo, naturalmente, sabía qué era. No creo que Carol lo hubiera adivinado. Estoy seguro, pero estaba perturbada; a veces la descubría mirándome, con ojos intrigados, heridos.

Ahora que yo había dejado caer las barreras, Eva había entrado a la casa. Mientras yo leía su cara aparecía de pronto en la página del libro. Si escuchaba el fonógrafo, en lugar de música, oía su voz diciendo: «No quiero tu dinero de mierda», una y otra vez. Me despertaba en medio de la noche creyendo que la tenía entre mis brazos; percibía después, con una violenta sacudida en el corazón, que era Carol y no a Eva a quien abrazaba.

Empecé a desearla como ansía un aficionado a las drogas el «pinchazo» en el brazo. Empecé a contar las horas que faltaban para que Carol tomara su coche y se dirigiera al estudio, y, sin embargo, yo seguía amando a Carol. Era como si dos personas vivieran en mi cuerpo, una clamando por la fría indiferencia de Eva, la otra satisfecha con el amor que Carol le daba. Yo no tenía el control de esas dos personas.

Era sábado por la tarde y ambos estábamos sentados en el bote. Carol tenía una malla roja y estaba muy bonita, con su piel dorada y su pelo oscuro.

—Sería maravilloso poder ser siempre felices de este modo, ¿verdad, Clive? —preguntó.

Remé unos momentos antes de contestar:

—Siempre seremos felices, querida.

—No sé. A veces temo que suceda algo y que todo esto se eche a perder.

—Tonterías —sostuve los remos contra el pecho y contemplé la gran extensión de agua azul—. ¿Qué puede pasar?

Ella guardó silencio un momento, después dijo:

—No debemos ser nunca como esas parejas que conocemos, que se engañan y se mienten mutuamente.

—No te preocupes —dije, preguntándome si había adivinado lo que pasaba por mi mente—. Nunca seremos así.

Ella permaneció quieta unos momentos, jugando con los dedos en el agua.

—Si te cansas de mí, Clive, y deseas a otra, me lo dirás, ¿verdad? Lo soportaría mejor si me lo dijeras que si me engañaras...

—¿Qué cosas se te han metido en la cabeza? —pregunté, inclinándome hacia ella y mirándola fijamente—. ¿Por qué dices esas cosas?

Ella me miró y sonrió.

—Simplemente quiero que lo sepas. Si alguna vez me mientes, Clive, me iré y nunca más me verás.

Procuré convertir la cosa en una broma.

—Espléndido —dije—, ahora ya sé cómo hacer para librarme de ti.

Ella asintió.

—Sí: ahora ya sabes cómo librarte de mí.

Cuando regresamos a Three Point había estacionado en el camino un gran Packard negro. Frené y miré el coche.

—¿Quién puede ser? —pregunté.

Carol espió por encima de mí.

—Vamos a ver... ¡Qué fastidio que venga a vernos alguien cuando sólo nos queda un día más!

Conduje el coche hasta la entrada de la cabaña. Un hombre bajo, moreno y gordo estaba sentado en la veranda con un gran vaso de whisky sobre la mesa. Saludó a Carol con la mano y se puso de pie.

—¿Quién es? —pregunté a Carol en un murmullo.

Ella me apretó el brazo.

—Berstein —contestó—. Sam Berstein, de la International Pictures. Me pregunto qué ha venido a buscar...

Descendimos juntos y Berstein palmeó cariñosamente a Carol en el hombro antes de volverse hacia mí.

—¿Así que usted es Thurston? —dijo él, tendiéndome una mano blanda, gorda—. Pues me alegro y estoy muy feliz de conocerlo, Thurston. Contento y feliz... y esto es algo que no suelo decir a los escritores, ¿no es así, preciosa?

Carol lo miró, con ojos chispeantes.

—De verdad es algo que no sueles decir, Sam —contestó—. Por lo menos, a mí no me lo has dicho nunca...

—¡Y ustedes están en luna de miel! ¡Qué romántico...! ¿Son felices...? ¿Ambos...? Espléndido. Ya me doy cuenta. Caramba, caramba, a Carol le sienta la luna de miel... ¿Sabe, Thurston? Conozco a esta muchachita desde que llegó a Hollywood. Sabe escribir. Claro que sabe escribir, pero tenía algo congelado dentro. «Carol, preciosa», le he dicho una y otra vez, «lo que necesitas es un hombre. Un hombre, grande, fuerte, y entonces escribirás de verdad»... Pero ella no me hacía caso... —me tiró de la manga y murmuró—: Lo malo es que para ella, yo no era bastante importante... —rió, palmeando el hombro de Carol y rodeándola con el brazo—. Ahora Carol va a hacer grandes cosas.

Todo eso era muy lindo, pero deseaba saber qué había venido a buscar Berstein. Evidentemente no había hecho todo el recorrido desde Hollywood para decir que se sentía contento y feliz al verme y que Carol necesitaba un hombre grande y fuerte.

—Sentémonos —dijo Berstein, yendo hacia la mesa—. Tomemos todos una copa. He venido a hablar con tu inteligente marido, Carol. Tengo cosas muy graves que decirle, por eso me he atrevido a interrumpir esta luna de miel. Ya me conoces, ¿verdad, linda...? Soy romántico... enamorado... no estropeo una luna de miel a

menos que se trate de algo importante...

—Vamos, Sam —dijo Carol, con los ojos chispeantes de excitación—. ¿De qué quieres hablar?

Berstein se pasó la mano sobre la gorda cara y casi dejó ñata su naricita picuda.

—He leído su obra, Thurston —dijo—. Me parece muy buena.

Una helada cosquilla me corrió por la espina dorsal.

—¿Se refiere usted a *Seguro de lluvia*? —pregunté mirándolo fijamente—. Bueno, claro que es muy buena...

Él resplandeció.

—¡Caramba, será una gran película! Quería hablar con usted de eso. Usted y yo, nosotros, vamos a convertir esa obra en una película...

Lancé una rápida mirada a Carol. Ella me tomó la mano y me la apretó.

—Te lo dije, Clive... te dije que a Sam iba a gustarle... —dijo ella, sin aliento.

Miré a Berstein.

—¿Habla usted en serio?

Él agitó las manos.

—¿Que si hablo en serio? ¿Para qué iba a hacer todo este camino si no hablara en serio? Claro que hablo en serio. Un momento... hay un detalle. No es nada... pero es algo...

—¿Así que hay una trampita? —dije, mientras la excitación moría en mí—. ¿De qué se trata?

—Usted dirá... —se inclinó hacia adelante—. ¿Qué tiene Gold contra usted? Explíqueme. Si puedo arreglar el asunto, haremos la película. Firmaremos un contrato. Todo estará en orden. Pero, primero, tengo que reconciliarlo con Gold...

—Hay pocas posibilidades —dije, amargamente—. Me odia a muerte. Está enamorado de Carol. ¿Comprende ahora lo que tiene contra mí?

Berstein me miró, después miró a Carol y estalló en carcajadas.

—Es muy gracioso —dijo, cuando se recobró lo suficiente como para hablar—. ¡No tenía ni idea! Yo también los odiaría a los dos, si estuviera en lugar de él... —Bebió la mitad del vaso y levantó un dedo corto, gordo—. Hay una manera. No demasiado buena, pero finalmente... —se encogió de hombros— todo se arreglará. Escriba el plan y yo lo llevaré a Gold y le diré que quiero hacer el filme. Gold hará lo que yo quiera, pero primero necesito el plan...

—Primero yo quiero el contrato.

Él frunció el entrecejo.

—No. Gold es quien hace los contratos. No puedo prometerle eso. Pero le conseguiré un contrato en cuanto haya hecho el plan. Se lo prometo —me tendió la mano.

Miré a Carol.

—Está bien, Clive. Sam siempre se sale con la suya. Si te promete un contrato, lo conseguirá.

Di la mano a Bernstein.

—Perfecto —dijo—. Le haré un plan y usted se lo venderá a Gold. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo él—. Ahora tengo que irme. Ya he robado demasiados minutos de esta luna de miel. Trabajaremos juntos. Su obra es muy buena, Thurston. Me gusta su espíritu. Me gusta la forma en que usted se expresa. Me gusta su drama. Es bueno. Usted hará un buen plan. Venga a verme al estudio el lunes, a las diez. Carol le enseñará el camino. Entonces nos pondremos a trabajar.

Cuando Bernstein se fue, Carol se arrojó en mis brazos.

—¡Oh, estoy tan contenta! —dijo—. ¡Bernstein hará una película maravillosa contigo! Ustedes dos, trabajando juntos, serán un equipo formidable. ¿No es extraordinario? ¿No estás excitado?

Yo estaba asustado y alarmado. La voz de Bernstein resonaba en mi oídos: «Me gusta su espíritu. La forma en que usted se expresa. Me gusta su drama. Es bueno. Hará usted un buen plan»... Pero él no hablaba de mí. Hablaba de John Coulson. Comprendí que yo no podía escribir el plan.

Carol se apartó de mí y me miró con ojos perturbados.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó, sacudiéndome un poco—. ¿Por qué tienes esa cara? ¿No estás contento?

Le di la espalda.

—Claro que estoy contento —dijo, ocupando el sillón y encendiendo un cigarrillo—. Pero veamos bien las cosas, Carol. Yo no entiendo mucho de guiones. Preferiría vender la pieza y que Bernstein consiguiera otra persona para hacer la adaptación. Yo... yo no creo...

—Tonterías —dijo ella, sentándose a mi lado y tomándose la mano—. Claro que puedes hacerlo. Yo te ayudaré. Hagámoslo enseguida. Empecemos en este mismo momento.

Salió corriendo para la biblioteca antes que yo pudiera detenerla, y la oí gritar a Russell que preparara unos sándwiches para la cena.

—El señor Clive va a convertir su obra teatral en una película, Russell —le oí decir—. ¿No es maravilloso? Empezaremos enseguida...

Regresó con una copia del manuscrito, nos sentamos y empezamos a revisarlo. En una hora o algo más, Carol había ideado el primer plan en bruto. Yo no hice más que asentir, porque la mente de ella era muy rápida, su experiencia muy segura, y comprendí que cualquier sugerencia que yo pudiera hacer resultaría inútil.

Hicimos una pausa para comer unos sándwiches de pollo, tomar una bebida helada, y Carol dijo:

—Tienes que hacer el guión, Clive. Es muy importante que seas tú quien lo haga.

Con tu don para el diálogo... tienes que hacerla.

—Oh, no —protesté, levantándome y paseando por el cuarto—. No puedo. No sé cómo hacerla... No, es absurdo...

—Escucha... —Carol me tomó la mano—. Claro que puedes. Escucha este diálogo... —y empezó a leer la pieza.

Dejé de dar vueltas de arriba abajo, atraído por la fuerza de las palabras. Eran palabras que yo jamás hubiera podido escribir. Palabras que poseían belleza, ritmo, dramatismo. Mientras escuchaba las palabras parecían arder en mi cerebro, hasta que comprendí que debía arrebatarme la pieza si no quería volverme loco.

¡Qué imbécil había sido al suponer que podía meterme en los zapatos de Coulson! Pensé en lo que Gold había dicho: «Es, para decir lo mínimo, un relámpago de suerte, más extraordinario quizá porque su primera obra era excelente. Siempre me he preguntado cómo logró usted escribir esa obra».

Aquello era peligroso. Si me equivocaba, podían descubrirme. Ya Gold sospechaba algo. De no ser así, ¿por qué había dicho aquello? Si yo intentaba hacer el guión, de inmediato iban a darse cuenta de que jamás había escrito la obra. ¡Y Dios sabe lo que iba a suceder si me descubrían!

—¿No me oyes, querido? —preguntó Carol, mirándome.

—No trabajemos más esta noche —dije, llenando mi vaso—. Por hoy hemos hecho bastante. El lunes hablaré con Berstein. Tal vez a él se le ocurra alguien para hacer el guión...

Ella me miró intrigada.

—Pero, querido...

Le saqué la obra de las manos.

—Basta por hoy —dije con firmeza y me dirigí a la veranda, porque ya no podía soportar la mirada de Carol.

La luna estaba alta en el cielo. Podía ver el lago, el valle y las colinas. Pero, en aquel momento, no significaban nada para mí. Mi atención se concentraba en un hombre sentado en el banco de madera en el extremo del jardín. No pude ver sus facciones. Estaba demasiado lejos para eso, pero había algo extrañamente familiar en la manera de sentarse y en la postura, con los hombros agobiados y las manos juntas entre las rodillas.

Carol salió y se unió a mí.

—¿Verdad que es un paisaje precioso? —dijo, pasando su brazo sobre el mío.

—¿No ves...? —pregunté, señalando el hombre sentado en el asiento del jardín—. ¿Quién es ese hombre? ¿Qué está haciendo aquí?

Ella miró.

—¿Qué quieres decir, Clive? ¿De qué hombre hablas?

Una helada oleada de sangre me corrió por la espina dorsal.

—¿Acaso no hay un hombre en el asiento del jardín, allí, a la luz de la luna?

Ella se volvió rápida hacia mí.

—Allí no hay nadie, querido.

Miré de nuevo. Carol tenía razón: allí no había nadie.

—Es curioso —dije, estremecido de pronto—, debe de haber sido una sombra... parecía un hombre...

—Estás viendo visiones —dijo ella, con voz turbada—. Realmente, ahí no había nadie.

La estreché contra mí.

—Entremos —dije, volviendo a la sala—. Hace frío afuera.

Esa noche tardé mucho rato en quedarme dormido.

Sam Berstein se quitó sus anteojos con aro de carey y tuvo una amplia y expansiva sonrisa.

—Sí —dijo, palmeando con su manita gorda el plan que Carol y yo habíamos escrito—, esto es lo que quería. No es como debe ser. No es como debe ser ni de lejos, pero es algo para empezar a trabajar. Un buen comienzo.

Yo lo miré ansiosamente desde mi asiento, un sillón bajo y confortable, en su gran oficina.

—Pensé que este plan era algo sobre lo que podíamos empezar a discutir. Usted, después de todo, tiene sus ideas al respecto, por eso me he limitado a presentar la idea de la manera más breve.

Berstein sacó una caja de cigarrros, eligió uno, me lo ofreció, pero yo meneé la cabeza. Él encendió el cigarro y se frotó las manos.

—No esperaba que anduviera usted tan rápido —dijo—. Ahora veamos el plan punto por punto. Cuando nos pongamos de acuerdo, sugiero que lleve usted el manuscrito, lo desarrolle y me lo traiga cuando esté listo. Entonces veré a Rex Gold.

—Va a tropezar con dificultades —dije, con pesimismo. Él rió.

—Ése es asunto mío —dijo—. En los últimos cinco años Rex Gold y yo hemos tenido algunas peleas. No significan nada, porque, al final, siempre me he salido con la mía. Deje la cosa en mis manos.

—Está bien —repliqué, sin convencerme—. Lo dejo en sus manos, pero le prevengo que Gold me detesta a muerte.

Él rió de nuevo.

—No lo culpo —dijo—, Carol es una chica encantadora y usted es un hombre de suerte. Pero, aunque lo odie a muerte, también le gusta un buen argumento... —palmeó de nuevo el manuscrito—. Esta historia es buena...

Algo de su entusiasmo se me contagió.

—Como usted guste... —acerqué la silla a su escritorio— ¿qué le parece si profundizamos el argumento?

—Perfecto —dijo él, mostrando los dientes, deleitado—. Llévese eso y tráigame un segundo plan. Entonces será el momento de ver a Gold.

Me puse de pie.

—Bueno, muchas gracias, señor Berstein —dije—. He disfrutado mucho de esta conversación y no pasará mucho tiempo sin que le traiga un segundo manuscrito.

—Hágalo cuanto antes —dijo, acompañándome a la puerta.

—Imagino que Carol va a estar ocupada todo el día... —comenté en el momento de darle la mano.

Él levantó los hombros.

—No lo sé. ¿Por qué no lo averigua? Ella está con Jerry Highams. ¿Conoce la oficina?

—Naturalmente —dije—. Sé dónde es. Hasta pronto, señor Berstein. Adiós ...

Caminé rápidamente por el corredor y, aunque tenía que pasar frente a la oficina de Highams, no me detuve. No tenía ganas de volver a encontrar a Frank Imgram, y las posibilidades de que él estuviera con Carol eran demasiado grandes para arriesgarme.

Al pasar frente a un teléfono público al fin del corredor disminuí la marcha y me detuve. Miré mi reloj pulsera. Eran las once y cincuenta y cinco. Tal vez tuviera la suerte de que Marty no hubiese aún llegado. Quería estar seguro de que Eva iba a contestar el teléfono. Entré en la casilla y me encerré dentro. Mientras marcaba el número sentí que el corazón golpeaba en mi pecho con reprimida excitación.

La campanilla sonó varias veces antes que contestara.

—Hola...

Reconocí su voz.

—Eva —dije—, ¿cómo estás?

—Buenos días, Clive —dijo ella—. ¿Cómo te va? Has llamado temprano esta mañana.

—¿Te he despertado? —pregunté, sorprendido de encontrarla tan amable.

—No, al contrario. Estaba tomando el café. Hace rato que estoy despierta.

—¿Cuándo puedo verte?

—¿Cuándo quieres venir?

—Un momento, Eva —dije, demasiado intrigado para ser cuidadoso—, el otro día dijiste que no querías volver a verme.

—Entonces está bien: no quiero volver a verte —contestó riendo.

—Voy enseguida —dije—. Eres un demonio. Me has hecho pasar dos días atroces. Creí que hablabas en serio.

Ella rió de nuevo.

—Eres el colmo, Clive. De todos modos, en ese momento hablaba en serio. Estaba enojada. Fuiste un asqueroso en irte de esa manera...

—Bueno, fui un asqueroso —dije, riendo—. Pero he recibido una buena lección y no volveré a hacerlo.

—Es mejor que así sea —me previno ella—, la próxima vez no te perdonaré tan fácilmente.

—Ven a almorzar conmigo.

—No —su voz se endureció—. No voy a hacer eso, Clive. Si quieres puedes venir a verme profesionalmente; pero no voy a salir a almorzar.

—Eso es lo que crees. Vas a almorzar conmigo y no quiero discusiones —contesté.

—¡Clive! —hubo una nota de enojada sorpresa en su voz—. Te repito que no saldré a almorzar.

—Hablaemos luego. Estaré allí dentro de media hora.

—Es demasiado pronto, todavía no estaré lista. Ven a eso de la una.

—Bien... y ponte un lindo vestido.

—No voy a almorzar contigo.

—Por una vez vas a hacer lo que te manden —dije, riendo—. Ponte algo elegante... —la línea quedó súbitamente muerta, porque Eva había cortado.

Miré el teléfono e hice una mueca. Está bien, tesoro, pensé, vamos a ver quién manda...

Fui a la playa de estacionamiento y lentamente conduje el Chrysler por el sendero del estudio. Me sentía bien. Confiaba poder dominar a Eva. Ella podía cortar la comunicación si eso halagaba su vanidad, pero iba a almorzar conmigo, aunque tuviera que arrastrarla hasta el restaurante en camión.

Me dirigí al Club de Escritores y pedí al mayordomo que me diera la correspondencia. Me entregó unas cartas; fui al bar y pedí un whisky con soda. Una rápida mirada a las cartas me mostró que no había nada de Eva. Dejé el vaso sobre la mesa del bar, volví junto al mayordomo y le pregunté si estaba seguro de que no había nada más para mí.

—Eso es todo, señor —dijo él, volviendo a mirar en la casilla.

¡Y Eva había afirmado con tanto énfasis que me había devuelto los cuarenta dólares que yo le había dejado la noche en que me fui sin despedirme!

Fui al teléfono y marqué su número.

—Hola —dijo ella casi enseguida.

—Espero no haberte hecho salir del baño, Eva. Pero ¿recuerdas que me dijiste que habías devuelto el dinero?

—Lo devolví —su tono fue cortante.

—¿Lo mandaste al Club de Escritores?

—Sí.

—Pues no ha llegado.

—No es culpa mía —contestó con indiferencia—. Lo mandé, y cuando yo digo una cosa, no miento.

—Pero Eva, yo quiero que te quedes con el dinero. Vine aquí a buscarlo. ¿Estás segura de haberlo enviado?

—Claro que estoy segura y, de todos modos, no lo quiero. Me enojaste y por eso te devolví el dinero. No lo aceptaré si me lo das.

Yo contemplé pensativo las inscripciones en lápiz de las paredes. Aquí algo anda mal, pensé.

—¿No pusiste una nota dentro?

—¿Para qué? —ahora estaba a la ofensiva—. Puse el dinero en un sobre y lo mandé al club.

Mentía. Ahora sabía que nunca había tenido intenciones de devolver el dinero. Había querido mostrar su poder. Sabía que iba a herirme devolviéndome el dinero, pero, a pesar de querer ganarme la partida, su avidez era demasiado grande. Quería hacer una componenda y había esperado que al decirme que me había devuelto el dinero, yo iba a creerle y ella iba a sacar su venganza gratis. Bueno, me había hecho sufrir dos días, pero ahora yo comprendía que Eva no había tenido grandeza suficiente para desprenderse de los billetes, y el desprecio que me inspiraba era, de por sí, una victoria.

—Tal vez se haya perdido la carta —dije, burlándome a medias—. Pero no importa, te lo devolveré.

—No lo quiero, Clive —retrucó—. Y tengo que irme. Se está llenando la bañera.

—Hablares durante el almuerzo —dije, procurando cortar antes, pero ella me ganó de mano.

Llegué a Laurel Canyon Drive a la una menos cinco. Me detuve frente a la casita y toqué la bocina. Después descendí y avancé por el sendero. Golpeé la puerta, saqué un cigarrillo y lo encendí.

Esperé unos momentos y entonces me di cuenta de que ningún ruido salía de la casa. Generalmente al llamar, oía los pasos de Marty en el corredor.

Fruncí el entrecejo y llamé de nuevo. Nada. Esperé, mientras una helada sensación de naufragio se apoderaba de mí.

Llamé cuatro veces y después volví al Chrysler. Subí y recorrí lentamente la calle. Cuando estuve fuera de la vista de la casa, me detuve y encendí otro cigarrillo. Mis manos temblaban al sostener el fósforo.

Súbitamente pensé en Harvey Barrow. Recordé lo que había dicho: «Dije que iba a buscarla y contestó que estaba de acuerdo. Pero volví cuatro veces a su casa y, cada vez, la maldita mucama me dijo que había salido. Yo sabía que estaba arriba, riéndose de mí».

Mis manos apretaron el volante. Eva ni siquiera había tenido la decencia de mandarme a Marty con alguna mentira. Podía imaginarla en el cuartito, con la cabeza ladeada, oyendo cómo yo golpeaba a la puerta. Probablemente Marty estaba con ella y se cambiaban miradas. Sonreían. Déjelo llamar, decía Eva, pronto se hartará.

Manejé lentamente por Sunset Boulevard, sin pensar en nada. Estaba mareado, atontado. Me detuve frente a una droguería, entré y marqué su número. La campanilla sonó largo rato, pero no hubo respuesta.

Imaginé que estaba a punto de atender el teléfono, y que de pronto se detenía. Debía de saber que era yo quien llamaba. Me apoyé contra la pared de la sucia casilla, mientras la campanilla sonaba. Bruscamente tuve ganas de matarla. Era una

idea fría, casi impersonal, que me pasó por la mente, y que analicé con interés y placer. Después, horrorizado de haber pensado siquiera en algo semejante, corté y salí a la luz del día.

¿Me estaré volviendo loco?, me pregunté, mientras me dirigía a Three Point. Una cosa era estar enfurecido contra ella: otra, matarla... ¡qué cosa estúpida, loca, peligrosa, aunque la hubiera pensado sólo un momento!

De todos modos comprendí que matar a Eva podía darme placer. Era la única manera de tocarla. Su armadura era demasiado fuerte. De nuevo rechacé el pensamiento, pero volvía, y, en mi mente, planeé todos los detalles de su muerte, y esto me dio mucho placer. Me vi alguna noche, llegando a la casita cuando ella estaba fuera; yo la esperaba. Podía esconderme arriba, en uno de los cuartos vacíos hasta oír la llave en la cerradura. Después yo saldría de mi escondite y, desde el rellano, me aseguraría de que Eva estaba sola. Era fácil verla inclinándose sobre la baranda, y ella no podría verme.

Antes de acostarse, seguramente iría al cuarto de baño. Yo podía meterme en uno de los cuartos vacíos y esperar que volviera a bajar. Iba a darme mucho placer pensar que Eva andaba por la casita solitaria, creyéndose sola, mientras que todo el tiempo yo estaba arriba, esperando para matarla.

Tal vez iba a regresar borracha, como la noche en la que yo me había ido. Si estaba borracha, iba a ser fácil matarla. No iba a experimentar piedad ni sentimiento alguno si la encontraba roncando y apestando a whisky.

Yo podía agazaparme en el rellano y escuchar. Oírla cómo Eva preparaba la cama. Ya conocía bastante de su rutina como para saber lo que iba a hacer. Primero se quitaría la falda. Lo haría en el momento de entrar, porque usaba unas polleras tan apretadas que tenía dificultad para sentarse. Después iría al ropero y sacaría una percha. Minuciosamente colgaría el saco y la pollera. Quizás iba a encender un cigarrillo mientras se despojaba del resto de sus vaporosas ropas. Se pondría el camisón y se dejaría caer en la cama. Escuchando claramente, yo podría seguir todos los detalles. Cada uno tenía su ruido individual, incluso el crujido de la cama al recibir el ligero cuerpo. Tal vez Eva se pondría a leer, o quizás apagara la luz y fumara en la oscuridad. Hiciera lo que hiciese, yo iba a darle bastante tiempo como para que se durmiera. ¿Qué importaba esperar horas en la oscuridad? Eventualmente iba a descender. Descendería como un fantasma, apoyándome en la baranda y probando cada escalón antes de apoyarme con todo mi peso. Eva iba a despertar cuando fuera demasiado tarde para salvarse.

Yo iba a deslizarme en el cuarto y miraría en la oscuridad. No podía ver a Eva, pero iba a saber dónde estaba su cabeza; iba a sentarme suavemente en la cama, a su lado. Incluso entonces Eva no iba a despertar. Con una mano yo buscaría su garganta y, con la otra, encendería la lamparilla de noche.

Entonces iba a llegar el momento en el que me cobraría de todas las heridas que me había infligido. El breve momento en el que sus sentidos se despertarían del sueño, y me reconocerían. Nos miraríamos; ella iba a comprender por qué yo estaba allí, y lo que yo iba a hacer. Yo vería su mirada desesperada, aterrada, la mirada que seguramente iban a tener sus ojos; la vería por primera vez sin la máscara de madera, sin sus afectaciones profesionales.

Sólo por dos o tres segundos. Pero bastarían. La mataría rápido, apoyando la rodilla sobre su pecho, con todo mi peso, Eva no podría hacer nada. Ni siquiera iba a darle tiempo para endurecer su cuerpo, o para arañarme las manos.

Y nadie sabría jamás quién lo había hecho. Podía ser cualquiera de sus amigos.

Desperté de este horrible sueño diurno por el violento sonido de una corneta de auto, y apenas pude evitar un choque con un Cadillac. Había estado tan ensimismado que había dejado que el Chrysler se deslizara hasta el otro lado de la calle. Oí que el conductor del otro auto me insultaba al pasar; me hice a la derecha y proseguí con cuidado el camino.

Cuando llegué a Three Point todavía estaba perturbado por el sentimiento de placer incontrolable que había experimentado mientras imaginaba cómo iba a arreglar mis diferencias con Eva. Eran casi las tres; pedí a Russell que me trajera sándwiches y un whisky para tomar en la terraza.

Mientras esperaba paseé de arriba abajo, salvajemente furioso por la forma en que Eva me había tratado, y alarmado al comprobar hasta qué punto mi mente estaba afectada por su dura indiferencia hacia mí. El hecho de que hubiera imaginado asesinarla hasta los últimos detalles, y que hubiera obtenido placer al hacerlo, me chocaba y me asustaba. Esta idea no hubiera entrado jamás en mi mente unas semanas atrás, aunque, en aquel momento desprevenido en la casilla de teléfono, podía haber sido la única solución para nuestra lucha.

Tengo que controlarme, pensé mientras paseaba de arriba abajo. Esa mujer me hace daño. Nunca cederá y es mejor reconocer la derrota y olvidarla. Nunca podré seguir adelante con ningún trabajo si dejo que influya en mi mente, que ocupe mis pensamientos e irrite mis nervios de esta manera. Hay que acabar con esta imbecilidad.

Apareció Russell con una bandeja que puso sobre la mesa.

—Traiga mi máquina de escribir, Russell —dije, volviéndome—. Tengo que trabajar.

Él sonrió ampliamente.

—Espero, señor, que haya pasado una buena mañana en el estudio.

—Bastante buena —dije, sin entusiasmo—. Vamos, sea un buen camarada y ayúdeme a trabajar...

Él me lanzó una mirada rápida, desilusionada y corrió a la biblioteca para buscar

la máquina de escribir.

Me senté, empecé a leer las notas de Berstein, pero era difícil concentrarse. No podía borrar de mi mente la humillación de haber estado llamando a la puerta de Eva, como un vendedor ambulante. Cuanto más pensaba en la cosa, más me enfurecía. Cuando Russell puso la máquina de escribir a mi lado y se fue, no pude trabajar. En lugar de eso comí los sándwiches y empecé a beber sin respiro.

Me las pagaré, pensé, echando más whisky en el vaso, con mano insegura. De alguna manera me las pagaré. Tomé el whisky de un trago y volví a llenar el vaso. Repetí esto varias veces, hasta que sentí un leve entumecimiento en las piernas. Comprendí que estaba casi borracho. Aparté el botellón y acerqué hacia mí la máquina. Que se vaya a la mierda, dije en voz alta. No podrá detenerme. Nadie podrá hacerlo.

Hice una tentativa de escribir la primera escena de acuerdo con las sugerencias de Berstein, pero, tras luchar por más de una hora, arranqué el papel de la máquina y, furioso, lo hice pedazos.

No estaba en un estado de ánimo creador; dejé la terraza, vagué por las habitaciones vacías de la cabaña. Russell se había escondido en alguna parte. Posiblemente se había ocultado para dormir la siesta en los bosques. La cabaña estaba intolerablemente sola, y empecé a preguntarme si no había sido un idiota en establecerme aquí, tan lejos de todo.

La cosa era perfecta mientras tuviera a Carol para acompañarme, pero, ahora que ella iba a pasar la mayor parte del día en el estudio, realmente iba a aburrirme mucho.

Mi mente seguía volviendo hacia Eva. Hice un débil esfuerzo para pensar en otra cosa, pero no lo logré. Agarré una novela y procuré leer, pero, después de pasar media docena de páginas, me di cuenta de que no sabía lo que había estado leyendo y arrojé el libro al otro extremo del cuarto.

El whisky que había bebido me aguijoneaba, tenía la cabeza pesada y estaba inquieto. Súbitamente me puse de pie y fui hacia el teléfono. Iba a decirle exactamente lo que pensaba de ella. Si cree que puede hacerme esto y quedar tan fresca, va a recibir una linda sorpresa...

Marqué su número.

—¿Quién habla? —preguntó Marty.

Vacilé y luego, rápidamente, corté. Eva no iba a desdeñarme por intermedio de Marty. Encendí un cigarrillo y volví a vagar inquieto por la terraza.

No puedo seguir así, pensé. Tengo que trabajar. De nuevo me senté a la mesa y empecé a leer las notas de Berstein, pero mi mente seguía vagando y finalmente abandoné la cosa, desesperado.

Carol llegó a la hora de comer. Bajó de su coche crema y azul y corrió por el césped, hacia mí.

Al verla, sentí que un gran peso desaparecía de mi mente; la estreché con fuerza contra mí, por varios segundos, antes de soltarla.

—Bueno, querida —dije, sonriendo—. ¿Cómo te ha ido?

Ella suspiró profundamente.

—Estoy cansada, Clive. Hemos trabajado sin pausa. Ve a traerme un trago. Quiero que me cuentes tus noticias.

Marchamos hacia la casa mientras ella me contaba la reunión acerca del argumento en el que trabajaba.

—Hasta ahora Rex Gold está encantado —dijo—. Va a ser una película maravillosa. Jerry nunca ha estado mejor e incluso Rex Gold ha hecho una buena sugerencia.

Le preparé un gin con pomelo y me serví otro whisky.

—Oye, Clive —dijo ella de pronto—. Espero que no hayas bebido todo ese whisky... El botellón estaba lleno esta mañana...

Le tendí su vaso y reí.

—Claro que no —dije—. ¿Qué crees que soy? ¿Una esponja...? Se me cayó el botellón y se derramó la mitad.

Ella me lanzó una mirada rápida, inquisitiva, pero yo enfrenté su mirada, y su cara se aclaró.

—Así que no eres una esponja... —dijo, sonriendo. Estaba pálida y parecía cansada—. Bueno, cuéntame: ¿le gustó la adaptación a Sam?

A asentí.

—Claro que le gustó. ¿Por qué no iba a gustarle? Tú la escribiste, ¿no es así?

—La escribimos nosotros, querido —dijo ella, perturbada de nuevo—. ¿No estás enojado por eso, verdad? Quiero decir que yo no hubiese interferido si tú...

—No hablemos más —dije, cortante—. Ya sé que no sirvo mucho cuando se trata de una adaptación al cine, pero quiero aprender... —me senté a su lado y le tomé la mano—. No logro salir adelante con el segundo plan. ¿Sabes, Carol? Quisiera que Berstein consiguiera otra persona para hacerlo. Yo no voy a ninguna parte.

—Dame un cigarrillo y cuéntame lo que dijo Berstein.

Después de encender su cigarrillo, le expliqué las sugerencias de Berstein. Carol escuchó atentamente, aprobando de vez en cuando con su cabecita oscura.

—Es un tipo fantástico —dijo, cuando terminé de hablar—. Ha mejorado enormemente la cosa. Oh, Clive, simplemente debes ponerte a trabajar. Sé que puedes hacerlo y eso significa tanto para ti...

—Tú puedes hablar así, Carol —repliqué con amargura—, pero ahora la historia a mí no me dice nada. He estado luchando con ella toda la tarde, y no voy a ninguna parte.

Ella me miró unos momentos, con ojos intrigados, interrogantes.

—Tal vez mañana estés de mejor ánimo —dijo, esperanzada.

—Sam espera la cosa pronto. Ya la producción está retrasada.

Me levanté, irritado.

—¡Oh, qué me importa! Estas cosas no pueden forzarse...

Ella se levantó y me rodeó con sus brazos.

—No te preocupes, Clive. Vas a salir, ya verás...

—Oh, a la mierda con esa historia... —me volví hacia la puerta—. Voy a ponerme una bata y prepararme para la noche. ¿Tienes algún libro?

—Tengo trabajo que hacer —dijo ella rápidamente—. Quiero preparar algunas escenas...

—No puedes trabajar todo el día y toda la noche —contesté, irritado de que Carol pudiera pensar en algo creador—. Descansa. Te hará bien.

Ella me empujó hacia la puerta.

—No me tientes. Espérame en la terraza. Hace un tiempo precioso y vendré en cuanto haya terminado.

Permanecí sentado largo rato en la terraza, que iba oscureciéndose, pensando en Coulson. Sabía que estaba haciendo algo mezquino al arruinar su obra transformándola en una película, pero había ido demasiado lejos para echarme atrás. En primer lugar, jamás debí haberle robado la pieza. Pero, si no lo hubiese hecho, no estaría ahora donde estaba, sentado en la terraza de una costosa cabaña, en uno de los lugares más lindos de California. Nunca habría conocido a Carol. Lancé un brusco suspiro... nunca habría encontrado a Eva.

—¿Qué haces ahí en la oscuridad? —dijo Carol, saliendo a la terraza—. Hace horas que estás ahí, querido. Son más de las doce.

Desperté con una especie de sobresalto.

—Estaba pensando —dije, levantándome. Me sentía entumecido y con frío—. No tenía idea de que el tiempo hubiera pasado tan rápido. ¿Has terminado?

Ella deslizó la mano por mi cuello y me besó.

—No te enojas conmigo, querido —murmuró, rozando mi oreja con sus labios—. He preparado un segundo plan para ti. Ahora podrás hacer el guión, y será realmente bueno. No te enojas, ¿verdad?

La miré fijamente, enfermo de envidia de que Carol pudiera hacer tan fácilmente lo que a mí me costaba tanto.

—Carol, no puedes hacer tu trabajo y el mío. Es absurdo. Lo único que falta es que me sostengas...

—No te enojas —suplicó ella—. Lo único que he hecho es poner sobre papel tus ideas y las de Sam. Una mecanógrafa habría podido hacerlo. Debes pulir mañana la cosa para llevársela a Sam. Entonces Rex Gold lo aceptará y realmente podrás empezar a trabajar. Dame un beso y no me mires con ese entrecejo fruncido...

La besé.

Ella me dio un rápido sacudón.

—Vamos a la cama —dijo—. Mañana tengo que levantarme temprano.

—Ya voy —dije. Pero me sentía aplastado y deprimido.

En los cuatro días siguientes fui comprendiendo, cada vez más, que había cometido un gran error en ir a vivir a Three Point. Al hacerla me había apartado de todo contacto social, y ahora, sin ninguna diversión, rápidamente empezaba a aburrirme en aquella soledad que yo mismo me había impuesto. Aunque me había propuesto escribir una novela en aquel ambiente, cuando llegaba el momento de empezar, comprendía que me faltaba la inspiración.

Había logrado, tras considerable esfuerzo, volver a escribir la segunda adaptación que Carol había hecho de la obra. Como ella había realizado casi todo el trabajo preliminar, mi tarea particular se reducía a copiar lo que ella había escrito. Pero, aunque no debía realizar un trabajo realmente creador, necesitaba un esfuerzo de voluntad para sentarme ante la máquina de escribir. Varias veces, mientras escribía, tuve la tentación de llamar a una mecanógrafa para que terminara la tarea. Finalmente logré terminar con la adaptación, y la puse en manos de Sam Berstein. Esperaba — con sentimientos mezclados— lo que iba a decir Gold. Mi intención era, si Gold aceptaba, insistir en que alguien —cualquiera que no fuera yo— hiciera el guión. Sabía que yo era incapaz de hacerlo; además, no me atrevía a escribir los diálogos adicionales que se requerían. No esperaba poder imitar las brillantes frases de John Coulson y, si lo intentaba, inmediatamente sería obvio para un hombre de la agudeza de Gold que yo no era el autor de la obra original.

La situación financiera empezaba a preocuparme. Mi capital vacilaba. Los derechos eran cada semana más deprimentemente pequeños y mis deudas aumentaban. No comenté con Carol la verdadera situación, porque comprendí que ella iba a insistir en pagar por lo menos su parte. Naturalmente Carol ganaba mucho dinero en el estudio y, aunque gastaba poco en dinero de bolsillo y en ropa, la cantidad mayor era cuidadosamente invertida en propiedades. Fueran cuales fueran mis defectos, estaba decidido a no recibir jamás un centavo de Carol.

Cuando Carol estaba en el estudio, el día parecía interminable. Yo permanecía varias horas sentado en la biblioteca, y cuando ya no toleraba el encierro, salía al bosque y vagaba en medio de una negra depresión. Eva y John Coulson no se apartaban jamás de mi mente. Intenté escribir el guión de *Seguro de lluvia*, pero apenas había empezado, cuando tuve la siniestra sensación de que John Coulson estaba en el cuarto, a mi lado, viéndome luchar para crear algo y riendo en silencio ante mis torpes esfuerzos. Era una fantasía absurda, pero persistió, volviendo la concentración imposible.

Durante tres días, luché contra el violento deseo de telefonar a Eva.

Al cuarto día, cuando Carol salió para el estudio, cedí a la tentación. En esos días Russell estaba de franco, porque tenía un pariente peligrosamente enfermo. Terminé el café que había preparado para Carol y para mí; todavía se podía oír el distante sonido del motor del coche de Carol por el camino montañoso. Súbitamente, siguiendo un impulso, arrojé el diario que estaba leyendo y tomé el teléfono.

Eva contestó enseguida.

—Hola...

Era extraordinario que después de la forma en que me había tratado, el sonido de su voz acelerara mi sangre e hiciera latir tan rápido mi corazón.

—Eva —dije—. ¿Cómo estás?

—Hola, desconocido —contestó alegremente—. ¿Dónde te habías metido todo este tiempo?

Apenas pude creer que era Eva quien hablaba. Su voz era radiante y comprendí que había sucedido algo que la hacía feliz. De una manera rara, perversa, esto me enojó.

—¿No me confundes con otro, verdad? —pregunté con sarcasmo—. Soy Clive. El tipo a quien no quieres ver cuando llama a tu puerta.

Ella rió.

—Ya lo sé.

¿Así que le parecía divertido, eh? Apreté el teléfono hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

—Creo que me hiciste una linda porquería. Estaba decidido a que almorzáramos juntos. Por lo menos podías haberme visto y haberme dado una excusa.

—También fue una porquería que me dejaras en medio de la noche —replicó—. Y no tenía ganas de almorzar contigo. Ningún hombre va a decirme lo que debo hacer. Espero que hayas aprendido la lección.

Rechiné los dientes.

—Siempre me estás dando lecciones...

Ella rió de nuevo.

—Y parece que no aprendes, ¿eh, Clive?

—Por lo menos insisto.

—Vaya si insistes... Nunca he tenido tanta dificultad para sacarme a alguien de encima.

—¿Así que te quieres librar de mí?

—¿Acabas de darte cuenta?

Su frivolidad me enfureció.

—Un día de éstos lo vas a conseguir, y entonces te arrepentirás —le dije, furioso.

—Eso es lo que crees —contestó, riendo.

Eva estaba en un estado de ánimo totalmente nuevo, y mi curiosidad derrotó mi furia.

—Pareces contenta esta mañana...

—¿Has recibido alguna herencia?

—No.

Esperé, pero no dio más explicaciones.

—Tengo que verte, Eva —dije.

—Hoy no puede ser.

—Vamos, Eva, no seas así. Quiero verte.

—No estaré en casa, de modo que no vengas. Si lo haces no me encontrarás.

—¿Dónde vas a ir?

—No es asunto tuyo.

Sentí que la sangre me subía a la cara.

—Bueno, ¿cuándo te puedo ver?

—No sé. Si quieres venir es mejor que me llames dentro de unos días. ¿De acuerdo?

Una idea me pasó por la cabeza.

—¿Es que va a volver Jack?

—Así es. ¿Estás contento ahora?

La antigua sensación de celos volvió a apoderarse de mí.

—Me alegro —mentí—. Supongo que volverás a tu otra casa, ¿no es así?

—Así es —su voz parecía un poco cortante.

—¿Por cuánto tiempo?

—No sé. Y te agradecería que no hicieras tantas preguntas. No sé cuánto tiempo se quedará aquí Jack.

—¿Lo esperas hoy?

—Hum... Anoche recibí un telegrama.

—No olvides que quiero conocerlo.

Hubo una pausa momentánea.

—No lo olvido.

—¿Me lo presentarás ahora?

—No... esta vez no.

—¿Cuándo entonces?

—Alguna vez. Ya veremos.

—¿Así que piensas olvidar a todos tus amigos? ¿Qué van a hacer sin ti? —No lo sé y no me importa. Volverán cuando yo esté libre.

Su indiferencia me torturaba.

—Bueno, que te diviertas. Te llamaré dentro de unos días.

—De acuerdo. Adiós —y cortó.

Golpeé con fuerza el teléfono y salí a la terraza. Cada vez que nos encontrábamos, siempre que la telefoneaba, era más evidente que yo no representaba nada para Eva. Pero no podía dejarla. Sabía que nunca contaría para ella, pero, de todos modos, tenía que perseguirla.

No era posible permanecer en la cabaña todo el día, con la idea de que Eva iba a encontrarse con su marido. Eso me enloquecía.

Decidí ir al estudio para averiguar si Berstein tenía alguna noticia para mí.

Después de bañarme me vestí y saqué el Chrysler del garaje. Después marché lentamente por el camino montañoso desde San Bernardino hasta Hollywood. Estaba en un negro estado depresivo, detestaba la idea de la larga tarde que debía enfrentar, y de la velada que tenía al frente.

A mediodía llegué al estudio y, cuando me detuve, frente a las oficinas del edificio principal, Carol salió corriendo a mi encuentro.

—¡Hola, querido! —dijo saltando sobre el guardabarro y besándome—. Quería comunicarme contigo.

La miré agudamente.

—¿Qué pasa?

—Es pesadísimo, pero tenemos que tomar el avión para Death Valley y no volveré hasta mañana por la mañana. Jerry insiste en que busquemos una verdadera atmósfera de desierto, y él, Frank y yo, nos vamos enseguida.

—¿Quieres decir que esta noche no vendrás a casa? —pregunté seco.

—No puedo, querido... ¡Oh, y Russell no estará allí para cuidarte! ¿Qué podemos hacer?

Procuré ocultar mi desolación, pero apenas lo logré.

—Puedo cuidarme solo. No te preocupes. Además, tengo mucho trabajo que hacer.

—Detesto que te quedes solo —dijo ella, preocupada—. ¿Por qué no te quedas en la ciudad...? ¿Por qué no vienes con nosotros?

Pensé en Imgram y meneé la cabeza.

—Volveré a Three Point —dije—. No te preocupes, me las arreglaré muy bien.

—Ven con nosotros —suplicó ella—. Nos divertiremos.

—Vamos, no hagas líos —dije, un poco irritado—. Te he dicho que voy a pasarlo bien. Deseo que hagas un buen viaje. Nos veremos mañana por la noche.

—Desearía no tener que ir. Detesto pensar que vas a quedarte solo. ¿Seguro que no quieres quedarte en la ciudad?

—No soy un chico, Carol —dije, un poco cortante—. Puedo cuidarme. Y debo irme corriendo. Tengo que hablar con Berstein... —tuve la mala suerte de ver en ese

momento e Highams e Ingram, que marchaban por la larga avenida que llevaba al edificio de la compañía; en modo alguno deseaba encontrarlos—. Que te diviertas —la besé—. Adiós, y que te vaya bien... —me apresuré a entrar en el edificio, dejándola con una expresión de preocupación en los ojos.

Marché por el largo corredor hacia la oficina de Sam Berstein; me sentía deprimido. ¡Si por lo menos Eva hubiera estado libre! Tal vez hubiera podido convencerla de que se tomara un día de descanso, y nos hubiéramos divertido. Hubiera podido pasar la noche con ella. Ahora, tenía que enfrentar veinticuatro horas vacías, menos que Berstein tuviera algo para mí.

—Adelante —dijo la secretaria en cuanto le di mi nombre—. El señor Berstein ha estado procurando comunicarse con usted.

Me alegré. Aquello parecía prometedor.

—Hola —dije, al entrar en la oficina. Berstein se puso de pie de un salto.

—Lo he estado llamando. Está bien. Rex Gold está de acuerdo. ¿Qué le parece? ¡Un contrato por cien mil dólares! Lo felicito.

Lo miré; me había quedado sin palabras.

—Pensé que eso iba a sorprenderlo —dijo, mostrando los dientes—, ¿no le dije que yo podía manejar a Gold? Lo conozco. Conozco todas sus tretas... —abrió un cajón y sacó el pliego de un contrato—. Está de acuerdo en todo. Conseguí todo lo que quise. Vea.

Con mano vacilante agarré el contrato y empecé a leer.

Después, de pronto, el corazón me dio un salto y quedé helado.

—Pero aquí dice que yo debo hacer el guión —dije, tartamudeando.

—Naturalmente —dijo Berstein, radiante—. Carol sugirió la idea y, cuando la mencioné a Rex Gold, él la puso como condición expresa en el contrato. Dijo que la película sería inútil sin los brillantes diálogos suyos. Aquí está... ¡escrito por el mismo Gold!

Me dejé caer, desmoronado. Entonces Gold sabía. ¡Por eso ofrecía cien mil dólares! Él sabía que yo no podía intentar siquiera hacer el diálogo.

—¿Pero no está usted contento? —preguntó Berstein mirándome con ojos intrigados—. ¿Hay algo que no le gusta? ¿No se siente bien?

—Estoy bien —dije pesadamente—. Esto... ha sido una sorpresa para mí.

Berstein se alegró de inmediato.

—Naturalmente, usted no esperaba tanto. Pero la obra es magnífica y haremos una gran película. ¿Quiere que tomemos una copa?

Me alegré al tragar de golpe el whisky puro que me ofreció.

Todo el tiempo que Berstein estuvo preparando las copas, yo procuré pensar en la manera de escapar de aquello. No había escape. Gold me había atrapado en el momento y forma en que había querido atraparme.

Las dos horas siguientes no significaron nada. Vagué sin meta con el coche, con la mente atontada por la treta que Gold me había preparado, preguntándome cómo iba a explicarle a Carol que no podía hacer la película.

Tenía que ganar dinero de alguna manera. Simplemente no podía seguir sin ganar dinero. Entonces recordé el *Lucky Strike*.

Recién llegado a Hollywood yo había sido jugador, y acostumbraba concurrir entonces a los barcos de juegos que hay anclados a lo largo de las playas de California. Había más de una docena de estos barcos que escapaban a las leyes permaneciendo fuera de las tres millas limítrofes, y yo había estado varias veces en el *Lucky Strike*. Era el barco de juego mejor equipado de todos; algunas veces, había ganado allí sumas considerables. Probaría de nuevo la suerte.

Ya fuera porque confiara en la suerte, o por tener al fin algo que hacer, me sentí alegre y me dirigí al Club de Escritores para cambiar un cheque de mil dólares.

Tomé unas copas, algunos sándwiches y pasé el resto de la tarde mirando los periódicos ilustrados y meditando acerca de Gold.

Comí ligeramente en el club y eran más de las nueve cuando bordeé la bahía de Santa Mónica. Estacioné en la escollera y, por algunos minutos, permanecí en el Chrysler, mirando hacia la bahía.

Podía ver el *Lucky Strike*, anclado fuera de las tres millas limítrofes. Era una masa de luces y ya algunos taxi-botes iban hacia el barco.

Había que andar unos buenos diez minutos para llegar al *Lucky Strike*. El taxi-bote se bamboleaba y se hundía un poco, pero eso no me molestó. Sólo había otros cinco pasajeros. Cuatro estaban bien vestidos, parecían ricos, hombres de negocios de mediana edad; la otra era una muchacha. Alta con una cabeza roja. Su piel era cremosa y suave al mirar. Su cuerpo, dentro del apretado vestido amarillo, también parecía suave. Era voluptuosa, sensual y tenía una risa chillona y ligeramente histérica.

Yo estaba sentado frente a ella. Tenía buenas piernas, aunque se engrosaban bruscamente en las rodillas. Estaba con un hombre de pelo gris y nariz ganchuda. Parecía incómodo cuando ella reía. La miré y ella me miró. Comprendí que la mujer había adivinado lo que yo estaba pensando, porque bruscamente dejó de reír y empezó a tironearse la pollera sobre las rodillas. La falda era demasiado corta y apretada; por eso, tuvo que poner las manos sobre las rodillas y ya no me miró.

El *Lucky Strike* tenía unos doscientos cincuenta pies de largo. Parecía grande desde el pequeño taxi-bote, y hubo alguna dificultad cuando bajó la pelirroja. Creo que estaba demasiado consciente de sí misma cuando trepó la planchada, sacudida por el viento. De todos modos, hizo mucho alboroto y el hombre de la nariz ganchuda se enfureció.

Había mucha gente a bordo y la perdí de vista. Lo lamenté. La pelirroja era como

una vela en un cuarto sin luz.

Me mezclé con la multitud, pero no encontré ningún conocido. Necesitaba desesperadamente un trago, y me dirigí al bar. Estaba lleno de gente, pero conseguí que el mozo me mirara. Logré parte de un whisky doble, que el mozo me tendió sobre las cabezas de la multitud. Era inútil procurar conseguir otro y, por eso, me dirigí al gran salón donde estaban las mesas de juego.

Me abrí paso entre la multitud hasta llegar a la mesa central. Tuve que usar los codos, pero la muchedumbre parecía de buena voluntad, y me dejó pasar. Los dados verdes rodaban sobre la felpa verde, se juntaban y retrocedían de un salto. Uno se detuvo de pronto, mostrando cinco puntos blancos. El otro cayó hacia el centro de la mesa y quedó mostrando seis puntos.

Se oyó un suspiro cuando el ganador retiró el dinero. Observé cinco minutos el juego; después, los dados vinieron hacia mí.

Aposté dos billetes de veinte y saqué dos dobles, puse otros veinte y saqué un cinco. Tras cuatro tiros la cosa estaba hecha, la dejé correr. Después salió un once, y empecé a andar mejor.

Hice cinco pases directos, después perdí el dado. Empecé a apostar sobre el tablero.

La pelirroja estuvo de pronto a mi lado. Frotaba su cadera contra la mía. Me apoyé contra ella, pero no la miré.

El dado volvió hacia mí. Puse dos de cincuenta y gané.

Hice dos pases más. Después perdí.

—Está perdiendo mucho —dijo la pelirroja.

Me sequé la frente con el pañuelo y miré alrededor, buscando al hombre de nariz ganchuda. Estaba pegado a la mesa opuesta. No podía oír lo que ella decía.

—¿Le gusta ese tipo? —pregunté. Estaba apostando diez dólares por vuelta y acababa de ganar.

Ella se me vino encima.

—¿Eso importa algo?

Volví a tomar los dados y sacudí el cubilete.

—Puede ser —dije, e hice tres pases directos.

—Le traigo suerte —dijo ella—, es mi pelo colorado.

En el tiro siguiente conseguí un siete. Esperé a que me pagaran y pasé los dados.

—Vamos a alguna parte —dije, con los bolsillos repletos de dinero—, ¿es la primera vez que vienes aquí?

El hombre con la nariz ganchuda tenía ahora los dados. Sacó dos seis. Retiraron su dinero.

—Conozco todos los sitios —dijo ella, deslizándose fuera de la multitud—. Noté que a muchos hombres les gustaba esto. Por cierto que los comprendí.

Lancé una rápida mirada al hombre de la nariz ganchuda, pero estaba ocupado. Entonces me abrí también paso entre la gente y me reuní a ella.

La pelirroja me guió por la cubierta, entre la gente, hasta una escalerilla de hierro. No podía verla, pero olía su perfume. La seguí con la nariz.

Súbitamente desapareció la gente y nos encontramos solos. Sentí la baranda contra la espalda; ella se apretaba contra mí.

—En cuanto te vi... —dijo.

—Así es... —dije, y la abracé. Era grande y suave. Mis dedos se hundieron en su espalda.

—Bésame —dijo ella, metiendo las manos bajo mi saco. Por un momento permanecemos así.

Después se apartó de golpe.

—Uf, vamos a tomar aire... —dijo.

De pronto la detesté más de lo que nadie nunca haya detestado a nadie.

Volví a agarrarla, pero ella me rechazó. Era terriblemente fuerte. No se me había ocurrido que pudiera ser tan fuerte.

—No me apures —dijo, riendo—, vamos despacio... Tuve ganas de romperle la cara, pero me aparté y no dije nada.

Vi que jugaba con su pelo. Se volvió y miró hacia la luna, que salía rápidamente.

—Es mejor que vuelva —dijo.

—Como quieras.

No se movió.

—Él debe de estar preocupado pensando dónde estoy ...

—Supongo que sí...

Fue como empujarla.

Se llevó las manos a los labios.

—Creo que me has hecho una marca.

A mí no me importaba nada.

—A ti no —dije.

Ella rió.

—La luna está linda ahora —dijo, volviéndose hacia mí.

—¿Estabas esperando que saliera la luna?

—Hum... —tendió las manos y la atraje contra mí.

—No voy con el primero que encuentro —dijo ella, como disculpándose.

—No me importa lo que no hayas hecho, si lo haces ahora —dije, detestándola pero como aplastado por ella.

Ella me mordió la boca.

Alguien rió en la cubierta de abajo. Yo conocía esa risa. Sólo Eva podía reír de esa manera. Aparté a la pelirroja.

—¿Qué pasa? —su voz era ahora un murmullo. Presté atención.

Eva rió de nuevo. Miré sobre la baranda, pero había demasiada gente. No pude verla.

—Eh... —la pelirroja pareció enojada.

—Vete a la mierda —dije.

Me tiró un golpe, pero alcancé a agarrarla de la muñeca. Pareció blanda y suave al apretarla. Lanzó una especie de gemido.

Le dije una palabrota y me alejé.

Abajo, en la cubierta, busqué a Eva. Finalmente la vi, frente a la entrada iluminada que llevaba a la sala de ruleta. A su lado había un hombre alto, de cara dura, con un esmoquin bien cortado.

Comprendí quién era.

Cuando me acerqué a ellos, ambos se dirigieron hacia la sala de ruleta. Él la llevaba del brazo y Eva parecía feliz.

No quise que Eva me viera. Por lo menos, no enseguida. No podía quedarme en la puerta porque la gente seguía entrando. El cuarto, aunque amplio, parecía repleto. Desde la puerta yo no podía ver las mesas, aunque podía ver el arco de las luces tamizadas que las alumbraban.

Avancé cautelosamente hasta llegar a la primera mesa.

Entonces me empujaron, y al mirar alrededor, vi que Eva no estaba allí. Pensé que debía de estar en la mesa más lejana, y me abrí camino hacia allí. La muchedumbre estaba apretada y tuve que esperar.

El *croupier* gritaba: *Faites vos jeux, Messieurs*.

Había un movimiento concertado hacia la mesa, y me dejé arrastrar.

Un momento después el *croupier* anunció: *Les jeux son faits*. La premura se apaciguó, pude retirarme de la mesa y vagar por el salón. Incluso en este momento era difícil avanzar. Logré algunas miradas sombrías mientras me deslizaba entre la gente, usando los codos y procurando tomar la cosa a risa.

Tardé diez minutos antes de llegar a la otra mesa. Eva estaba de pie detrás de Jack Hurst, que había logrado conseguir un asiento.

El *croupier* decía: *Onze, noir, impair*.

Tras devastar las apuestas perdedoras, empujó una pequeña pila de fichas hacia Hurst.

Messieurs, faites vos jeux.

Eva se inclinó y murmuró algo en el oído de Hurst. Sus ojos estaban brillantes y parecía casi hermosa. Él meneó la cabeza, impaciente, pero no se volvió a mirar. Apostó a negro e impar.

Otros jugadores apostaban. Miré a Hurst con interés. Era grande, de hombros anchos y de apariencia poderosa. Sus ojos eran hundidos y su nariz recta. No tenía labio superior. Su boca parecía una línea dura, trazada con regla y lápiz. El esmoquin le caía bien y su camisa era impecable. Debía de tener unos cuarenta años.

Ése era el tipo que Eva amaba. No se lo reproché. Fuera lo que fuere, Hurst era un hombre. Era difícil de admitir, pero Jack Hurst parecía ser una persona muy bien.

Miré a Eva. Ella apoyaba la mano posesivamente en su hombro, y ni por un segundo le quitaba los ojos de encima. Miraba excitada cada uno de sus movimientos. Apenas pude reconocerla. Estaba animada y nunca la había visto tan feliz.

De todos modos, yo estaba enfermo de celos. Si Hurst hubiera sido una rata, no me habría sentido tan mal. Pero no lo era. No pude menos de compararme con él. Y la comparación no era favorable. Él era más buen mozo, más interesante, más fuerte. Parecía hombre capaz de conseguir lo que quería en cualquier cosa que se metiera.

La ruleta giró y Eva se inclinó hacia adelante. Hurst permaneció sentado con los

ojos en la rueda, frío y desinteresado.

El *croupier* dijo: *Rien ne va plus*.

Gradualmente la bolita se deslizó por el borde y se alojó en uno de los compartimientos.

El *croupier* pagó. Lanzó más fichas hacia Hurst y le sonrió. Hurst no vio su mirada.

Empecé a moverme lentamente alrededor de la mesa. Era difícil y Hurst ganó más fichas antes que yo lograra colocarme detrás de Eva. Tuve que codear a una vieja gorda para que me dejara paso antes de poder ubicarme tras ella. Pude oler el perfume de su pelo. Tenía ganas de tocarla, pero no lo hice.

Ella dijo a Hurst, en un murmullo:

—Dobla las apuestas.

—Cállate —dijo él.

Colocó las fichas en fila entre el 16 y el 13. Yo me incliné y aposté, cien dólares de fichas al colorado.

Eva se volvió. Nos miramos.

—Hola —dije.

Su cara se volvió de madera, y me dio la espalda.

Está bien, puta, me dije, ya verás si quieres tomarlo de esta manera.

El *croupier* dijo: *Les jeux son faits* y lanzó la bolita de marfil en la rueda.

Salió el colorado.

El *croupier* tomó las fichas de Hurst antes de empujarme las que me correspondían.

—Repito la apuesta —dije—. ¿Está bien?

El *croupier* asintió.

Hurst había perdido unos cincuenta dólares. Puso más fichas sobre la mesa. Otra vez salió el rojo.

—Dejo el dinero —dije yo.

Hurst perdió sus fichas.

Me miró por encima del hombro y una leve sonrisa pasó por sus ojos.

Yo le mostré también los dientes: podía permitírmelo.

Él hizo cosas elaboradas con las fichas esta vez, colocándolas en la primera y tercera docena.

Salió el colorado y volvieron a quitar las fichas a Hurst.

Comprendí que había perdido unos doscientos dólares. Yo tenía apostados ahora unos ochocientos dólares al colorado. El *croupier* me miró, interrogante. Asentí.

Cuando Hurst iba a apostar de nuevo, Eva dijo:

—Esta noche no tenemos suerte. Vamos —parecía preocupada.

—Cállate —dijo Hurst.

Parecía la única palabra que podía decirle.

Nuevamente salió el rojo y nuevamente Hurst perdió sus fichas.

Puse doscientos dólares de fichas en el *Passe* y dejé el montón de fichas en el colorado.

La gente empezó a apretarse detrás de mí. Hurst no apostó.

Giró la ruleta. La bolita de marfil jugueteó alrededor del colorado 36, después, perezosamente, fue a caer en el 13 negro.

El *croupier* arrastró todas mis fichas, y me miró meneando la cabeza. Quise sonreír, pero no lo logré del todo.

Había visto cómo se deslizaban de entre mis dedos mil quinientos dólares, y eso duele. Dejé correr la rueda.

Hurst volvió a apostar. Esta vez ganó. Era como si él no pudiera ganar cuando yo estaba jugando. Esperé un par de vueltas y después aposté doscientos dólares al negro.

Salió el colorado.

Está bien, pensé, jugaré al colorado. Había sido una locura no jugar al colorado.

Llevaba apostados cuatrocientos dólares.

Cuando me incliné para apostar, rocé la cadera de Eva. Fue como tocar un cable vivo. Ella se apartó rápidamente y eso me demostró que sabía quién la había tocado. No me importaba. Bastaba con estar cerca de ella y ver cómo el hombre que ella quería perdía su dinero.

Aposté quinientos dólares al colorado.

Hurst también apostó.

Salió el colorado y Hurst perdió.

La cosa siguió así unos quince minutos. Yo no aposté todas las veces. Por dos veces estuve a punto de retirar de la mesa la pila de fichas, pero algo me retuvo.

El colorado salió once veces. Sentí que toda la gente se quedaba sin aliento.

—Déjelo en el colorado —dije. Había allí cinco mil doscientos dólares en fichas.

El *croupier* dijo:

—No hay más apuestas —no puso la ruleta en movimiento.

Justamente en ese momento empezó una discusión. Un hombrecito con una cicatriz que le cruzaba la cara empezó a gritar que debían tomar las apuestas y hacer girar la ruleta.

El *croupier* permaneció inmóvil, meneando la cabeza. Hurst dijo bruscamente:

—Haga girar esa maldita ruleta —había un chasquido como de latigazo en su voz.

El *croupier* murmuró algo a un pajarraco alto, delgado, que se había abierto paso hasta la mesa.

Hurst dijo:

—Tony, dile que haga girar la ruleta.

El pajarraco alto y flaco miró la pila de fichas y sus labios se contrajeron. Miró a Hurst y después me miró a mí. Después dijo al *croupier*:

—¿Qué diablos estás esperando?

El *croupier* se encogió de hombros. *Messieurs, faites vos jeux.*

Todos se apelotonaron alrededor de la mesa. Fue un momento excitante. Tendí la mano hacia abajo y encontré la mano de Eva. No me miró, pero dejó que le agarrara la mano. Esto me emocionó más que mirar girar la ruleta.

Parecía que la bolita tomaba mucho tiempo para decidirse. Cayó en el colorado y pareció que iba a quedar allí; después, a último momento, como si una mano invisible le hubiera dado un saque, se deslizó hacia el negro.

La muchedumbre lanzó un gran suspiro contenido.

—¿Por qué no dejaste de jugar, pedazo de idiota? —dijo Eva, retirando la mano.

Hurst levantó la vista por encima del hombro, miró a Eva y después me miró a mí. Todos me miraban. Yo estaba allí inmóvil, sintiendo que las rodillas me flaqueaban. Por un tiro de más había perdido de ganar diez mil dólares.

—¿Contento? —preguntó el pájaro flaco, burlándose. Logré controlarme.

—Sí —dije y, sin mirar a Eva, me abrí paso en el salón repleto en dirección al bar.

Casi no había nadie en la sala larga, de techo bajo. La muchedumbre había empezado a jugar y no empezarían a beber de nuevo hasta más avanzada la noche. Aún era temprano. El reloj sobre el bar marcaba las diez y cinco.

Pedí un whisky doble y, tras beberlo, dije al mozo que no retirara la botella. Después de todo iba a ser una noche infernal.

Permanecí allí media hora, bebiendo sin parar. Después vi llegar a Eva. Estaba sola. Yo estaba ya bastante borracho y, cuando quise dejar el bar y acercarme, vi que se dirigía al baño de señoras. Salió unos momentos después, con la pelirroja. Pasaron junto a mí, muy cerca, sin verme.

La pelirroja decía:

—¿No te parece fantástico? Parece un marinero y adoro sus caderas estrechas.

Eva rió.

—Pero no le gustan las pelirrojas —contestó, con la cara animada—. ¿Sabías eso?

—Me muero por él —dijo la pelirroja, y su risa chillona hirió mis nervios.

Las observé cuando atravesaban la sala, dirigiéndose hacia el salón de juego. Saqué un puñado de monedas, las empujé hacia el mozo, y seguí a las mujeres. No encontré a Eva ni a Hurst. Tampoco estaba allí la pelirroja. Fui a la sala de dados y a la sala de jugar a las cartas. No había señal de ellos. Salí a cubierta. El viento era aún frío, pero había allí algunas parejas.

Di unas vueltas, pero no los vi; entonces trepé a la cubierta superior. La pelirroja estaba allí.

—Hola —dijo.

Me acerqué a ella, junto a la baranda.

—¿No estabas con tu amigo?

—Se fue y yo volví aquí para ver otra vez la luna.

La miré. No estaba tan mal después de todo. Recordé cómo mis dedos se habían hundido en su espalda.

Me acerqué más.

—¿Cómo piensas volver?

—En un bote... ¿crees que voy a volver nadando? —rió y yo también reí. Yo estaba tan tomado que cualquier cosa me parecía ahora graciosa; hasta perder diez mil dólares.

La acorralé contra la baranda. A ella pareció no molestarle.

—Siento haberte querido pegar —dijo.

—Me gusta —dije, y la atraje hacia mí.

Se aproximó de bastante buena gana. Esta vez le lastimé la boca.

—¿Es eso todo lo que sabes hacer? —preguntó, rechazándose.

—También sé conducir un coche y tocar el fonógrafo. He recibido una educación intensa...

—Quieres decir una educación extensa, ¿verdad?

—¿Y eso qué importa? ¿Quién era esa muchacha con la que hablabas hace un rato?

—¿Eva Marlow? Bah, es una ramera...

—¿Y qué...? ¿Acaso tú no lo eres?

Ella rió.

—Sólo para mis amigos.

—¿Cómo te hiciste amiga de ella?

—¿Cómo me he hecho amiga de quién?

—De Eva Marlow.

—¿Cómo sabes que la conozco?

—Tú acabas de decirlo.

—¿Dije eso?

—Oye, no sigamos con esto. Vamos a tomar un trago.

—De acuerdo. ¿Dónde vamos?

—Tengo ahí el coche. Salgamos de este barco de porquería.

—No estoy libre.

—Pero si dijiste que tu acompañante se había ido...

Ella tuvo una risita.

—Quiero decir que tendrás que pagarme.

Le hice una mueca.

—Claro que te pagaré —saqué el fajo de dinero que me quedaba y lo conté. Tenía mil quinientos dólares. Bueno, había ganado quinientos, la cosa no estaba tan mal. Le di dos billetes de veinte.

—Oh, quiero más que esto...

—Cállate. Esto es un anticipo. Te daré más después.

Me echó los brazos al cuello, pero yo la rechacé.

—Vamos —dije impaciente—, salgamos de aquí. Cuando llegamos a la escollera nos dirigimos hacia la playa de estacionamiento.

—¡Vaya coche el que te has mandado! —exclamó con admiración al ver el Chrysler.

Me deslicé bajo el volante y dejé que sola encontrara el camino. Quedamos sentados uno junto al otro, mirando la luna. Era una linda luna y yo estaba borracho, por eso, en ese instante, me sentía bastante bien.

—¿Tu mujer te hace seguir? —preguntó bruscamente la pelirroja.

Di vuelta la cabeza y la miré sorprendido.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿Quién te ha dicho que tengo mujer?

Ella tuvo una risita.

—Un tipo te ha estado espiando toda la noche —dijo ella—. ¿No te diste cuenta? Creí que lo mandaba tu mujer para conseguir el divorcio.

—¿Qué tipo? —pregunté, excitado.

—Ese que está ahí, esperando que nos vayamos.

—¿Cómo sabes que me ha estado espiando?

—Porque no te perdió de vista desde que estábamos en el bote; y ahora espera que salgas para seguirte en medio del tránsito —dijo—. Huelo un policía a una milla de distancia.

Recordé lo que Gold había dicho en nuestro último encuentro. «Pensaré en ustedes dos. La verdad es que no olvidaré a ninguno de ustedes. Si Carol es desdichada por su culpa, usted lo lamentará. Se lo prometo, Thurston»... ¡Así que el muy cochino me hacía seguir!

—Yo lo arreglaré —dije, con fría cólera—. Quédate aquí y espera.

—¡Bravo, muchacho! —exclamó la pelirroja, aplaudiendo—. Dale a ese piojo una trompada de mi parte...

Atravesé la playa de estacionamiento y me acerqué al hombre. En cuanto me vio se irguió y sacó las manos de los bolsillos.

Permanecí un momento ante él, mirándolo. Estaba oscuro, pero no tan oscuro. Era un hombrecito de cara dulce y gorda, con anteojos sin aro y una naricita ñata.

—Buenas —dije.

—Buenas, señor —contestó, apartándose.

—¿Rex Gold lo ha contratado para que me espíe?

Empezó a tartamudear, pero lo interrumpí.

—Ahórrese las explicaciones —dije—. Gold me habló de usted.

Pareció enfurruñado.

—Bueno, si el señor Gold le ha contado, ¿por qué me pregunta?

Sonreí.

—Porque no me gusta que me vigilen —dije—. Es mejor que se quite los anteojos.

Empezó a alarmarse y miró como loco alrededor de la playa de estacionamiento. Era todavía temprano; sólo nosotros dos estábamos a la vista. Me adelanté, le saqué los anteojos, los pisé. Se hicieron trizas sobre el cemento.

—No puedo ver sin lentes —dijo, casi gimiendo.

—Lo siento mucho —dije, agarrándolo del cuello. Le di con el puño en la cara. Estaba aprendiendo a golpear a la gente en la boca. Al igual que Imgram, este palomino tenía problemas con la dentadura postiza. Se le quebró en la bóveda del paladar, y el tipo procuró arrancar los trozos rotos de la dentadura, pero yo no le di tiempo. Tomé sus pequeñas manos en una de las mías y lo llevé contra la pared. Se le cayó el sombrero; lo agarré de las orejas y golpeé con fuerza su cabeza contra la pared, usando las orejas como manijas.

Sus rodillas cedieron, pero yo lo sostuve.

—La próxima vez no tendrás tantas ganas de vigilarme —dije, sacudiéndolo—. Si te veo de nuevo, te incrusto en la pared.

Le di un rápido empujón y él perdió el equilibrio y cayó extendido sobre el cemento, sucio de petróleo. Se incorporó y salió corriendo a tientas por la calle.

Volví hacia el Chrysler.

La pelirroja casi se salía por la ventanilla.

—Fue fantástico —dijo, mientras yo me deslizaba tras el volante.

—Eres un salvaje grande, inmenso, hermoso...

—Hablas demasiado —contesté, saliendo de la playa y dirigiéndome hacia Hollywood.

Aunque estaba muy borracho, no estaba tan loco como para arriesgar que me vieran con esa puta. Bastaba verla una vez para darse cuenta de lo que era, pero la mujer conocía a Eva, y yo esperaba que pudiera decirme algo de lo que siempre había querido saber.

Nos detuvimos en varios bares cuando íbamos rumbo a Hollywood y yo quise hacerla hablar, pero ella se esquivaba. Tuve cuidado de no apremiarla, porque no quería que se diera cuenta de cuán ansioso estaba yo de hablar de Eva. La pelirroja prefería hablar de sí misma y ése era un tema que no me interesaba en lo más mínimo. La dejé charlar, sin prestar atención a lo que decía, aunque seguí pagándole copas, con la esperanza de que, si bebía bastante, lograría convencerla de que me

hablara de Eva.

Todos los bares en los que entramos estaban repletos, y yo la perdía y volvía a encontrarla, y esto no ayudaba para que me dijera lo que yo quería saber.

—Estoy harto de esto —dije, inclinándome sobre el bar y tomándole el brazo por encima del codo—. Vamos a algún lugar tranquilo. Este bochinche y esta charla me confunden.

—Si vamos a algún lugar tranquilo te va a costar dinero —contestó ella, apoyando su naricita respingona en el borde del vaso—. Te va a costar mucha «guita».

—No hablemos de dinero —dije—. Al oírte se diría que no hay otra cosa en el mundo.

Ella se apoyó pesadamente contra mí.

—La ve... erdad... es lo único que me gusta, aunque no se lo digo a nadie. No es distinguido, ¿no?

La miré. Se estaba emborrachando. Si tomaba unos tragos más, ya no iba a saber lo que decía. Compré dos whiskies dobles y, mientras los tomábamos, se me ocurrió una idea brillante: iba a llevarla a Three Point. Era una brillante idea, porque mataba dos pájaros de un tiro. Conseguiría que ella me hablara de Eva y no iba a estar solo. No podía permanecer solo en Three Point esa noche. ¿Por qué iba a quedarme solo? ¿Por qué me habían dejado de pronto Carol y Russell, sin importarles que estuviera solo o no? Decidí que era la idea más brillante que se me había ocurrido en mucho tiempo y me excité pensando en la cosa. Llevaría a esta pelirroja grandota, de cuerpo blando a la terraza y ambos contemplaríamos la luna iluminando las colinas y Bear Lake, y toda la noche hablaríamos de Eva. Era una linda manera de pasar el tiempo hasta el regreso de Carol.

Explicué mi idea a la pelirroja.

Ella se apoyó aún más pesadamente contra mí.

—Perfecto —dijo—, pero va a costarte mucho dinero y quiero que me adelantes algo ahora.

Para calmarla le di dos billetes de veinte dólares y la llevé entre la muchedumbre, hacia la calle iluminada por la luna.

—Vas a tener que darme más —dijo ella, dejándose casi caer en el Chrysler—; no se puede emborrachar a una chica y llevarla a donde te dé la gana, sin que te cueste un montón de «guita»...

Le dije que no se preocupara, y ella me contestó que nunca se preocupaba, pero que no estaría mal que yo empezara a preocuparme, porque, aunque ella estaba sola en el mundo y procuraba portarse como una señora, tenía muchos gastos, y lógicamente, necesitaba mucho dinero. Después de largar todo eso se puso a dormir y no despertó hasta que yo detuve el Chrysler en el declive de la rampa del garaje, en

Three Point.

Ella bostezó y me siguió por el breve sendero que llevaba a la cabaña. Se agarró a mi brazo y se bamboleó al caminar, pero, tras unos instantes, el aire de la montaña la refrescó, y empezó a mirar alrededor.

—Caramba —dijo—, ¡qué elegancia!

—Bueno, hemos llegado —dije—. Ven a la terraza a mirar la luna.

Pero ella se había quedado en la sala mirándolo todo, un poco incrédula y un poco sorprendida.

—Debe de costar mucha «guita»; todo esto —murmuró para sí—. Nunca he visto nada igual. Es fantástico.

Estaba abrumada y tan envidiosa que decidí darle tiempo para que se acostumbrara a la habitación antes de ponernos a conversar. Por eso la dejé vagar un poco mientras preparaba un trago en una gran coctelera.

Incluso después de haber preparado las copas ella seguía toqueteando los libros, los cuadros, los muebles, y los adornos.

—¿Qué estás mirando? —preguntó, volviéndose bruscamente.

—Te miro a ti —contesté.

Ella se acercó y se desparramó en el sillón, a mi lado. Echó sus suaves brazos alrededor de mi cuello y procuró morderme la oreja.

La aparté.

Me miró, parpadeando.

—¿Qué te pasa?

—Vamos a la terraza —dije, súbitamente asqueado de ella. Quería que me hablara de Eva y que se fuera.

—Estoy bien aquí —dijo ella, reclinándose, mientras su pelo rojo formaba una sorprendente mancha de color contra el almohadón de cuero blanco.

—Toma una copa —vacíé en un vaso el contenido de la mitad de la coctelera, y se lo tendí.

Ella derramó un poco sobre la alfombra antes de tragarlo de golpe. Después se golpeó el pecho con los puños cerrados y dejó pasar un largo resuello.

—Puf... —exclamó—, se me fue hasta los pies.

—Era donde tenía que ir —le dije, y volví a llenar la coctelera.

—¿Sabes? Eres el primer tipo que me ha traído a su casa... —dijo, extendiéndose todo lo que daba en el sillón—. No lo entiendo.

—No procures entenderlo —contesté—, hay cosas que sobrepasan todo entendimiento.

Ella tuvo una risita.

—Seguro que tu mujer se pondría furiosa...

—Cállate, putita —dije.

—Si yo fuera tu mujer y descubriera que traías mujeres a mi casa, me pondría loca furiosa —dijo ella—. Es una cosa muy sucia hacerle eso a una mujer.

—Bien —dije, acercándome y haciendo a un lado sus piernas para poder sentarme—. Es una cosa muy sucia, pero estoy muy solo. Mi mujer me deja solo. Eso también es una porquería, ¿no te parece?

Ella reflexionó un momento.

—Tienes razón. Una mujer nunca debe dejar solo a su hombre; yo nunca dejaría solo a mi hombre si consiguiera alguno por bastante tiempo como para llamarlo «mi» hombre... —dijo, y se rió.

—Apostaría a que Eva Marlow nunca deja solo a su marido —dije, al pasar.

La pelirroja se rió.

—Lo largó hace años...

—Oh, no. No es verdad. Estaba con él esta noche...

—¿Quién? No hables como sonso. Ése no es su marido.

—Sí, lo es.

—Eso es lo que tú te crees...

—Vamos, no hay que discutir. Conozco a Eva mejor que tú. Te repito que ése era su marido.

—Eso demuestra que no la conoces mejor que yo —contestó la pelirroja—. Hace años que la conozco. Su marido se lama Charle Gibbs. Lo plantó en seco hace siete años. ¡Pobre hijo de puta! Su único defecto era tener un poco de dinero. Eva todavía lo ve de vez en cuando, cuando quiere entrenarse insultando a alguien. ¡Y cómo puede insultar...! —la pelirroja echó hacia atrás la cabeza y rió hasta que tuvo que secarse los ojos, con la manga—. ¡La he oído insultar al pobrecito Charlie! Me ardían las orejas. En lugar de darle una en la boca, él se achica.

Estábamos llegando a algo concreto.

—Háblame un poco de ella.

—No hay nada que decir. Es una puta. ¿Acaso te interesa saber algo de una puta?

—Sí, me interesa. Quiero saber todo lo de Eva...

—Pues no te lo voy a decir ...

—Oh, sí, lo harás, porque te regalaré cien dólares si lo haces, y eso es lindo, ¿no te parece?

Su cara se iluminó.

—Te va a costar algo más que eso —dijo, sin mayor convicción.

—No, no es verdad... —saqué un billete de cien dólares del bolsillo y se lo pasé por la nariz—. Cuéntame.

Quiso apoderarse del billete, pero yo fui más rápido.

—Cuando me hayas contado algo: nunca antes. Yo lo guardaré para que puedas verlo y te prometo que te lo daré.

Ella se echó hacia atrás y miró el billete con una avidez tan intensa que quedé asqueado.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Me lo contó todo y, mientras hablaba, en ningún momento sus ojos se apartaron del billete de cien dólares que yo tenía en la mano.

No tiene interés que les cuente la historia de Eva tal como la conocí por boca de la pelirroja, mientras estaba echada en el sofá, apestando a alcohol y ansiosa de ganar el dinero que yo agitaba ante ella. Al principio, para halagarme, mezcló la realidad con la ficción, y tuve que hacerle muchas preguntas y volver sobre el mismo tema antes de enterarme de suficientes detalles que unidos a lo que yo ya sabía, me permitieron hacerme una idea precisa de lo que yo supongo había sido la vida de Eva.

Fue sólo después que la pelirroja se quedó dormida —con el billete de cien dólares bien guardado en lo alto de la media— cuando salí a la terraza y di vueltas en la cabeza a lo que me había dicho, que finalmente la historia cobró forma. Había sido como solucionar un rompecabezas difícil y algunas de las piezas sólo aparecieron cuando pensé la cosa y recordé cosas que Eva había dicho, otras que había sugerido y algunas que había negado.

Yo estaba enterado, naturalmente, de que la clave del extraordinario comportamiento de Eva hacia mí estaba en su fuerte complejo de inferioridad. Yo había adivinado, desde el comienzo, que ése era el pivote psicológico sobre el que giraba su comportamiento, pero hasta ahora, no había comprendido por qué sufría un complejo de inferioridad tan intenso. Cuando me enteré de que había sido hija ilegítima y que cuando niña siempre le habían reprochado ese hecho, empecé a entender cosas que primeramente me habían intrigado.

El estigma de la ilegitimidad puede ser aún más dañino para la constitución psicológica de un niño, si los padres muestran, de alguna manera, que el niño no ha sido querido. No hay golpe más abrumador para la sensibilidad de un niño, que el de pensar que su nacimiento es distinto al de otros chicos. Sus compañeros —los niños son pequeños salvajes— pescan enseguida cualquier alusión a la ilegitimidad, y el niño puede ser muy desdichado por su brutal persecución.

Los padres que la criaron —Eva era hija de su padre con otra mujer— no eran pacientes con ella. La madrastra la detestaba, porque Eva era la prueba viva de la infidelidad de su marido y, cuando Eva era chica, le pegaba; cuando Eva fue demasiado grande para que la golpeará, la dejaba horas enteras encerrada en un cuarto oscuro.

Cuando Eva cumplió doce años la mandaron a un convento, donde la madre superiora creía que la vara exorcizaba a los malos espíritus, y Eva había sido azotada prácticamente todos los días, en una tentativa de quebrar su espíritu rebelde. Pero la madre superiora no era únicamente sádica: era también mala psicóloga. Ese trato sólo sirvió para brutalizar la mentalidad de Eva, que hubiera podido fácilmente ser salvada con una palabra bondadosa.

Cuando tenía dieciséis años se había escapado del convento y se había empleado

como camarera en una casa de comidas, en el Eastside de Nueva York.

Hay un blanco en su historia en los cuatro años siguientes, pero vuelven a recogerse los hilos en un sucio hotelito de Brooklyn, donde había empezado a trabajar como recepcionista. Los últimos cuatro años habían sido duros para Eva. Estaba harta de ser pobre y, cuando se presentó Charlie Gibbs, de inmediato se casó con él.

Charlie Gibbs, un chofer de camiones sin mayor ambición, apenas comprendió por qué se casaba con ella. El carácter de Eva y su alma dura lo destrozaron, tan efectivamente como si hubiera pasado por una pulverizadora. Eva pronto se cansó de vivir con él, y tras una serie de escenas de pesadilla, que atormentaron a Charlie por largos años, Eva hizo las valijas y volvió al hotel de Brooklyn.

Poco tiempo después se convirtió en la querida de un próspero hombre de negocios, que le puso un departamentito y que la visitaba cuando iba a la ciudad. Pronto el hombre empezó a lamentar su elección. Eva era demasiado rebelde para ser llevada del pico y estar a la disposición de un hombre de edad, que suponía, equivocadamente, que aún era físicamente atractivo. Eva se había vuelto insoportable, y por la cosa más mínima, enfurecida, deshacía todo lo que estaba al alcance de su mano. Finalmente el hombre de negocios se cansó de aquel carácter inestable y, tras darle una generosa suma de dinero, se libró de ella.

Sin base, sin ancla, sin idea alguna de la ética, naturalmente Eva se inclinó hacia el mal. La prostitución fue un antídoto para su complejo de inferioridad. Si los hombres venían a ella, ella podía imaginar que no era tan aburrida y estúpida como imaginaba serlo. Todavía fingió que buscaba trabajo, pero, con el correr del tiempo, empezó a depender más y más de los hombres para ganarse la vida, hasta que finalmente, alquiló una casita en Laurel Canyon Drive, y se estableció en el negocio, como profesional.

Hasta aquí la historia de Eva, que no tiene especial interés, como no sea con referencia a su complejo de inferioridad. Es la historia que puede contar cualquier mujer de la calle, aunque, en el caso de Eva, adquiere especial interés debido a su reacción psicológica ante la vida.

Es obvio que pese a los efectos brutalizadores del castigo, la vida de convento había instalado en Eva una pizca de respetabilidad, de la que nunca se había liberado enteramente. Vivía —y, dentro de lo que sé, todavía vive— en dos mundos: la sórdida existencia de su profesión, y la existencia mitómana que su secreto deseo de ser una mujer respetable le hacía desear como verdadera.

Jack Hurst, de quien ella pretendía ser esposa, no era un ingeniero de minas. Era un jugador profesional, que vivía de su ingenio y de su habilidad en las cartas. Eva y él se habían conocido en una fiesta y de inmediato se habían sentido atraídos. Esto había ocurrido uno o dos años después de la llegada de ella a Laurel Canyon Drive.

Hurst estaba casado con una mujer que se había hartado de su continua afición al juego y de su carácter sádico y dominante. Lo había dejado unos meses antes que él conociera a Eva. Hurst no era tipo capaz de molestarse por las complicaciones de un divorcio y, aunque se hubiera tomado la molestia de librarse legalmente de su mujer, no creo que se hubiese casado con Eva. Un hombre tiene que estar muy seguro de sí mismo para casarse con una prostituta y, aunque la encuentre interesante y mantenga con ella largas relaciones, nunca está ansioso por convertirla en su esposa.

Aun en estos momentos no entiendo por qué Hurst fue, durante tanto tiempo, amante de Eva. Era, naturalmente, un sádico. Lo comprendí, cuando Eva me habló de su comportamiento la vez que ella se había torcido el tobillo. Haberla dejado sentada en la vereda y haberla arrojado de la cama a la mañana siguiente, cuando ella apenas podía caminar para que le trajera el café, era, evidentemente, la acción de un sádico. En otras ocasiones, según me dijo la pelirroja, había tratado a Eva de una manera abominable, pero, cuando peor se comportaba, más parecía ella admirarlo. Hiciera lo que hiciera Hurst, Eva nunca se ponía contra él. Era su esclava. Era apenas creíble que Eva, pese a su rudeza y fuerza de carácter, fuera masoquista bajo su apariencia de madera. De cualquier modo, era dudoso que otro hombre que no fuera Hurst pudiera despertar en ella la retorcida herencia de su infancia brutalizada. Que Hurst lo hubiera logrado explica la continuidad de la relación.

Fuera de Hurst, ningún hombre tenía nada que hacer con Eva. Eva era una cáscara vacía, desprovista de sentimientos, excepto ante las torcidas emociones que le inspiraba Hurst. Hacía diez años que vivía de los hombres. Conocía todas las tretas, los subterfugios masculinos, todas las debilidades. Esa existencia había matado sus instintos femeninos de la misma manera que el arsénico mata los hierbajos. Su instinto de amar estaba muerto. No creo siquiera que amara a Hurst. Se sentía atraída hacia él porque era el único hombre que la dominaba y creo que a veces lo detestaba de verdad. Lo sorprendente es que Eva no mostraba en su cara la vida brutal que llevaba, aunque, no cabe duda, habían quedado cicatrices en su alma. Tampoco ella tenía nada que esperar, ningún pasado que la sostuviera. No era pues raro que hubiera querido construir a su alrededor un mundo de ilusión. Le gustaba pensar que estaba casada con un profesional. Le gustaba creer que no vivía en dos cuartos, sino que tenía una casa en Los Ángeles. Le gustaba imaginar que todos los lunes iba al Banco y economizaba la mitad de sus ganancias para cuando ella y Hurst compraran una posada en El Camino. Aunque estas fantasías nunca se materializaban, hacían tolerable su existencia, y suavizaban la llaga abierta de su complejo de inferioridad.

No pude averiguar si efectuaba este despliegue de fantasía ante sus otros clientes. Sin duda debía de ser así. Comprendí ahora que el fin de semana que habíamos pasado juntos había sido un fin de semana de mentiras. Eva mentía hábilmente y, ni por un momento, yo había sospechado que no me estaba diciendo la verdad. Quizá la

más artística de sus mentiras había sido cuando me hizo la lista de los restaurantes de lujo en los que no quería ser vista, por miedo a que los amigos de su «marido» le contaran que ella salía con desconocidos.

Mientras permanecía sentado en la terraza, con una botella de whisky a mi lado, y la luna, como la cara de un hombre muerto lanzaba su débil y plateada luz sobre las colinas, procuré reconstruir el carácter de Eva, ahora que sabía tanto acerca de ella.

Había construido tan bien sus telones de fondo que incluso en este momento me pregunté si la pelirroja me había dicho la verdad. Eva había afirmado con demasiado énfasis que Jack Hurst ignoraba la existencia de la casa en Laurel Canyon Drive, que él ignoraba cómo ella se ganaba la vida. Recordé que había dicho: «Me mataría si lo supiera. Pero supongo que lo descubrirá algún día. Siempre pienso que tendré que pagar por mis pecados. Entonces tendré que ir a pedirte protección».

¿Había mentido al decir esto? Sería fácil pescada ahora. Bastaba con telefonear a la casa en Laurel Canyon Drive, para saber si seguía siempre allí.

Me serví otro whisky, lo bebí y miré mi reloj pulsera. Eran las doce y cuarto.

Me puse de pie. Mis piernas vacilaban aún, pero mi cerebro estaba claro. Atravesé la terraza en dirección a la biblioteca, abrí las puertas y encendí la luz. Había olvidado que la pelirroja estaba en la sala, hasta tal punto que había quedado absorto despojando a Eva de la cortina de secreto que la rodeaba. Me senté ante el escritorio y marqué su número. La campanilla resonó largo rato; ya estaba a punto de cortar, pensando que me había equivocado y que la casa estaba vacía, cuando se oyó un súbito clic; Eva dijo:

—Hola...

—¿Te he despertado? —pregunté.

—Oh, Clive, ¿no puedes dejarme cinco minutos en paz? —su voz era espesa, confusa.

—Estás borracha —dije.

Ella rió.

—Lindamente borracha. Esta noche he tomado todo el alcohol del mundo.

—Me pareció muy bien tu marido...

—A todo el mundo le parece bien. Pero vete, Clive, ahora no puedo hablar.

—¿Está él ahí?

—Hum... sí, está aquí...

—Creí que ignoraba que tenías esa casa —dije.

Hubo una pausa y no pude dejar de sonreír para mí mismo. Me hubiera gustado verle la cara. Seguramente se había dado cuenta de que había hablado de más.

—Estoy borracha... lo traje aquí sin pensar... —dijo al fin, casi como si quisiera convencerse a sí misma—. Está furioso... creo que todo ha terminado entre nosotros.

Casi solté la carcajada.

—Eso no es posible, Eva —dije, procurando poner una nota de ansiedad en mi voz—. ¿Qué vas a hacer entonces?

—No lo sé —procuró parecer preocupada, pero no lo logró—. Corta por favor, Clive. Me duele mucho la cabeza y las cosas andan mal...

—¿Tu marido piensa quedarse mucho tiempo?

—No... no... no después de esto. Se irá mañana.

—¿Entonces ya está enterado de todo? —pregunté, decidido a no darle tregua.

—No puedo hablar ahora —su voz se había agudizado y pude adivinar que las dos arrugas a los lados de la nariz se profundizaban en una mueca—. Tengo que irme... Jack me llama... —y cortó.

—Te he estado buscando por todas partes —dijo la pelirroja desde la puerta.

Me puse de pie.

—Te llevaré de vuelta —dije, decidido a librarme de ella enseguida—; adelante, vamos.

Ella me miró atónita.

—¿Estás loco? —preguntó—. Me voy a acostar. ¡A la mierda si voy a rehacer todo ese camino! Estoy cansada. Me dijiste que querías que me quedara toda la noche y pienso quedarme.

Ahora que me había dicho lo que yo deseaba saber acerca de Eva, no veía el momento de librarme de ella. Traer esta mujer a mi casa era la locura más grande que había hecho.

—Oh, no te vas a quedar —dije, cortante—. En primer lugar no debí haberte traído aquí. Te llevaré a tu casa en una hora. Vamos.

Ella se sentó pesadamente en un sillón y, a patadas, se quitó los zapatos.

—No me voy —dijo obstinada.

Permanecí junto a ella, con fría rabia y alarma.

—No seas puta —dije—, no debí haberte traído aquí.

Ella sonrió.

—¿Por qué no lo pensaste antes? —dijo, bostezando. Tenía muchos arreglos de oro en la boca—. Y no pongas esa cara. Sé defenderme y no te tengo miedo.

Súbitamente tuve ganas de rodear con mis manos su gordo cuello, pero me contuve.

—¿Puede saberse qué te pasa? —preguntó, observándome llena de desconfianza—. ¿No quieres pasar un buen rato? ¿Por qué te has enojado de pronto?

La enfrenté.

—He cambiado de idea —dije, hablando en voz baja y deliberada—. Te daré una oportunidad más. ¿Te vas a ir de buena gana o quieres que te eche a la fuerza?

Nos miramos un largo rato y después ella se encogió de hombros.

—Está bien... —y me dijo una palabrota—. Dame un trago y me voy.

Salí a la terraza para traer la botella de whisky.

John Coulson estaba sentado en el banco de madera en el extremo del jardín. Mientras lo miraba, se dio vuelta y la luna iluminó su cara: se reía de mí.

Llené un vaso de whisky y lo bebí, de pie.

—No tienes de qué reírte —dije—. Tal vez creas que no es así, pero no hay motivo. Te ríes, pero eres un pobre gato y ni siquiera lo sabes.

Volví al estudio, pero la pelirroja ya no estaba allí.

Miré unos minutos el cuarto vacío. Los vapores del whisky me ensombrecían la mente y empecé a preguntarme si no había imaginado que la pelirroja había estado en el cuarto. Tras tomar otro trago empecé a dudar de que en realidad la mujer hubiera estado en la cabaña y, tras unos momentos, se presentó la idea obstinada de que no iba a volver a verla.

Al atravesar el cuarto, hacia el sillón, tropecé contra una mesa y la mandé al suelo con un crujido. Un cenicero de vidrio y un gran jarrón con claveles se hicieron trizas sobre la alfombra.

—¿Dónde estás? —grité—. ¡Sé que te has metido en alguna parte!

Casi perdí el equilibrio en el vestíbulo, y grité de nuevo: ¡Sal, estés donde estés! ¡Vamos, fuera!

Esperé, pero la cabaña estaba en silencio. Después comprendí dónde estaba. Sólo por estar borracho no lo había comprendido antes. Estaba en el cuarto de Carol. Sentí que una oleada de sangre caliente me llenaba la cabeza; atravesé el corredor hasta el cuarto y moví el pestillo. La puerta estaba trancada por dentro.

—¡Sal de ahí! —grité, golpeando los paneles—. ¿Me oyes? ¡Sal de ahí!

—¡Fuera! —gritó ella—. Déjame dormir.

—Si no sales te mato —dije, con una nota maligna, desesperada en la voz.

—Voy a dormir —gritó en respuesta la pelirroja—. No pienso salir por ti ni por ningún otro borracho hijo de puta...

Continué golpeando la puerta varios minutos, hasta que las manos palpitaron y me ardieron.

Entonces tuve una idea.

—Te doy quinientos dólares si te vas a tu casa —dije, con la cabeza contra el panel de la puerta.

—¿De verdad? —Oí su revoltijo al salir de la cama.

—De verdad...

—Mételos bajo la puerta y te creeré.

—Ahí tienes —dije, empezando a meter a la fuerza los billetes por la estrecha ranura entre la alfombra y la puerta.

No pudo esperar a que todo el dinero pasara de este modo y abrió la puerta de golpe.

Retrocedí, mirándola horrorizado. Había logrado meter su gran cuerpo blando en uno de los pijamas de Carol; sobre los pesados hombros, estaba el tapado corto de armiño.

Dejé que el resto del dinero se deslizara entre mis dedos, y permanecí allí, incapaz de moverme o decir nada. Ella se inclinó y empezó a recoger el dinero. Al hacer esto sus rodillas reventaron la delicada seda del pijama.

Se rió.

—Tu mujer debe de ser una perrita flaca —dijo, sin detenerse, mientras recogía el dinero.

Entonces hubo algo que me hizo dar vuelta.

Carol estaba de pie en el vestíbulo, mirándonos. Sus ojos eran como dos grandes agujeros cortados en una sábana. Lanzó un suspiro agudo, estremecido y la pelirroja miró. Miró atónita a Carol, después me miró a mí.

—¿Qué diablos buscas? —exclamó, poniéndose de pie y procurando cubrir sus pesados pechos con el tapado de armiño—. Yo y mi novio estamos comprometidos...

Nunca olvidaré la expresión de la cara de Carol. Di unos pasos hacia ella, pero, dándome rápidamente la espalda, Carol corrió por el corredor y oí el portazo de la puerta de entrada.

Corrí tras ella.

Cuando abrí la puerta pude oír el ruido de su coche que arrancaba y tuve tiempo de ver la roja luz trasera relampagueando por el largo sendero tortuoso.

Salí trastabillando a la luz de la luna, y empecé a correr tras el coche.

—¡Vuelve, Carol! —grité tras ella—. ¡Vuelve... no me dejes, Carol! —seguí gritando—: ¡Vuelve!

La luz roja trasera desapareció en la esquina, cuando el sendero desembocaba en el camino.

Corrí hasta la tranquera y quedé sin aliento en medio del camino que lleva a San Bernardino. El camino era recto por una milla y después giraba bruscamente siguiendo la curva de la montaña.

Pude ver la luz roja trasera moviéndose como un rubí de fuego lanzado por un fusil. Carol guiaba a toda velocidad... demasiado rápido. Yo conocía mejor que ella el camino y, súbitamente, volví a correr de nuevo, gritando.

—¡Vas demasiado rápido! —aullé—. ¡Oye, Carol, mi amor, corres demasiado! ¡No podrás dar la vuelta... más despacio! ¡Carol, no podrás...!

Incluso a la distancia oí el chirrido de los neumáticos en el camino cuando bruscamente se tendió ante ella la curva de la montaña, desde la oscuridad. Vi que los faroles delanteros se balanceaban hacia la izquierda y después oí el ruido de las piedras dentro de los guardabarros mientras los neumáticos se deslizaban. Dejé de correr y caí de rodillas. El ruido de los neumáticos llegó a ser como un chillido agudo

y después, súbitamente, el coche saltó del camino y atravesó directo la empalizada blanca. Un ruido de choque, de desgarramiento, vi el coche pendiente medio segundo en el aire, después cayó hacia la oscuridad del valle...

Fue culpa de Eva. Desde el principio había sido culpa de Eva. De no ser por ella nada de eso habría pasado jamás.

Caminé por Laurel Canyon Drive y pasé frente a su casa. No se veían luces. Me detuve, después seguí caminando. Un reloj distante dio la medianoche. Tal vez Eva dormía; tal vez estaba todavía fuera; tal vez estaba en el fondo de la casa. Tenía que averiguarlo.

Miré la calle, de arriba abajo. No se veía a nadie, como no fuera a John Coulson. Él estaba en medio de las sombras del otro lado del camino, con las manos en los bolsillos, la cabeza un poco ladeada, mirándome.

Permanecí frente a la casa de Eva y nuevamente miré una y otra vez la calle. Era tranquila, incluso el lejano tránsito llegaba aquí ensordecido. Abrí la tranquera y tanteé buscando el camino. Logré llegar al fondo de la casa, pateé una cantidad de botellas amontonadas junto a la pared. Una de ellas giró y golpeó contra algo en la oscuridad. Permanecí quieto, escuchando. El fondo de la casa estaba en la oscuridad. Nadie había respondido y, por eso, avancé con cuidado hasta llegar frente a una ventana. Estaba abierta a medias. La empujé y escuché. No salía ningún ruido de la casa.

Me apoyé en la parte de afuera de la ventana y encendí un fósforo. Estaba dentro de la cocinita y fue una suerte que tuviera un fósforo, porque la pileta, llena de desperdicios, estaba inmediatamente bajo la ventana.

Arrojé lejos el fósforo y trepé al alféizar. Después encendí otro fósforo. Pasé por encima de la pileta y me acurruqué en el suelo.

Había un leve olor estancado de cocina y un olor aún más débil al perfume de Eva. Este olor me produjo una fría sensación de odio en las entrañas. Fui a la puerta, la abrí y quedé de pie en el corredor. Escuché, pero no pude oír nada.

Estaba ahora seguro de que la casa estaba vacía, pero todavía fui cauteloso. Me abrí paso hasta el dormitorio. La puerta estaba abierta y permanecí fuera, conteniendo el aliento y escuchando. Quedé así largo tiempo, hasta quedar convencido de que no había nadie en el cuarto. Después entré y encendí la luz.

Junto a su cama había una gran fotografía. Estaba dada vuelta sobre la mesita. La agarré. Jack Hurst me miró. Era un buen retrato y lo estudié unos minutos, después, en un brusco ataque de rabia, casi lo deshice contra la pared. Me contuve a tiempo. Eso era lo primero que Eva iba a echar de menos al entrar en el cuarto. Volví a dejar el retrato donde lo había encontrado y, al hacerlo, me pregunté si a Hurst le importaría algo saber que Eva había muerto. También pensé, maliciosamente, si la policía iba a sospechar que él la había matado.

El reloj sobre la chimenea hacía un suave tictac. Eran las doce y veinte. En

cualquier momento Eva podía regresar. En este cuartito tranquilo yo no tenía la sensación del tiempo; me senté en la cama y recogí su salto de cama. Enterré allí la cara, olí su aroma y el ligero olor de su cuerpo.

Recordé la primera vez que la había visto con esta prenda. Eva estaba en cuclillas ante el fuego, en Three Point. Aquella imagen convocó un torrente de amargos recuerdos. Tantas cosas habían pasado desde entonces...

No parecía posible que cinco noches atrás yo hubiera presenciado la muerte de Carol. Había tardado más de dos horas en descender la montaña, para llegar junto a ella. Supe, en cuanto vi el coche deshecho, que Carol no estaba viva. Fue una muerte rápida: su precioso y frágil cuerpo se había aplastado contra unas rocas y el costado del auto. No pude moverla y permanecí a su lado con su cabeza en los brazos sintiendo cómo se enfriaba hasta que llegaron y me la sacaron.

Nada tenía importancia después de eso. Incluso Gold no importaba. Él se vengó, pero ya la cosa no tenía sentido. No importaba que me hubiera privado de todo. Él sabía, tal como yo sospechaba, que yo no había escrito *Seguro de lluvia*. De algún modo había descubierto la historia de Coulson e informó sobre lo que yo había hecho a la Sociedad de Escritores. Mandaron un hombrecito de cuello tieso para que me entrevistara. Me informó que no me harían juicio si devolvía todos mis derechos de autor. Apenas lo escuché y, cuando me tendió un papel autorizando a mi Banco a pagar setenta y cinco mil dólares al agente de Coulson, para que dispusiera de ese dinero a su buen grado, lo firmé.

Naturalmente yo no tenía dinero y, por eso, me embargaron todo lo que tenía. Mi Chrysler, mis libros, mis muebles, mi ropa... todo, e incluso querían más, pero yo no tenía nada más que darles.

Ni siquiera me importó cuando se llevaron la ropa de Carol. No necesitaba guardar nada de ella para recordarla. Ella estaba en mi mente tal como la había visto, atascada entre el peñasco y el coche, con un hilo escarlata de sangre saliendo de sus labios y corriendo por el mentón. El recuerdo de Carol nunca me abandonará.

Creo que hubiera podido soportar su pérdida en caso de haber podido decirle, antes que muriera, que la pelirroja no representaba nada para mí. Pero la alcancé demasiado tarde, y Carol había muerto creyendo que aquella ramera de gran cuerpo blando había ocupado su puesto mientras ella estaba fuera. Este conocimiento desarticulaba mi mente. Si yo hubiera podido decir a Carol que ella era la única persona que me había dado felicidad y, si ella me hubiese creído, yo no estaría ahora en esta sórdida casita, esperando para cometer un crimen.

Todo había sucedido a causa de Eva. Yo no tenía nada que me hiciera vivir, entonces, ¿para qué iba a vivir Eva? En los últimos cinco días había pensado mucho en ella, y había llegado a la conclusión de que sería satisfactorio y definitivo matarla.

Fui hasta la puerta, apagué la luz y tanteé el camino hacia arriba. Al llegar a lo

alto de la escalera empezó a sonar el teléfono.

Estaba ahora algo nervioso y caminé vacilando hasta el rellano. Entré en el primer cuarto, el contiguo al baño. Mis pies arañaron las tablas desnudas y la luna, abriéndose paso entre las nubes, bruscamente lanzó un rayo de luz por la ventana sin cortinas. En el cuarto no había muebles. Por la ventana podía ver la calle, el jardín y el sendero que llevaba hacia la casa.

Me apoyé contra la ventana y miré hacia la calle. John Coulson estaba siempre allí. Se había acercado más a la casa y me miraba.

Lo observé unos minutos, después me alejé de la ventana. Necesitaba una copa. También quería fumar, pero tuve miedo de que Eva oliera el tabaco al entrar. No debía sospechar que yo estaba en la casa, esperando para matarla.

Los minutos se arrastraban lentos, y empecé a impacientarme. Me pregunté dónde estaría. ¿Acaso iba a volver con algún hombre? Esto no se me había ocurrido. Era más que posible que así fuera y, naturalmente, esto iba a estropear mis planes.

Súbitamente, sin anuncio, algo blando y suave se enroscó en mi pierna. Mis nervios saltaron como un resorte y la boca se me puso seca. Trastabillé alejándome de la ventana, con un débil grito.

A mi lado había un gran gato blanco y negro. Me miró y sus ojos chispearon a la luz de la luna. El susto me había retirado la sangre de la cara y el corazón golpeaba contra mis costillas. Cuando finalmente controlé mis agitados nervios, me incliné para tocar al gato, pero él se alejó y desapareció por la puerta entreabierta.

Todavía tembloroso por el susto, cerré la puerta y, al volver a la ventana, oí un coche que venía por el camino. Me aplasté contra la pared y espí por la ventana. John Coulson se había ido y la calle parecía desolada sin él.

Avanzó un taxi, el chofer se asomó y abrió la portezuela. La luna iluminó la oscuridad del interior del coche y tuve un vistazo de las inmaculadas piernas de Eva. Hubo una larga pausa antes que bajara. Estaba sola y permaneció varios segundos buscando en su cartera antes de pagar al chofer. Él no se llevó la mano a la gorra; golpeó la portezuela y se alejó, sin mirarla.

La miré mientras avanzaba por el sendero. Caminaba pesadamente, con los hombros caídos y la cartera apretada firmemente bajo el brazo.

En unos segundos ella y yo íbamos a estar juntos, solos. Ya no tenía miedo y mis manos estaban secas y tranquilas. Avancé por el cuarto y abrí la puerta. La oí abrir y penetrar en el vestíbulo. Atravesé el rellano y miré cautelosamente sobre la baranda; alcancé a ver cómo Eva desaparecía en su cuarto. Una luz se extendió e iluminó el vestíbulo.

Oí que encendía un fósforo y comprendí que iba a fumar. Después la oí bostezar. El sonido terminó en un gruñido exhausto, pero yo no sentí piedad, sino una helada y terca furia y el poderoso deseo de rodearle la garganta con las manos.

Ella se movió por el cuarto al desvestirse. La casa estaba tan silenciosa que pude oír cómo se quitaba el saco, la blusa y la falda. Abrió su armario y comprendí que estaba guardando la ropa. Después salió del cuarto y se dirigió a la cocina. La vi claramente al pasar de cuarto en cuarto. Parecía muy frágil y abandonada, allí, sola. Su pelo estaba cuidado y su salto de cama azul la rodeaba apretadamente.

Oí un ruido de artefactos de cocina y, después, apareció Eva con una bandeja para el café matinal. Llevó la bandeja a su cuarto y adiviné que dentro de unos momentos iba a subir. Entré al cuarto principal y cerré la puerta.

Apenas había estado allí unos segundos cuando la oí subir. Se movía lentamente y tropezó en lo alto de la escalera. Dijo: «Mierda» en voz alta, y comprendí que estaba borracha.

La oí trastabillar en el cuarto de baño; después oí correr el agua. Permaneció allí cierto tiempo, pero eventualmente, la oí salir y volver abajo.

Nuevamente me deslicé en el rellano. Ella se había inclinado junto al gato. Mientras la miraba se puso en cuclillas y acarició al animal con movimientos rápidos, ligeros.

—Pobrecito Sammy —dijo—, ¿te dejé mucho tiempo solo?

El gato se enroscó alrededor de ella y pude oír su profundo ronroneo. Miré las delicadas manos de Eva al acariciar al animal y también oí cómo le hablaba. Hablaba como solo una mujer solitaria puede hablar a un animal, le hablaba como si fuera un niño.

Súbitamente el gato dejó de ronronear y me miró. Su cola se erizó y echó espuma por la boca. Por un momento miré sus ojos amarillos, después volví a esconderme.

—¿Qué te pasa, sonsito? —preguntó Eva—. ¿Es que acaso hay por ahí algún ratón?

Sentí que las manos se me ponían húmedas.

—Vamos, precioso, no quiero jugar más contigo. No, debes ir allí. Estoy cansada, Sammy, tan, tan cansada...

Nuevamente miré por encima de la baranda. Eva había recogido al gato y desaparecido en el cuarto.

Saqué el pañuelo, me sequé las manos y la cara; después fui a lo alto de la escalera y escuché.

Eva hablaba con el gato. No podía oír lo que decía. Era extraño oír su voz en la casa silenciosa, sin que nadie le contestara. Después crujió la cama y comprendí que se preparaba para dormir.

Permanecí sentado en lo alto de la escalera, y encendí un cigarrillo. Mientras estaba allí fumando recordé nuestro fin de semana juntos. Había sido excitante, intrigante porque, entonces, yo no sabía hasta qué punto Eva era falsa y mentirosa. Yo creía haber ganado su confianza y había disfrutado de su compañía. Era un

recuerdo que no iba a abandonarme en mucho tiempo.

Apreté los puños. Si ella hubiera dado algo en lugar de estar tomando todo el tiempo, esto jamás habría sucedido. Yo quería ser su amigo, pero Eva me había frustrado en toda la línea.

Después la luz se apagó y yo me puse de pie: pero controlé mi ansiedad con un esfuerzo y volví a sentarme. Tenía que esperar un poco más. Un falso movimiento ahora, tras esperar tanto, podía arruinarlo todo.

Quedé allí sentado, esperando que se durmiera. Después, de la oscuridad, surgió un nuevo sonido. Eva lloraba. No era un sonido agradable. Era tan inesperado que me hizo rechinar los dientes y tuve una sensación helada bajo el corazón. Era el ruido que hace una mujer que lo ha perdido todo, que está desesperadamente sola y desdichada. Eva yacía en la oscuridad y sollozaba sin esfuerzo alguno para controlarse. Sonaba trágicamente desdichada. Al fin estaba cara a cara con la Eva verdadera, sin falsedades, sin la expresión de madera, sin las afectaciones profesionales. Ésta era la Eva que yo había querido conocer, la verdadera Eva que se agazapaba tras la fortaleza de piedra, que abría ahora la puerta para que yo viera dentro. Ésta era una prostituta en vacaciones.

Permanecí sentado largo rato en la oscuridad, escuchando. La oí revolverse en la cama, y una vez dijo:

—Mierda, mierda, mierda... —oí que golpeaba con los puños, torturada por la desdicha.

Al fin se tranquilizó y llegó el silencio. Débilmente empezó a roncar. Era un ruido estrangulado, como sin aire, que era casi peor que un sollozo.

La calma fría, maligna, volvió a mí. Me puse de pie y flexioné los dedos. Ahora, pensé, te voy a librar de todas tus desdichas. Éste era el momento que había estado esperando.

Esperé fuera del cuarto. Podía oír cómo Eva saltaba en la cama, gimiendo y murmurando. Me deslicé en el cuarto y me moví rápidamente alrededor de la cama, hasta estar seguro de quedar junto a ella. Tanteé con cuidado y palpé la cobertura; luego, muy lentamente, me senté en la cama. La cama crujió bajo el peso, pero el movimiento no la despertó.

Sentí que su cuerpo se retorció y saltaba bajo las mantas. Podía oler el whisky de su aliento. El corazón empezó a golpearme con fuerza. Tendí la mano y encontré el botón de la lámpara. Sin soltarlo de mis dedos temblorosos, tanteé buscando su garganta.

Mi mano se movió en la oscuridad y encontró su pelo. Estaba bajo mi mano. Suspiré profundamente, apreté los dientes y encendí la luz.

Allí estaba, cerca de mí, con mi mano a unas pulgadas de su garganta, pero sólo pude permanecer inmóvil, mirándola. No podía moverme. Parecía tan totalmente

abandonada. Estaba echada de espaldas, con los labios entreabiertos y su cara se agitaba al dormir. Parecía muy joven y desdichada, y había oscuras sombras bajo sus ojos. Mi mano cayó, sin fuerza, y sentí que todo el odio me abandonaba. Supe, al mirarla, que yo había perdido el juicio; al verla, nuevamente lo recobré.

No podía matarla. La boca se puso seca al comprender qué cerca había estado de hacerlo. Quería abrazarla, sentir que me respondía. Quería decirle que iba a cuidarla, que nunca más iba a ser desdichada.

La miré, viendo su cara de elfo, en forma de corazón, con el mentón decidido, y las dos profundas arrugas a los lados de la nariz. Pensé ¡ay! si siempre hubiera tenido ese aspecto —desamparado y necesitado de protección—, con las duras líneas borradas de su cara y los párpados ocultando las ventanas por las que asomaba su almita egoísta, encanallecida, ¡atroz! ¡Si por lo menos pudiera confiar en que no iba a mentir, ni a beber, ni a ser cruel conmigo! Pero sabía que era imposible. Eva nunca iba a cambiar.

Llegó el gato y se frotó contra mi brazo. Lo acaricié y, por primera vez desde la muerte de Carol, me sentí relajado y contento. Mientras estaba sentado junto a Eva, con el gato queriendo meter la cabeza en mi mano, tuve la realización de un deseo, y quise seguir, y seguir...

Bruscamente Eva abrió los ojos, me miró, con un odio aterrado, sorprendido. No se movió y parecía que había dejado de respirar. Nos miramos por un largo minuto.

—No es nada, Eva... —dije, buscando su mano.

No creo que nunca nadie haya podido moverse más rápidamente. De un salto salió de la cama, se puso la bata, llegó a la puerta antes que yo pudiera tocarla. Había una expresión como arañada, huesuda en su cara, y sus ojos parpadeaban curiosamente en la sofocada luz de la lámpara.

—No quise asustarte —dije, con un pánico helado—. Eva, perdóname por haber hecho esto...

Hizo unos gestos con la boca, pero no salió ningún sonido. Pude ver que estaba medio muerta de sueño y el whisky todavía la tenía atontada. Sólo por instinto de conservación había dejado tan pronto la cama. Y, sin embargo, al mirarla, me asustó más de lo que yo la asustaba a ella.

—No es nada, Eva —dije, apaciguador—. Soy yo, Clive. No te voy a hacer nada.

Ella dijo, en un murmullo que fue como un graznido:

—¿Qué quieres?

—Pasaba por aquí y tuve ganas de verte —dije—. Ven, siéntate aquí. No pasa nada, no hay para qué alarmarse.

Sus ojos empezaron a vivir. Se mojó los labios al volver a hablar, con la voz más clara:

—¿Cómo entraste?

—Dejaste abierta una ventana —dije, procurando bromear—. No pude resistir el deseo de darte una sorpresa, pero no quiero que te asustes.

Ella siguió junto a la puerta. Sus ojos empezaron a brillar y las aletas de su nariz se afinaron, se pusieron blancas.

—¿Quieres decir que has entrado de contrabando?

—Sé que no debía hacerlo, pero... bueno, quería verte.

Ella lanzó un profundo suspiro y su cara se puso lívida.

—¡Fuera! —exclamó, abriendo la puerta—. ¡Fuera... basura!

Me aparté de ella.

—Escucha, Eva —supliqué—, no te enojés. Ya no puedo seguir así. Quiero que vengas conmigo. Haré lo que me pidas. Pero no te enojés. —Ella dio un paso hacia adelante, su cara llena de furor enloquecido.

—Loco, imbécil, blanduzco... —dijo, con voz baja, mala y luego la mierda brotó de sus labios.

Me llevé las manos a los oídos, descompuesto y aterrado ante aquellas obscenidades. Se agazapó ante mí, los ojos como brasas en una cara color tiza. Era horrenda en su furor de loca. Su lengua golpeaba, ensuciaba, quemaba.

—¿Crees que puedo perder el tiempo con un mezquino buscavidas como tú? —gritó finalmente—. ¡Fuera! ¡Nunca más vuelvas por aquí! ¡Fuera! ¡Me has perseguido y estoy ya harta de ver tu facha! ¡Eres tan caradura que no te das cuenta cuando estás de más! ¿Crees que me agradan tus asquerosos regalos de veinte dólares? ¡Fuera, no vuelvas, y jamás presentes por aquí tu ridícula cara!

El miedo que le tenía me abandonó súbitamente. Una ira sofocada y un maligno deseo de devolver el golpe volvieron a ponerme de pie.

—¡Putá! —grité—. ¡Ya te enseñaré a que me hables así!

Ella chilló a su vez.

—¡Ya sé lo que buscas! Eres el peor de todos. ¡Quieres tenerme gratis! ¿Así que quieres llevarme contigo? ¡Vamos, caracol, tengo hombres con más dólares que tus centavos, que quieren casarse conmigo! ¡Pero no los quiero, y no te quiero a ti! ¡Estoy harta de los hombres! ¡Conozco todas sus repugnantes tretas, sus asquerosas mentes! ¡No me encontrarán muerta en una zanja con un hombre, lo juro! ¡Sé lo que buscas, pero no te lo voy a dar!

Permanecimos de pie, con mirada llameante. El único ruido en el cuarto era el profundo ronroneo del gato. Ahora quería deshacerla. Una rabia fría, asesina, se apoderó de mí y quise golpear; someterla y mutilarla con mis manos.

—Te voy a matar —dije lentamente—. Voy a golpear esa cabecita contra la pared hasta que te salten los sesos. No volverás a atormentar más hombres una vez que termine contigo...

Ella levantó el labio, mostró sus blancos dientes y me escupió.

Lentamente di vuelta a la cama y avancé hacia ella. Ella no retrocedió, con los ojos llameantes, las manos como garras sin carne. Luego, cuando quise agarrarla, sus dedos como ganchos castigaron mi cara, como un gato que golpea.

Sus uñas no tocaron mis ojos únicamente porque eché hacia atrás la cabeza, pero desgarraron mi nariz y mi mejilla. Quedé ciego de dolor y furia. Le lancé un golpe, pero ella fue demasiado rápida. Mi puño falló, no pude darle en la cabeza, y golpeé contra la pared. Retrocedí, gimiendo de dolor.

Ella salió corriendo del cuarto y se dirigió a la cocina. Allí estaba el teléfono, pero no le di tiempo para pedir ayuda. No había salida en aquel cuartito, como no fuera por la puerta por la cual había entrado y yo estaba en esa puerta.

La miré, sintiendo que la sangre hirviente corría por los arañazos que me había hecho en la cara. Se había apoyado contra la pared del fondo y sus ojos brillaban. No mostró miedo cuando yo avancé hacia ella.

Al atravesar el cuarto, Eva levantó el brazo. En su mano había un látigo con nudos. Me azotó cruzándome la cara. Lo súbito del ataque y el dolor engeguecedor me hicieron retroceder. Tendí los brazos cuando volvió a fustigarme. El látigo cayó sobre mis hombros, como el contacto de un hierro al rojo vivo. Grité y, al insultarla, procuré agarrar el látigo, que nuevamente silbaba sobre mi cabeza. Pero Eva se movió como un lagarto, atravesó el cuarto, se dio vuelta y me castigó de nuevo antes que yo tuviera tiempo de recobrar el equilibrio.

Me hizo marchar ante ella, con los labios apretados y los ojos como brasas encendidas, golpeando sistemáticamente, alrededor de la cabeza, la espalda, el cuello.

Yo estaba atontado por el dolor; quise incorporarme y salir al corredor, pero ella se adelantó.

No había escape para aquel sibilante latigazo que me cortaba con marcas de dolor al rojo vivo. Me tambaleé sobre una silla, cuando el látigo me cruzó los ojos. El dolor fue intolerable, chillé y caí de rodillas.

Mientras Eva seguía golpeando mi cabeza, que había quedado sin protección, confusamente oí que alguien golpeaba en la puerta de calle. Entonces ella interrumpió su loco, maligno ataque, y yo quedé en el suelo, con la sangre manando de los oídos y el cuerpo hirviente, como en agonía. En alguna parte muy lejana de mi cabeza, en alguna zona oscura, oí voces y sentí que una mano me agarraba del brazo. Me obligaron a ponerme de pie.

Di un paso a tientas, casi llorando de dolor. Harvey Barrow estaba ante mí. Su aliento cargado de whisky me abanicaba la cara.

—¡Que la recontra! —exclamó—. ¡Casi lo has matado! —y estalló en carcajadas.

—¡Échalo! —dijo Eva, maligna.

—Claro que lo voy a echar —dijo Barrow mostrando los dientes, tomándome de la camisa. Me atrajo de un saque—. ¿Te acuerdas de mí? —preguntó, con su ruda

cara cerca de la mía—. Yo no me he olvidado. Vamos, quiero que des un paseíto.

Me empujó hasta el corredor. En la puerta quise soltarme, pero él era demasiado fuerte. Luchamos un momento, después, cuando me lanzó fuera de la casa, volví a mirar hacia atrás, hacia Eva. Ella estaba de pie en el corredor iluminado y me miraba fijamente. Todavía puedo verla. Se había envuelto apretadamente en su salto de cama azul y tenía los brazos cruzados sobre su chato pecho. Su cara era de madera. Sus ojos eran grandes y brillaban y su boca era una profunda rayadura. Cuando nuestros ojos se encontraron ella sacudió la cabeza en un arrogante gesto de triunfo. Después Barrow me empujó a la calle y nunca más he vuelto a ver a Eva.

—Ahora, entrometido de mierda —dijo Barrow mostrando sus cortos dientes amarillos—. Tal vez vas a dejarla en paz... —tomó impulso con el puño y me golpeó en la cara.

Me desparramé en la alcantarilla; quedé allí. Él se inclinó sobre mí.

—Me la debías —dijo—, y yo te debo algo más... —dejó caer dos billetes, uno de cien y otro de diez dólares en la alcantarilla, frente a mí.

Lo vi volver por el sendero hacia la casa. Después la puerta de entrada se cerró tras él, de golpe.

Cuando tendí la mano para buscar los billetes, John Coulson estalló en carcajadas.

Una historia nunca termina.

Uno arroja una piedra a un estanque y, en unos segundos, ha desaparecido. Pero éste no es el fin. Nuestra acción afecta la superficie del estanque y olas circulares empiezan a formarse en el lugar en el que la piedra ha caído al agua. Estas olas gradualmente se amplían, hasta que toda la superficie del estanque está en suave movimiento. Se necesita mucho tiempo para que el estanque vuelva a apaciguarse.

Estoy sentado frente a la máquina de escribir en mi sombrío cuartito, y miro por la ventana hacia el puerto de esta pequeña ciudad de la costa del Pacífico. Russell espera pacientemente que yo inicie el día de trabajo, pero, hoy, no tengo apuro por juntarme con él.

Tenemos una barca; el año pasado hemos llevado centenares de turistas hacia la cadena de islas que bordean la costa del Pacífico. Yo dirijo la barca, Russell se sienta en popa y cuenta a los turistas historias de fusileros y piratas que infectaban estas costas hace muchos años. Los turistas parecen simpatizar con Russell y él, a su vez, simpatiza con ellos. Personalmente yo detesto sus estúpidas caras ovejunas, el sonido estridente de sus voces, pero como permanezco en el puente durante las travesías, no tengo contacto directo con ellos.

No ganamos mucho dinero, pero podemos sobrevivir bastante bien. Russell es muy ingenioso y ya ha ahorrado bastante como para que podamos pasar la época mala.

Nadie ha oído nunca hablar de mí en esta ciudad. Mi nombre no significa nada para los turistas, pero, si alguna vez este libro se publica, quizá logre ver de nuevo mi nombre en letras de molde. Por raro que parezca no me importa ser un nadie. Al principio me importaba, pero, con el correr del tiempo, he comprendido que no debo preocuparme por escribir una nueva novela o una pieza de teatro. Así no tendré que pagar cuentas, no tendré que dar reuniones, no tendré que hacer los centenares de cosas que exige la celebridad. Ahora estoy libre de todo esto, y aunque echo de menos algunos de los telones de la fama, comprendo que soy más feliz siendo un nadie.

No sé qué habría sido de mí sin Russell. Le debo todo.

Fue él quien me encontró semienloquecido yaciendo en la alcantarilla frente a la casa de Eva. Yo estaba perdido y, si él no se hubiera presentado en ese momento crucial, creo que me hubiera suicidado.

Fue Russell quien compró el barco. Era un buen barco de treinta y cinco pies, equipado con un motor Kermath de cien caballos. Russell lo compró con sus ahorros. No me gustó que lo hiciera, pero no había más alternativa que ésa o morir de hambre. Por eso dejé que lo comprara.

Al principio me pareció una idea de locos, pero Russell lo había planeado todo. Dijo que una vida al aire libre volvería a ponerme de pie; además, a él le gustaba la vida al aire libre.

En aquella época no me importaba lo que pudiera sucederme, aunque debo reconocer que yo creía que estaba utilizando el dinero de Russell en una esperanza remota; él simplemente levantó las cejas, que treparon por su frente, lo que equivalía a decir, «Espere y ya veremos».

De todos modos me entusiasmé mucho más cuando fuimos al puerto e inspeccionamos el barco. Aunque Russell lo había pagado de su propio bolsillo se las arregló para hacerme sentir que yo tenía en el barco tanta participación como él. Aunque ya no éramos amo y criado, era evidente que yo debía ser el capitán y él el piloto.

Hubo un solo momento de incomodidad cuando establecimos los nuevos papeles. Sucedió cuando quisimos bautizar el barco. Yo dije, de entrada, que debíamos llamarlo *Eva*. Señalé enseguida que era un nombre que los turistas recordarían fácilmente y, como tenía un sabor más bien picante, incluso sacarían de él una diversión sin consecuencia. De todos modos así es cómo expliqué la cosa.

Pero Russell no quiso saber nada. Nunca lo había visto antes tan empecinado; tras procurar convencerlo por cierto tiempo me enojé y le dije que podía llamar al barco como se le diera la gana.

Cuando al día siguiente bajé al puerto vi que un letrista había pintado en rojo el nombre de *Carol* en la proa del barco, con letras de dos pulgadas. Permanecí mirando el nombre varios segundos, después fui al fondo de la proa desierta, me senté dando la espalda al puerto y miré hacia el Pacífico.

Había pasado casi una hora cuando Russell se unió a mí. Le dije que había hecho bien en bautizar al barco con el nombre de Carol. No contestó nada pero, a partir de ese momento, nos entendimos bien.

Bueno, así andan las cosas. No sé cuánto durarán. No sé si este libro tendrá éxito o no. Si lo tiene, es probable que vuelva a Hollywood. Sé que, sin Carol, Hollywood va a ser un lugar inamistoso. No sé si podré enfrentarlo de nuevo. La muerte de Carol me ha afectado de manera extraña. Es sólo ahora cuando me doy cuenta de cuánto significaba ella para mí. Es bastante frecuente que lo que uno más valora en la vida, no sea apreciado hasta que lo perdemos. Al perder a Carol me he encontrado a mí mismo, y sé que puedo mirar con seguridad el futuro, porque sé que la influencia de Carol siempre estará conmigo.

Aunque han pasado dos años desde que vi a Eva por última vez, sigo pensando en ella. No hace mucho tuve un súbito deseo por saber qué había sido de su vida. No tengo intenciones de renovar la relación, pero tengo ganas de satisfacer mi curiosidad, de descubrir, si puedo, cómo se las ha arreglado en estos últimos dos

años.

La casita en Laurel Canyon Drive estaba vacía. No había cortinas en las ventanas y el jardín estaba lleno de abrojos; los muebles que me había acostumbrado a ver habían desaparecido.

Los vecinos no supieron decirme dónde había ido Eva. La mujer que asomó a la puerta sonrió de manera superior, secreta.

—Se fue en una escapada nocturna —dijo—, y ya era tiempo de que lo hiciera. Ignoro dónde ha ido. Y no me interesa. Por suerte Dios nos ha librado de ella. No me sorprendería que la anduviera buscando la policía. De todos modos, se ha ido. No queremos mujeres de esa clase en esta calle, a Dios gracias...

No tengo ahora manera de descubrir a Eva. Es una lástima. Me gustaría mantener el contacto con ella, naturalmente sin que ella lo supiera, ya que no sé lo que puede haberle pasado. ¿Abandonará algún día su profesión? ¿Volverá a juntarse con Charlie Gibbs? ¿O seguirá adelante hasta convertirse en otra ramera gastada, borracha, de esas que buscan desesperadamente un tipo por las calles? No lo sé.

Tal vez volvamos a encontrarnos algún día. Aunque me parece que va a ser difícil. Si tiene dificultades con la policía cambiará de nombre, y abandonará los lugares a los que solía concurrir.

Últimamente he tenido en la mano un ejemplar de *Candide*, de Voltaire y he encontrado allí algunas líneas que parecen adecuadas, no sólo al futuro de Eva, sino también al futuro de ese regimiento de mujeres que siguen una profesión que ocupa un lugar definido en nuestra sociedad actual:

«Me vi obligada a continuar con ese abominable comercio que ustedes los hombres consideran tan agradable, pero que para nosotras, miserables criaturas, es el más atroz de todos los sufrimientos. Ah, señor, ¿sabe usted lo que significa estar forzada a acostarse con cualquier individuo? ¿Con viejos comerciantes, con consejeros, con monjes, con marineros, con curas? ¿Sabe lo que es estar expuesta a todas sus violencias y sus insultos? ¿Sabe lo que es ser robada por uno de lo que hemos ganado con otro? ¿Estar sujetas a las acusaciones de los magistrados, y tener siempre ante uno la perspectiva de la vejez, del hospital, del vagabundaje? Si lo supiera comprendería que yo soy una de las criaturas más desdichadas que respiran...».

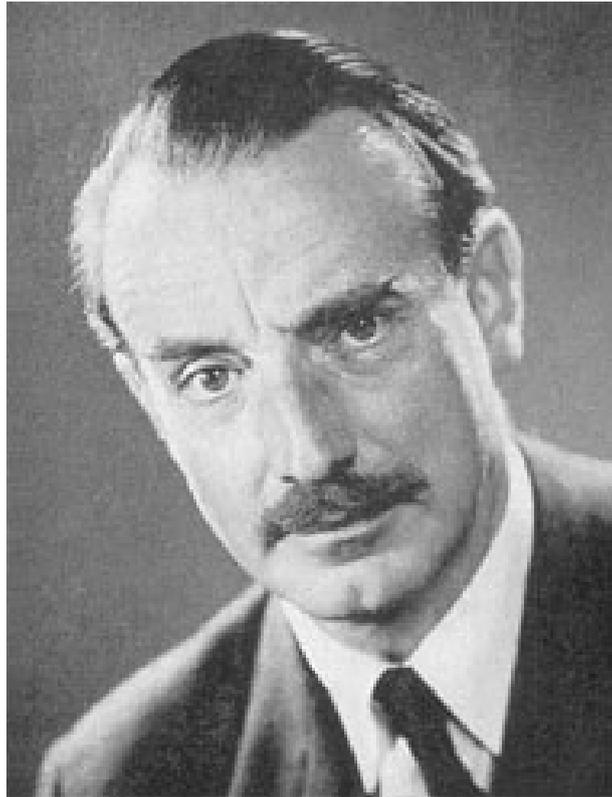
Como ya he dicho, no lo sé. Siento que el destino de Eva está, ampliamente, en sus propias manos. No es una mujer débil y espero que llegue el momento en que deba enfrentar su futuro, como yo enfrenté el mío. No me gustaría estar lejos de ella en ese momento.

Muchas veces me he preguntado por qué no logré conquistar su confianza. Ahora comprendo que eso era esperar demasiado: nunca hubiera conquistado su cariño, pero, al menos, habría podido lograr su confianza. Siempre he sostenido la teoría de

que las emociones de una mujer sólo pueden resistir cierto tiempo ante el impacto de la mente de un hombre. Aunque es evidente que Eva no era una mujer corriente. Tal vez yo estaba demasiado apresurado. Tal vez cedí demasiado pronto. No sé. Era una tarea difícil, no sólo porque Eva conocía cada jugada dentro del partido, sino porque la línea que separa el odio del amor en el corazón de una mujer es muy fina. Tal vez mi aproximación fue demasiado torpe.

Ahora, que puedo pensar en nuestra relación tras un paréntesis de dos años, puedo decir que aunque me causó tanto dolor y amargura, es una experiencia a la que no renunciaría. Nuestro fin de semana fue, en sí, un impacto físico único, que pocos hombres han experimentado. Y realmente creo que a Eva le gustó tanto como a mí. Pero cometí el error de continuar la relación; en realidad no debí volver a verla después de aquel fin de semana.

Pero ¿para qué seguir? He ganado la experiencia del pasado y debo prepararme para el futuro. Tengo que interrumpirme ahora. Russell aparece junto a la ventana y parece ansioso. Veo que el sol ilumina el vidrio del reloj que tiene en la mano. Ya el *Carol* está repleto de turistas. Me esperan.



JAMES HADLEY CHASE. Escritor británico, cuyo verdadero nombre era René Babrazon Raymond nació en Londres el 24 de diciembre de 1906 y murió en febrero de 1985.

Comenzó su contacto con la literatura trabajando como librero. A finales de los años treinta, convencido de que los lectores demandaban una mayor presencia de novelas negras en el mercado, escribió en apenas seis semanas *No hay orquídeas para miss Blandish* (1939). Su fulminante éxito –el libro se convirtió en uno de los más vendidos de la década, realizándose poco después su adaptación teatral y cinematográfica– le empujó a continuar su labor literaria, que desarrollaría incansable y prolíficamente hasta 1984.

Había publicado ya varios relatos cuando participó en la Segunda Guerra Mundial como piloto de la RAF. Ambientó muchos de sus argumentos de gánsteres en Estados Unidos, a pesar de que apenas conocía el país y sólo se apoyaba en enciclopedias, mapas y diccionarios de la jerga del hampa. Escribió casi un centenar de obras, de las cuales unas veinte pasaron al cine.

Junto con *No hay orquídeas para Miss Blamdish*, se alza al sector de las obras más personales y atractivas de James Hadley Chase: la dramática historia de amor *Eva*, escrita en 1945 y llevada al cine por el director británico Joseph Losey en 1962. *Miss Blandisch* obtuvo también una versión cinematográfica de lujo *La banda de los Grissom*, dirigida por Robert Aldrich en el año 1971. Pero casi todas las adaptaciones

fílmicas de Chase, realizadas en diversos países, comportan resultados de escaso relieve.

Notas

[1] Personajes de *Lo que el viento se llevó*. <<